
MARIAH EVANS
¿ME CONCEDE ESTE baile?

MARIAH EVANS



¿ME CONCEDE ESTE *baile*?



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: ¿Me concede este baile?
©Mariah Evans, julio 2024.
Ilustración interior: Pixabay.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada a todos los lectores que me apoyan cada día.
Muchas gracias por todo el cariño que me dais.
Espero que con esta novela paséis un rato entretenido.

Mariah.



Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
Agradecimientos



1

Nueva York —EEUU—
—1830—

Walter Colin Renwich miró de reojo a su abogado, el cual leía el testamento en voz baja mientras el albacea lo hacía en voz alta.

Había llegado a Nueva York hacía cerca de dos semanas, tras conocer la muerte de su tío a través de la carta llegada del albacea designado por este.

La noticia le había entristecido. La relación con su tío, aunque distante, dado que su tío Benjamin Renwich vivía en Nueva York y él residía en Londres, siempre había sido cordial y Walter siempre se había sentido muy unido a él.

La muerte de su padre cuando él tenía solo dieciséis años le había unido a él. Se había embarcado en dirección a Nueva York y su propio tío le había instruido en el funcionamiento de la empresa. Había pasado cuatro años viviendo allí, en Nueva York, hasta sus veinte años, cuando su tío lo había considerado apto para llevar el 50 % de la empresa de su padre desde Londres.

Su imperio consistía en una gran empresa siderúrgica donde trabajaban el acero. Su mayor negocio era la exportación de ese acero a Nueva York. Su padre se encargaba de la empresa en Londres y su tío, el hermano de su padre y ahora difunto, se encargaba del arrendamiento de los barcos para que el acero llegase hasta Nueva York y desde allí fuese distribuido por Estados Unidos, sobre todo para la construcción del ferrocarril que estaba en auge.

No podía negarse que ya amasaba una gran fortuna, pero ahora que su tío había muerto sin descendencia todo le pertenecería a él.

Walter Colin era el hermano mayor. Tenía dos hermanas más, una ya casada y que residía con su marido en un lujoso barrio de Londres y otra que, con suerte, al año siguiente entraría en sociedad. Desde la muerte de su padre se había consolidado como el cabeza de familia y, pese a la insistencia de su tío en que encontrase una mujer, no había tenido tiempo de formar una familia.

Dirigir la empresa él solo era demasiada responsabilidad. Si bien tenía la ayuda de los abogados que habían aconsejado tan correctamente a su padre, necesitaba experiencia y saber que todo iba a ir bien, pues, de momento, su madre y su hermana pequeña dependían de él.

Sí, formar una familia era algo que, de momento, no tenía en mente, pese a la insistencia que su tío Benjamin le expresaba mediante el correo que le iba llegando cada mes, donde le explicaba cómo iban los negocios, las cantidades de acero que necesitaría y el precio de venta. Sus cartas siempre acababan con la siguiente frase: *"Querido sobrino, no acabes como yo, un pobre hombre rico, pero sin amor, sin haber conocido lo que es el cariño y el calor de una familia. Tu padre fue más inteligente que yo, y espero que, en ese aspecto, tú te parezcas más a tu padre que a mí"*.

Siempre que leía aquella coletilla había cogido por costumbre poner los ojos en blanco, ya era como si aquella frase formase parte de cada carta.

En sus últimas cartas ya le explicaba de su lamentable estado de salud. Había decidido ir a verlo, planificar el viaje, pero no había llegado a tiempo. Ahora, se enfrentaba a la segunda muerte de un padre, pues su tío se había portado así con él durante sus cuatro años de convivencia en Nueva York y posteriormente también, aunque fuese desde la distancia.

Ahora, él, como único heredero, unificaría el 50 % de la empresa de su padre con la de su tío, llamada *Renwich Steel Company*. Ya le pertenecía un 50% de su padre por herencia y, ahora, recibiría gracias al testamento de su tío el otro 50 %. Sabía que sería duro llevar un imperio como aquel, pero ahora que ya había aprendido el manejo absoluto de la empresa gracias a los años vividos con su tío y a la experiencia acumulada por él al frente de la empresa de Londres durante los últimos seis años, sabía ya en quién podía confiar y delegar trabajo.

Nada más llegar a Nueva York se había instalado en la casa de su tío a la espera de aquella visita con el albacea.

Por suerte, el despacho no estaba lejos de la casa de su tío y se habían dirigido andando. En menos de veinte minutos se encontraba sentado a la mesa de un lujoso despacho decorado con muebles de madera oscura y una gran alfombra azul marino. No era la primera vez que estaba allí. Durante los cuatro años que había residido en Nueva York habían visitado al albacea varias veces por el tema del registro de contratos que sus abogados elaboraban. Sabía que entre ambos había una gran amistad.

Hacía más de seis años que no pisaba aquella lujosa oficina y, aunque los muebles, cuadros y moqueta seguían siendo los mismos, al albacea se le notaba el paso de los años. Aquellos últimos seis años habían provocado que el albacea perdiese parte del cabello que recubría el centro de su cabeza y que las canas poblasen el resto, además, el bigote era aún más espeso y había ganado unos cuantos kilos de más.

—Por ello —continuó el señor Rupert Carter, el albacea de confianza de su tío—, la propiedad de mi 50 % de *Renwich Steel Company* será para mi sobrino, el señor Walter Colin Renwich, decretando de esta forma que ostentará el 100 % de dicha empresa.

El abogado iba leyendo una copia que el albacea le había entregado a este, aunque hubo un gesto que a Walter le llamó la atención, ya que puso su espalda recta y miró de reojo a Walter.

Este se giró hacia él enarcando una ceja, sobre todo cuando el abogado elevó su mano e interrumpió la lectura del testamento.

—Disculpe, pero… —El albacea miró al abogado molesto por la interrupción—, me he adelantado un poco y he visto que en la estipulación cuarta hace referencia a unas condiciones para obtener ese 50 %.

Walter miró intrigado a su abogado y luego al albacea, sin saber a qué se refería.

—Si me disculpa, letrado —pronunció el albacea—, seguiré leyendo. Le recuerdo que estoy leyendo la tercera estipulación.

El albacea siguió leyendo mientras Walter se acercaba sutilmente a su abogado para susurrarle.

—¿Qué ocurre?

El abogado tragó saliva nervioso e hizo un gesto no muy seguro.

—Lo siento, no tenía ni idea de esto —se disculpó sin dar otro tipo de explicación.

—Cuarta estipulación —comentó el albacea con el tono de voz más elevado para que ambos dejasen de cuchichear—. Para que mi sobrino, el señor Walter Colin Renwich, obtenga el 50 % de mi propiedad, deberá cumplir una serie de requisitos.

—¿Requisitos? —preguntó Walter sorprendido.

—Dicho 50 % de la propiedad que me pertenece de *Renwich Steel Company* será entregado

y, por lo tanto, será propiedad de esa cuantía una vez mi sobrino haya contraído matrimonio y consumado durante seis meses. —Walter enarcó una ceja al escuchar aquello—. Si mi sobrino no contrajese matrimonio en un período de dos años desde la lectura de dicho testamento, el 50 % de dicha empresa será subastado.

—¿Qué? —preguntó alzando la voz. Intentó contenerse y suspiró mientras cerraba los ojos. Al final su tío iba a salirse con la suya. Sin poder evitarlo, comenzó a reírse ante la mirada asombrada del albacea y de su abogado—. Maldito loco —pronunció con cariño mientras se pasaba la mano por los ojos, frotándoselos.

—Disculpe, pero eso sería una cláusula abusiva —interrumpió el abogado—. El testamento no debería intervenir en la vida privada de mi cliente, él es el heredero masculino más cercano…

—Letrado Tilston —lo interrumpió el albacea—, esas son las últimas voluntades y el testamento que mi cliente, el señor Benjamin Renwich, dejó por escrito…

—¿Cuándo se redactó dicho testamento? —insistió el abogado mientras observaba de reojo cómo Walter se frotaba los ojos con una sonrisa de incredulidad en sus labios.

—El testamento está redactado desde el año mil ochocientos veintisiete, concretamente el 15 de marzo de ese año, así que si lo que pretende decir es que quizá mi cliente, el señor Benjamin Renwich, no estaba en sus plenas capacidades para dictar testamento, está muy equivocado. Hace más de tres años y, siento decírselo —dijo mirando a Walter—, su tío enfermó hace unos cuatro meses, nadie esperaba su fallecimiento tan repentino. Estaba en sus plenas facultades para dictar testamento cuando lo hizo, de hecho, lo estuvo hasta sus últimos momentos. —El abogado inspiró hondo y miró a Walter que aún se frotaba los ojos sin dar crédito a lo que su tío había hecho—. Lo siento, señor Renwich —dijo el albacea hacia Walter, el cual lo miró—, pero esas son las órdenes que se dieron y las que debo asegurarme de que se cumplan.

Walter inspiró hondo y tragó saliva. Sabía que su tío quería lo mejor para él, que él mismo le había expresado miles de veces que el trabajo no lo era todo en la vida, que se casase, que tuviese una familia… y luego, le había hablado infinidad de veces de la soledad que él sentía.

Miró a su abogado y al albacea, aún sin dar crédito, con una sonrisa de incredulidad en sus labios y se encogió de hombros.

—Desde luego, mi tío se aseguró de que no cometiese sus mismos errores. —Miró al albacea—. Siempre me hablaba de lo importante que era formar una familia… —hizo un gesto gracioso—, desde luego, si no es por las buenas será por las malas. —Miró al albacea y chasqueó la lengua—. Mi tío era bien conocedor de que contraer matrimonio no está entre mis planes ahora mismo.

El albacea hizo un gesto gracioso.

—Pues me parece que si quiere adquirir el 50 % del resto de la empresa… deberá estarlo. —Se acercó por encima de la mesa—. Su tío le quería muchísimo, siempre me repetía que lo sentía como a un hijo. —Walter tragó saliva al escuchar aquellas palabras—. Siempre me hablaba de lo orgulloso que estaba de usted, señor Renwich.

Aquellas palabras lo dejaron conmocionado. Él lo sabía, sabía que su tío se sentía orgulloso de él, que lo quería como si fuese su propio hijo, de hecho, así lo había criado durante los años de convivencia, pero no esperaba que aquellas palabras también las hubiese expresado a su albacea.

—Fue un padre para mí —confirmó.

—Y un padre… —continuó el albacea—, siempre quiere lo mejor para sus hijos.

Walter miró de reojo a su abogado y suspiró mientras se ponía erguido en la butaca.

—Está bien —comentó—, pongámonos en la situación de que busco esposa y no la encuentro. ¿No hay ninguna estipulación más para el caso de que ocurra algo así? ¿No podría recuperar de alguna forma el 50 % de la propiedad de mi tío? Debe comprender que es una empresa familiar y tanto mi padre como mi tío lucharon por ella a partes iguales. No quiero que se pierda, pero como comprenderá, tampoco quiero casarme… de momento —pronunció con toda la calma del mundo.

—Dispone de dos años, señor Renwich, a partir de la lectura de este testamento, es decir, a partir del día de hoy. He visto noviazgos de unas semanas que han acabado en matrimonio.

—Ya, pero apuesto a que esas personas no debían lidiar con la responsabilidad de encargarse de una empresa como esta.

—Y por eso mismo… —continuó el albacea—, hasta que no ostente la propiedad de ese 50 % de su tío, el señor Benjamin Renwich ha puesto un sustituto para cubrirle en lo concerniente a ese porcentaje de la empresa.

—¿Un sustituto?

El albacea asintió.

—Supongo que lo conocerá, es el abogado de su tío, el señor Robert Johnson. La empresa estará en buenas manos, no se preocupe. Conoce perfectamente su funcionamiento. De hecho, él se ha encargado de la mayor parte de los negocios estos últimos meses en los que su tío se encontraba enfermo. Le tenía un gran aprecio.

—Sí, me he comunicado con él varias veces por carta —contestó Walter—, pero jamás me explicó dicha situación.

—Señor Renwich —enfatizó el albacea—, los testamentos son secreto hasta el fallecimiento, ni el mismo señor Johnson sabía cuáles eran las órdenes.

—Pero ahora las sabe, ¿no es cierto?

—Su tío se ocupó de decirle personalmente al señor Johnson que se encargase de todo lo concerniente a la empresa hasta que usted adquiriese el 50 % de la propiedad, aun sin haber abierto la sucesión.

—Hasta que me case… —pronunció esta vez con la voz más grave.

—Lo lamento, señor, pero no puedo hacer otra cosa que respetar las últimas voluntades de su tío que, como bien sabrá, fue un gran amigo mío.

Walter asintió.

—Lo sé —contestó. Inspiró hondo intentando hacerse a la idea y asintió—. De acuerdo, ¿hay algo más que deba saber?

—Solo una cosa más, ostenta el uso y disfrute de la vivienda de su tío aquí en Nueva York, y adquirirá la propiedad también con el matrimonio. —Walter no pudo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco—. Bueno… —rectificó el albacea—, seis meses después de que se consume el matrimonio.

—Sí, sí… me ha quedado muy claro.

—En caso de que no se cumpla el requisito la vivienda y todos sus bienes serán donados a la beneficencia…

—Sinceramente, señor Carter —interrumpió al albacea—, la vivienda no me importa, ni todos sus bienes, puede donarlos ya. Excepto algún recuerdo que me gustaría tener de mi tío que, como comprenderá, voy a llevarme tanto si usted quiere como si no. Supongo que no le importará que me lleve un retrato que tengo con él de cuando vine a vivir aquí. —El albacea asintió dándole la razón—. Son varios objetos que tienen un valor sentimental importante, el resto lo puede donar ya. Lo que me importa de verdad es la empresa por la que tanto mi padre

como mi tío lucharon, y por la que yo también llevo luchando desde que murió mi padre.

—Lo entiendo —comentó.

Walter miró a su abogado, el cual releía el testamento intentando encontrar algo a lo que agarrarse. Walter situó la mano sobre el testamento que Theo mantenía en sus manos para que dejase de leer.

—¿Algo más?

—No, señor Renwich —contestó el albacea entregándole un *plumín*[1]—, solo me queda decirle que si lo ha comprendido y está de acuerdo con los términos del testamento rubrique estos documentos que le he preparado —dijo extendiéndolos sobre la mesa—, conforme que acepta el contenido del testamento y para que posteriormente pueda llevarlos yo mismo al tribunal correspondiente.

Walter cogió el plumín que el albacea le ofrecía e iba a firmar, pero su abogado situó una mano en su hombro.

—Espere, señor Renwich. —Walter lo miró enarcando una ceja—. ¿No prefiere que le demos otra ojeada antes de…?

Walter firmó ignorando las palabras de su abogado.

—Le agradezco mucho su interés, señor Tilston, pero creo que ha quedado todo muy claro. —Firmó los documentos y se los entregó al albacea junto al plumín—. Bien… —dijo poniéndose en pie—, le agradezco mucho su tiempo, señor Carter.

El albacea se puso en pie y estrechó su mano.

—Lamento profundamente su pérdida —dijo antes de soltarla.

—Gracias por todo —concluyó Walter.

Walter salió del despacho acompañado de su abogado mientras este guardaba una copia del testamento y los documentos en el maletín.

Cerraron la puerta y durante unos segundos se quedó mirando al frente. El día anterior había llovido y las calles estaban hechas un barrizal. Los caballos arrastraban los carruajes que se movían de un lado a otro.

Suspiró y miró al cielo. Aquel día había amanecido despejado y el sol daba de lleno en sus ojos de un color azul cielo. Situó hacia abajo las mangas de su abrigo oscuro a conjunto con su corbata y los pantalones color crema.

Le había quedado muy claro que si quería perpetuar lo que su familia había construido debía contraer matrimonio, algo que, por otro lado, no le hacía ninguna gracia.

Ya había acudido a algunos bailes las temporadas pasadas en Londres y ninguna mujer había llamado su atención. Sí, había muchas y muy bonitas, realmente hermosas, pero ninguna captaba su interés lo suficiente como para convertirla en su esposa. Sin embargo, ahora disponía de dos años para encontrar a una, un cometido que, realmente, no le interesaba en absoluto y que se vería obligado a cumplir. Nunca le habían faltado las atenciones de una mujer, pues en las temporadas en sociedad en Londres siempre había captado la mayor parte de las miradas de las mujeres casaderas, pues todas eran conscientes del gran imperio económico que tenía, pero no era lo que quería. No podía distraerse de su cometido y de su trabajo. No iba a negárselo, el matrimonio jamás había entrado en sus planes, de hecho, ni siquiera lo había pensado. Cuando había necesitado atención femenina se la había procurado sin ningún problema. Era lo bueno de amasar una gran fortuna.

Lo que imperaba en su vida en esos momentos era el trabajo, sin embargo, si quería conservar el legado de su familia debía contraer matrimonio y, además, convivir con una mujer durante seis meses. Aquello le parecía una locura, aunque viniendo de su tío tampoco le

sorprendía tanto. Siempre había insistido en que quería verlo felizmente casado y con descendencia.

—Señor Renwich —interrumpió el abogado a su lado—, ¿qué desea hacer?

Walter miró a la derecha, en dirección a la calle que debían tomar para dirigirse a la vivienda que su tío le había dejado en uso y disfrute hasta que no consiguiese la propiedad.

—Volvamos a casa. —Comenzó a caminar sin esperarlo—. Y prepare todo para zarpar en un par de días hacia Londres.

—Claro, señor… y… —tragó saliva angustiado—, ¿respecto al testamento?

Walter lo miró de reojo sin dejar de caminar.

—Creo que el testamento deja muy claro lo que debo hacer si quiero conservar todo el patrimonio familiar… debo casarme. No pienso permitir que la mitad de la empresa de mi padre y de mi tío acabe subastada y siendo propiedad de un desconocido.

—Lo entiendo señor, pero…

—Pero ¿qué?, ¿señor Tilston? —le preguntó deteniéndose y girándose hacia él—. Si somos francos, podemos hacerlo de dos formas. La primera, pensar en el matrimonio como una mera forma de conseguir la propiedad absoluta de la empresa familiar, lo cual convierte el matrimonio en una transacción económica, en un… mero contrato más. O, segundo, pensar que el matrimonio es algo más y que podría llegar a encontrar a la mujer indicada con la que me gustaría pasar el resto de mi vida y, sinceramente… —dijo volviendo a caminar de una forma acelerada—, después de mi experiencia en anteriores años en la temporada de Londres, esa segunda opción no la veo muy factible. Así que lo mejor de todo es mantener la mente de un empresario como he hecho hasta ahora y pensar que solo se trata de un mero contrato más para conseguir unos fines —acabó diciendo.

—Entiendo, señor… —comentó acelerado, pues Renwich mantenía un ritmo demasiado apresurado.

—Además, si se ha fijado, el testamento solo obliga a mantener el matrimonio durante seis meses…

—Señor, le recuerdo que el divorcio no está admitido. Solo existen dos excepciones: o el adulterio o poseyendo los suficientes medios de fortuna…

—Los cuales tengo —le recordó.

—… para poder conseguirse —continuó el letrado sin tener en cuenta la interrupción—. Es enormemente costoso un divorcio tanto desde el punto de vista procesal como desde el meramente económico. Desde el punto de vista procesal, precisa la intervención del Parlamento con una *Private Divorce Act* para disolver el vínculo matrimonial.

—Lo sé… —respondió—, pero no adelantemos acontecimientos. Veamos qué tal va la temporada este año y, a unas malas, siempre puedo llegar a un acuerdo con alguna mujer —comentó encogiéndose de hombros—. ¿Qué mujer no querría gozar de una gran fortuna y poder vivir libre para hacer lo que quisiese? —le preguntó mientras sonreía y aceleraba el paso.

El abogado resopló al escuchar aquellas palabras.

—No, si desde luego la mentalidad de un empresario la tiene —susurró para él mismo sin que Walter lo escuchase.

Walter siguió caminando en silencio. Amaba a su tío tanto como a su padre, pero aquella jugada que le había preparado no le gustaba. Menudo as en la manga se había guardado su tío para, finalmente, dirigir su vida hacia donde él siempre había deseado.

Desde luego, el destino le acababa de sorprender como nunca antes lo había hecho.

Se quedó observando el retrato que su tío Benjamin había mandado pintar junto a su sobrino,

cuando él tenía dieciocho años. Vestía de forma elegante y posaba de pie al lado de su tío, el cual se mantenía sentado en una silla.

Miró de reojo a una de las mujeres del servicio y señaló el cuadro.

—¿Podría pedir que lo envolviesen? Me gustaría llevármelo.

La mujer asintió.

—Claro, señor Renwich —comentó ella siguiendo su camino.

El cuadro se encontraba en medio del comedor.

Aquella noche le había costado conciliar el sueño, no solo por las últimas órdenes de su tío, sino también por encontrarse allí.

Su tío disponía de una gran mansión. Se había levantado y había recorrido aquella casa poco a poco, deteniéndose en la extensa biblioteca que su tío tenía en la segunda planta. Los recuerdos lo asaltaban a cada paso que daba con la vela en su mano, alumbrando el camino.

Allí, en esa sala, había pasado cientos de horas con su tío aprendiendo el manejo de la empresa. Ahora, estaba solo.

Sí, tenía a su madre y a sus dos hermanas a las que adoraba, pero no era lo mismo. Tras la muerte de su padre se había refugiado en la figura paterna de su tío y, hoy por hoy, era como era gracias a él.

Había pasado la noche deambulando por la casa hasta cerca de las seis de la madrugada, cuando el sueño comenzaba a azotarlo. Había caído rendido hasta las nueve de la mañana. No había dormido mucho, apenas tres horas, pero no sentía cansancio alguno. Debía reconocer que dirigir una empresa como aquella le había enseñado a vivir conciliando poco el sueño.

Se giró cuando la voz de su abogado personal, el señor Theo Tilston, lo sorprendió por la espalda.

—Señor Renwich —pronunció dirigiéndose hacia él. Walter esperó a que llegase hasta él—. Ya tengo los pasajes de la naviera Black Ball Line, pero me temo que no podemos partir hasta dentro de cinco días —dijo mostrándole los documentos—. Eran los dos últimos camarotes que quedaban.

Walter asintió.

—Está bien —dijo asintiendo y suspiró. La naviera Black Ball Line era una de las pocas flotas de barcos de vela que ofrecía un servicio regular a pasajeros que viajaban desde el Reino Unido a los Estados Unidos y viceversa. El primer servicio regular había sido en 1818 y, a partir de ahí, numerosas compañías habían seguido su ejemplo ofreciendo sus servicios en todo el mundo. Era una buena compañía y ofrecía unos buenos camarotes, espaciosos, así como un menú variado—. Gracias. —Miró hacia las escaleras de la primera planta—. Si no le importa, he quedado esta tarde con el abogado de mi tío, me gustaría que me acompañase para acordar todo lo necesario para este período de tiempo.

—Claro, señor.

Walter asintió y miró de nuevo el retrato de él junto a su tío.

—Puede tomarse el resto del día libre hasta las seis de la tarde.

—De acuerdo, ¿no desea nada más? —preguntó el abogado.

Walter le sonrió y negó con su cabeza mientras situaba una mano en su hombro y le daba una palmadita.

—No, señor Tilston, pero gracias —dijo alejándose de él.

Walter se dirigió a las escaleras y subió a la planta alta, concretamente al despacho de su tío. Los objetos que había mandado empacar para llevarse aún seguían en el mismo sitio. No iba a llevarse mucho, pero sí unos detalles que quería conservar de él: su abrecartas de plata, su

plumín, su reloj de muñeca y unos gemelos. Al menos tendría un bonito recuerdo de él.

Una mujer entró en el despacho con una caja y varios trapos para envolver los objetos que él había solicitado a primera hora de la mañana.

—Oh, disculpe —dijo bajo el marco de la puerta como si se sorprendiese de verlo allí. Se giró para marcharse, pero Walter la detuvo.

—No, no, pase… por favor —invitó a la mujer.

Ella asintió y fue con la caja hacia la mesa, depositándola sobre ella, y comenzó a envolver los objetos que él había solicitado para transportarlos con el equipaje.

Observó cómo envolvía cuidadosamente cada uno de aquellos objetos y se dirigió hacia la ventana. Desde allí se observaba el pequeño jardín delantero, un poco descuidado, y la calle por donde no dejaba de transitar gente.

Se giró para observar a la mujer.

—¿Qué vais a hacer vosotros? —preguntó Walter.

A la mujer le sorprendió aquella pregunta.

—Algunos de nosotros ya tenemos un nuevo trabajo y comenzamos en breve, otros están buscando —respondió.

Walter asintió y miró a la mujer de unos cuarenta y cinco años. Sabía que tampoco era fácil encontrar un trabajo en aquellos momentos, pues toda la gente adinerada de Nueva York ya disponía de su propio servicio.

—El abogado que se encargaba de los asuntos de mi tío, el señor Robert Johnson, tiene mi dirección. Si alguien del personal que estaba a cargo de mi tío no encuentra trabajo puede ponerse en contacto con él. Le dejaré instrucciones para que me lo comunique. Podría encontrarle algo en Londres, si no tiene ataduras aquí, claro.

La mujer lo miró sorprendida por el ofrecimiento.

—Se lo agradezco mucho, señor Renwich —dijo con una sonrisa cerrando la caja—. Es tan amable como su tío, que en paz descanse. —Walter la miró con una sonrisa triste mientras la señora se acercaba a él—. El señor Benjamin Renwich fue un excelente señor y un gran hombre. Estoy segura de que usted seguirá sus pasos.

Walter no dijo nada a eso, simplemente miró a la mujer con una tierna y triste sonrisa antes de que se diese la vuelta y la mujer del servicio abandonase el despacho con la caja ya preparada.

Suspiró y se giró de nuevo, observando por la ventana.

Aquella casa estaba vacía sin su tío. Se quedó mirando por la ventana pasar a la gente por la calle, dejando que el tiempo fluyese.



2

Elodie Mary Wilkinson se quedó observando el camarote que ocuparía durante los siguientes diecinueve o veinte días junto a su madre.

El camarote de aquel lujoso barco llamado *James Cropper* era inmenso, con dos acomodadas camas, una a cada lado del camarote, y gran espacio donde dejar las maletas en un lateral, al lado de un gran armario de madera clavado al suelo. Frente a ellas había un tocador con una banqueta. Sin duda, aquel era uno de los camarotes preparados para las mujeres.

—Disculpe —susurró ella apartándose de la puerta para que pasasen los baúles y maletas que llevaban.

Su estancia en Estados Unidos, concretamente en Nueva York, se había alargado más de la cuenta, no pensaba estar cerca de seis meses allí. Su estancia había sido realmente horrible, pues su vida social se había visto reducida a su excéntrica madre y al servicio que las atendía en casa.

Ella siempre había gozado de una rica vida social en Londres, con sus amigas con las que compartía institutriz para su puesta de largo este primer año.

Tras la muerte de su padre había dejado pasar las dos anteriores temporadas londinenses, ya que el luto no le había permitido presentarse en sociedad, sin embargo, este año sí lo haría.

Observó a los hombres dejar sus baúles en el lateral del camarote y se apartó de nuevo para que abandonasen la estancia.

—Señorita… —se despidió uno de los hombres con un cortés movimiento de su cabeza.

Ella asintió y entró finalmente al camarote, observándolo todo.

Cuando habían partido todos a Nueva York, hacía casi medio año, lo había hecho junto a su madre, Mary Wilkinson, y su hermano, Jack Henry Wilkinson, ahora propietario heredero de la industria *WilkinTextils*, una de las mayores industrias textiles de Inglaterra o, al menos, lo había sido en vida de su padre.

En la Revolución Industrial en la que se encontraban inmersos, la producción textil había pasado de ser una industria artesanal a una altamente mecanizada en la que los trabajadores solo estaban presentes para asegurarse de que las máquinas de cardar, hilar y tejer nunca se detuviesen. Su hermano, impulsado por el deseo de reducir costos, había acondicionado la empresa a la adopción de máquinas accionadas por ruedas hidráulicas y máquinas de vapor. Aquello había generado una gran deuda a la familia que su hermano pensaba pagar durante el primer año, pero no había sido así. El despunte de la moda francesa había provocado que muchas modistas pidiesen sus telas a Francia, provocando que la recuperación del dinero invertido en modernizar la empresa fuese mucho más difícil de conseguir de lo que había esperado.

La única forma de conseguir nuevos inversores era explorando nuevos lugares, y ese había sido el caso. Su hermano había decidido probar suerte con América y, para ello, había decidido llevarse a su madre y a su hermana de viaje, pues ellas estaban acostumbradas a la alta vida social de Londres y podrían pasear sus vestidos allá a donde fuesen, dejando impresionadas a la alta burguesía y familias acomodadas de Nueva York. Además, su madre tenía una gran influencia y don de gentes, por lo que le sería fácil contactar con la alta clase social de Nueva

York.

Así había sido y, realmente, no podía quejarse, pues sabía que su hermano había llegado a grandes acuerdos, pero ella echaba de menos su amada ciudad, su vida social…

—Bien —dijo su madre a su lado, despertándola de sus pensamientos—, si no te importa… —dijo entrando en el camarote y dirigiéndose a la cama que se encontraba más cerca de la pequeña ventana redondeada del camarote—, dormiré en esta cama.

—No, claro que no —respondió Elodie avanzando hasta su cama y pasando la mano sobre la suave colcha dorada que la recubría.

Su hermano pasó por la puerta y miró al interior, coincidió la mirada con ella unos segundos y, sin decir nada más, siguió su camino hacía el camarote contiguo donde tenía una estancia masculina exclusiva para él.

Elodie suspiró y se giró de nuevo. Su hermano siempre se había mostrado altivo con ella, ya desde pequeña, pero a raíz de la muerte de su padre más aún. Su madre parecía disfrutar de la iniciativa de su hermano, de ver que se había convertido en todo un hombre de negocios, aunque la codicia lo impregnase e incluso llegase a perder su integridad, algo que, quizá, también había heredado de su padre, sin embargo, ella no podía dejar de sentirse mirada como un objeto por él. Sabía que su hermano tenía la intención de que se presentase ese año ya en sociedad. Ella también lo deseaba, pero lo que no quería era acabar casada con quien él desease, pues parecía que su hermano tenía muy claro lo que ella necesitaba y, obviamente, no iba a realizar un casamiento que no fuese ventajoso para él, pues esperaba una gran dote.

Elodie Mary siempre se había caracterizado por una belleza salvaje y dulce a la vez. Su cabello rubio tirando a caoba contrastaba con su piel blanquecina y sus enormes ojos azules.

Era consciente de que no tendría problemas para encontrar marido, pero quería ser ella la que lo escogiese. Al fin y al cabo, su hermano parecía tratarla simplemente como mercancía con la que negociar para conseguir sus propósitos. Aun así, eso no era lo que más le dolía, sino ver que su madre aprobaba la conducta reprochable de su hermano.

Las conversaciones que mantenían por las noches mientras cenaban se repetían en su mente:

—No hay que desesperar —había pronunciado su madre mientras cortaba la carne—, piensa que, aunque no consigamos muchos negocios aquí en América, todavía podemos optar a una buena dote con tu hermana.

Elodie había tragado saliva y mirado a su madre asombrada, sin dar crédito a lo que esta decía.

—Sí, hermanita… —había pronunciado Jack—, quizá, al final, seas tú quien nos salve de la bancarrota.

Aquellas palabras habían suscitado en ella una enorme preocupación, parecía que tanto su madre como su hermano estaban decididos a condicionar su vida y a usarla de moneda de cambio con tal de mantener el patrimonio familiar. ¿Qué importaba lo que ella pensase? ¿Lo que ella desease? Ella deseaba algo más que simplemente servir a su familia, deseaba que se respetase su opinión, que ella pudiese escoger al hombre con quien casarse y formar una familia, incluso prefería quedarse soltera antes de tener que convivir con un marido impuesto el resto de su vida.

No le asustaba la soltería, sabía de mujeres que eran solteras o habían enviudado muy jóvenes y vivían su vida libremente, divirtiéndose. No es que ella desease eso, pero lo prefería a que la doblegasen y la usasen solo para obtener unos beneficios destinados a enmendar una mala inversión fruto de la poca cabeza de su hermano.

Miró a su madre que se echaba un chal por encima, pues hacía bastante fresco.

Una de las mujeres del servicio con las que viajaban entró por la puerta.

—Oh, aquí estás —pronunció su madre—. Por favor, Anne, cuelga los vestidos lo antes posible —ordenó—, no quiero que se arruguen. El viaje es muy largo —pronunció con voz altiva y su espalda totalmente erguida.

—Por supuesto, señora —respondió la mujer comenzando a colgarlos ante la supervisión de su madre. Habían llevado bastantes vestidos a Nueva York y se habían hecho con unos cuantos allí, así que realmente no sabía si cabrían todos en aquellos pequeños armarios.

—No, no… —le corrigió su madre—, comienza por los que hemos adquirido aquí. —Dio unos pasos hacia delante, hacia su hija—. Algunos de estos vestidos son muy hermosos, podrán servirte para esta temporada —explicó a su hija. Ella suspiró y se echó sobre la cama con los brazos extendidos, algo que no gustó a su madre—. Elodie, por favor… —le riñó—, una señorita no puede comportarse de esa forma —dijo colocando sus manos por delante de su largo vestido color azul marino.

Elodie la miró, pero permaneció en aquella postura mientras suspiraba, agotada de recibir orden tras orden.

—Claro, madre —susurró ella sentándose al borde del colchón y adoptando la clásica postura con las piernas juntas, las manos sobre las rodillas y la espalda erguida—. ¿Mejor así?

La madre la miró de la cabeza a los pies, no muy segura de aceptar el tono irónico de su hija.

—Sí, mucho mejor.

Elodie apretó los labios y miró hacia la ventana redondeada y pequeña desde donde solo alcanzaba a ver el cielo azul. Pensar que debía compartir camarote durante veinte días con su madre la consumía por dentro.

—Me han dicho que a las cuatro sirven el té… —continuó su madre hablando mientras le daba la espalda, observando a la doncella colgar los nuevos vestidos que habían adquirido en Nueva York—. En este barco viaja mucha gente con alto poder adquisitivo, quizá podríamos conocer a alguien importante.

—Claro, madre —dijo ella poniéndose en pie. Dio unos pasos a un lado y observó el baúl donde sabía que guardaba alguno de los libros que había llevado a Nueva York para entretenerse. Los había leído todos, pero indudablemente prefería volver a leerlos antes que ir con su madre y su hermano a tomar el té, aunque sabía que no le permitirían quedarse sola en el camarote.

—Oh, con este deslumbrarás… —susurró su madre mientras observaba embelesada un hermoso vestido azul claro que habían comprado en Nueva York.

—Madre, si no te importa, voy a salir a cubierta a que me dé el aire, me gusta ver cuando partimos del puerto.

—Claro, claro… —comentó su madre sin prestarle mucha atención—, pero no te acerques mucho a la baranda… no vaya a ser que te caigas.

Elodie puso los ojos en blanco mientras se dirigía a la puerta y salía del camarote.

Sabía que aún tardarían en salir de puerto, pero le asfixiaba estar dentro del camarote. Debía reconocer que el camarote en el que habían viajado hasta Nueva York era más pequeño, pero tras las palabras que había tenido su madre con su hermano sobre ella se sentía totalmente oprimida.

Avanzó por el pasillo inmersa en sus pensamientos y se giró un segundo al escuchar la grave voz de su hermano en el camarote contiguo.

—Cuidado con ese baúl —lo escuchó decir mientras unos hombres lo entraban en su propio camarote.

Resopló y miró al frente justo cuando se golpeó contra una persona y estuvo a punto de

perder el equilibrio. Situó su mano en la pared dando unos pasos hacia atrás, recuperando el equilibrio, y miró al frente.

—Disculpe, señor… —comentó ella al joven muchacho con el que se había golpeado.

El muchacho la miró de la cabeza a los pies y sonrió de una forma sarcástica, ladeando su cabeza.

—No hay nada que disculpar, ha sido un placer —bromeó.

Elodie parpadeó varias veces ante el descaro de aquel joven y lo rodeó conmocionada por las palabras que le acababa de dedicar.

—Sin duda no para mí —susurró ella.

Caminó sujetando su vestido color verde oscuro y se giró para observar que aquel joven entraba en una de las habitaciones.

Otro hombre de negocios pretencioso que se creía el amo del mundo, igual que su hermano. ¿Por qué todos los hombres la trataban así?, ¿como si fuera un simple objeto? No, ella deseaba algo más. Había recibido una buena educación en casa con una institutriz desde los seis años. Sabía leer, escribir poesía, algo con lo que realmente disfrutaba, tocar el piano, sabía de arte y se interesaba por él… ¿Por qué la infravaloraban tanto cuando seguramente sobrepasaba en conocimientos a su propio hermano?

Suspiró y salió a cubierta acercándose a la barandilla. El puerto bullía y la pasarela aún se encontraba apoyada en el muelle. A través de ella subían numerosos baúles, maletas y, seguramente, los víveres para aquella travesía.

El barco era realmente enorme y disponía de unos pocos bancos donde sentarse para disfrutar de la brisa marina. Fue hacia uno de ellos y se sentó. Quizá debería haber cogido un abrigo, pues a esa hora de la mañana del mes de mayo y en la costa corría una brisa fría, pero prefería eso a tener que encerrarse de nuevo en el camarote con su madre mientras iba dando órdenes al servicio de cómo colgar los vestidos, o escuchar de nuevo la grave voz de su hermano dirigiendo también al personal para luego, seguramente, darle una mísera propina o ni eso. Si algo había aprendido aquellos últimos meses de su hermano es que era un arrogante y un egocéntrico. Eso no iba a con ella.

Walter Colin Renwich miró cómo se alejaba aquella joven con la que había chocado en el pasillo, con aquel entallado vestido color verde oscuro que realzaba su figura. Se había quedado impresionado en un primer momento, pues era una mujer realmente preciosa, pero al escuchar las palabras de ella había quedado impresionado. Menudo carácter el de aquella mujer. Había decidido no responder a la insinuación, no sería del todo caballeroso enzarzarse en una discusión con una mujer.

Entró a su camarote sujetando aún su maletín y miró hacia la puerta de nuevo. La joven ya había desaparecido, sin embargo, varios marineros bajaban sus tres maletas.

—Es aquí —les indicó hacia su camarote.

El camarote individual que había escogido le permitiría tener la intimidad que tanto necesitaba. Era una travesía larga y, por suerte, podía costearse un camarote para su abogado y otro para él. Podrían gozar de largas charlas juntos, hacerse compañía, pero cada uno gozaría de su intimidad como quisiese.

Dejó que los marineros entrasen y depositasen sus maletas al fondo del camarote.

Solo de pensar que le esperaban unos veinte días aproximadamente en aquel barco se desesperaba, por suerte, podría entretenerse algunos días revisando los documentos que el abogado encargado de sustituirlo, el señor Robert Johnson, le había entregado sobre los balances de la empresa de aquellos últimos meses.

Sabía que podía confiar en él, el señor Johnson era un excelente abogado y llevaba más de veinte años al servicio de su tío. Además de ser una persona totalmente capacitada para ello, dado que conocía perfectamente la empresa, era un buen amigo de Benjamin, lo cual le daba aún más confianza.

Seguramente, si conseguía una esposa y adquiría en propiedad el 50 % de la parte de su tío, dejaría que el señor Johnson siguiese administrando la parte de Nueva York, ya que conocía todas las navieras que su tío empleaba para el traslado desde Inglaterra hasta Nueva York, así como sus mayores clientes.

Depositó el maletín sobre la mesa y suspiró.

Buscar una esposa… aquello no entraba en sus planes. Aún después de haber pasado días desde la firma del testamento en el despacho del albacea que su tío había designado, no daba crédito.

El señor Tilston llamó a la puerta de su camarote, lo que provocó que Walter se girase hacia él.

—¿Ya se ha instalado? —preguntó—. ¿Necesita algo?

Walter negó.

—No, gracias —dijo dirigiéndose a las maletas que habían depositado los marineros—. Supongo que zarparemos en pocos minutos.

—Sí, creo que ya están subiendo los víveres —anunció el letrado.

—Bien, pues… descanse lo que necesite, de todas formas, no hay otra cosa que hacer hasta que lleguemos a Londres.

El abogado le dio la razón.

—Está bien, cualquier cosa que necesite estaré aquí —dijo señalando la puerta frente a él.

Walter asintió mientras lo veía entrar en su propio camarote.

Ya le había pasado en el viaje de ida a Nueva York. Con tantos días recluido en el barco, uno acababa conociendo a mucha gente y entablando ni que fuese una efímera amistad, no dudaba en que esta vez ocurriría lo mismo, si bien aún quedaban muchas horas hasta que llegase el momento de servir la comida.

Miró a su alrededor y se sintió agobiado. Abrió la maleta, cogió su *redingote*[2] y se lo puso.

Salió del camarote cerrando la puerta tras de sí y se dirigió a cubierta rápidamente mientras abrochaba los botones superiores, pues en aquella zona la brisa era gélida.

En el preciso momento en que salió a cubierta observó cómo retiraban la rampa. Miró hacia el muelle, lleno de gente. Algunos eran simplemente trabajadores del puerto, otros venían a despedirse de sus seres queridos que emprendían aquella larga travesía.

Dio unos pasos adelante mientras observaba a los marineros trepar las cuerdas para soltar las velas de los tres palos. Con aquel viento pronto perderían de vista la costa.

Su mirada voló directamente hacia uno de los bancos donde permanecía aquella mujer con la que se había topado en el pasillo. Observó cómo se apartaba sin lograrlo el cabello de su rostro, pues el viento no le daba tregua. Su perfil era realmente hermoso, su pelo rubio tirando a caoba y sus hermosos ojos azules contrastaban con una piel blanquecina. Era una mujer realmente atractiva, sin duda una de las más hermosas que había visto, aunque también parecía tener bastante carácter.

Ladeó su cabeza cuando observó que un hombre se acercaba a ella, situándose enfrente, y comenzaba a hablar. Con el jaleo que había en cubierta no escuchaba nada. El hombre vestía de forma elegante, así que supuso que debía de ser su marido.

—Un tipo con suerte —susurró Walter.

Iba a girarse para dirigirse al otro lado de la cubierta, pero se descubrió viendo que no podía apartar los ojos de ella. Aquella mujer tenía algo que le atraía en exceso, aunque un hecho llamó su atención. La mujer no parecía querer mantener el contacto visual con el hombre que tenía delante, como si estuviese enojada. Si algo había aprendido durante sus años en las temporadas de Londres era a identificar cuándo una mujer se sentía atraída por él o bien cuándo intentaba disimular su enojo y, desde luego, aquella mujer no sabía esconder bien sus sentimientos, era demasiado expresiva.

Jack, el hermano de Elodie, situó sus manos en su propia cintura con una actitud molesta.

—No deberías estar aquí sola —indicó él mientras miraba en otra dirección, pues su hermana le esquivaba la mirada. Desde aquella conversación donde su madre y él parecían querer usarla de moneda de cambio debía intentar reprimir aquellos deseos de salir corriendo y mantener la compostura. La única forma en que conseguía tal cosa era no enfrentándose a su hermano, pues sabía que si lo miraba podía acabar perdiendo las buenas maneras.

Ella rio sin dar crédito a sus palabras, mirando a un lateral.

—Tranquilo, hermano, los marineros están demasiado ocupados como para prestarme atención. No corro ningún peligro —ironizó.

Jack inspiró hondo como si aquella conducta no le gustase, pero intentó ser prudente, pues por la cubierta paseaban muchos de los viajeros con sus elegantes trajes, demostrando así su alto poder adquisitivo. No quería llamar la atención de aquella forma.

—Nos gustaría hablar contigo en privado, hermana —comentó él en un susurro.

—¿Para qué? —preguntó enfrentándolo finalmente.

Su hermano tendió la mano hacia ella para ayudarla a levantarse del asiento aún sin haber aceptado su oferta.

—Son buenas noticias —comentó esta vez su hermano con una sonrisa.

Aquellas palabras la intrigaron. ¿Puede que su hermano hubiese conseguido un buen acuerdo comercial en Nueva York y sus deudas se hubiesen solucionado? Sin duda, aquella sería una fantástica noticia.

Miró a su hermano. Unos ojos azules como los de ella la miraban de forma expectante, esperando a que tomase su mano mientras con la otra se tocaba el cabello rubio oscuro, apartándolo de su frente.

Elodie tragó saliva y finalmente asintió mientras posaba su mano sobre la de su hermano para levantarse.

Caminaron hacia la entrada al pasillo que los llevaba al camarote cuando su mirada coincidió con la de aquel hombre que la observaba cerca de la barandilla, el mismo con el que se había topado en el pasillo.

Le llamó la atención aquella mirada, pues era como si la mirase intrigado. Walter tragó saliva mientras se perdía en aquellos ojos azul claro. La luz del sol incidía en ellos y llamaban poderosamente su atención.

Elodie apartó la mirada de él, cohibida, pues aquel hombre no parecía sentirse nada intimidado por ella, y giró junto a su hermano para entrar en el pasillo que la conduciría hasta el camarote.



3

Su madre y su hermano habían esperado a que Anne colocase cuidadosamente cada uno de los vestidos que habían adquirido en Nueva York en el armario y que así permaneciesen lo menos arrugados posible.

Para entonces, el barco ya había salido del puerto y se alejaban de la costa. El viento de aquella mañana hacía que el barco surcase el mar con premura.

No sabía qué ocurría, pero su madre permanecía con una sonrisa desde que ella había entrado a su camarote acompañada de su hermano. Ahí sucedía algo que ella ignoraba.

En cuanto Anne acabó con el vestuario salió de la estancia y fue Jack quien se encargó de cerrar la puerta.

Elodie los miraba sin saber a qué atenerse. Que su hermano le hubiese dicho que tenía buenas noticias no sabía cómo tomárselo. ¿Buenas noticias respecto a la empresa? ¿Respecto a ella? No entendía el porqué de la actitud de su madre y de su hermano.

Permaneció de pie, entre las dos camas, mientras Jack miraba a su madre con una sonrisa. Estaba claro que ambos sabían de qué se trataba lo que su hermano iba a explicarle.

—Siéntate, hija —le ofreció su madre señalando la cama con una ferviente sonrisa, incluso emocionada.

Aquello provocó en ella un nerviosismo que hasta ese momento no había sentido. Algo no iba bien.

—No —comentó ella parada—, estoy bien así, pero gracias.

Su madre igualmente juntó sus manos a la altura de su pecho, emocionada, y miró a su hijo para que comenzase a hablar.

—Sabes que últimamente no estamos pasando por una buena racha económica… —comentó. Ella asintió—. Pues bien, todos nuestros problemas se van a solucionar en breve.

Elodie apretó los labios y se removió inquieta. ¿Por qué tenía la sensación de que aquella sonrisa que ambos poseían no iba a ser buena para ella?

Inspiró intentando mantener la calma.

—¿Ha ocurrido algo que quieras comunicarme? —le preguntó a su hermano. Él asintió y dio un paso al frente mientras se abría su chaqueta azul marino y buscaba algo en su bolsillo interior. Extrajo un sobre y se lo mostró. Ella enarcó una ceja y miró a su hermano sin comprender—. ¿Es un talonario? —ironizó ella.

—No, mucho mejor —respondió su hermano y abrió el sobre. Elodie miró de reojo a su madre. Aquella sonrisa y brillo en sus ojos no le gustaban nada. Tenía un mal presentimiento—. ¿Te suena el nombre de Patrick Nicholas Beresford?

Ella negó con la cabeza.

—¿Debería sonarme? —preguntó juntando sus manos por delante de su vestido.

Jack asintió.

—Es el cuarto marqués de Bristol —señaló su hermano—. Lo conociste una de las veces que vino a casa, hace varios años. Nuestro padre, antes de su fallecimiento, había realizado algún

negocio con él. Había venido a casa un par de veces.

Ella intentó hacer memoria, pero no lo recordaba.

—Lo siento, pero no, hermano, no lo recuerdo.

—Desde que asumí el rol de cabeza de familia me he encargado de la empresa y siempre he intentado que tanto a nuestra madre como a ti no os faltase de nada —continuó—. He realizado varios negocios más con él a lo largo de estos dos años, pues tiene una gran influencia en la sociedad londinense y siempre ha recomendado nuestra empresa a modistas.

Ella lo miró sin comprender aún por qué le explicaba todo aquello.

—Supongo que… debemos estar agradecidos por ello —comentó ladeando su cabeza.

—Así es —contestó su hermano. Dio un paso hacia su madre para situarse a su lado—. El marqués de Bristol enviudó hace un año, el pobre quedó destrozado —continuó explicando. Elodie dio un paso atrás cuando escuchó aquellas palabras, pues en ese momento una idea asaltó su mente, y aquella idea no le gustaba nada—. Hace dos días recibí esta carta de su parte. —Elodie tragó saliva—. Te casarás con el marqués de Bristol. No nos pide una gran dote —comentó sonriente a la madre—, es algo que podemos asumir, pero, a cambio, el marqués se ha comprometido a influir en la sociedad, incluso… —dijo con una gran sonrisa—, nos pondrá en contacto con fábricas que proveen a la Corona, a diferentes ducados y a marquesados.

Ella puso su espalda recta, tiesa como un palo.

—¿Casarme con el marqués de Bristol? —preguntó sin dar crédito.

Su madre en ese momento explotó de felicidad alzando los brazos.

—Oh, hija —dijo con una gran sonrisa, incluso con los ojos llorosos—, serás marquesa. —Fue hacia ella y la abrazó de inmediato, como si no pudiese contener tanta felicidad. Elodie ni siquiera pudo moverse y corresponderle a ese abrazo. Su madre la cogió por los brazos y la miró, luego pasó una mano delicadamente por su rostro—. Tu hermano se ha encargado de procurarte un prometedor futuro. Entrarás en la sociedad londinense por la puerta grande. —Ella seguía sin reaccionar y miró a su madre mientras tragaba saliva, intentando recordar desesperadamente a aquel hombre—. Vas a salvar el legado de tu padre —dijo con lágrimas en los ojos. Ella dio un paso atrás para separarse de las manos de su madre, pensativa. Aquella reacción no parecía ser del agrado de su madre que borró la sonrisa de su rostro y la miró de la cabeza a los pies—. ¿Qué ocurre? —Su mirada se volvió altiva—. Tienes mucho que agradecerle a tu hermano —enfatizó.

Ella miró a Jack, el cual la observaba con duda en su mirada.

—Has negociado mi matrimonio… —indicó ella de forma seria.

Jack rio como si no creyese las palabras de su hermana, con un tono que parecía enfurecido.

—El matrimonio es una simple transacción económica —comentó.

Ella apretó los labios y bajó la cabeza respirando hondo, intentando manejar aquella situación lo mejor que podía. En aquel momento se encontraba atrapada y comenzaba a costarle respirar.

—Dices que enviudó hace un año… ¿qué edad tiene? —preguntó Elodie mirando a su hermano fijamente.

—¿Qué importa la edad? —interrumpió su madre—. Serás marquesa.

Elodie dio un paso hacia delante y volvió a preguntar a su hermano ignorando a su madre.

—¿Qué edad? —preguntó con un tono más elevado.

Su hermano se encogió de hombros.

—Creo que… unos cuarenta y ocho años, aunque no lo sé seguro… puede que cincuenta —contestó como si no le diese importancia.

Elodie dio un paso hacia atrás mientras su pecho subía y bajaba a gran velocidad.

—Me dobla en edad, en realidad supera el doble —comentó ella bastante nerviosa.

—¿Y? —preguntó Jack sin comprender y ladeó su cabeza examinando a su hermana. Por eso mismo no había querido informarla de la decisión hasta que no tomasen rumbo a Londres, pues sabía que su hermana podía tener esa reacción—. Me parece que no eres consciente de la posición en la que nos encontramos. Tu madre se merece vivir decentemente, yo me he desvivido durante estos dos años por sacar adelante a la familia… —Elodie se removió inquieta —. Te he buscado un título nobiliario importante, serás reconocida en la sociedad y, a cambio, recibiremos un buen empujón que nos permitirá salvar la empresa y que el nivel de vida de tu madre se mantenga igual. —La miró seriamente—. ¿Acaso no te importa la familia?

—¿Te importa a ti? —preguntó Elodie molesta—. Me estás vendiendo a un hombre que me dobla la edad a cambio de un reconocimiento. ¿Crees que voy a aceptar casarme con un hombre así? ¿Uno al que ni siquiera conozco?

—Es un buen hombre —comentó su madre.

—No digo lo contrario —respondió ella—, pero estás mirando solo por ti —señaló a su hermano.

—Estoy mirando por el futuro de nuestra familia —contraatacó.

—Y para salvar el futuro de nuestra familia vendes a tu hermana —respondió ella alzando la voz—. No pienso casarme con un hombre que me dobla en edad, así que busca otra forma de solucionar tus problemas empresariales. Esa es tu responsabilidad, no la mía —acabó diciendo, harta de contenerse—. No soy moneda de cambio que puedas usar para solucionar tus malas inversiones, papá no lo habría permitido.

—¡Papá no está aquí! —gritó su hermano como si sus palabras lo alterasen y avanzó con pasos acelerados hacia su hermana. Aquella reacción en Jack provocó que Elodie diese unos pasos atrás un poco asustada—. A ver si lo entiendes, hermanita… —dijo situándose frente a ella —. El matrimonio está acordado, tanto si quieres como si no. No te estoy vendiendo a cualquiera, como tú dices, más bien te estoy procurando un buen futuro junto a un buen hombre que te abrirá las puertas de la sociedad y que arreglará la situación financiera en la que nos encontramos. —La miró de la cabeza a los pies—. Me parece muy egoísta por tu parte decir lo que estás diciendo.

—¿Egoísta? —se defendió ella—. ¿Cuándo has tomado las riendas de mi vida sin preguntarme siquiera qué era lo que yo quería? ¡Sin darme al menos la oportunidad de presentarme en sociedad y conocer por mí misma a un hombre del que pudiese enamorarme y ser feliz! —inspiró hondo—. ¿Me crees incapaz de tomar buenas decisiones? Quizá estoy incluso más capacitada que tú para ello —comentó ella con todos sus músculos en tensión.

Su hermano alzó el mentón.

—El cabeza de familia soy yo —sentenció—. Y aquí se hará lo que yo diga.

Ella dio otro paso hacia atrás chocando con la cama, aunque no para huir de él, sino para poder mirarlo bien a los ojos.

—No —sentenció ella—, no voy a casarme con él. Quiero tener la oportunidad de presentarme en sociedad —respondió agitada—. Siempre he obedecido todo lo que me habéis pedido, incluso me obligaste a venir a este estúpido viaje simplemente para que mamá y yo nos exhibiésemos y lograses inversiones. Me arrastraste lejos de mi hogar, de mis amigas y de mi vida social porque tú… —lo señaló harta de contenerse—, no has sabido organizar correctamente los recursos financieros que papá había dejado, endeudándote. Yo no voy a ser un recurso financiero más para ti. Me merezco tener una oportunidad y, al menos, decidir por mí misma con quién quiero pasar el resto de mi vida. Podré recibir consejos por vuestra parte, eso

siempre lo agradeceré, pero no, hermano… —pronunció con voz más grave—, yo no soy una moneda de cambio para solventar una mala gestión por tu parte.

Su hermano se giró hacia su madre, la cual miraba seriamente también a su hija. Estaba claro que ninguno de los dos estaba de acuerdo con las palabras del otro ni iban a dar su brazo a torcer.

Jack cogió el brazo de su hermana con bastante fuerza, provocando que ella se quejase, y la atrajo hacia él.

—El matrimonio ya está concertado —decretó él—, y serás presentada en sociedad —siguió él sin soltar su brazo. Elodie lo movió para zafarse, pero no podía.

—Me haces daño —se quejó ella.

—Te presentarás en sociedad, sí, pero como la prometida del Marqués de Bristol, ¿entiendes? —pronunció con un tono de voz más alto.

—¡Suéltame! —le gritó.

—Entra en razón, hermana… —Su cara estaba roja de furia—. No vas a encontrar una oferta mejor que la que yo te he encontrado. Ya no hay opción. El matrimonio se celebrará a finales de junio. Está todo apalabrado. Tienes más de dos meses para mentalizarte y hacerte a la idea. —En ese momento la soltó empujándola hacia atrás y la señaló—. Te casarás con el marqués de Bristol tal y como se ha estipulado, y no quiero escuchar nunca más una palabra tuya respecto a este tema. ¿Lo has entendido? —le gritó hecho una furia.

Elodie se pasó la mano por el brazo, por donde la había sujetado su hermano, y lo miró fijamente.

Iniciar una pelea con su hermano y su madre en aquel momento no le convenía, más cuando sabía que su madre estaba satisfecha con la decisión que había tomado su hermano. De nada serviría oponerse.

Elodie tragó saliva y asintió sin decir nada más. Se consideraba una mujer inteligente y, si hacía falta, hablaría con el propio marqués sobre ello. Ya encontraría alguna forma de deshacerse de aquel matrimonio, aunque ese no era ni el lugar ni el momento.

Se encontraba en un barco, a varias millas ya de distancia de la orilla y con una larga travesía de veinte días por delante en aquel pequeño camarote encerrada con su madre.

Jack miró a su madre, la cual asintió dándole a entender que estaba de acuerdo con todo lo que había hecho y dicho su hermano. Aquello la desesperó más aún. Ella, como su madre, como mujer, debería comprenderla más que nadie, sin embargo, parecía interesarle mucho más seguir con su ritmo de vida y mantenerlo que la felicidad de su propia hija.

Su hermano no dijo nada más, simplemente salió del camarote dando un sonoro portazo, intentando de aquella forma deshacerse de la rabia que lo consumía por dentro ante la negativa de su hermana.

Elodie ni siquiera se atrevió a moverse cuando se quedó a solas con su madre.

Mary permanecía en el otro extremo del camarote, con sus manos unidas por delante y mirándola fijamente. Sabía que su madre se había casado por amor, siempre había tenido una buena relación con su padre, de hecho, después de dos años seguía vistiendo de luto. No comprendía cómo podía estar de acuerdo con su hermano, quizá, si le hiciese comprender a su madre cómo se sentía ella y convencerla, esta podría persuadir a su hermano.

Elodie la miró con lágrimas en los ojos, sin poder casi controlarlas.

—Tú siempre me dijiste que te casaste con papá por amor… —comentó intentando controlarse—, ¿cómo puedes permitir que Jack me prometa con un hombre al que ni siquiera conozco y que tiene la edad de papá cuando murió?

Su madre dio unos pasos adelante.

—Si realmente alguna vez quisiste a tu padre… harías todo lo que estuviese en tu mano para salvar su legado…

Elodie se quedó boquiabierta con sus palabras.

—Yo también soy su legado, mamá, soy su hija —le recordó.

Su madre se removió inquieta unos segundos hasta que tomó una determinación.

—Tu hermano ha obrado bien… —Elodie negó con su cabeza mientras la agachaba, desquiciada ante las palabras de su madre—. Conozco al marqués desde hace muchos años y es un buen hombre, puede que sea un hombre mayor para ti, pero eso no es malo, es experiencia, y eso es bueno, hija.

Ella volvió a elevar su cabeza y miró a su madre con dolor.

—¿De verdad crees voy a ser feliz con un hombre así? ¿Con un hombre de casi cincuenta años que pretende casarse con una mujer de veintiuno? No es normal, no es lo que yo deseo, mamá.

—Veintidós en dos semanas —le recordó su madre como si ese dato fuese importante. Elodie resopló. Al ver la reacción de su hija, Mary se puso erguida de nuevo—. Si quisieses a tu familia ni te lo cuestionarías, sabes por lo que he pasado con la muerte de mi esposo…

—También era mi padre, yo también he sufrido —contestó ella.

—Lo mucho que ha trabajado tu hermano para sacarnos adelante…

Elodie negó.

—Si hubiese trabajado correctamente no tendría que venderme a un marqués ni me negaría la posibilidad de presentarme en sociedad, y tú, mamá, más que nadie deberías comprender cómo me siento —sollozó esta vez—. Tú quisiste a papá, elegiste al hombre con el que querías casarte… a mí me estáis usando, tanto si lo quieres ver como si no, para solucionar la mala gestión empresarial de Jack. Yo no tendría por qué pagar las consecuencias de sus actos.

Su madre la miró fijamente y dio un paso atrás. Inspiró hondo con sus manos cogidas por delante de la falda. En aquel momento, se dio cuenta de que no podría hacer cambiar de parecer a su madre, aquella mirada fría y distante le dio a entender que no la haría entrar en razón. ¿Cómo podía pretender que se casase con un hombre de casi cincuenta años? No le entraba en la cabeza.

Ya sabía que a su madre siempre le había gustado aparentar, vestir de forma ostentosa, por eso no le había importado en absoluto acompañar a su hijo Jack a Nueva York y mezclarse con la alta sociedad del lugar vistiendo sus prendas más lujosas, pero ella no era así, en ese sentido, ella se parecía más a su padre, un hombre trabajador que se había encargado de mantener unida a su familia, procurando lo mejor para cada uno de sus hijos.

—Harás caso a tu hermano —dictaminó su madre.

—Mamá, por favor… —suplicó ella asombrada por la frialdad de su madre.

—Cumple con tu obligación como mujer, Elodie —la interrumpió alzando más el tono para que ella se callase. Dicho esto, se giró hacia la puerta y fue hacia ella, la abrió y se giró. Elodie permanecía totalmente quieta, con todos los músculos en tensión en medio del camarote—. Y jamás… jamás vuelvas a hablarle en ese tono a tu hermano.

Acto seguido, cerró la puerta dejándola totalmente sola.

Durante unos segundos no pudo reaccionar. Sintió su corazón acelerarse y cómo le faltaba la respiración. Aquel camarote era más pequeño de lo que había aparentado en un principio. Era como si cada vez se redujese más. Intentó respirar, pero apenas le entraba el aire. Allí se estaba ahogando. Sintió cómo una lágrima comenzaba a resbalar por su mejilla, se la secó y fue directa hacia la puerta. Necesitaba aire, necesitaba poder respirar.

Abrió la puerta y no vio ni a su hermano ni a su madre en el pasillo, seguramente estarían juntos en el camarote de su hermano hablando sobre lo ocurrido.

Gimió y tomó a toda prisa el pasillo rumbo a la cubierta donde, al menos, encontraría el aire que allí dentro del camarote le faltaba.

Sin darse cuenta golpeó el brazo del hombre que pasaba a su lado, pero esta vez ni se disculpó, lo único que necesitaba era salir al exterior.

Walter se giró para observar de nuevo a aquella hermosa mujer correr por el pasillo rumbo a la cubierta. De nuevo había vuelto a golpearse con ella, la cual parecía ir inmersa en su mundo y no se había dado ni cuenta de lo ocurrido. No había podido ver bien su rostro, solo cuando se había golpeado, pero le había dado la sensación de que tenía los ojos llorosos.

Se quedó contemplándola salir al exterior y dirigirse directamente hacia un lado, con paso rápido y todo su cuerpo en tensión.

En otro momento le hubiese dirigido la palabra para recriminarle su comportamiento y decirle que debía ir con cuidado, simplemente por el placer de hablar con ella, pero decidió no hacer nada, pues parecía que tenía algún problema que la estaba afectando.

Walter fue hacia su camarote y entró en el interior. Ya prácticamente no se veía la línea de costa y en pocos minutos solo estarían rodeados de mar.

Fue hacia el baúl y lo abrió. Extrajo una de las novelas que estaba leyendo, *La tragedia de Macbeth*, de William Shakespeare, y se tumbó en el colchón. Gruñó un poco al notar lo duro del colchón y decidió sentarse en este.

Al menos disponía de un baúl con unos cuantos libros para pasar el rato, además de contar con su amigo y abogado Theo Tilston para pasar el rato si se aburría. Por lo pronto, y después de todas las emociones vividas aquellos últimos días, le apetecía contar con algo de tranquilidad.

Comenzó a leer y entre el sonido del mar chocando contra el barco, el balanceo y las pocas horas de sueño que había tenido las últimas noches cayó totalmente rendido con medio libro sobre su rostro.



4

Los días pasaban y Walter ya no sabía qué hacer. El viaje de ida había sido más ameno que el de vuelta. Llevaban más de una semana en el barco, con aquel balanceo constante. A veces, el viento los hacía moverse de una forma más rápida, pero otras simplemente parecía que el enorme velero no se moviese.

Su rutina era siempre la misma: desayunaba con su abogado con quien después compartía un paseo por cubierta y se sentaban en alguno de los bancos repartidos por esta, siempre que estuviesen libres. Tras pasear por cubierta, después de varias idas y venidas de proa a popa, comían en uno de los turnos del comedor. Después, se tomaban la tarde libre para hacer cada uno lo que quisiese hasta la hora de cenar y, finalmente, se dirigían a su camarote para pasar la noche. Alguna de las noches en las que le había costado conciliar el sueño había salido a tomar el aire y ver las estrellas. La estampa era impresionante. Aquella era sin duda la parte que más disfrutaba de las travesías, cuando todo estaba en silencio y podía verse la inmensidad del universo. Esos momentos le relajaban y le hacían plantearse lo que debía hacer con su vida. Lo tenía muy claro. Debía buscar una esposa, pero eso no era tarea fácil. Al menos, tenía dos años para encontrarla, aunque no quería esperar tanto. No quería tener que ir a contrarreloj los últimos meses antes de que finalizase el plazo de dos años. No, cuanto antes encontrase una esposa, mucho mejor, antes obtendría el 50 % de la propiedad de la empresa de su tío y, por ende, el 100 % de su empresa familiar. Era lo único que le importaba. Tener esposa no era más que otra mera transacción económica.

Su abogado, sentado frente a él en la mesa del comedor, se llevó un trozo de patata y carne a la boca.

—Realmente, el señor Johnson ha realizado un buen trabajo estos meses —continuó explicando—. He estado mirando los documentos que me entregó, los balances empresariales, y ha llevado a cabo unos negocios muy importantes que su tío había iniciado. Él les ha puesto fin y pueden traer muchos beneficios en un futuro.

—Mi tío sabía de quién rodearse y quién merecía su plena confianza —contestó Walter antes de dar un sorbo a su vaso de agua. Inspiró y miró a su abogado—. He pensado que, cuando consiga el 50 % de la propiedad de mi tío, él podría seguir encargándose de esa parte de la empresa. Al fin y al cabo, ha demostrado ser de confianza y es precisamente quien eligió mi tío para sustituirme mientras no adquiriese la propiedad completa.

—¿No se va a trasladar a Nueva York? —preguntó sorprendido su abogado.

Aquella pregunta cogió de improviso a Walter.

—¿Por qué iba a querer trasladarme a Nueva York?

Theo negó.

—Había pensado que una vez que lo adquiriese querría volver para asegurarse de que todo está bien y pasar algunas estancias allí.

—No descarto hacer eso, pero no sería mi domicilio familiar. Prefiero mil veces más quedarme en Londres y delegar funciones —explicó—. Toda mi familia está aquí y, por si no lo

recuerda, el año que viene muy probablemente mi hermana entrará en sociedad. No estaría bien que no la acompañase. —Rio—. De hecho, mi madre pondría el grito en el cielo si no lo hiciese.

Theo sonrió ante sus palabras.

—Entonces, finalmente… ¿buscará esposa?

—¿Qué otro remedio me queda? —comentó poniendo los ojos en blanco—. Tengo dos temporadas para encontrarla, pero no quiero esperar. Cuanto antes me case, antes podré dedicarme por entero a la empresa. Es… —inspiró hondo—, agobiante para mí saber que si no la encuentro perderé gran parte de la fortuna familiar. Eso también repercutiría en mi hermana y mi madre, y teniendo en cuenta que mi hermana entra en sociedad el año que viene, lo mejor será que me case esta misma temporada.

—Vaya —comentó su abogado—, veo que lo tiene asumido, señor Renwich.

Walter chasqueó la lengua y ladeó su cuello.

—Seamos claros —dijo mientras cortaba la carne—, cuanto antes tenga el 100 % de la empresa, mayor será mi escalón social y, por ende, eso mejorará las condiciones de mi madre y de mi hermana, sobre todo de esta última para encontrar un buen marido. Ya le dije que el matrimonio lo veo como un mero contrato, nada más. —Walter se quedó observando a Theo unos segundos mientras masticaba, analizando a su abogado y amigo—. Usted está casado, señor Tilston. —Lo señaló con el tenedor—. Tiene hijas, ¿verdad?

Aquella pregunta lo cogió de improviso.

—Sí… sí, señor Renwich, pero aún no han… entrado en sociedad. La mayor tiene doce años y…

Walter enarcó una ceja y soltó los cubiertos sobre la mesa.

—Por favor, señor Tilston, no le estaba preguntando por sus hijas para pedírselas en matrimonio —respondió totalmente asombrado.

Theo negó con su cabeza.

—No, no… perdón, es que… —Walter resopló mientras cogía de nuevo los cubiertos—. Sí, tengo cuatro hijos. La mayor tiene doce años, luego tengo un varón de nueve, otro de cinco y la más pequeña que tiene dos años.

Walter asintió, pensativo.

—¿Es usted feliz?

—¿En el matrimonio? —preguntó dudoso. Walter asintió—. Sí, lo soy —contestó con una leve sonrisa—. Tengo una maravillosa esposa que me apoya en todo y cuatro hijos que son mi alegría.

Walter asintió y se quedó pensativo. Sí, su tío quería que encontrase una esposa, que fuese feliz, que tuviese descendencia, pero también le había dado una fecha límite para conseguirlo. ¿No le privaba eso realmente de encontrar la felicidad como tal?

En ese momento, alzó la mirada y observó a la muchacha con la que había chocado varias veces el primer día que habían embarcado. Después de tantos días la había olvidado, pero en aquel momento sintió cómo su corazón se aceleraba. Sin duda, era una mujer hermosa, de esbelta silueta. Entornó los ojos mirando hacia el hombre que la acompañaba a su lado, dirigiendo sus pasos. También los acompañaba una mujer más mayor.

—Si lo piensa bien, señor Renwich —continuó su abogado, aunque Walter no giró su cabeza, sino que siguió con la mirada a aquella muchacha que dirigía sus pasos en su dirección —, no es tan malo. El matrimonio puede ser algo maravilloso…

Desconectó totalmente de lo que su abogado le decía cuando aquella pareja y la mujer mayor se sentaron en la mesa de al lado.

—Aún recuerdo la primera vez que mi hija me dijo papá, es la mejor sensación que se puede tener en el mundo… —continuaba de fondo su abogado, enfrascado en sus recuerdos felices, pero sin ser consciente de que el señor Renwich no le prestaba ya ninguna atención.

Observó cómo aquella mujer se sentaba en la mesa contigua junto al hombre frente a ella y la mujer al lado del hombre. ¿Sería su marido? ¿Su prometido? ¿Aquella mujer era su madre? Sin caer en la cuenta, comenzó a cuestionarse ciertas cosas sobre aquella mujer mientras observaba su hermoso perfil. Tenía una nariz respingona y las mejillas coloradas que contrastaban con sus celestes ojos y su cabello casi caoba.

Se sorprendió cuando escuchó lo que aquella mujer mayor decía.

—No sé por qué tienes que permanecer tanto tiempo en el camarote, Elodie —dijo la mujer como si le molestase aquello.

¿Ese era su nombre? ¿Elodie?

—¿Señor Renwich? —preguntó su abogado frente a él al darse cuenta de que no parecía prestarle atención.

Walter se giró hacia él y lo miró.

—¿Sí?

—Mmm… usted… me ha hecho una pregunta y se la estaba respondiendo.

—Sí, sí… —respondió rápidamente—. Me alegro de que sea feliz, señor Tilston —dijo volviendo la mirada de nuevo a la mesa contigua.

El abogado enarcó una ceja y volvió su atención hacia su cena.

Walter se centró de nuevo en aquella familia.

—Ya se le pasará, madre. Al final comprenderá que es lo mejor… por mucho que mi hermanita no lo vea ahora —acabó pronunciando el hombre.

Walter volvió a mirarla. ¿Su hermana? ¿Elodie era su hermana?

Chasqueó la lengua, pues parecía que aquella familia tenía algún problema. La muchacha llamada Elodie permanecía con la mirada hacia otro lado, sin fijarla en sus dos familiares que, por lo que había entendido, eran su hermano y su madre.

Elodie suspiró y esperó a que trajesen la cena. Aquellos últimos días se había limitado a estar en su camarote prácticamente sin salir, no tenía ganas de nada excepto de estar tendida sobre el colchón sin hacer nada más. Por su mente habían pasado infinidad de planes. Uno de ellos era hablar con el marqués y explicarle la situación en la que se encontraba, aunque aquella opción le asustaba un poco. Aquel marqués sabía perfectamente con quién iba a casarse y había firmado un acuerdo con su hermano. Estaba claro que él deseaba aquella boda con una mujer joven, cosa que a Elodie le horrorizaba en cierto modo. Sabía que era algo más o menos común, pero no era lo que ella deseaba. No quería pasar su vida junto a un hombre que bien podría ser su padre, aquella idea le ponía los vellos de punta.

Otra idea que había barajado era escapar, aunque sabía que su madre y su hermano la tendrían muy vigilada, pero quizá pudiese hallar algún momento para intentarlo. Solo necesitaba unas cuantas joyas y vestidos. Podría venderlos y sacar un buen dinero para costearse un viaje a Francia. No sería fácil, pero prefería eso a vivir condenada a estar con un hombre al que no pudiese amar. Lo único que pasaba por su cabeza era que se trataba de un hombre de cincuenta años que pensaba casarse con una mujer de veintidós.

Giró su cuello y se topó con la mirada intrigada de Walter, el cual la observaba sin ningún reparo. Ella se quedó también observándolo, intrigada por la forma en la que aquel hombre la miraba. Lo reconoció de inmediato, era el mismo hombre al que había visto el día que partían del puerto de Nueva York.

Tenía unos ojos de un color azul verdoso que le hacían destacar con su cabello corto castaño oscuro. Iba bien trajeado, estaba claro que pertenecía a una buena clase social, de todas formas, si no fuese así, no podría pagarse ese pasaje. Frente a él había un hombre unos años más mayor que él que cenaba sin prisa.

Elodie apartó la mirada de él y centró su atención en el camarero que depositaba los platos en la mesa.

Elodie observó el trozo de carne, poco hecha para su gusto, y unas cuantas patatas a su lado. El menú no es que fuese muy variado, pues aquella semana habían cenado varias veces carne.

Observó de reojo de nuevo a aquel hombre y se dio cuenta de que ya no la miraba, sino que había iniciado una nueva conversación con el hombre que lo acompañaba a la mesa.

—Señor Wilkinson —comentó un hombre situándose a su lado y saludando a las dos mujeres—, espero que pueda unirse esta noche a nosotros. Tenemos unos cuantos puros y buena bebida.

Jack asintió con una sonrisa.

—Sí, claro, esta noche no faltaré, señor Anderson. Gracias por la invitación.

—Estupendo —respondió—, nos vemos luego, después de la cena. —Se despidió de ambas mujeres con un cortés movimiento de cabeza y se dirigió a la mesa contigua donde se encontraban Walter y Theo para hacerles también aquel ofrecimiento. Lo bueno de aquellas largas travesías era que acababas conociendo a muchos de los pasajeros y haciendo negocios con ellos. No se desaprovechaba ninguna ocasión, cualquier momento era bueno para abrir nuevas vías de negocio.

El señor Anderson se acercó a la mesa de Theo y Walter y se presentó.

—Buenas noches, creo que no tengo el placer de conocerlos… —dijo extendiendo su mano hacia Walter, el cual soltó sus cubiertos y se puso en pie para extender su mano hacia él—. Soy Oscar Anderson.

Walter estrechó su mano.

—Walter Renwich —dijo estrechando con fuerza su mano—, y él es el señor Theo Tilston.

El señor Anderson abrió los ojos, asombrados.

—¿Walter Renwich? ¿De *Renwich Steel Company*?

Walter asintió.

—El mismo.

—Oh —dijo cogiendo su mano con las dos—. He negociado varias veces con su tío. Lamento mucho su pérdida.

Le sorprendió que conociese su empresa.

—Gracias —respondió con una leve sonrisa—. Ha sido un duro golpe para la familia.

—Y para todos los que lo conocíamos —comentó Oscar—. Era muy buen hombre.

Walter asintió mientras soltaba su mano.

—Y, si no es mucha indiscreción, ¿qué negocios tenía con mi tío?

—Tengo una empresa de tala y poda de árboles. Nuestra madera se comercia mucho en América para el ferrocarril, igual que su acero —le señaló—. Habíamos tenido muchas reuniones con el sector del ferrocarril. —Walter asintió—. Supongo que usted se encargará ahora del negocio, ¿verdad?

Walter miró de reojo a su abogado.

—Sí —respondió directamente—, pero por el momento he dejado un sustituto hasta que acabe de arreglar unos asuntos en Londres —dijo sin dar más explicaciones.

Oscar Anderson asintió.

—Tendrá que darme el nombre de su sustituto para que pueda seguir uniendo esfuerzos con su empresa para llevar el ferrocarril por toda América —comentó, a lo que Walter asintió. Oscar sonrió y miró a los dos hombres, comprendiendo que seguramente el señor Tilston era el abogado o un miembro importante de su empresa, pues sabía que Benjamin Renwich no tenía descendencia y que, por lo tanto, aquel gran imperio del acero le pertenecería al joven que tenía delante—. Esta noche, después de la cena, tomaremos unas copas y fumaremos unos puros. Están ustedes invitados. Estas travesías tan largas son más amenas cuando se comparten buenos ratos.

Walter miró a Theo y asintió.

—Claro, le agradezco mucho la invitación, señor Anderson. Estaremos encantados de acudir y pasar un buen rato, como bien dice, estas travesías son muy largas —dijo dándole la razón con una sonrisa.

El señor Anderson colocó una mano en su brazo y dio una palmada al joven en confianza.

—Así podremos hablar de negocios —sonrió el señor Anderson—, o no… —bromeó—, todo depende de cuántas copas tomemos —rio provocando que Walter sonriese—. Nos vemos luego —dijo apartándose para dirigirse a la siguiente mesa y seguir invitando a todos los caballeros para que lo acompañasen aquella noche.

Walter volvió a sentarse y miró a Theo con una sonrisa picarona mientras tomaba de nuevo sus cubiertos.

—Puede ser una noche interesante —bromeó Walter.

Theo sonrió divertido.

En ese momento, Walter se dio cuenta de que aquella muchacha sentada en la mesa contigua lo miraba de reojo. No pudo evitar volver su mirada hacia ella, pero Elodie la apartó directamente mirando al frente, intentando disimular.

Walter miró al frente donde su abogado devoraba el plato de la cena y tomó un vaso de agua. Bueno, al menos aquella noche sería más entretenida que las anteriores, incluso puede que consiguiese algún negocio.

—Recuérdeme que cuando lleguemos a Londres escriba una carta al señor Anderson para darle los datos de mi sustituto.

—Claro, señor Renwich —dijo el abogado mientras tomaba su vaso de agua—. Lo apuntaré en la agenda en cuanto llegue al camarote.

Walter asintió y, sin poder evitarlo, volvió su mirada de nuevo hacia la joven que en ese momento tomaba un sorbo de su vaso de agua. Directamente se topó con la mirada de Jack Wilkinson. Por la conversación que había escuchado minutos antes sabía que era su hermano.

Jack lo saludó con un cortés movimiento de cabeza y Walter se lo devolvió antes de prestar de nuevo atención a su plato y continuar con la cena.

Una vez que las mujeres y algunos niños que viajaban hubieron abandonado el gran comedor, los hombres se habían reunido en varias mesas formando grupos, todos con una copa de coñac originario de Francia. El señor Anderson se había encargado de repartir puros para todos los allí presentes.

Walter dio una calada, pero tosió levemente, girándose para disimular. Nunca le había gustado fumar. Sonrió a Theo, el cual sí fumaba su puro sin problema, y a los tres hombres con los que conversaba. Disimuladamente depositó su puro en la fuente donde estaban los otros. Ni loco iba a volver a darle otra calada. Le dio un sorbo al coñac que le habían servido quitándose así el gusto del puro y asintió hacia el señor Anderson, el cual se había unido a ellos rápidamente. Luego le habían seguido el señor Murphy, originario de Irlanda y que tenía un

negocio de plantaciones de guisantes, zanahorias, coliflor y repollo que distribuía por toda Europa, y el señor Smith, originario de América, el cual tenía varias empresas en el territorio de Arkansas dedicadas al cuero, aunque en el año 1828, hacía apenas dos años, el territorio que abarcaba el estado de Arkansas se había visto reducido, quedando el resto de tierras como territorio no organizado, con excepción de las tierras reclamadas como el condado de Miller. Por suerte, su empresa no lindaba con el resto de estados y no se había visto afectada, pero había explicado con bastante angustia aquel período de tiempo.

En ese sentido, Walter había tenido suerte, dado que el estado de Nueva York donde se ubicaba la empresa que pertenecía a su tío era uno de los estados más importantes gracias a la llegada masiva de inmigrantes atraídos por el dinamismo económico de la ciudad y era también el estado más grande de América, superando a Filadelfia, pero sí era cierto que Norteamérica llevaba unos años convulsos donde prácticamente cada año sufría cambios en los límites de los estados derivados de las trece colonias. Nuevas fronteras surgían cada año, intentando ordenar de aquella forma aquel gran continente. Por suerte, ninguna de las nuevas reformas había afectado al estado de Nueva York.

Una vez que el señor Anderson los hubo presentado y tras explicar cada uno sus negocios, la conversación había derivado hacia otros derroteros, como era normal, pues todos parecían preferir disfrutar de aquella velada para evadirse del trabajo y hablar sobre temas más actuales y que ocuparían las páginas de la sociedad en los próximos meses.

—Hace cosa de tres años mis dos hijas se instalaron en Londres con su madre —explicó el señor Smith—, este año mi hija Georgina se presenta en sociedad.

—Un acontecimiento importante para cualquier padre —indicó el señor Anderson y comenzó a reír—. Recuerdo cuando mi hija, Jacqueline, se presentó en sociedad el primer año. Es duro como padre —rio—. Mis dos hijos mayores ya estaban casados y debo admitir que se lleva mucho mejor la presentación en sociedad de un hijo varón que de una hija. —Puso aire cómico—. Recuerdo que miraba fijamente a cada uno de los pretendientes que se acercaban a mi hija, intentando disuadirlos —bromeó y puso aquella mirada inclinando sus cejas y arrugando su frente—. Debo admitir que logré disuadir a muchos de los pretendientes de mi hija —rio—, pero finalmente encontró al adecuado y está felizmente casada. Este año me hará abuelo por segunda vez, y espero que sea un niño —dijo directamente—, me haría muchísima ilusión tener un nieto, pues de momento con mis dos hijos y mi hija tengo ya cinco nietas. Creo que ya va tocando un nieto, un varón —comentó un poco mosqueado.

—Lo de la presentación en sociedad de una hija siempre es duro —comentó el señor Murphy—, yo por suerte tengo dos hijos, ambos pequeños, uno de siete años y otro que acaba de cumplir cuatro. Mi mujer está encinta de nuevo, cumple para el mes de octubre, y espero y deseo que sea otro varón. No quiero tener que enfrentarme a lo que usted explica —señaló al señor Anderson, el cual asintió—. Pero mi sobrina, Cara, sí se presenta este año en sociedad por primera vez. Viaja exclusivamente a Londres para ello.

Al menos la conversación era entretenida.

—¿Y usted, señor Renwich? —preguntó el señor Anderson—. ¿Acudirá a los bailes de sociedad? ¿Buscará una esposa?

Walter sonrió mientras depositaba su copa en la mesa.

—Sí. Acudí ya las dos anteriores temporadas, pero debo reconocer que el trabajo me mantenía absorbido y no presté mucha atención —comentó, aunque lo cierto era que ninguna mujer había suscitado interés en él—. Este año me lo tomaré con calma.

—Así que busca una esposa —aclaró el señor Anderson.

Walter se encogió de hombros.

—Bueno, no descarto la idea… dijéramos que este año estoy más abierto a conocer a una dama. Quiero tomar las cosas con más calma —comentó.

El señor Smith lo señaló.

—Si es de su gusto, le presentaré a mi hija Georgina… —se adelantó el señor Smith, lo cual provocó que Walter pusiese su espalda recta. ¿No habían llegado a Londres y ya estaban pensando en presentarle a sus hijas? Tampoco era de extrañar, pues pocos hombres en Londres amasaban una fortuna como la de su familia—. No es porque sea mi hija, pero se ha convertido en una mujer muy hermosa e ilustrada.

Walter miró de reojo a su abogado que permanecía a su lado, el cual sonrió divertido al escuchar la proposición del señor Smith.

—Claro, será un placer conocerla —dijo Walter intentando aparentar normalidad. Lo que más detestaba de aquellas reuniones sociales para buscar pareja era sencillamente eso, que lo veían como carnaza a la cual hincarle el diente—, aunque aún debo confirmar mi asistencia a los bailes y organizarme para ver a cuáles puedo acudir.

—Oh, señor Renwich —comentó el señor Anderson colocando una mano en su hombro, como si gozase de toda la confianza del mundo con él—, usted será aceptado en todos los bailes. ¿Quién en su sano juicio no le abriría las puertas de su casa al heredero de uno de los mayores imperios de Inglaterra y Nueva York? —rio. En ese momento se dio cuenta de que el señor Anderson lucía unas mejillas de tono rosado. No sabía cuántas copas de coñac llevaría encima, pero apostaba a que unas cuantas.

—Es todo un cumplido, se lo agradezco —comentó Walter sonriente al ver el carácter jovial del señor Anderson que parecía estar disfrutando de lo lindo de aquellas conversaciones.

—Si no le importa… —interrumpió el señor Murphy—, yo también le presentaré a mi sobrina Cara.

Walter comenzó a notar un tic en el ojo.

El señor Anderson rio más.

—Me parece, mi joven amigo, que va a tener entretenimiento esta temporada —comentó colocando de nuevo la mano en su hombro y dando una palmada.

Walter cogió de nuevo la copa de coñac, disimuladamente, y le dio un sorbo antes de responder al señor Murphy.

—Claro, será un placer conocerla —contestó con una sonrisa forzada.

No quería ni imaginar lo que sería cuando se corriese la voz de que el heredero de una de las mayores fortunas de Inglaterra, tal y como había mencionado el señor Anderson, buscaba esposa. Sería mejor que midiese correctamente sus palabras en aquel viaje o aquella temporada sería agobiante, pues ya conocía el comportamiento de aquellas madres e hijas debutantes que ansiaban encontrar un marido. Por eso mismo detestaba aquellos bailes, aunque suponía que, siendo sincero consigo mismo, no le iría mal que la voz se corriese para hacer la elección de la esposa más acertada que pudiese. No quería unirse a una mujer, aunque para él fuese una transacción económica y una forma de obtener el 100 % de la empresa, a la que no pudiese amar o, al menos, sentirse cómodo con ella.

Por otro lado, siempre había sido muy independiente. Decían que la vida en pareja siempre era un placer, pero él nunca la había tenido, como mucho había mantenido relaciones esporádicas con alguna mujer que, obviamente, no iba a debutar en sociedad, pero era solamente eso, placer, jamás había sentimientos de por medio. Esta vez se trataba de algo diferente, era buscar una compañera de vida y, aunque él lo viese en aquellos momentos como un negocio, sabía que

como mínimo debería convivir con aquella mujer seis meses, así que tampoco quería hacer una mala elección.

Anderson se giró y fue hacia otro grupo de hombres entre los que estaba el señor Wilkinson. Walter lo reconoció de inmediato, aquel hombre era el hermano de la mujer de ojos azules y cabello rubio caoba a la que había llamado Elodie y que había despertado su interés desde un primer momento. El señor Anderson parecía desenvolverse con soltura y conocer a prácticamente todos los hombres que viajaban a bordo del navío.

Walter se giró hacia Theo, el cual seguía fumando su puro y bebiendo coñac. Aquella noche ya había tenido bastante, ya sabía que se había convertido en uno de los casamenteros que darían que hablar en la temporada. No dudaba que en cuanto aquellos hombres llegasen a sus casas se lo comentarían a sus esposas y a sus hijas y la voz correría como la pólvora.

—Theo, yo me retiro ya —le comentó en un tono más bajo.

Theo ladeó su cuello.

—¿Ya, señor?

Él asintió.

—Usted puede quedarse el tiempo que guste —comentó divertido.

Su abogado le mostró la copa.

—Supongo que la acabaré y también me marcharé a mi camarote.

Walter situó una mano en su brazo y dio una palmadita.

—Diviértase, señor Tilston. —Se giró hacia los dos hombres, el señor Smith y el señor Murphy que mantenían una acalorada conversación—. Si me disculpan, caballeros, yo me retiro ya a mi camarote. Ha sido un placer compartir este rato con ustedes.

—Lo mismo digo, señor Renwich —dijo el señor Smith tendiéndole la mano—. La travesía es muy larga, espero poder disfrutar de algún rato de conversación más con usted.

—Por supuesto —respondió Walter estrechando su mano y posteriormente la del señor Murphy—. Me despediré del señor Anderson. Buenas noches, caballeros —comentó iniciando la marcha hacia el señor Anderson. Realmente, el señor Anderson había sido muy amable con él invitándole y presentándole durante aquellas horas a varios de los hombres, pero aún no había tenido ocasión de intercambiar palabra alguna con el que realmente suscitaba su interés, el hermano de aquella hermosa mujer llamada Elodie. Se situó a su lado y situó una mano en su hombro—. Señor Anderson —dijo llamando su atención, este se giró hacia él con una gran sonrisa. Sí, sin duda había bebido más de la cuenta—, yo me retiro ya a mi camarote, muchas gracias por la invitación y por su amabilidad.

—Oh, por supuesto, muchacho, pero espere… —dijo cogiéndolo por el brazo para que no se marchase—. Señor Walter Renwich, le presento a Jack Henry Wilkinson —dijo señalándole a Jack.

Jack estiró su brazo hacia él, aunque Walter se fijó en cómo lo miraba de la cabeza a los pies.

—¿Señor Renwich? ¿De la compañía del acero? —preguntó Jack asombrado mientras estrechaba su mano.

—Me temo que sí —respondió sonriente mientras soltaba su mano.

—Es un placer conocerlo —comentó Jack con fascinación.

—Igualmente.

Jack lo miró apenado esta vez.

—Siento lo de su tío, su muerte sorprendió a todos los que lo conocíamos…

Aquellas palabras suscitaron interés en él.

—¿Conocía a mi tío? —preguntó.

—No, no tuve el placer —contestó Jack—, pero sí de oídas, y tenía una gran reputación como persona y como empresario.

Walter asintió agradecido por aquellas palabras.

—Sí, era un buen hombre —contestó Walter.

Así que se trataba de Jack Henry Wilkinson. No conocía a esa familia personalmente, pero sí sabía que poseían una empresa textil y que él, como único heredero varón, había recibido en herencia dicha empresa. Jamás se había interesado por aquel sector, era totalmente diferente al suyo, pero sí recordaba que su madre había nombrado alguna vez las preciosas telas y tintes que fabricaban. Ahora bien, también sabía del declive de dicha empresa tras la muerte del padre de Jack Henry Wilkinson. Entre la alta sociedad era difícil esconder algo y, aunque muchos disimulasen y fingiesen sorpresa al recibir una noticia, era algo habitual que todos fuesen ya conocedores de ella.

—¿Se retira ya? ¿O le apetece otra copa? —preguntó el señor Anderson, que parecía no querer dejarlo escapar.

—Lamento defraudarlo, señor Anderson —contestó Walter sonriente—, pero me temo que por esta noche ya he tenido suficiente, aunque no dude que durante esta larga travesía habrá más copas.

—Así me gusta, muchacho —contestó el señor Anderson con una gran sonrisa.

—Buenas noches —dijo despidiéndose de Jack, tendiéndole la mano—, encantado de conocerle.

—Igualmente —respondió Jack.

Walter se despidió también del señor Anderson y se dirigió a la puerta del comedor para salir de este, no sin antes mover su cabeza a modo de despedida hacia su amigo y abogado Theo, el cual seguía conversando de forma distendida con el señor Smith y el señor Murphy.

En cuanto salió del comedor respiró hondo una bocada de aire limpio. El interior del comedor, en aquel momento, olía a puro y a alcohol, incluso podría afirmarse que faltaba oxígeno allí dentro, aunque no parecía ser un impedimento para el resto de hombres.

Caminó por el pasillo, pero no rumbo a su camarote, sino al exterior.

La brisa marina hizo que se abrochase la chaqueta, pues corría un viento frío y húmedo.

La cubierta estaba más o menos en silencio, aunque desde allí aún podía escuchar el escándalo que estaban formando todos los hombres en la zona del comedor.

Se alejó dirigiéndose a la proa del barco, caminando sobre la cubierta y observando aquellas velas de tela tirantes por el viento. Los marineros de turno se encargaban de que todo estuviese correcto, pero lo cierto era que muchos de ellos, excepto el timonel y un par más, permanecían dormidos sobre la cubierta.

Se dirigió a la proa y se sentó en uno de los bancos observando incontables estrellas en el cielo. En un acto reflejo, se acercó la manga derecha a su nariz y olfateó. La tela se había impregnado del olor a puro, algo que detestaba.

Suspiró y se apoyó contra el respaldo. Ya se podía hacer una idea de lo que le esperaba aquella temporada. Joven heredero con una de las mayores riquezas de Inglaterra buscaba esposa. Si bien era cierto que el que se anunciase como casadero le permitiría conocer a más mujeres, aquella idea no le atraía nada. Sí, podía divertirse, pero sabía que una esposa muchas veces requería de su compañía, quería afecto… algo que ahora no podía permitirse, más cuando debía encargarse de la empresa de Londres y organizar todo con el sustituto que su tío había puesto en su nombre hasta que consolidase el matrimonio durante seis meses.

—En qué lío me has metido, tío… —susurró mirando hacia el cielo estrellado.

Una estrella fugaz cruzó furtivamente el cielo, quién sabe si en respuesta a la frase que acababa de pronunciar Walter o por pura casualidad.



5

Elodie se giró en la cama dándole la espalda a su madre. Hacía unos diez minutos que había escuchado entrar a su hermano Jack en el camarote contiguo.

Miró hacia la puerta mientras escuchaba la respiración acompasada de su madre.

Desde que habían discutido el primer día, su madre le había dirigido pocas palabras, y las pocas que recibía eran a modo de orden.

"Debes obedecer la decisión de tu hermano".

"Tu hermano es el cabeza de familia y no deberías cuestionarlo".

"No encontrarás una opción mejor que la del marqués".

"Aunque no lo creas, él hace lo mejor para ti".

Había decidido callar, de nada serviría responder más que para discutir. Había escuchado pacientemente todas las palabras que su madre repetía continuamente, como si se tratase de un mantra para convencerla. No, no lo iba a conseguir. Ella tenía muy claro lo que quería, lo que deseaba. Llevaba años esperando ese momento, pero había tenido que retrasarlo por el fallecimiento de su padre. Siempre se había sentido oprimida por su madre y su hermano, pero aquello iba en aumento.

Tragó saliva e inspiró con fuerza. No iba a rendirse hasta el final. Estaba claro que no les haría entrar en razón, que jamás los convencería. ¿Para qué iba a discutir con su madre más que para aumentar la ansiedad que ya sentía?

Hablaría con el marqués e intentaría conseguir a la vez una propuesta mejor, aunque por encima de un marqués solo había un duque. A ella no le importaba el título, lo único que deseaba era conocer a un hombre que la quisiese de verdad, que la hiciese sentir única en el mundo. Era algo difícil de encontrar: que justamente un duque se presentase en sociedad, que cumpliese sus requisitos y que se enamorase de ella… eso era difícil, más cuando su hermano y su madre ya habían acordado el matrimonio y pretendían presentarla en sociedad como la prometida del marqués. Ningún noble en su sano juicio se interpondría en el matrimonio de un marqués, de hecho, ni la tendrían en consideración para casarse con ella.

Su situación era realmente triste y la opción de escapar de Londres cada vez le parecía más apetecible, pero ¿a dónde se dirigiría? Por su mente había pasado cientos de veces París, podía trabajar de institutriz, enseñar protocolo, a leer, caligrafía, a tocar el piano…, pero ¿cómo conseguir un trabajo allí? Sabía hablar francés con bastante fluidez, sabía que no tendría problema con ello, pero ni siquiera tenía idea de cómo encontrar un trabajo ni de dónde hospedarse. Era una situación muy difícil, pero no descartaba en absoluto hacer una maleta y con las joyas que tenía conseguir un pasaje en barco a París y hospedaje. Sabía el valor que tenían algunas de sus joyas y podría vivir tranquila durante un tiempo, tiempo en el que probablemente encontraría un trabajo.

Se giró cuando escuchó que su madre respiraba más fuerte. Estaba profundamente dormida.

Ni lo pensó. Se levantó con cuidado de la cama y se puso los zapatos y el abrigo por encima y se dirigió de puntillas a la puerta.

Necesitaba estar tranquila, dar vueltas a la cabeza y trazar un plan. Debía mantener la mente fría y saber que fuese la que fuese la opción que tomase debía estar bien segura de ello.

Salió del camarote con todo el cuidado que pudo y cuando estuvo fuera se quedó unos segundos al lado de la puerta, asegurándose de que su madre no la había escuchado salir.

No escuchó nada, así que respiró tranquila.

Se abrochó el abrigo y caminó en dirección a cubierta. Durante unos segundos le sorprendió la brisa fría y húmeda que soplaba a esas horas de la noche.

Lo primero que hizo fue mirar hacia el cielo. Era la primera vez que veía tantas estrellas, le parecía realmente impresionante.

No había casi luna, apenas brillaba un cuarto de ella, por lo que su luz no cegaba ni opacaba la luminosidad de las estrellas. De repente, una estrella fugaz surcó el cielo.

—Es impresionante —susurró embelesada.

Dio unos pasos hacia delante acercándose a la barandilla, observando cómo las crestas de las olas provocaban que el barco se moviese de un lado a otro.

¿Qué iba a hacer con su vida? Sintió deseos de llorar por la impotencia que sentía, aunque se contuvo. Dio unos pasos hacia el lado y se abrazó a sí misma mientras suspiraba.

¿Ser marquesa junto a un hombre que podía ser su padre ahora mismo? Era pensarlo y sentía repugnancia. No, ella no deseaba eso, y se había prometido que lucharía por su libertad de una forma u otra. Apretó los labios mientras se abrazaba, intentando controlar sus emociones.

—Buenas noches —escuchó a su espalda.

Se giró con un respingo, pues no esperaba a nadie allí, de hecho, lo único que deseaba era un momento de tranquilidad y ordenar sus ideas.

En un principio pensó que se trataría de uno de los marineros que hacían el turno de noche, pero se dio cuenta de que no vestía como tal. Cuando el hombre dio unos pasos acercándose lo reconoció. Sí, aquel era el joven con el que se había golpeado el día en que zarparon de Nueva York y que había visto varias veces en el comedor, de hecho, aquella misma noche había ocupado la mesa contigua mientras cenaban.

Dio un paso atrás, atemorizada, pues allí había oscuridad y miró directamente hacia los lados. Si bien era cierto que había algunos marineros reforzando los nudos de las velas, la zona estaba bastante solitaria y en silencio.

—Buenas noches —contestó ella sin fiarse mucho.

Siempre se había considerado una mujer precavida y sabía que una dama no debía estar a solas con un hombre. Aquella situación le hizo sentirse insegura, aunque se calmó un poco cuando él se situó a unos metros de ella, respetando una distancia, y apoyó las manos en la barandilla observando el cielo.

Walter había escuchado unos pasos cercanos y se había sorprendido al reconocer, incluso en la oscuridad, la silueta de aquella hermosa muchacha llamada Elodie allí en cubierta. ¿Qué hacía ella allí? Normalmente a esa hora todas las mujeres y niños dormían mientras los hombres tomaban algo en el comedor.

Al ver que ella retrocedía decidió detenerse a una distancia prudencial que no pusiese nerviosa a la muchacha. Aquella acción por su parte pareció relajarla, ya que respondió.

—Buenas noches —comentó Elodie en un susurro.

Walter miró su perfil. Incluso en la oscuridad, con la poca luz que reflejaban las estrellas y las lámparas de aceite, se le veían unos preciosos ojos azules. Aquella luz provocaba que sus cabellos brillasen tomando un tono más caoba. Se fijó en cómo se abrazaba a sí mismo. El abrigo que llevaba no era muy grueso y la brisa marina era fría a aquella hora de la noche.

Se quedó observándola y sonrió tendiéndole la mano.

—Mi nombre es Walter Colin Renwich —se presentó.

Ella lo miró un poco insegura, pero finalmente le sonrió.

—Elodie Mary Wilkinson —respondió tendiéndole la mano.

—Un placer. —Ella asintió mientras él se inclinaba como si fuese a besar su mano, aunque no lo hizo.

Walter dio otro paso hacia atrás concediéndole el espacio necesario para que ella estuviese tranquila. Elodie lo miró de reojo, observando lo que hacía, lo que hizo que se sintiese bastante cómoda.

—¿No está con los hombres disfrutando de una copa? —comentó con un tono de voz irónico.

Walter negó.

—He estado un rato —admitió—, pero hay demasiado ruido. —Miró al frente—. Es mucho mejor estar aquí —susurró observando el cielo y el mar.

—Sí, supongo que hay más tranquilidad —dijo ella con una sonrisa. Apretó los labios y miró al frente—. ¿Es de Nueva York?

Él negó.

—No, de Londres. Viajé hace unas semanas a Nueva York por trabajo —respondió—. Ahora vuelvo. —Ella asintió—. ¿Y usted? —preguntó con curiosidad—. Viaja con su hermano, Jack Wilkinson, ¿verdad?

—Sí, y con mi madre. —Se encogió de hombros—. También por negocios de mi hermano. Nos pidió que le acompañásemos.

—Lo he conocido en la reunión que hemos organizado en el comedor, donde hemos tomado una copa y fumado unos puros… —Ella puso cara de desagrado, lo que hizo que él riese—. Sí, yo pienso lo mismo… pero solo de los puros —admitió.

—¿No se ha divertido? —preguntó dándole conversación. Aquel joven parecía agradable.

—No, no me confunda, ha sido… —hizo un gesto de no estar muy seguro con la cabeza, lo que provocó que ella sonriese—, entretenido —acabó como si encontrase la palabra adecuada—, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza como para, en los momentos libres, hablar también de negocios.

—Entiendo… —comentó ella y lo miró intrigada—, ¿a qué se dedica, señor Renwich?

—Al acero —respondió.

Ella asintió.

—Mi hermano es dueño de una empresa textil —indicó ella—. Hemos acudido a Nueva York para abrir fronteras y mercado. Ya sabe, siempre es bueno expandirse.

La miró sorprendido, pues parecía una chica inteligente, no solo por la forma de hablar, sino por la educación con que lo hacía. Se notaba que tenía una formación superior a la de otras mujeres.

—Sí —respondió él observando su perfil y luego miró de nuevo hacia el mar—. Siempre es bueno. —Suspiró y se giró de nuevo hacia ella, observándola—. Supongo que usted también es de Londres. —Ella asintió con una sonrisa—. Sin embargo, nunca la había visto antes —comentó pensativo.

Ella se giró hacia el mar mientras lo miraba de reojo.

—Mi padre murió hace unos años. Hemos estado de luto —explicó ella y tragó saliva.

—Lo siento —susurró.

Ella lo miró y le sonrió con ternura.

—Por esa razón no he acudido a las reuniones sociales —explicó en un susurro, aunque no pudo evitar tragar saliva. Este año acudiría por primera vez, pero no disfrutaría de ello. Su hermano ya se había encargado de consolidar su matrimonio. Intentó reponerse, pues aquel hombre era solo un desconocido, no era alguien con quien poder desahogarse o explicarle sus problemas.

—¿Este año acudirá? —Ella asintió sin mirarle ni pronunciar nada—. Supongo que se divertirá.

Ella lo miró y vio que observaba hacia el mar. Durante unos segundos apretó los labios y se abrazó a sí misma. Nadie la comprendería. Al contrario, se sentiría más sola que nunca. Estaría rodeada de gente, en grandes salones… se vería obligada a sonreír y mantener las formas y la compostura ante esa injusticia. Jamás se había sentido tan sola y tan atrapada como en aquel momento, y suponía que más se sentiría si, finalmente, no lograba convencer al marqués de que anulase su compromiso o no reunía la suficiente valentía como para marcharse de allí.

Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo ante la brisa que hizo que sus cabellos volasen hacia atrás. Walter la observó dándose cuenta de la belleza tan delicada de aquella mujer y la melancolía que desprendían sus rasgos.

Elodie dio un paso hacia atrás, abrazándose a sí misma, pues a medida que pasaban los minutos allá fuera era más consciente del frío.

—Será mejor que entre dentro. —Se reclinó levemente—. Encantada de conocerlo, señor Renwich.

Él imitó su gesto con una leve reverencia.

—Igualmente, señorita Wilkinson. Que descanse.

Una vez dicho esto, Elodie se giró dirigiéndose a la entrada que la llevaría al pasillo donde se encontraba el camarote que compartía con su madre. Caminó sintiendo cómo se había quedado helada y se situó ante la puerta.

Entró lentamente y cerró la puerta con cuidado, la respiración de su madre era lenta y pausada, seguía profundamente dormida. Se quitó el abrigo y lo depositó sobre la silla, tal y como se encontraba antes de su escapada nocturna.

Aquel hombre había sido sumamente amable con ella. Su hermano le estaba arrebatando su futuro y no podía permitirlo. Se sintió reconfortada al recordar aquella mirada de color azul, sus modales y, durante unos segundos, sintió cómo su corazón latía con más fuerza. Era la primera vez que podía mantener una conversación tranquila con un hombre que no fuese su hermano. Cierto que había hablado con alguno de los amigos de su hermano, pero nunca a solas y, sin embargo, no se había sentido en ningún momento oprimida ni asustada al encontrarse a solas con él, todo lo contrario.

Se sentó sobre el colchón justo cuando escuchó cómo su madre se movía y se giraba hacia ella.

—¿Elodie? —preguntó.

—Sí, mamá —susurró ella.

—¿De dónde vienes?

Ella tragó saliva mientras se metía en la cama y se echaba la colcha por encima, se había quedado helada.

—He salido un momento fuera, necesitaba aire. Estaba un poco mareada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su madre medio adormilada.

—Sí, tranquila mamá —dijo acomodando su cabeza en la almohada y subiendo la colcha hasta su cuello—. Descansa. Buenas noches.

—Buenas noches —escuchó que pronunciaba su madre antes de girarse de nuevo.

Seguramente, si su madre no estuviese tan dormida, la hubiese interrogado más. Por suerte, Mary, su madre, siempre había tenido un sueño muy profundo, al contrario que ella, la cual, como su difunto padre en vida, tenía un sueño ligero y se despertaba ante cualquier mínimo ruido.

Se hizo un ovillo mientras intentaba entrar en calor y se descubrió de nuevo pensando en aquel hombre al que acababa de conocer: Walter Colin Renwich. Ya se había topado con él anteriormente, pero no se había parado a observarlo. Era mucho más atractivo de lo que había percibido en un principio.

Lo mejor sería despejar su mente y centrarse en descansar. Sabía que aún quedaba bastante trayecto que recorrer y que, durante ese tiempo, debía tomar una determinación acerca de qué hacer y cómo proceder ante la situación en la que la había metido su hermano.

Cerró los ojos e intentó descansar, aunque se descubrió de nuevo pensando en el señor Renwich y en la conversación que había mantenido con él. En cierto modo sintió cómo algo se le rompía por dentro.

Había disfrutado de aquella conversación, lo que la hacía ser consciente de todo lo que se perdería en su primera temporada si aparecía ya como la prometida del marqués. No era justo.

Inspiró hondo y suspiró intentando controlar sus emociones. Encontraría una forma de escapar de aquel destino como fuese. Sí, era una mujer, pero se consideraba inteligente, astuta y, sobre todo, luchadora. Debía luchar por su futuro y es lo que haría.

Sabía que su madre y su hermano no entrarían en razón y solo mirarían por sus intereses, así que ella haría lo mismo mirando por los suyos. Eso no la convertía en una egoísta como le había dicho su hermano, la convertía en una mujer luchadora que quería decidir sobre su propio futuro, por tanto, no se rendiría fácilmente.

Miró a su madre asustada. Todos habían sido trasladados al comedor para ser controlados mientras la horrible tormenta que los azotaba hacía que el barco se moviese de un lado a otro. El agua salpicaba con fuerza el pasillo de cubierta y se filtraba hasta el comedor.

Los días pasaban y en breve llegarían al Puerto de Londres a través del río Támesis, concretamente al puerto ubicado en *Docklands*[3].

Había tomado una determinación. Lo primero que haría sería intentar hablar con el marqués. Tanto su hermano como su madre decían que era buena persona, aunque tampoco sabía si podía fiarse de aquellas palabras, pues tenía claro que intentaban convencerla de la idoneidad del matrimonio. Estaba decidido, lo intentaría. Hablaría con él y le pediría que anulase el compromiso o, al menos, que le diese una oportunidad durante una temporada. Si realmente era un buen hombre no negaría a una chica de veintidós años recién cumplidos aquella oportunidad, aunque algo dentro de ella le decía que se negaría a concederle aquel tiempo, pues aquello podría humillarlo. Si ese plan no funcionaba y el marqués se negaba, optaría por la segunda opción: se marcharía. Sabía que su hermano y su madre estaban demasiado entretenidos como para prestarle atención y que contaba con muchos momentos en los que estaría tan solo en compañía de su doncella y el servicio. Aprovecharía uno de esos momentos para escapar. No le daba miedo, sabía que podía granjearse una buena vida en Francia. Con una sola de sus joyas podía obtener un pasaje en uno de los barcos que se dirigían a Francia, con intención de dirigirse luego en carruaje a París y, una vez allí, podría alquilar un piso y buscar un trabajo. Sería un gran cambio de vida, pero al menos no se vería obligada a casarse con un marqués de casi cincuenta años. Solo pensar que debería besar aquellos labios cuando pronunciase sus votos matrimoniales se le erizaba la piel. No pensaba permitir que su hermano la tratase como mercancía.

Se sujetó con fuerza al mueble del comedor mientras el barco viraba a babor, hacia la izquierda, provocando que muchas de las personas que viajaban se viesen desplazadas hacia ese lado y algunas mujeres gritasen del susto.

La tormenta los había sorprendido hacía un par de horas y tanto el capitán como el segundo oficial habían decidido que todos los pasajeros se reuniesen en el comedor por si había que organizar una evacuación en los botes.

Varios hombres tenían en su regazo cubos de madera donde vomitaban. Aquello era espantoso, realmente terrorífico, pues la luz de los rayos que atravesaban el oscuro cielo de aquella noche venía seguida de un estruendoso trueno que los hacía temblar a todos mientras el barco viraba de un lado a otro sin dar una pausa.

Las olas hacían volar el barco unos segundos en los que quedaba suspendido para acabar con un fuerte golpe que hacía que muchos perdiesen el equilibrio y cayesen al suelo.

A su lado se encontraba su hermano, entre su madre y ella, intentando sujetarlas para que no saliesen despedidas, pero tal era la rabia que sentía Elodie que esta huía de su contacto y se había desplazado hacia la derecha para sujetarse a la pared sin ayuda de nadie y, aunque seguía cerca de ellos, no quería ni siquiera notar la mano de su hermano sobre su espalda o rodeando su cintura para ayudarla a mantener el equilibrio, prefería caerse de bruces antes que su ayuda. Bastante había hecho ya por ella.

Miró a su alrededor mientras otra oleada los sacudía de un lado a otro y los gritos inundaban todo el comedor.

Su mirada voló hacia delante, donde el hombre con el que había mantenido una conversación por la noche unos días atrás se encontraba apoyado en la pared junto a otro hombre. La luz que emitían los continuos rayos hacía que sus ojos azules brillasen más aún. No había sido consciente de su azul hasta ese momento, pues parecía que resplandecían.

Otro viraje, esta vez hacia estribor, a la derecha, provocó que varias personas, entre ellas Elodie, perdiesen el equilibrio y se viesen precipitadas hacia el otro lado.

Walter dio un paso al lado justo para sujetarla, interceptándola por la cintura antes de que se golpease contra la pared de madera. Elodie controló el aliento y lo primero que hizo fue mirar en dirección a su madre y su hermano, el cual había podido controlar el equilibrio y aún se mantenía sujeto al otro lado, aunque su mirada asustada se mantenía clavada en su hermana.

—La tengo —pronunció Walter situándola a su lado mientras el velero se balanceaba de un lado a otro.

Ella tragó saliva y se separó cohibida del brazo que la mantenía rodeada.

—Gracias —dijo apoyándose contra la pared, intentando recuperar la respiración.

Se apoyó y observó de reojo a Walter que la miraba preocupado. Alzó la mirada y se encontró con la de Jack observándola fijamente, aunque luego asintió en dirección a Walter a modo de agradecimiento por haberla ayudado y sujetado para evitar un golpe.

De todos modos, Walter no era idiota y se había dado cuenta perfectamente de que Elodie evitaba el contacto de su hermano. Para estar en una situación como aquella donde parecía que se acababa el mundo y rehuir la ayuda de un hermano… algo gordo debía pasar en aquella familia. Igualmente, no era nadie para inmiscuirse en los asuntos ajenos.

Giró su cabeza hacia Elodie, la cual se mantenía apoyada contra la pared.

—¿Se encuentra bien?

Ella asintió sin decir nada más, como si evitase hablar con él.

Otra oleada hizo que todos, entre ellos Walter y su abogado, el señor Tilston, se abalanzasen hacia delante. Walter se sujetó con fuerza a un estante y estiró el brazo por delante de ella para

contenerla y que no se precipitase hacia el otro lado donde podía golpearse.

Ella observó de reojo a Walter, el cual evitaba que saliese precipitada, y se sujetó a su brazo con fuerza.

—Gracias —dijo ella recuperando el aliento cuando el navío se estabilizó.

—No hay de qué —respondió mientras apartaba el brazo de delante de ella y se sujetaba con los dos al estante. La miró y luego observó de reojo a la familia de Elodie. Jack y su madre permanecían concentrados en sujetase, aunque su hermano Jack iba mirando de reojo a su hermana para controlarla.

—¿Viaja mucho en barco, señor Renwich? —preguntó ella.

—Travesías tan largas como esta… pocas, aunque suelo moverme en barco para ir de Londres al continente —comentó.

Ella inspiró con fuerza mientras se sujetaba para no salir despedida.

—¿Y es normal esta tormenta? —preguntó asustada—. Cuando tomamos el navío de Londres a Nueva York no nos sorprendió ninguna tormenta así.

Él la miró y chasqueó la lengua.

—Bueno, es cuestión de suerte, señorita Wilkinson —comentó antes de que el sonido del trueno hiciese vibrar todo el navío.

Ella apretó los ojos unos segundos y resopló.

—Las odio —sollozó esta vez con sufrimiento.

Walter la miró asombrado por el nerviosismo que reflejaba su rostro y dio un paso, acercándose.

—No se preocupe, estamos en buenas manos. El capitán de este navío es excelente.

Ella lo miró intrigada.

—¿Lo conoce?

Él asintió.

—Sí, es el mismo capitán con el que tuve el placer de navegar rumbo a Nueva York. Tuve la ocasión de conocerlo y hablar un par de veces con él. Sabe lo que hace —explicó antes de que otra ola les hiciese volar por los aires y dar un fuerte golpe que hizo que varios hombres cayesen de culo al suelo.

Walter iba a ayudarla, pero se dio cuenta de que Elodie se había sujetado con fuerza, lo cual le había permitido no caer al suelo como otros pasajeros.

Elodie tragó saliva y miró en dirección a su hermano, el cual sujetaba a su madre, aunque de vez en cuando iba echando la vista hacia ella para asegurarse de que se encontraba bien.

—No se preocupe, supongo que en breve pasará la tormenta —dijo intentando calmarla.

Ella asintió y suplicó porque así fuese, pues si bien tenía la suerte de no marearse como otros pasajeros que vomitaban en los cubos, tenía los nervios a flor de piel. Jamás se había encontrado en una situación como aquella y sentía que su vida y la de todos los que la acompañaban en el navío corría peligro, aunque, a su vez, tener a Walter a su lado la hacía sentir más protegida que incluso en compañía de su propio hermano y su madre.

Por suerte, después de media hora el mar volvió a calmarse y aunque había bastante oleaje, ya no era tan intenso como el de la tormenta. Parecía que se alejaban de ella.

Elodie se asomó a la ventanilla circular donde se podía ver que aún llovía y los relámpagos más distantes ya, además, el sonido de los truenos tardaba más en llegar. Eso, sin duda, y el hecho de que los relámpagos no estuviesen encima de ellos, sino alejados, era buena señal. Al fin se alejaban de aquella tormenta.

El segundo oficial entró en el comedor.

—Pueden volver a sus camarotes. Por el momento está prohibido salir a cubierta —informó a todos mientras sujetaba su lámpara de aceite en la mano—. Gracias a todos por la paciencia. En principio, nos vamos alejando de la tormenta y confiamos en que en poco tiempo gocemos de un mar en calma. Buenas noches, señores y señoras —se despidió dándoles ya la espalda, pues parecía que tenía bastante prisa por salir al exterior para seguir ayudando a su capitán.

—Elodie —le gritó tendiendo su mano hacia ella.

Elodie se giró hacia Walter que estaba a su lado y le sonrió con timidez.

—Gracias por lo de esta noche —pronunció con amabilidad.

—Ha sido un placer —respondió este y miró en dirección a Jack, el hermano de Elodie. Este le hizo un leve gesto con la cabeza como si le agradeciese su comportamiento con su hermana y Walter se lo devolvió.

Elodie lo miró por última vez antes de ir en dirección a su hermano, aunque aún con cuidado, pues el navío todavía se movía de un lado a otro ocasionalmente.

—Buenas noches —se despidió de Walter antes de alejarse de él.

—Buenas noches —respondió él.

Cuando llegó hasta su madre, esta se abanicaba como si se encontrase acalorada, suponía que fruto de los nervios vividos aquella última hora y media.

—Oh, necesito tumbarme en la cama y descansar —susurró su madre con la mano en su pecho—. Jamás lo había pasado tan mal. —Miró a su hija—. ¿Estás bien? —Ella asintió sin decir nada—. De acuerdo —dijo cogiendo su mano—, vayamos al camarote y descansemos. —Comenzó a tirar de ella en dirección a la puerta, no sin que antes Elodie volviese a girar su cabeza hacia Walter y coincidiese unos segundos la mirada con él antes de desaparecer tras la puerta que la llevaría al pasillo.



6

Después de varios días más de travesía, finalmente habían logrado vislumbrar el puerto de Londres.

Elodie se encontraba sentada frente al espejo del tocador mientras su madre peinaba su cabello e intentaba hacerle un moño en la nuca. El aire salado y húmedo había convertido su cabello en una maraña que ya era difícil de manejar. Lo primero que haría en cuanto llegase a casa sería pedir una bañera llena de agua dulce y templada. Ansiaba desesperadamente darse un baño.

Su madre resopló cuando intentó moldear la larga trenza que le había hecho creando un moño.

—Es horrible… tendré que llamar a Anne… —dijo mirando hacia la puerta—. Ella sabe manejar el cabello mejor que yo…

En esos momentos, Anne se encontraba en el camarote de su hermano guardando toda la ropa que había usado durante esos días de travesía en los baúles y maletas, pues la suya ya la había recogido a primera hora de la mañana.

—Espera, mamá —dijo cogiendo su mano. Su madre se giró y la miró contrariada—, quiero hablar contigo.

Su madre intuyó el tema del que quería hablar y negó con su cabeza.

—No hay nada de qué hablar —dio soltando su mano.

Elodie se puso en pie.

—Eres mi madre… —comentó molesta—, ¿qué madre ansía más su propia felicidad que la de su hija? ¿Es así como lo ves, mamá? —Su madre, que se dirigía hacia la puerta, se giró molesta por sus palabras—. Entiendo que no quieras que la empresa de papá se pierda, pero ¿acaso es culpa mía? Quizá deberías darme una oportunidad de poder encontrar por mí misma un marido…

—El compromiso ya está sellado —le recordó.

—No hasta que Jack entregue la dote, algo que no ha podido hacer, pues estábamos en Nueva York. —Dio un paso hacia ella—. Papá me enseñó bien, tú… me enseñaste bien, y si tengo que salvar la empresa de papá con un matrimonio, lo haré, pero no con el que Jack elija, sino con el que elija yo —sentenció.

Su madre se quedó observándola y luego sonrió de forma cínica.

—Querida niña mía… ¿dónde ibas a encontrar una mejor oferta que la que ha encontrado tu hermano para ti? Un hombre que acepta una dote minúscula a cambio de desposarse contigo, que te convertirá en marquesa subiendo el estatus familiar y que, además, nos ha prometido ponernos en contacto con la Corona para confeccionar sus vestidos.

Ella dio un paso al frente.

—Creía que me querías más… —sollozó Elodie—, que tú, más que nadie, me comprendería. ¿No te parece repulsivo que tu hija vaya a casarse con un hombre de casi cincuenta años? ¿En tan baja estima me tienes?

Su madre apartó la mirada de ella unos segundos.

—Ahora tu hermano es el cabeza de familia, él toma esas decisiones…

—Sí, ya lo vemos… ¿Acaso le has mostrado enfado por dilapidar el patrimonio por el que papá tanto luchó? ¿Le has dicho algo al respecto? —Su madre apretó los labios—. No… no has dicho nada, igual que no has dicho nada cuando me ha prometido con un hombre de cincuenta años, cuando ha vendido a tu hija —enfatizó aquella palabra—, por su propio beneficio. —Dio un paso hacia delante—. ¿Crees que administrará bien los nuevos negocios? ¿Y si no lo hace? —Se situó ante ella—. Lo próximo que hará será venderte a ti. Nosotras, mamá, le damos igual… solo le importa su codicia y el estatus, sin pensar siquiera en cómo me afecta a mí esto, sin siquiera consultarme la opinión sobre…

—¡Silencio! —gritó su madre cortándola.

Elodie alzó su mentón.

—No sienta bien escuchar la verdad, ¿verdad, mamá? —dijo mirándola fijamente.

Su madre respiró hondo y enfrentó a su hija.

—El marqués es un buen hombre que…

—Un hombre de cincuenta años que pretende casarse con una de veintidós recién cumplidos, ¿cómo te atreves a decir eso? —le gritó cansada de escuchar aquellas palabras—. Si es tan buen hombre, ¿por qué no te casas tú con él? —le espetó. Su madre la miró con ojos como platos—. Tú encajas más con él que yo y, al menos, yo tendría una oportunidad de ser feliz. Tú ya la tuviste. Me la merezco. —Su madre apartó la mirada de ella, avergonzada, lo que hizo que Elodie la mirase inquieta—. No paráis de decir que es un buen hombre, pero quiere a una niña de veintidós años en su cama… —susurró—, ¿te ofreciste a casarte tú con él? —Su madre se quedó callada—. Él me quería a mí, ¿verdad?

Su madre finalmente la miró.

—Es la única forma de salvar la empresa de tu padre…

—¿Cómo dices eso cuando ni siquiera he tenido una oportunidad?

Su madre se llevó la mano a la frente, desquiciada.

—Ni siquiera tenemos dinero para una buena dote —acabó diciendo—. Cualquier hombre no aceptaría ser tu esposo sin una buena dote…

—Eso no lo sabes —indicó ella—. Hay buenos hombres que se casan por amor y no aceptan ni dotes. Papá aceptó una dote muy pequeña por ti, porque te quería… ni siquiera…

Su madre rio y negó con la cabeza.

—Vuelve al mundo real, Elodie —dijo su madre molesta—. Eso no ocurre prácticamente nunca.

Elodie se removió inquieta.

—¿Puedes… —dijo intentando controlar su temperamento—, puedes ponerte un momento en mi lugar? —suplicó. Su madre tenía la espalda recta, manteniéndose firme en la decisión que había tomado su hijo, ni siquiera apelando a su corazón lograría hacerla cambiar de opinión, pero, quizá, si apelaba a otra causa, la cosa cambiase—. Está bien, sabes que si me convierto en marquesa conviviré con él. Me será muy fácil manipular al marqués, más cuando es un hombre de cincuenta años con una chica de veintidós. —Se acercó a ella—. Casadme con él y os aseguro que quizá me cueste un poco, pero sabes que soy muy persuasiva… obligaré a mi marido a que no os dé nada de dinero y haré mala reputación de vosotros —su madre abrió los ojos de par en par—. ¿Queréis una marquesa? Tendréis una marquesa… pero sin duda mi marido me hará antes caso a mí que a vosotros. Yo misma, como marquesa, me encargaré de arruinaros la reputación.

Su madre la miró de la cabeza a los pies y sonrió.

—Amenázame todo lo que quieras, pero cuando se firma un contrato matrimonial todo viene estipulado… poco podrás hacer.

—¿Tú crees? —preguntó ladeando su cuello con una sonrisa cínica—. Tú, más que nadie, sabes lo manipulables que pueden ser los hombres si nos lo proponemos…

Su madre alzó el mentón y, sin esperarlo, abofeteó con fuerza el rostro de su hija, haciendo que su cuello girase hacia un lado. Aquello sí que no se lo esperaba. Se quedó unos segundos en aquella posición, totalmente anonadada por lo que había hecho su madre. Se había excedido, sí, lo sabía, pero ni su padre, ni su madre ni su hermano jamás le habían puesto una mano encima.

Su madre se acercó a ella, desafiante.

—Lo único que se te está pidiendo es obediencia —le gritó como si la amenaza de ella la hubiese desquiciada. Elodie giró su cuello hacia ella y alzó también el mentón—. Ya veremos qué opina tu hermano de lo que has dicho.

Acto seguido, se giró y salió por la puerta.

¿Su hermano? Se miró en el espejo y observó su mejilla enrojecida por el bofetón de su madre. Su corazón latía en su mejilla derecha y sus ojos estaban llorosos, aunque esto era por la impotencia que sentía.

Sintió cómo su corazón se disparaba cuando escuchó que su madre entraba en el camarote contiguo y le pedía a Anne que saliese para hablar con su hermano a solas.

¿Sería capaz de explicarle a su hermano todo lo que había dicho con tal de persuadirla de aquel matrimonio? Si la reacción de su madre había sido golpearla, no quería ni saber cuál sería la de su hermano cuando le explicase la amenaza que había hecho a su madre.

No lo pensó dos veces y abrió la puerta de su camarote, sujetó su vestido color azul cielo con sus dos manos y se dirigió a cubierta rápidamente. Al menos, allí sabía que guardaría la compostura entre toda la gente.

Miró hacia el puerto.

Ya se encontraban cerca, suponía que en unos diez minutos llegarían al muelle donde habían embarcado hacía varios meses para tomar rumbo a Nueva York.

Se acercó a la barandilla y se apoyó en ella con el corazón latiendo a mil por hora en su pecho y la respiración acelerada. Durante unos segundos se planteó saltar por la borda y desaparecer de allí, pero no podía hacerlo. No, necesitaba hacer las cosas bien, necesitaba dinero para sobrevivir. Ahora lo tenía claro, ni siquiera el marqués la dejaría escapar, debía huir de allí en cuanto tuviese ocasión… Quizá lo mejor sería hacerles creer que aceptaba su destino, ganarse su confianza y, cuando menos se lo esperasen, huir de allí. Sí, sin duda eso sería lo mejor.

Se llevó la mano a la mejilla sonrosada por la bofetada e intentó controlar las lágrimas de impotencia que sentía mientras se giraba hacia la puerta que daba a los pasillos, esperando que no apareciese su hermano por allí.

Inspiró hondo, aunque se sobresaltó y dio un brinco cuando escuchó una voz masculina a su espalda.

—¿Se encuentra bien, señorita Wilkinson?

Se giró con la mano en el corazón y se quedó boquiabierta al descubrir al señor Renwich a su lado, mirándola contrariado.

Se había sorprendido al verla salir del pasillo a toda prisa con la mano en la mejilla. Se la notaba acelerada, como si huyese de algo, sobre todo cuando miró repetidas veces hacia atrás asegurándose de que nadie la seguía.

Había sentido cómo su corazón se aceleraba cuando la muchacha había descendido la mano de su mejilla y la había visto colorada. ¿La habían golpeado? Tenía toda la pinta, y más ahora de

cerca, incluso podía apreciar aún el impacto de unos dedos en su mejilla. Intentó controlar su temperamento, pues no tenía por qué inmiscuirse en asuntos que no le tocaban de cerca, pero aquello le sobrepasaba y no soportaba ver aquellas actitudes respecto a una mujer.

Ella no respondió, simplemente asintió y miró hacia el horizonte, tapándose la mejilla con disimulo para que pasase desapercibida.

Se fijó en sus ojos llorosos y en cómo intentaba que su labio inferior no temblase.

Walter miró hacia la puerta disimuladamente y dio un paso hacia ella situándose a su lado.

—¿La han golpeado? —susurró con cierto enfado.

Ella se giró y lo miró fijamente, con ojos llorosos. Durante unos segundos se perdió en aquellos ojos azules que la observaban con ternura y a la vez con enojo por lo que intuía.

No pudo decir nada, estaba claro que su mejilla estaba colorada y ella a punto del llanto.

Ambos miraron hacia el lado cuando escucharon la voz de su hermano.

—¿Elodie? —preguntó mirando de un lado a otro. Walter pudo apreciar cómo ella daba un paso atrás, como si le temiese. En otra ocasión hubiese intervenido, pero ni siquiera sabía lo que había ocurrido. Jack fue hacia ellos con la mano en el corazón, como si estuviese asustado—. Al fin te encuentro, me tenías preocupado —pronunció tendiéndole la mano, aunque Walter también se fijó en que miraba asombrado la marca que tenía en la mejilla.

¿No la había golpeado él?

En ese momento, Walter carraspeó y fue cuando Jack pareció darse cuenta de su presencia. Lo miró y directamente lo saludó.

—Señor Renwich —pronunció asombrado y se inclinó para saludarle cortésmente.

—Señor Wilkinson —lo imitó él y miró de reojo a Elodie—. ¿Su hermana se encuentra bien? —preguntó sin preámbulos.

Jack cogió la mano de Elodie con delicadeza y asintió.

—Sí, claro que sí, ¿verdad, hermana? —preguntó mirándola.

Ella alzó su mentón y asintió.

—Sí, claro, hermano —susurró.

Jack se volvió hacia Walter y se despidió de él mientras tiraba levemente de ella para colocarla a su lado.

—Lamento si le ha importunado —se disculpó.

—En absoluto, señor Wilkinson —comentó él y miró a Elodie, la cual mantenía su mirada en un punto del río Támesis—. Su hermana no es ninguna molestia —pronunció Walter, lo que provocó que ella lo mirase y tragase saliva.

Jack asintió y tomó a su hermana por la cintura.

—Vamos, Elodie, hay que preparar todo para el desembarco —dijo ya tirando de ella.

Elodie se giró para observar a Walter unos segundos con ojos llorosos. Walter tragó saliva. No sabía lo que ocurría en aquella familia, pero parecía que algo no iba bien. Se quedó observándolos mientras se adentraban de nuevo en el pasillo que llevaba a los camarotes.

En ese momento, Theo Tilston, su abogado y amigo, se acercó a él con la vista clavada también en la familia Wilkinson antes de que desapareciese. Había preferido mantenerse al margen.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

Walter no apartó la vista del lugar por donde los había visto entrar al pasillo.

—Según ellos no, pero la señorita Wilkinson tenía una mejilla abofeteada y los ojos llorosos. —Escuchó cómo su amigo resopló ante lo que Walter relataba—. Theo —dijo girándose hacia él con total confianza—, necesitaría un favor.

—Claro, señor Renwich —comentó él rápidamente.

—Sé que no está entre tus funciones, pero me sería de mucha ayuda si pudieses averiguar a qué bailes acudirá la señorita Wilkinson.

Al abogado le sorprendió su petición.

—¿Está interesado en ella? —preguntó directamente.

Walter respiró hondo y se giró hacia él.

—Puede —respondió.

—Entonces… —continuó el abogado—, supongo que podría preguntarle a mi esposa. Ella suele estar enterada de todos los chismorreos de la alta sociedad.

Walter asintió.

—Se lo agradecería mucho —dijo mientras se abrochaba el abrigo, pues, aunque el clima era más cálido que en altamar, el viento que impulsaba el navío aún era fresco. Se giró hacia los marineros y observó cómo sacaban varios de los baúles al acercarse al muelle donde amarrarían el navío—. Encárguese de que lleven nuestros baúles al carruaje —le pidió.

—Por supuesto —pronunció Theo antes de alejarse para dirigirse a los marineros.

Walter se giró para observar cómo los marineros arrojaban los cabos al muelle para que los cogiesen desde tierra otros hombres que se encontraban allí y los atasen, evitando así que el velero se distanciase del muelle.

En ese momento, las velas que los habían llevado hasta allí fueron recogidas y varios marineros que permanecían en los muelles detuvieron el navío con palos, deteniendo así su lenta inercia.

Al fin había llegado a su amado hogar. Ahora, le esperaba una dura tarea, debía encargarse de buscar esposa antes de dos años. No pudo evitar girarse hacia la puerta que conducía a los camarotes por donde había visto desaparecer a los dos hermanos Wilkinson. Sin duda, ella era una de las mujeres más hermosas que había conocido, además de instruida y, ahora, más que nunca, aquella última conversación que había mantenido con ella había aumentado sus ganas de conocerla más profundamente.

Elodie fue empujada hacia el camarote de su hermano, donde su madre la esperaba con aquella actitud altiva.

Supo que su hermano estaba enterado de todo cuando cerró la puerta con un fuerte portazo que la hizo estremecerse.

Ella avanzó hacia delante con ojos llorosos, pero retrocedió cuando vio que su hermano se acercaba a ella desafiante. Sería mejor calmar las cosas antes de que volviese a sufrir cualquier daño físico.

Ella elevó su mano hacia su hermano.

—No hace falta que tú también me golpees —pronunció con temblor en sus labios y miró a su madre—. Mamá ya me ha demostrado lo que mi opinión vale y el aprecio que todos me tenéis. Lo he entendido perfectamente y haré lo que me pedís. Me casaré con el marqués y no volveré a sacar más el tema.

Su hermano se quedó estático al escuchar aquellas palabras y miró a su madre, la cual elevaba su mentón con altanería, como si hubiese conseguido un triunfo.

—Bien —comentó su hermano como si aquellas palabras hubiesen sofocado la ira que sentía en su interior y situó sus manos en los bolsillos de su abrigo.

—Lo único que os voy a pedir a cambio es lo siguiente… —Miró a su hermano fijamente —, jamás vuelvas a llamarme hermana… —Miró a su madre—, y tú… —le espetó—, jamás vuelvas a llamarme hija, en lo que a mí respecta, soy una transacción económica para vuestros

intereses, ¿no? Pues que así sea —dijo alzando la voz—, pero jamás volváis a llamarme hermana o hija. La familia se cuida, esto no se hace. Y estas son mis últimas palabras para con vosotros. Vosotros ya no sois mi familia —concretó y se dirigió a la puerta, pero su hermano la detuvo cogiéndola del brazo.

—Los dos llevamos la sangre de nuestros padres, eso es algo que no puedes anular con unas simples palabras —pronunció su hermano como si le divirtiese la actitud de su hermana.

Ella se soltó de su brazo con un movimiento rápido y se situó ante él.

—Ten cuidado, hermano, si vas a convertirme en marquesa será mejor que me trates como tal… —Miró a su madre sin disimular la rabia—, no os olvidéis del título que voy a ostentar y del estatus que obtendré en la sociedad. Más os vale que me tratéis como tal o supongo que a mi futuro esposo no le gustará que le relate ciertos comportamientos que tuvisteis hacia mí. —Miró a los dos con una mirada cargada de sentimiento—. Vamos a llevarnos todos bien.

Su hermano sonrió y asintió.

—Está bien —comentó.

Elodie miró de reojo a su madre y salió del camarote de su hermano para dirigirse al suyo.

Entró y cerró la puerta tras ella. Se apoyó en la madera y respiró profundamente intentando controlar las lágrimas.

Esto no iba a acabar así, ella iba a luchar por su libertad hasta el final. Al menos, había logrado controlar el temperamento de su hermano. Puede que su hermano tuviese la fuerza bruta, pero ella era una chica inteligente, mucho más que su hermano que los había llevado a esa situación financiera tan delicada, así que ya se las apañaría ella misma para granjearse su propio futuro, mas no pensaba ser la moneda de cambio de su familia.

Se fijó en que quedaban varias maletas por sacar. En ese momento abrieron la puerta, empujándola.

—Oh, disculpe, señorita —pronunció Anne, su doncella.

—No pasa nada, Anne —comentó ella—. ¿Ya está todo el equipaje preparado?

—Así es, solo queda ese baúl por sacar a cubierta. Ahora vendrán los marineros a llevárselo. El carruaje para llevarlos a casa ya se encuentra aquí —indicó con una sonrisa, aunque al ver el rostro de ella supo que algo le ocurría. Borró la sonrisa de su rostro y se acercó a ella—. ¿Va todo bien, señorita?

Elodie tragó saliva y tomó su mano para relajarla.

—Sí, Anne, tranquila, todo va bien —pronunció.

Aunque Anne asintió supo que le estaba mintiendo, llevaba más de quince años como su doncella y la conocía perfectamente, aunque sabía que ese no era el momento para hablar de ellos, pues justo entonces entraron los marineros para cargar el último de los equipajes.

—Solo queda ese baúl —les indicó Anne. Los marineros se acercaron al baúl y lo tomaron por las asas—. Muchas gracias, caballeros —comentó Anne y se giró hacia Elodie—. Voy a asegurarme de que llevan el baúl a nuestro carruaje.

Elodie asintió con una sonrisa mientras ella salía por la puerta. En ese momento vio a su hermano pasar por delante de su puerta y a su madre. Su madre se detuvo ante la puerta, esta vez con una mirada más calmada.

—Hija, hay que irse ya…

Ella alzó el mentón y fue hacia ella.

—Jamás vuelvas a llamarme hija —pronunció antes de pasar por su lado y adelantar a su hermano para salir primero a cubierta. Pudo ver cómo su madre se removía inquieta al escuchar aquellas palabras.

No le importó, estaba cansada de fingir. Una madre no haría eso, no vendería a su hija nunca, y menos en contra de su voluntad.

Salió al exterior y se dirigió directamente a la pasarela que le permitiría descender del navío sin siquiera esperarlos.

Sí, se haría la obediente, aunque mostraría su fortaleza y en ningún momento, aunque ellos no fuesen conscientes, dejaría de luchar por su libertad.

Descendió por la pasarela ayudada por uno de los marineros que le tendió la mano y se dirigió directamente a paso apresurado hacia el carruaje donde cargaban los baúles y que reconoció como de su familia.

Tan rápida caminaba hacia allí con el objetivo fijado en el carruaje que no se dio cuenta de que unos metros por detrás, montado ya en su carruaje, Walter Renwich la observaba intrigado y admirando a la vez su belleza.

7

Sintió cómo se le erizaba la piel cuando finalmente llegó al barrio donde se ubicaba su vivienda. No habían vivido siempre ahí, pero su padre, dados los beneficios que estaba aportando la empresa, había decidido trasladarse junto a su familia, hacía ya ocho años, al barrio de Belgravia, uno de los barrios más opulentos del West End de Londres, junto a Berkeley Square y Hyde Park.

Observó desde su carruaje a las damas vestidas con sus elegantes vestidos, protegiéndose del sol con sus elaboradas sombrillas y a los caballeros con sus chisteras dirigiéndose en sus carruajes a sus negocios, bufetes, empresas o bancos.

Las niñeras cuidaban de los niños o paseaban a los bebés en bordados cochecitos de paseo, vestidas con su uniforme negro y su delantal blanco. Así se había criado ella, con las niñeras y, a partir de los cuatro años, con Anne, a la que consideraba más su madre que a su propia madre.

Por la noche, desde su habitación que daba a la calle, podía observar los elegantes *landós*[4] que circulaban por las calles tenuemente iluminadas por las farolas de gas, llevando a adinerados burgueses o gente de la aristocracia de vuelta a casa tras las cenas y fiestas que se celebraban en casas privadas o en los locales londinenses de moda, muchos de ellos de dudosa reputación.

Muchas de esas fiestas, por lo poco que sabía, eran organizadas por hombres y en ellas bebían, fumaban, jugaban y se divertían con mujeres de bajo nivel social. No tenía mucha información sobre eso, pero se había hecho una idea por las conversaciones que su hermano tenía con sus amigos y que había logrado escuchar a través de las paredes cuando se reunían en el que había sido el despacho de su padre.

Belgravia[5] era el centro neurálgico de la riqueza, no solo de Gran Bretaña, sino del mundo. Su punto principal era Belgravia Square y disponían de maravillosas plazas como Easton Square, Chester Square o London Square, con hermosos jardines adornados con destacadas estatuas por donde paseaba con sus amigas.

Las casas habían sido construidas de forma elegante, con edificios adosados de poca altura, de entre dos y cuatro plantas, con un diseño neoclásico, con líneas muy puras y sus característicos estucados.

Aquellas calles le traían buenos recuerdos, sobre todo los que había compartido con su padre. Si él siguiese vivo no hubiera permitido lo que su hermano iba a hacer y lo que su madre plácidamente permitía. No, él jamás hubiese entregado a su hija a un hombre de aquella edad, jamás habría sacrificado la felicidad de su hija por su empresa y, eso, era lo que le daba fuerzas y determinación para lo que planeaba hacer.

Anne acabó de colgar los vestidos en el armario de su habitación mientras ella se asomaba por la ventana viendo a decenas de personas que paseaban tranquilas, ajenas al sufrimiento que ella padecía en aquellos momentos.

—¿Hay algo que le preocupe, señorita? —preguntó Anne colgando ya el penúltimo de sus vestidos.

Elodie se giró hacia su amada doncella y negó, luego le sonrió.

—No es nada, Anne —pronunció volviendo su atención hacia la ventana.

Anne se quedó observando su espalda y acabó de colgar el último vestido.

—Este vestido que adquirió en Nueva York es precioso, seguro que su debut en sociedad será un éxito —comentó sonriente.

Elodie tragó saliva sin decir nada al respecto, consciente de que aquello no ocurriría. Sí, sería presentada en sociedad, pero con un matrimonio concertado.

Suspiró y se giró hacia ella.

—Gracias por colgar los vestidos —dijo dando un paso hacia ella.

—Lo hago encantada, ya lo sabe —respondió Anne con una sonrisa mientras cerraba el armario—. ¿Ha pensado ya en qué baile realizará su debut? —preguntó.

Ella negó.

—Ni siquiera tengo la lista de bailes ni invitaciones. Mi hermano y mi madre se encargan de eso —respondió pensativa.

Anne se quedó mirándola fijamente y dio un paso hacia ella. La estudió de la cabeza a los pies.

—¿Seguro que no ocurre nada, señorita? —insistió Anne.

—Sí, tranquila —respondió pensativa y miró su colchón—. Si no te importa, voy a tumbarme un rato, me apetece descansar un poco antes de cenar.

—Claro, señorita —dijo Anne dirigiéndose a la puerta—. La dejo a solas para que descanse.

En cuanto se quedó sola fue hacia su tocador y abrió el primero de los cajones. Extrajo un joyero y observó todas sus joyas. Apostaba que con la venta de ellas podía comprar un pasaje a París y, además, conseguir un lugar donde dormir hasta encontrar un trabajo. No le importaba tener que trabajar si con ello podía librarse de un matrimonio como el que su hermano y su madre planeaban para ella. Igualmente, sabía que su madre poseía muchas más joyas de un valor incalculable. Si hacía falta las cogería. No le temblaría el pulso a la hora de hacer todo lo necesario para escapar de allí.

Abrió otro cajón y sacó un bolso de color verde. Ahí podría guardar todas sus joyas, sería tan fácil como llevarlas a un mercader y que le dieron su peso y valor en dinero. Sabía que muchas de aquellas joyas tenían un gran valor.

Tragó saliva cuando observó uno de los anillos de oro. Este tenía incrustado un topacio, de un color amarillo muy brillante. Lo observó unos segundos y se lo puso en su dedo. Aquel había sido el último regalo de su padre al cumplir los dieciocho años. Pocos meses después, su padre moría. Esa era la única joya que no estaba dispuesta a vender.

Dio un brinco cuando llamaron a la puerta. Guardó de inmediato el joyero en el cajón y se dirigió a la cama, sentándose sobre el mullido colchón.

—Adelante —comentó con voz delicada.

Su madre abrió la puerta y dio un paso hacia delante. Se topó con la mirada de su hija que permanecía sentada sobre el colchón. Parecía que ya habían colgado todos sus vestidos y la habitación estaba a punto.

—He pedido que te preparen un baño —pronunció con voz suave.

Ella se puso en pie.

—De acuerdo, gracias —dijo girándose y dirigiéndose a la ventana, dándole la espalda. No había mentido cuando había dicho que jamás volvería a llamarla madre, ni siquiera consentiría que Mary, su madre, la llamase hija.

Su madre alzó su mentón comprendiendo lo que su hija hacía.

—Mañana vendrá el marqués de Bristol a tomar el té y a verte.

—Está bien —pronunció ella mirando a las personas que paseaban por la calle, sin prestar atención a su madre.

—Espero que luzcas tus mejores galas —indicó su madre.

En ese momento, una sonrisa cínica apareció en su rostro.

—Claro, puedes contar con ello. Quedará impresionado —ironizó.

Su madre miró su espalda fijamente sin saber cómo tomarse aquello, pero finalmente asintió.

—La cena se servirá a las siete, como siempre.

—De acuerdo —respondió sin girarse—. Hasta luego.

Su madre se quedó bajo el marco de la puerta unos segundos, observando la espalda de su hija hasta que finalmente negó y cerró la puerta dejándola a solas.

En cuanto se quedó sola en su habitación observó la puerta por donde su madre había salido y se dirigió al armario. Lo abrió directamente y observó los vestidos que tenía. La mayoría eran realmente hermosos.

Pasó uno tras otro hasta que observó uno de ellos.

—Sí, este será perfecto para mañana —susurró.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta.

Elodie suspiró y puso los ojos en blanco.

—Adelante.

Si su madre volvía para hablar sobre el asunto estaba dispuesta a gritarle, aunque le sorprendió ver a una Anne que la miraba tímidamente. Los rasgos de Elodie se suavizaron.

—Disculpe, señorita, pero su madre me ha dicho que le han preparado un baño. ¿Quiere que la acompañe? —se ofreció.

Elodie cerró el armario y asintió.

—Sí, te lo agradezco mucho, Anne —dijo dirigiéndose a la puerta para acudir al gran baño situado en la segunda planta de su lujosa vivienda, donde había una gran bañera que seguramente su madre había mandado llenar con agua caliente y jabón.

Lo cierto es que deseaba más que nada ese baño y quitarse la sal marina de la piel.

Fueron hasta el baño y Anne la ayudó a desnudarse.

Un suspiro de placer brotó de sus labios cuando se sumergió finalmente y por entera en la bañera de cuatro patas. Sí, eso era lo que más necesitaba en esos momentos. Sintió cómo se relajaban sus músculos y no pudo evitar cerrar los ojos mientras Anne pasaba su esponja impregnada en jabón por su espalda.

Se fijó en que la puerta del aseo estaba cerrada y luego giró su cabeza hacia Anne que rascaba delicadamente su piel. Tragó saliva y la miró. Anne la miró extrañada unos segundos, pero finalmente le sonrió.

Sinceramente, tenía mucha más confianza con Anne que con su madre. Ella era realmente quien la había criado.

—Anne… —susurró apoyando su rostro en sus rodillas mientras ella pasaba la esponja por su nuca.

—Dígame, señorita —pronunció ella.

Elodie se quedó observando un punto fijo en el aseo, intentando decir aquellas palabras lo mejor posible. Quería explicarle su problema, pero no sabía cómo enfocarlo.

—Necesito… necesito tu ayuda —susurró.

Anne dejó la esponja de inmediato y rodeó la bañera para arrodillarse a su lado. La conocía demasiado bien como para saber que algo no funcionaba.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Primero de todo, quiero saber una cosa… —le susurró—. Si me casase, ¿vendrías conmigo?

—Si es su deseo sí, por supuesto —indicó ella. Elodie asintió y se quedó de nuevo con la mirada perdida. Anne situó su mano en la de ella—. Dígame qué le ocurre y cómo puedo ayudarla.

Elodie suspiró y, finalmente, toda la desesperación que había reprimido durante la travesía y aquellas últimas horas en presencia de su familia salieron a flote. No pudo controlarse más y rompió a llorar mientras Anne la abrazaba sin importarle mojarse por completo.

—Primero, prométeme que lo que te cuente no saldrá de aquí —dijo apartándose de ella para mirarla.

—Por supuesto, señorita. Sabe que yo le debo lealtad a usted. Usted… es mi niña —dijo pasando su mano por su rostro, acariciándolo con cariño.

Y así lo sentía, la había criado desde los cuatro años, enseñándola a comportarse como una señorita y acompañándola a todos lados.

Elodie sujetó con fuerzas la mano de Anne, conmovida por aquellas palabras y el tono de voz que usaba. Finalmente, asintió.

—Voy a explicarte algo que no puedes decir a nadie… —Anne asintió de nuevo.

—Usted dígame lo que necesita y la ayudaré en todo lo posible —comentó rápidamente ofreciéndose a ayudarla en lo que fuese.

Walter Renwich se había despedido de su amigo y abogado y había entrado en su vivienda donde residía solo desde hacía dos años. Su vivienda, en el barrio de Belgravia, estaba a dos casas apareadas de la que había sido su vivienda familiar, por lo que pasaba gran parte del día, cuando no trabajaba, junto a su madre y su hermana pequeña.

—Señor Renwich, bienvenido a casa —pronunció su mayordomo de confianza mientras le ayudaba a quitarse el abrigo.

—Gracias, señor Morton. —Suspiró y entró al comedor donde la chimenea estaba encendida—. Es todo un placer volver al hogar.

El señor Morton colocó el abrigo de su señor en su brazo y miró hacia fuera, donde el carruaje con todas las maletas se había detenido.

—Ordenaré al servicio que suban todos sus enseres, señor —comentó mientras Walter se acercaba a la chimenea y ponía sus manos cerca de ella para entrar en calor—. ¿Desea una copa de coñac?

—No, gracias —respondió.

—¿Quiere que avise a su madre de su llegada?

Walter se giró hacia él.

—Sí, por favor, y coméntele que acudiré a cenar con mi hermana y con ella esta noche. Tengo noticias que explicarles.

—Por supuesto, señor —comentó—. ¿Mando que le preparen un baño?

En ese momento, Walter sonrió a su mayordomo de confianza y enarcó una ceja.

—¿Insinúa que debo tomarlo, señor Morton? —bromeó.

Su mayordomo lo miró divertido. Él había sido mayordomo ya de su padre y, a sus cincuenta y seis años, seguía trabajando para la familia. Llevaba más de treinta años en ella, de hecho, lo había visto nacer. Tras la muerte de su padre se había trasladado con él a su vivienda particular para ayudarlo en todo lo que necesitase, igual que había hecho con su padre.

—Quizá prefiere que se lo diga de otra forma, señor… ¿podría sugerirle un baño antes de ir

a casa de su madre? —comentó con tono irónico.

Walter sonrió y asintió.

—Se lo agradecería. Muchas gracias, Morton.

El mayordomo sonrió y se alejó de la vivienda para pedirle al servicio que llevase todas las maletas a la habitación de su señor y las deshiciesen.

Tras el baño y con la ropa limpia estaba muchísimo mejor. Después de haberse quitado el olor a sal se encontraba con fuerzas renovadas. Por suerte, no había tenido problemas para dormir en el trayecto en barco desde Nueva York a Londres, solo los primeros días, pero luego debía admitir que el resto del viaje había dormido estupendamente, por lo que no estaba agotado ni falto de sueño.

Se colocó correctamente los gemelos de los puños de su chaqueta y bajó los escalones de su preciosa vivienda mientras Morton lo esperaba en la parte baja de las escaleras con el abrigo preparado. Lo ayudó a ponérselo y su mayordomo le entregó un paraguas.

—No sé a qué hora volverá, pero se acercan nubes —dijo tendiéndoselo.

Walter le sonrió.

—Usted siempre tan previsible —dijo cogiéndolo—. Gracias.

—Que disfrute de la velada con su madre y su hermana. Ya han sido informadas.

—Gracias de nuevo —pronunció mientras salía de la vivienda—. No me espere despierto. Ya sabe cómo es mi madre —bromeó. Saludó con un movimiento de cabeza a modo de despedida a su mayordomo y bajó los escalones de su portal.

El señor Morton tenía razón y, aunque en esos momentos no llovía, en el horizonte asomaban negras nubes que descargarían una gran tormenta más pronto que tarde.

Por suerte, la vivienda familiar donde se encontraban su madre y su hermana estaba a escasos metros.

Llegó y antes de que pudiese llamar a la puerta un mayordomo la abrió.

Walter enarcó una ceja.

—Muy eficiente, señor Robinson —dijo quitándose el abrigo él mismo.

El señor Robinson también había servido a su familia desde hacía más de veinte años, aunque era mucho más reservado. Le ayudó a quitarse el abrigo y le sugirió con un movimiento de mano que fuese hacia la salita.

—Avisaré de su llegada, señor —comentó mientras se alejaba.

Walter asintió mientras fruncía el ceño. Desde luego, el señor Robinson, aunque dedicado y atento, era un hombre de pocas palabras. Por esa misma razón había escogido al señor Morton para que fuese su mayordomo, porque no eran tan parco en palabras.

Pasó del distribuidor a la habitación donde se encontraban varios sofás y la chimenea encendida. Los dos sofás de color verde reposaban sobre una moqueta entre tonos rojizos y verdosos. A un lado había una estantería con numerosos libros y figuras de porcelana.

Se giró y observó a través de la ventana. Ya era plena noche y solo las lámparas de gas iluminaban en la oscuridad.

Aquella sala le traía buenos recuerdos. Numerosas tardes las pasaba allí con su padre, sobre todo en invierno, al lado de la chimenea, mientras su padre tomaba algo y le leía una de sus novelas favoritas. Se acercó a la librería y pasó su mano sobre aquellos lomos de los libros desgastados por el uso, por su repetitiva lectura. Siempre había sido un hombre cercano, un buen padre, tanto para su hermana como para él. Se había encargado de que su hermana recibiera las mejores clases de las mejores institutrices y la había instruido en música, baile, costura, e incluso muchas veces, cuando trabajaba en el despacho que se encontraba en la parte superior, ambos lo

habían acompañado y les había explicado temas de contabilidad, a los dos por igual. Jamás había hecho distinción alguna entre los dos, aunque su hermana estaba más pendiente por el juego que por los temas económicos en aquel momento. Se llevaban ocho años, pero su relación era fantástica.

Se emocionó al ver el enorme cuadro que colgaba de la pared, sobre la chimenea. Ambos habían heredado los preciosos ojos de su padre. Además, Walter había heredado el mismo cabello castaño oscuro de su padre mientras que su hermana Beatrice había heredado un color castaño más claro de su madre, Amelia.

En el cuadro él debía de tener unos catorce años y su hermana seis. Sus padres permanecían en un enorme sofá de color rojizo con las patas doradas, ambos sentados. Su madre mantenía a su Beatrice en sus rodillas mientras él se encontraba sentado entre ambos progenitores.

Aquella época había sido feliz: recordaba sus paseos por el parque, sus charlas con su padre o la primera vez que su padre le dio a probar coñac. Cómo se rio cuando se atragantó y comenzó a golpearle la espalda porque se ahogaba…

—¡Hermano! —escuchó a su lado.

Hacía solo tres meses que había partido de Londres, pero los cambios en su hermana eran significativos, cada vez estaba más hermosa.

Fue hacia ella y la abrazó con un tierno abrazo, ella pasando sus manos por los hombros de su hermano y él sujetándola por la cintura.

Beatrice se separó de él y lo miró sonriente.

—Cada día estás más hermosa.

Ella sujetó su mano con fuerza.

—¿Qué vas a decir tú, hermano? —rio ella—. Cuéntame, ¿cómo ha ido el viaje? —preguntó expectante. Se la notaba emocionada por escuchar todo lo que él tuviese que explicarle.

Walter le dedicó una sonrisa pícara.

—¿No crees que deberíamos esperar a mamá? —preguntó, pues sabía que su hermana estaba deseando que le narrase todo.

—Mamá siempre tarda en bajar, ya la conoces… —dijo conduciéndolo hacia el sofá para que ambos se sentasen juntos—. Vamos, explícame, ¿cómo es Nueva York? ¿Ha cambiado mucho desde que estuviste viviendo con el tío Benjamin allí?

Walter sonrió sin soltar la mano de su hermana y, finalmente, asintió.

—Sí, ha cambiado mucho, y eso que no hace tantos años.

—¿Cómo es Nueva York?

—Pues… altos edificios…

—¿Es como Londres? —preguntó con ansias de saber.

—Mmm… no —acabó pensativo—, Londres es mejor, está más cuidada —apuntó.

Al momento, se puso en pie cuando su madre entró en la salita y extendió sus brazos hacia él, emocionada por ver a su hijo, casi sin poder contener sus lágrimas. Desde que su madre había perdido a su padre era imposible que controlase sus emociones. Sacó un pañuelo de tela y lo pasó por sus ojos mientras acariciaba el rostro de su hijo.

—Al fin estás aquí.

Su hijo rio y volvió a abrazarla.

—Claro mamá, ¿dónde iba a estar si no? Este es mi hogar.

Su madre hizo un gesto de desagrado y se secó las lágrimas que bañaban sus mejillas, luego se pasó el pañuelo por la nariz con disimulo.

—Bueno, esas travesías por mar son tan largas que…

—Te preocupas demasiado —dijo su hijo rodeándola por la cintura para que se sentase junto a su hermana.

Walter se sentó en el sofá orejero dejando que su madre y su hermana ocupasen el asiento más grande.

—¿Desea tomar algo antes de la cena? —preguntó el señor Robinson entrando en la sala—. La cena se servirá en pocos minutos.

—No, gracias, esperaré a la cena —respondió mientras veía cómo el mayordomo se alejaba. Se quedó observando su paso lento. Tenía el cabello negro salpicado de canas, de hecho, ya había más zonas grises que negras. Las gruesas cejas se situaban sobre unos grandes ojos color marrón verdoso. Su nariz era ligeramente puntiaguda y su boca pequeña. Además, no es que fuese muy alto y era bastante corpulento. Lo cierto era que ese hombre no tenía nada de agraciado, ni siquiera su carácter— ¿Sigue con el palo metido por el culo? —bromeó hacia su madre.

—¡Walter! —exclamó su madre en un susurro, como si se tratase de una reprimenda, asombrada por su comentario, aunque no pudo evitar sonreír. Su hermana, sin embargo, se tronchaba de la risa ante su comentario.

—Oh, venga, mamá —continuó señalando hacia la puerta por la que había salido—. Nunca sonríe y siempre va tan… —buscó la palabra—, ¿erguido?

—Ha servido y sirve muy bien y de forma muy eficiente a la familia —le recordó su madre.

Walter miró divertido a su hermana, la cual reía sin parar. Le encantaba verla sonreír. Se suponía que él era el mediano, su hermana mayor ya estaba casada y con hijos, por eso siempre había tenido predilección por su hermana pequeña, en parte, siempre se había sentido responsable de ella.

—Apuesto a que no pensarías lo mismo si lo encontrases deambulando por la casa en plena noche —continuó él con la broma.

—Me moriría de miedo —rio a carcajadas su hermana mientras su madre miraba hacia atrás, asegurándose de que el mayordomo no se encontraba por allí.

—Shhh… Walter, por favor —comentó, aunque se le notaba que le temblaba el labio al intentar contener la risa. Inspiró hondo y miró a su hija que aún intentaba contener otra risotada por los comentarios de su hermano—. Bueno —dijo señalándolo—, explícanos todo. Quiero que empieces desde el principio, desde tu travesía de Londres a Nueva York —le indicó.

Walter se quedó pensativo un instante, puede que la primera travesía hubiese sido aburrida, pero la segunda había sido más interesante con la aparición en escena de la señorita Elodie Wilkinson.

—Las travesías son aburridas, mamá —indicó él—. Te encuentras durante veinte días en unos estrechos camarotes, con gente a la que no le sienta muy bien el movimiento y está gran parte de la travesía vomitando por la borda. —Su madre hizo un gesto de desagrado—, y luego también sirve para conocer a mucha gente de negocios. Son muchos días de convivencia.

—¿Conociste a gente importante durante la travesía? —preguntó su hermana con aquel brillo en los ojos que solo daba las ansias por saber.

—Sí, a bastante, en realidad —respondió su hermano—. Es posible que salga algún nuevo negocio de mi viaje.

Su madre le sonrió, sabía que su hijo siempre había tenido don de gentes, eso lo había aprendido de su padre y de su tío. Inspiró hondo y, finalmente, se puso más seria.

—Y, ¿en cuanto al testamento de tu tío Benjamin? —preguntó más preocupada.

Walter se mojó los labios y, en ese momento, se arrepintió de no haber pedido una copa. De

todas formas, ya había pensado en no explicarles según qué cosas a su madre y hermana, no quería sentir más presión de la que ya tenía sobre sus hombros.

—Me deja el 50 % de la empresa. Seré el propietario al 100 % —contestó.

Su madre sonrió y se llevó sus manos a su pecho, aunque luego su gesto fue melancólico.

—Tu tío era un buen hombre… y te quiso como a un hijo. Es una pena que ya no esté con nosotros. Siempre se había sentido muy preocupado por nosotras —dijo cogiendo la mano de su hija.

—Sí —respondió Walter pensativo y tragó saliva—. El traspaso de la empresa se hará poco a poco. Se harán las cosas bien. Ahora mismo, su abogado personal, el señor Johnson, dirigirá el 50 % de la empresa del tío Benjamin durante un plazo de seis meses a dos años —dijo sin dar más información al respecto—. Una vez domine totalmente la parte que llevaba mi tío, adquiriré ese 50 %. La verdad… —dijo abandonando su postura firme y dejándose caer sobre el asiento—, me siento aliviado al contar con la ayuda del señor Johnson. Ha dirigido la empresa del tío Benjamin de forma envidiable durante los meses en los que estuvo enfermo, y estoy agradecido de contar con su ayuda.

—Pero, entonces… —preguntó su madre—, ¿deberás irte durante un tiempo a Nueva York?

—No, madre… lo haré desde aquí. Mantendré correspondencia con el señor Johnson regularmente. De todas formas, aunque adquiera el 50 % de la propiedad del tío Benjamin en un plazo máximo de dos años, no puedo dividirme —indicó—, y me gustaría, aunque yo fuese el propietario absoluto, contar con el señor Johnson para que, desde allí, él me vaya poniendo al corriente de todo. Papá llevaba la empresa metalúrgica aquí, en Londres, pero nuestro tío era el distribuidor, el comerciante principal en Nueva York y el que conseguía los buenos contratos, sobre todo para el tema del ferrocarril. El señor Johnson sabe perfectamente cómo funciona esa parte de la empresa y no conozco a ninguna persona mejor que él para encargarse de momento de ella, mientras me pongo al corriente de todo. El señor Tilston, el abogado de papá, tiene un gran número de documentos que debemos revisar para comenzar a ponernos al corriente y, quizá, en cosa de un año, cuando entienda mejor su funcionamiento y contacte con los empresarios que nos compran el acero, pueda hacerme un poco más de cargo, aunque, como digo, será necesario que el señor Johnson siga al frente de esa parte de la empresa, aunque sea mía al 100%.

Su madre asintió dándole la razón.

—Recuerdo al señor Johnson. Cuando murió tu padre él viajó con tu tío para su entierro. —Le sonrió—. Es un buen hombre.

—Es un gran abogado y un gran amigo de la familia, además, ya ha demostrado con creces su valía en el mundo de los negocios. En ese sentido estoy tranquilo.

—Bien, entonces, supongo que también podrás ir un poco más relajado… —comentó su madre con ternura.

—Sí, bueno… —rio él—, si vieses el montón de documentos que nos ha entregado… —ironizó.

—Lo imagino.

Su hermana intervino.

—Yo podría ayudarte, hermano —comentó ella.

Su madre la miró divertida.

—Oh, no, de eso nada. El año que viene te presentas en sociedad y debes acudir todos los días a la institutriz.

—Pero mamá —se quejó ella—, me gustaría saber algo más que bailar, tocar el piano, leer… me interesa la empresa de nuestro padre.

—Por mí no hay problema —intervino Walter—, podrías venir algunos días conmigo al despacho, te enseñaría documentos y cómo redactarlos.

—Walter —se quejó su madre.

Pero Walter le guiñó un ojo a su hermana con complicidad.

—Siempre y cuando eso no influya con tus horas de institutriz.

—Podre montármelo bien, hermano —comentó ella con gran felicidad.

Su madre iba a protestar otra vez cuando el señor Robinson acudió a la salita de nuevo.

—La cena está servida —dijo indicándoles con el brazo que podían avanzar hacia el comedor.

Los tres se levantaron de la mesa y se dirigieron al comedor alumbrado con velas y una lámpara de araña llena de candelabros.

Walter se dirigió al extremo de la mesa, al lugar que había ocupado su padre durante todos sus años en vida, y tomó asiento mientras su hermana y su madre se sentaban a su lado.

La mesa era larga, para unos veinte comensales. A un lado había una enorme cortina color rojo recogida por ambos laterales por cuerdas doradas y unas preciosas cortinas blancas que ocultaban el interior de la vivienda del exterior. Al otro lado había una cómoda de madera oscura con varios ramos de flores frescas y sobre la cómoda un hermoso tapiz, el cual había traído su padre de un viaje a Italia, donde lo había adquirido. Era un tapiz lleno de vida con multitud de flores de colores.

El servicio fue sirviendo la cena: patata cocida con verduras de varios tipos y cordero.

—Mmm… hacía tiempo que no lo comía —dijo mientras colocaban el plato ante él—, agradézcale a Margaret que lo haya preparado. Sabe que es mi plato favorito.

—Claro, señor, ahora se lo diré, señor Renwich —dijo el hombre mientras depositaba el plato ante él—. Seguro que está encantada por el cumplido.

Varios sirvientes, entre ellos el mayordomo Robinson, se quedaron contra la pared para recibir alguna orden en el caso de que necesitasen algo.

Su madre cortó un trozo de cordero mientras miraba con una sonrisa a su hijo.

—Hoy hemos recibido una invitación de Lady Barnes para el baile de temporada —explicó su madre mientras se limpiaba la boca con la servilleta de tela. Walter asintió—. Supongo que… ya que estás —comentó su madre como si no tuviese mucha importancia—, podrías acudir.

—Oh, madre… ¿yo puedo acudir? —preguntó Beatrice.

—Beatrice, ya lo hemos hablado muchas veces, hasta el año que viene no acudirás a ningún baile. Será en tu presentación en sociedad. —Ella resopló y siguió cenando de mala gana—. ¿Y bien? —preguntó su madre mirando de nuevo a Walter—. He recibido muchas invitaciones, debo aceptarlas en mi nombre o en nombre de los dos.

Walter soltó los cubiertos y se apoyó contra el respaldo de la silla observando a su madre. Sabía lo que pretendía. Su madre estaba francamente desesperada porque contrajese matrimonio, igual que su tío. Por eso mismo no había querido explicarles la cláusula especial que llevaba aparejada el testamento. Su madre se volvería loca y no dejaría de buscarle esposa. No, eso era cosa suya y quería tomárselo con calma, evaluar las opciones y, si no daba con la adecuada, tal vez buscar una esposa con la que llegar a un acuerdo.

—Supongo que estaría bien disfrutar de la temporada de Londres este año —dijo cogiendo de nuevo los cubiertos.

Su madre lo miró sorprendida.

—¿En serio? —preguntó totalmente anonadada, pues los anteriores años a los que su hijo había acudido a los bailes de temporada había sido prácticamente arrastrándolo. Él asintió, lo que

provocó que su madre estallase de alegría. De hecho, soltó los cubiertos y se llevó las manos al pecho con devoción, provocando que aquel gesto llamase la atención tanto de Beatrice, que la miró con la boca llena y una ceja enarcada, como de Walter, que la miraba asombrado, pues no disimulaba nada bien su emoción—. Oh, hijo… —pronunció su madre llevando la mano hasta la de él—, no sabes lo feliz que me hace eso. Me alegro de que, finalmente, quieras ir a las reuniones. Conocerás a muchas personas influyentes y quizá a una esposa —pronunció con un tono embelesado.

Él sonrió de soslayo.

—Bueno, eso… ya lo veremos —continuó él sin levantar la mirada del plato, cortando un trozo de cordero.

—Mmm… los bailes de temporada son precisamente para eso, hijo… —dijo con una enorme sonrisa. Walter miró a su hermana que a su vez miraba divertida a su madre por su reacción—, ¿estás… estás interesado en buscar una esposa? —preguntó entusiasmada.

Walter tragó con toda la calma del mundo.

—Simplemente acudiré, mamá, nada más —dijo con confianza—. No me cierro la puerta a encontrar una…

—¡Oh! ¡Eso es estupendo! —gritó su madre alzando sus brazos hacia el cielo, provocando que Beatrice se quedase con el tenedor a medio camino de su boca, paralizada. Luego miró a su hermano y le hizo un gesto gracioso—. Te presentaré a las hijas de mis amigas… —Walter pudo detectar cómo su hermana se ponía tiesa como un palo y retrocedía levemente su espalda para salir del foco de la mirada de su madre, luego negó rápidamente con su cabeza, como si la idea le asustase, lo que provocó que Walter sonriese—. La señora Rogers tiene una preciosa hija de veintiún años, preciosa… muy educada, por cierto. —Su madre hablaba sin mirarlo, inmersa en sus pensamientos mientras su hermana negaba rápidamente con su cabeza, advirtiendo a su hermano, lo que provocó que él volviese a sonreír mientras cortaba otro trozo de cordero—. La señora Gray presenta a su segunda hija en sociedad este año. Oh, es magnífica… —Su hermana volvió a negar con la cabeza. Si algo tenía claro era que podía fiarse más del criterio de su hermana que del de su madre, pues su madre parecía realmente ansiosa por organizar una boda por todo lo alto—. ¿Tienes alguna mujer en mente? —preguntó mirándolo fijamente.

Walter apartó la mirada de su hermana y negó hacia su madre.

—No, madre, no tengo a ninguna mujer en mente…

—Oh, serás la sensación de la temporada —dijo su madre extendiendo los brazos hacia los lados—. Verás qué ilusión le hace cuando acepte las invitaciones en nombre de los dos.

Aquellas últimas palabras produjeron que pestañease diversas veces y enarcarse una ceja hacia su madre.

—¿De cuántas invitaciones estamos hablando? —preguntó.

Su madre apretó los labios como si contuviese la respuesta y suspiró.

—Esta va a ser una gran temporada, sí, lo presiento —dijo volviendo a su plato sin responder a su pregunta.

Walter volvió a mirar a su hermana, la cual se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

La que se le venía encima, y eso que no le había explicado a su madre cuál era el testamento de su tío.

Desconectó de la conversación cuando su madre comenzó a nombrarle decenas de amigas suyas y conocidas que presentaban este año a su hija o sobrina en sociedad o bien era su segunda temporada.

Sí, encontraría esposa porque realmente era una cláusula que no podía romper del

testamento si quería que la empresa de su tío pasase a su nombre y no fuese subastada.

En menudo lío le había metido su difunto tío.



8

Su hermano y el marqués de Bristol permanecían reunidos desde primera hora de la mañana, ultimando los detalles del compromiso de ella: cuál sería la dote entregada, así como cuáles serían los contactos que el marqués presentaría a Jack para realizar los tan ansiados negocios. Todo debía quedar bien estipulado en el contrato que ambos firmarían.

Elodie se sujetó a la columna mientras su sirvienta, Anne, ataba el corsé corto por su espalda. Por suerte, aquel corsé le dejaba respirar bien, aunque mantenía muy erguida su espalda. No acostumbraba a llevar corsé, pues los vestidos de moda eran los de cintura alta, si bien, por lo visto, al marqués le gustaba el uso del corsé, así que debía dar una buena impresión.

Su madre se movió nerviosa por la habitación, caminando de un lado a otro mientras observaba cómo Anne acababa de ajustar el corsé a su hija.

—Espero que todo salga bien —comentó su madre frotándose las manos por el nerviosismo.

Elodie no pronunció palabra alguna, simplemente se limitó a observarla a través del reflejo del espejo. Desde que había entrado en la habitación no había pronunciado palabra alguna para ella. Le parecía humillante tener que vestirse de aquella forma solo para contentar al marqués. A ese punto habían llegado.

Su madre había depositado sobre la cama un precioso vestido azul claro que resaltaba su figura y sus ojos. Sin duda, era uno de los vestidos más hermosos que tenía.

Anne acabó de atar el corsé a su espalda y Elodie la miró de reojo. Anne asintió conforme que ya había acabado.

Se giró hacia su madre, la cual caminaba nerviosa por la habitación.

—Me gustaría estar sola con Anne —pronunció, aunque su madre no pareció escucharla, pues estaba inmersa en sus pensamientos. Miró de reojo a Anne de nuevo, la cual permanecía a un lado—. Me gustaría estar a solas con Anne —repitió elevando un poco más el tono de voz.

En aquel momento su madre se detuvo y la miró confundida. Luego miró a la sirvienta.

—¿Con Anne? —preguntó sin dar crédito.

—Hemos quedado a la una en el comedor, ¿no es cierto? —preguntó. Su madre asintió—. Allí estaré —dijo dirigiéndose hacia la cama donde reposaba el vestido—. Pero, si no te importa, me gustaría estar a solas con Anne, me pones nerviosa caminando de un lado a otro —pronunció sin mirarla.

—Me estaré quieta —comentó su madre.

—¡No! —exigió ella—. Fuera de mis aposentos. Quiero estar tranquila… Como ya he dicho, me estás poniendo nerviosa —repitió—, y creo que a nadie de esta familia le conviene que esté nerviosa, quizá podría decir alguna tontería —comentó con la mirada fija en su madre.

Estaba claro que su hija no estaba dispuesta a perdonarles aquel matrimonio, pero como bien había dicho, en parte, todos dependían de que ese matrimonio saliese bien.

Su madre resopló y la miró enfadada, pero al menos obedeció y salió de la habitación con movimientos agitados.

Fue solo entonces cuando Elodie respiró tranquila y cerró durante unos segundos los ojos

para relajarse. Inspiró hondo y volvió a mirar la puerta por la que su madre había abandonado su habitación.

Su mirada voló hacia el vestido que su madre había seleccionado. Fue hacia él y pasó su mano sobre la suave tela. Era hermoso, sí, uno de los más bonitos que tenía.

Se giró y miró su armario observando el resto de vestidos. Sí, con ese vestido deslumbraría al marqués y aseguraría el matrimonio, pero eso no era lo que quería.

—Veamos qué tenemos por aquí… —susurró acercándose al armario.

Jack estrechó la mano del marqués sellando el trato. Normalmente, la dote se correspondía con un mes de jornal. El marqués había aceptado la mitad de un mes como dote y dicha dote se entregaría una vez estuviesen casados. Además, en una de las cláusulas de dicho contrato, se especificaba que en el plazo de sesenta días contando desde el matrimonio que se celebraría a finales de junio, el marqués proporcionaría una cita con su alteza, la reina consorte Adelaida de Sajonia-Meiningen, esposa del rey Guillermo IV. Tal y como le había explicado, su primera esposa, fallecida hacía un año, era gran amiga de la reina consorte y de ahí que tuviesen una gran amistad.

Por otro lado, le presentaría ante duques y marqueses exhibiendo sus telas y vestidos.

Todo mejoraría a partir de ahora. Ahora, solo debía volcarse en elaborar, gracias a sus modistos, unos lujosos trajes con los que conquistar a su alteza y a la aristocracia.

Gracias al matrimonio de su hermana la empresa volvería a tener el mismo prestigio que había tenido cuando su padre era el propietario.

Soltó la mano del marqués e instintivamente la pasó por su pantalón, de forma disimulada, para secarse el sudor de aquel contacto.

El cuarto marqués de Bristol no era muy agraciado. Desde la última vez que lo había visto, pues sus últimos contactos habían sido por carta para negociar dicho matrimonio, había ganado peso y los pantalones le iban estrechos, provocando que la barriga pareciese más prominente de lo que realmente era.

Su pelo era ya canoso, al igual que la barba que ocupaba su mandíbula y pasaba por encima de su labio, una barba muy bien cuidada y recortada. Sus ojos de color marrón claro destacaban bajo sus prominentes cejas.

El sobrepeso que tenía había perjudicado estéticamente al cuarto marqués de Bristol, pues recordaba que, cuando era pequeño, lo había visto como un hombre apuesto. El paso de los años y la muerte de su esposa le habían pasado factura.

No pudo evitar mirarlo de la cabeza a los pies. No, estaba claro que no iba a ser del agrado de su hermana, pero confiaba en que Elodie recapacitase por el bien familiar o, de lo contrario, corrían el riesgo de perder la empresa que su padre había creado y que había sido el sustento de todos ellos.

—Bien, pues todo listo —comentó Jack con una sonrisa y cerró la carpeta de cuero donde había guardado el contrato firmado con el marqués.

El marqués hizo lo mismo con el contrato que había firmado y lo guardó en una carpeta propia.

—Un placer hacer negocios con usted —indicó el marqués.

Jack sonrió.

—Se lleva a una mujer muy hermosa.

El marqués asintió con la cabeza.

—Lo sé, la última vez que la vi, hará unos cuatro años, ya era una mujer hermosa.

—Ahora lo es más aún —dijo colocando una mano en su espalda, en confianza—. Vamos,

avisaré a mi madre de que ya está todo firmado y nos reuniremos todos en el comedor donde podremos degustar una excelente comida. —Miró el reloj observando que solo quedaban cinco minutos para la una del mediodía, tal y como había planeado—. Ahora verá a mi hermana, espero que tengan un matrimonio muy feliz.

—Oh, puede contar con ello… —comentó el marqués dirigiéndose a la puerta.

Jack iba a abrirla, pero chasqueó la lengua y se quedó pensativo. Sabía que su hermana no deseaba ese matrimonio y, como tal, no se lo pondría nada fácil, así que era mucho mejor prevenir al marqués.

—Disculpe, ¿puedo hablar en confianza con usted? —preguntó Jack girándose hacia él.

El marqués lo miró sorprendido y asintió.

—Por supuesto —dijo seriamente.

Jack inspiró hondo, intentando hallar las palabras para decir aquello de una forma lo menos brusca posible.

—Como sabe, mi hermana es joven y hermosa, de hecho, estaba muy emocionada con la presentación en sociedad, pero ahora… —Chasqueó la lengua.

—Ahora no tendrá otras oportunidades —indicó el marqués, cortándolo.

—Exacto. —Apretó los labios—. Ella no está muy conforme con el matrimonio —comentó —. Aunque yo estoy seguro de que usted es el hombre ideal para ella y que la cuidará bien.

El marqués sonrió de soslayo.

—Señor Wilkinson, créame que me hago cargo de que su hermana puede que no quiera casarse conmigo, pero esto es una transacción económica, nada más —comentó—. Por lo que a su hermana concierne, puede estar tranquilo, que jamás le faltará de nada y la trataré lo mejor que pueda.

—Lo sé —indicó Jack.

El marqués se acercó en confianza.

—No soy idiota, señor Wilkinson, y entiendo la postura de su hermana, pero intentaré ganarme su corazón poco a poco.

Jack estuvo conforme con aquella respuesta y mucho más tranquilo después de comentarle aquello, pues no sabía con qué podía sorprenderle su hermana.

—Lo sé, y estoy seguro de que lo conseguirá —comentó ya abriendo la puerta—. Bien, si me acompaña… —dijo indicándole con el brazo para que pasase él primero bajo el marco de la puerta.

Cerró la puerta tras él y ambos se dirigieron por el pasillo en dirección a las escaleras. Cuando llegaron al comedor, le sorprendió ver a su madre allí, pues pensaba que estaba con su hermana. El plan era que ambas le esperasen allí.

—Madre —dijo dando unos pasos hacia delante, intentando no aparentar nerviosismo. Se giró hacia el marqués que se situaba a su lado—. Supongo que recordarás al cuarto marqués de Bristol.

—Oh, por supuesto. ¿Cómo olvidarlo? Tenía una gran amistad con mi adorado marido.

El marqués dio un paso hacia delante y sujetó la mano de ella para besarla.

—Su marido era un buen hombre. Siempre tuve un gran cariño hacia él.

Ella le sonrió apartando la mano de él.

Jack tragó saliva y miró hacia los lados, su madre al darse cuenta intervino.

—Mi hija vendrá enseguida, estaba arreglándose para la ocasión —comentó con una gran sonrisa y miró a uno de los sirvientes—. ¿Puede informar a mi hija de que ya puede bajar? —preguntó en un tono sosegado. En cuanto el sirviente abandonó la sala para ir a buscarla, ella se

giró hacia el marqués y su hijo con las manos unidas por delante de su vestido—. ¿Han ido bien las negociaciones? —preguntó con una sonrisa.

—Han ido excelente —comentó su hermano colocando una mano en el hombro del marqués.

El marqués también asintió.

—Debo admitir que tiene un hijo con unas grandes dotes de negociación —rio, aunque los tres se giraron cuando escucharon unos pasos de tacón dirigirse hacia el salón.

La sonrisa en los rostros de su madre y de su hermano se borró cuando observaron a Elodie aparecer bajo el marco de la puerta con un vestido color marrón oscuro de manga larga que le llegaba hasta el cuello y que no realzaba en nada su figura. Se había hecho un recogido muy simple bajo la nuca.

Su madre se removió inquieta y cerró los ojos unos segundos mientras respiraba profundamente. Su hermano apretó los labios y se removió inquieto, pero, para sorpresa de todos, el marqués dio un paso hacia delante haciendo una reverencia ante ella y cogiendo su mano.

—Su hermano tenía razón, señorita Wilkinson, es aún más hermosa de lo que recordaba. —Besó su mano y se puso erguido ante ella. Elodie lo miró y se contuvo de no echarse a llorar. Ahora sí lo recordaba, aquel hombre se había reunido con su padre varias veces, aunque la edad le había jugado una mala pasada. ¿Cómo su madre y su hermano permitían aquel matrimonio? No era mucho más alto que ella, y se le notaba que era de buen comer.

Apretó los labios y asintió mientras le hacía una reverencia.

—Gracias, marqués —susurró intentando controlar el aliento.

Su cerebro no paraba de mandarle mensajes: “corre”, “huye”, “aunque tengas que vivir en la más absoluta pobreza no merece la pena casarte con este adefesio”.

Era pensar que debería besar aquellos labios y se le erizaba la piel. Sintió cómo el estómago se le revolvía.

Su madre miró a Anne que aparecía ante la puerta y le hizo un gesto de enfado, pero Anne se encogió de hombros y le susurró un “lo siento” a su señora.

Realmente no lo sentía, pero era lo que había apalabrado con Elodie para que ella no sufriese las consecuencias de sus actos. Después de que Elodie le explicase lo que su hermano y su madre pensaban hacer le hervía la sangre. Estaba claro que tanto Jack como su madre jamás la habían querido. De hecho, ella era quien la había criado desde niña, la que la había visto crecer, dar sus primeros pasos y hasta decir sus primeras palabras. No toleraba aquel despropósito, así que haría todo lo que estuviese en sus manos para ayudar a Elodie a escapar de aquel matrimonio, aunque le costase su puesto de trabajo.

—Tomemos asiento —dijo su hermano señalando la mesa—. La comida está preparada.

Elodie fue hacia la mesa, pero se sorprendió cuando el marqués fue hacia ella y le separó la silla. Inspiró hondo y se armó de valor. Tomó asiento y el marqués se situó en el mismo lado de la mesa que ella, aunque a distancia.

Elodie lo miró de reojo. Ni loca iba a casarse con él. Puede que sus modales fuesen refinados, tal y como su condición de marqués obligaba, pero no era atractivo ni por asomo. Sabía que eso no era lo único que debía valorar en un hombre, pero le era imposible no comparar la edad de ambos y el aspecto de él.

Intentó controlar las lágrimas y, por suerte, pronto sirvieron la sopa, pudiendo centrarse en ella mientras los hombres hablaban amistosamente. Sintió la mirada fija de su madre, obviamente no le había hecho ninguna gracia que apareciese vestida así. Lo que lamentaba era que el

marqués no parecía apreciar aquel gesto o no le daba importancia. ¿Acaso no le estaba demostrando de aquella forma que no quería aquel matrimonio?

—Hemos enviado una carta a su majestad notificándole que el matrimonio se celebrará el día veintiuno de junio —dijo su hermano.

En ese momento, ella miró a Jack y a su madre, los cuales permanecían sonrientes. No pudo hacer otra cosa que asentir y remover su sopa.

—Sé que está preocupada, señorita Wilkinson —comentó el marqués, lo que provocó que ella pusiese su espalda recta y girase su cuello para mirarlo—, pero le aseguro que seré un buen esposo y que jamás permitiré que le falte de nada.

¿De nada? Pensó ella, ¿y el amor? Obviamente él la veía como una niña joven con la que podría ir a la cama, a la que podría usar como quisiese… aquello le repugnaba. Ella no quería vestidos caros, ni joyas… lo único que deseaba era ser feliz, tener un matrimonio con un amor que fuese correspondido por ambas partes, no un deseo carnal por una chica de veintidós años.

No hizo ningún gesto, simplemente se centró en cómo el sirviente retiraba su plato para ponerle el segundo. Sentía que estaba cayendo en un pozo, y no podía permitírselo, necesitaba ser fuerte y tener la mente fría para poder ser libre.

—Le aseguro que intentaré ganarme su corazón —continuó el marqués.

Ella volvió a mirarlo y asintió esta vez. Parecía que el marqués estaba deseoso por complacerla. Quizá aquello podría usarlo en su favor.

Una vez tomaron la comida y el postre su madre se puso en pie.

—Hija, querida… —dijo su madre—, dejemos a los hombres que disfruten de unas copas y de una amigable charla.

Ella inspiró hondo y miró de reojo a Anne, la cual se encontraba de pie al lado de la puerta. Tragó saliva y miró al marqués, el cual sonreía hacia su hermano.

—Si no le importa al marqués… me gustaría poder tener unas palabras con él. —Su madre se removió incómoda en la silla y su hermano la miró fijamente—. A solas —siguió hacia su hermano.

—Querida hermana, sabes que a solas no podéis estar hasta que haya un matrimonio.

—Señor Wilkinson —indicó el marqués—, no hay ningún problema, se lo garantizo.

—Como comprenderá, me fio totalmente de usted —comentó Jack intentando no parecer enfadado—, pero es lo que dicta el protocolo.

—Yo puedo quedarme —se ofreció su madre con voz temblorosa.

—No —contestó Elodie con aplomo en la voz—, se quedará Anne, es mi doncella, —Miró al marqués—, si a usted no le importa, claro.

—Por supuesto que no —pronunció él.

Jack inspiró hondo.

—Hermana… el… el contrato ha sido firmado y… —pronunció en un tono suave, aunque sabía que intentaba disuadirla.

—Lo sé, por eso mismo me gustaría poder disfrutar de un momento de confidencias con el que va a ser mi prometido y futuro marido —comentó ella con la espalda tirante y luego miró al marqués.

El marqués asintió y miró relajado a Jack y a su madre.

—Por supuesto, estaré encantado. Así podremos comenzar a conocernos mejor —respondió él.

Su madre titubeó y miró a su hijo, el cual se puso en pie con actitud tensa, aunque señaló a su madre para que fuese a la puerta junto a él.

—Está bien —aceptó Jack tendiéndole el brazo a su madre para que se cogiese a él. Avanzaron hacia la puerta y Elodie observó cómo miraba fijamente a su doncella.

Elodie miró a su alrededor, hacia el resto del personal que los acompañaban.

—Por favor —comentó—, quiero estar a solas, el último que salga que cierre la puerta —concluyó.

Todos se miraron de reojo, pero obedecieron ante la atenta mirada del marqués que observaba a Elodie intrigado.

Fue Anne quien cerró la puerta cuando el último hombre del servicio abandonó la sala. Elodie miró a su alrededor asegurándose de que estaba sola y durante unos segundos se quedó en silencio, reflexionando. Debía medir muy bien las palabras, pues no quería que lo tomase como una ofensa, aunque bien le parecía una conducta pervertida por su parte, pero no podía expresar aquello, lo mejor era intentar mantener una charla con él para que comprendiese su situación.

Cuando se giró, el marqués había tomado una postura cómoda en la silla y apoyado su cabeza en el brazo de esta.

—Marqués —pronunció girando su silla hacia él—, le agradezco que pueda dedicarme unos minutos.

—Siempre estaré disponible para usted —comentó.

Ella apretó los labios y tragó saliva. Se removió nerviosa en la silla. Debía hacerlo, al menos intentarlo… o se arrepentiría el resto de su vida.

—Sé que es un buen hombre, que tenía una gran amistad con mi familia, en concreto con mi padre… —inició la conversación, ante lo cual el marqués asintió—, por eso mismo apelo a la amistad que tenía con mi padre… —susurró. El marqués arqueó una ceja—. Siento decírselo, y lo que menos pretendo es ofenderle… pero no deseo este matrimonio.

El marqués primero se quedó unos segundos en silencio. Por la conversación que había tenido con Jack ya sabía que ella no deseaba el matrimonio, pese a que este la convirtiese en marquesa, pero le sorprendió el valor de la muchacha para decirle aquello. Inevitablemente sonrió y apoyó sus manos sobre su barriga.

—Entiendo lo que quiere decir, señorita Wilkinson, pero también debe respetar los contratos ya firmados.

—Yo no he firmado nada —indicó ella.

Él sonrió.

—Cierto, las mujeres no firmáis contratos. Somos los hombres los que lo hacemos —pronunció en tono irónico.

Aquel comentario le hizo poner la espalda recta. Si no le hubiesen enseñado modales, seguramente le habría arrojado a la cabeza alguno de los platos que quedaban por recoger sobre la mesa.

Controló su carácter y lo miró de forma suplicante.

—Deseo poder presentarme en sociedad, llevo muchos años esperando este momento.

—Y lo hará —rio el marqués—, pero como mi prometida.

Ella se mordió el labio y lo miró fijamente.

—¿Le importa realmente que yo no quiera casarme con usted? —preguntó más molesta.

El hombre cruzó sus manos y las situó sobre la mesa.

—Verá, no es que no me importe, es que está dejando claro que no tiene ni idea de cómo funciona la sociedad y los negocios en general —respondió—, y no pretendo faltarle al respeto. El matrimonio no deja de ser un negocio más. Usted obtiene un título y un reconocimiento social, además su familia gozará de prosperidad…

—¿Y usted? ¿Qué obtiene?

El marqués rio.

—Creo que está claro, ¿no? A usted —se jactó.

—¿Y si yo no quiero? —preguntó—. No quiero casarme con usted, marqués —pronunció con sinceridad—. Estoy muy agradecida de que se preocupe tanto por la prosperidad de mi familia, pero no voy a casarme con usted —concluyó—. Así que puede decirle a mi hermano que el contrato que acaban de firmar no sirve de nada —acabó con voz seria.

El marqués la miró fijamente y luego sonrió como si no le importasen los comentarios de ella.

—Verá, señorita Wilkinson, lo que usted quiera no importa, como le he repetido, esto son negocios y los negocios los llevamos los hombres. —Esta vez usó un tono de voz más contundente.

Sí, el marqués podía ser encantador si lo quería, pero también estaba demostrando no tener en cuenta su opinión y tener más genio del que quería aparentar.

—¿De verdad usted desea una esposa que no lo ame? ¿Que no quiera estar a su lado?

—Como ya le he dicho me ganaré su corazón y si no lo consigo… será un simple negocio del que ambos sacaremos partido. Usted un título y reconocimiento social y yo una esposa. —Se puso en pie directamente, como si la conversación hubiese llegado a su fin. Fue hacia ella y se situó al lado de su silla—. Su hermano ya me advirtió de que usted no estaba de acuerdo con este matrimonio —comentó y se encogió de hombros—. Pero a mí me gustan los retos, señorita Wilkinson.

Dicho esto, avanzó hacia la puerta dejando a Elodie desesperada. ¿Por qué el marqués no retiraba su oferta de matrimonio después de todo lo que le había dicho?

Aquella respuesta por parte de él la enfureció. Se levantó de la silla y miró su espalda dirigirse hacia la puerta.

—No me casaré con usted —repitió ella, esta vez contundente—. Si realmente sentía aprecio por mi padre no lo haría.

El marqués situó una mano en el pomo de la puerta y se giró hacia ella.

—Eso no es cosa suya, señorita Wilkinson y, precisamente, por su padre es que me casaré con usted, para que la empresa que su padre fundó no desaparezca.

Sintió cómo su corazón se disparaba. Pensaba que podría apelar a su buena moralidad, que sería consciente de la diferencia de edad y de que ella merecía tener la oportunidad de buscar por sí misma el amor, pero estaba claro que no pensaba igual. Para el marqués, igual que para su madre y su hermano, ella era simplemente una moneda de cambio que usar para salvaguardar el poder adquisitivo de su hermano y su madre. Su opinión no valía absolutamente nada.

A lo lejos, identificó a su madre y a su hermano que se giraron nada más abrirse la puerta.

Su hermano fue directo hacia el marqués mientras su madre se removía nerviosa al final del pasillo.

La mirada fue directa hacia Anne, la cual permanecía igual o más conmocionada que ella.

—Lamento si mi hermana ha dicho algo que… —escuchó decir a su hermano.

—No —lo cortó el marqués—. Su hermana no ha dicho nada inapropiado. Como he dicho, nos estamos conociendo mejor… —En ese momento el marqués se giró hacia ella. Obviamente, le estaba haciendo un favor no revelando cuáles habían sido sus palabras y parecía que quería que ella fuese consciente de ello—. El matrimonio se celebrará el día señalado.

Jack sonrió y miró a su hermana, la cual se encontraba de pie, al lado de la mesa, intentando mantener la compostura.

—Bien, entonces… ¿le apetece una copa para celebrarlo? —lo invitó Jack.

—Por supuesto —pronunció el marqués girándose para dirigirse de nuevo al comedor.

Elodie intentó no perder los estribos mientras entraban de nuevo. Hizo una breve reverencia para despedirse de ellos, aguantando con todas sus fuerzas sus lágrimas, y se giró hacia Anne, la cual la miraba también agobiada por la situación.

Se dirigió fuera del salón junto a Anne y cerró la puerta del comedor para dejar a los dos hombres solos, no sin antes coincidir la mirada con la del marqués.

Anne iba a situar una mano en su brazo para intentar consolarla cuando su madre las interrumpió.

—Bien hecho, hija —pronunció alzando su mentón—. ¿Quieres dar un paseo por el jardín? —le propuso.

Ella la miró con odio y comenzó a dirigirse a las escaleras obviando la propuesta que su madre le ofrecía.

—Te dije que no volvieses a llamarse así —pronunció antes de subir las escaleras a toda prisa, huyendo de aquella situación.

Subió a toda prisa elevando su vestido marrón oscuro para no tropezar y corrió por el pasillo rumbo a su habitación.

En cuanto entró por la puerta, la cerró tras ella y se apoyó rompiendo a llorar sin poder controlarse más.

Su pecho se agitó mientras las lágrimas surcaban sus mejillas rumbo a su barbilla.

Suspiró y se dejó caer apoyada en la puerta, haciéndose un ovillo, intentando encontrar el refugio en su propio abrazo que no encontraba en su familia.

Unos golpes en la puerta le hicieron alzar su cabeza de sus rodillas.

—Señorita… —susurró Anne—, señorita… —Ni siquiera tenía ánimos para responder—. Elodie… por favor… déjame entrar… —le suplicó ella.

Elodie tragó saliva y se limpió las mejillas.

—Necesito estar sola, Anne —susurró ella.

Anne apretó los labios e inspiró hondo. Necesitaba abrazarla, consolarla, pero Elodie le había dicho que necesitaba estar sola, no sería ella quien la privase de ello.

—Está bien, vendré en un rato a ver cómo está —pronunció antes de alejarse de la puerta controlando también sus emociones.



9

Los días pasaban y Walter cada vez estaba más al día de los últimos negocios que había llevado a cabo su tío Benjamin en Nueva York a través del abogado Johnson.

Las carpetas que el abogado le había entregado estaban totalmente ordenadas. Todo estaba precisamente estructurado tal y como le gustaba. Por meses y por empresas.

Lo cierto era el que abogado parecía tenerlo todo bajo control, lo cual le daba tranquilidad, sobre todo cuando había visto que en los próximos meses se llevarían a cabo unas cuantas visitas más con nuevos clientes interesados en su empresa.

Acabó la carta que le enviaría al abogado agradeciéndole la labor que había realizado y pidiéndole que en cuanto realizase dichas negociaciones lo informase. Se había despedido con un cordial saludo y había cerrado el sobre con la carta en su interior cuando su mayordomo de confianza había llamado a la puerta de su despacho, situado en la segunda planta de su vivienda.

—Señor Renwich. Tiene visita. —Walter elevó la mirada hacia él, confundido—. Su madre —confirmó el señor Morton. Walter lo miró extrañado y su mayordomo se encogió de hombros —. Le espera en la sala de estar —comentó—. ¿Mando a preparar el té?

Walter asintió mientras se levantaba de su asiento y se dirigía a la puerta donde se encontraba el mayordomo.

—Y, por favor, que envíen esta carta lo antes posible. Es importante —comentó con énfasis.

—Por supuesto, señor —dijo mientras se echaba a un lado para dejarle paso.

Suspiró y se dirigió a las escaleras. Aunque su madre no había anunciado con anterioridad que iba a ir a verle ni cuál era el motivo, podía suponerlo.

Aquellos últimos días, su madre se había mostrado realmente efusiva con el hecho de que su hijo le revelase que era posible que buscase una esposa. Sin duda, aquel era un gran divertimento para su madre que no dudaría en presentarle a todas las jóvenes casaderas de aquella temporada.

De hecho, los últimos años le había insistido, pero él había estado demasiado concentrado en sacar adelante la empresa de su padre, por esa misma razón había acudido solo a algunos bailes, para contentarla a ella y, sinceramente, ya había tenido suficiente.

Bajó las escaleras y se encaminó hacia la sala de estar donde se encontraba su madre, la cual estaba mirando las estanterías cargadas de libros.

—Mamá, qué sorpresa. No te esperaba. —Ella se giró y lo miró con una gran sonrisa, aunque volvió su mirada hacia todos los libros que su hijo coleccionaba—. Eres tan parecido a tu padre en esto… —susurró con melancolía—. A él también le encantaba leer.

Él sonrió ante los recuerdos que su madre despertaba en su mente y caminó despacio hacia ella.

—Sí, él me inculcó, entre otras cosas, el placer por la lectura… —Suspiró y miró el perfil de su madre—. ¿Ocurre algo, mamá? —preguntó.

—¿Y por qué iba a ocurrir algo? —preguntó encogiéndose de hombros, esta vez con una actitud más vivaz—. ¿Acaso no puedo visitar a mi hijo y disfrutar de su compañía?

Él enarcó una ceja y rio.

—Sí, claro que sí, Beatrice y tú siempre sois bien recibidas, ya lo sabéis… —comentó, aunque bien sabía que su madre tenía un plan en mente—. Por cierto, ¿dónde está Beatrice? ¿No te acompaña?

—Está con la institutriz ahora mismo —comentó dirigiéndose hacia uno de los butacones —. Ven —dijo indicándole con la mano que se sentase a su lado—, quiero hablar contigo.

—Mmm… creo que me arrepentiré si me siento ahí.

Su madre rio.

—Oh, vamos, Walter —rio su madre—. Venga, toma asiento —lo animó. Walter suspiró y la miró no muy convencido. Se quedó en silencio mirando a su madre, esperando a que ella comenzase a hablar—. Mañana es el primer baile de la temporada…

Walter resopló y se pasó la mano por la cara, agobiado.

—Sí ya lo sabía yo… —susurró para sí mismo y luego la miró—. Mamá, te dije que acudiría a algunos bailes, pero…

—Ah, no, no… si ya sabía yo que tenía que venir a hablar contigo —dijo señalándolo con la mano—. Mañana es uno de los bailes más importantes, el primero de la temporada, donde acuden todas las debutantes…

—Mamá… —pronunció arrastrando las letras.

—Espera, espera… —continuó ella con paciencia mientras cogía su pequeño bolsito. Lo abrió y sacó un papel—. Mañana tienes que ir sí o sí, además… ya he aceptado la invitación tanto en tu nombre como en el mío.

Él enarcó una ceja.

—¿Cuántas invitaciones has aceptado en mi nombre?

Su madre lo miró como si no comprendiese la pregunta.

—Todas, está claro —respondió encogiéndose de hombros. Walter volvió a resoplar. Ya sabía que aquello ocurriría, y en parte estaba agradecido por ello, buscar esposa iba a ser mucho más fácil gracias a los contactos de su madre, pero lo cierto era que le daba pereza. Su madre desdobló el papel que Walter miró intrigado. Lo miró muy sonriente—. Mañana te presentaré a la señorita Judi Capell, es una de las grandes herederas. Su padre tiene muchas tierras. No tiene hijos varones, solo cuatro hijas. Ella es la mayor y quien se case con ella ostentará el título de conde. —Él enarcó una ceja—. Es una chica preciosa y muy ilustrada. —Miró el documento también—. Otra debutante a tener en cuenta es Emma Percy, supongo que la familia Percy te sonará, ya que son los que…

—¿Mamá? —la interrumpió cogiéndole el documento que tenía entre las manos—. ¿Has hecho un listado? —preguntó sorprendido.

Ella se lo quitó de las manos, ofendida por su interrupción.

—Hijo, tú no te has codeado mucho con la sociedad. ¿Quieres ir preguntando a cada mujer su nombre, apellido y lo que pueden ofrecerte?

Walter la miró sorprendido y sonrió.

—¿Ofrecerme? —rio—. Mamá, somos una de las mayores riquezas de Inglaterra. No me interesa un matrimonio de conveniencia para conseguir patrimonio.

Su madre lo miró con una sonrisa tierna.

—Igualmente debes estar al tanto de…

—Escucha, iremos juntos… ¿verdad? —Su madre asintió—. ¿Qué te parece si hacemos una cosa? Puedes informarme allí. Aunque te lo agradezco mucho, llevo desde esta mañana con los documentos que el abogado del tío Benjamin me entregó y a estas alturas no puedo retener ya ningún dato más.

Su madre puso cara de disgusto, pues parecía emocionada con el listado que había realizado. Seguro que se había entretenido durante un buen rato en ello, pero tampoco quería insistir. Sabía cuál era la opinión de su hijo respecto a aquellas recepciones, así que suponía que debía darse por satisfecha con el hecho de que la acompañase y le hubiese expresado su deseo de buscar esposa más en serio este año.

—Está bien… —comentó doblando la hoja con pena, lo que provocó una sonrisa divertida en Walter.

—Vamos, mamá… —dijo él animándola—, mañana podrás darme todos los datos que desees.

Ella lo miró con una gran sonrisa.

—¡Tengo tantas ganas de ser abuela! —exclamó.

Walter volvió a pasarse la mano por la cara con semblante agobiado. Y ahí, en esos momentos, era cuando más se arrepentía de haberle explicado su plan de buscar esposa.

—Ya, ya… —chasqueó la lengua—, no adelantemos acontecimientos. Primero tengo que encontrar una mujer que…

—Oh, ¿y crees que no la encontrarás? Están todas deseando verte.

Walter enarcó una ceja.

—¿A quién le has dicho que voy a acudir? —preguntó con temor.

—Pues a mis amigas, claro está. ¡Y están deseando verte!

—Ayyy… mamá —susurró lentamente.

Sabía que la noticia de que Walter Renwich acudiría a la temporada y que buscaba esposa se esparciría rápidamente como la pólvora. Ahora sí podía tener la certeza de que sería un inicio de temporada agobiante.

Cuando había acudido a algún baile años atrás ni siquiera había contestado a la invitación, simplemente se había presentado en la mansión y su buen apellido le había abierto todas las puertas. Ahora, eso iba a cambiar, pues sabía que muchas debutantes estarían interesadas en cazarlo, aunque no tuviese un título nobiliario que ofrecer, pues su fortuna superaba incluso a la de muchos de los nobles de la ciudad.

—Bueno, yo te dejo la lista aquí para que le eches un vistazo…—dijo su madre dejando el documento sobre la mesa. Lo miró de la cabeza a los pies—. ¿Tienes la ropa preparada?

—No te preocupes por eso —dijo dándole unos golpecitos en su mano para que se relajase —. Puedes estar tranquila, ropa no me falta —bromeó.

—Ayyy… es que estoy tan emocionada —comentó su madre realmente feliz. Walter se quedó observándola. Su madre había sufrido mucho con la muerte de su padre. Había intentado aparentar fortaleza, pero más de una vez la había sorprendido llorando a solas. Cogió su mano y asintió. Sabía que buscarle esposa era una de sus distracciones preferidas y hacía tiempo que no la veía sonreír de aquella manera.

—Mañana será un gran día, y espero que me pongas al día de todas las debutantes y damiselas que se presentan en sociedad.

—Oh, por supuesto que lo haré —dijo ella colocando una mano sobre la de él—. Te encontraré la esposa perfecta —comentó con una gran sonrisa—. Lo pasaremos muy bien, ya lo verás.

—Estoy seguro de que sí —comentó con una sonrisa.

En ese momento, el mayordomo entró por la puerta con una bandeja donde reposaban varias tazas de té que depositó en la mesa.

—Supongo que desearán el té —dijo el señor Morton.

—Muchas gracias —le respondió Walter.

—Oh, no, no hace falta, hijo —comentó ella poniéndose en pie—. He quedado con unas amigas para tomar el té en un rato. Tengo que ir a buscar a tu hermana a la institutriz y nos acompañará ella también.

—¿Seguro? —insistió su hijo.

—Sí, tranquilo —dijo dirigiéndose a la puerta. Se giró hacia él mientras la seguía—. El baile comienza a las ocho. Supongo que usaremos tu carruaje… —Él asintió—. Pásame a buscar a las siete y media —le pidió su madre.

—Claro. —Se detuvo al lado de la puerta mientras el mayordomo se acercaba para abrirla. Su madre puso una mano en su pecho y dio una palmadita.

—Espero verte con las mejores galas.

—Cuenta con ello, madre —dijo su hijo divertido—. ¿Dónde es el baile?

—Oh, sí… en casa de los Bryon —explicó su madre—. Da la casualidad de que los Bryon presentan a su sobrina en sociedad, la señorita Emily…

—Mamáááá… —insistió él—, tranquila, mañana me pondrás al día de todo. No te preocupes.

Su madre suspiró y asintió. Sabía que su hijo detestaba los bailes, así que ya era todo un logro que le permitiese explicarle sobre cada una de las debutantes y las mujeres casaderas. Era todo un triunfo.

El mayordomo abrió la puerta, aunque los tres miraron sorprendidos al abogado Theo Tilston que estaba a punto de llamar. El abogado hizo una reverencia hacia la madre de Walter, saludándola.

—Señora Renwich, qué alegría verla después de tanto tiempo —comentó con una gran sonrisa.

—Oh, Theo —dijo acercándose para darle un abrazo—. También es una gran alegría para mí. ¿Cómo está su esposa?

—Muy bien —comentó quitándose el sombrero que llevaba sobre su cabeza.

—Dígale, por favor, que se pase por mi casa alguna tarde para tomar un té. Me gustaría poder compartir un rato agradable con ella.

—Claro, seguro que está encantada —dijo con una amable sonrisa.

Su madre se giró y besó la mejilla de su hijo.

—Nos vemos mañana, hijo, recuerda —comentó saliendo por la puerta—. A las siete y media en mi vivienda con el carruaje.

—Allí estaré —dijo mientras veía a su madre bajar los escalones de su portal.

Walter suspiró mientras su abogado entraba en el interior de la vivienda y el mayordomo recogía su abrigo y su sombrero.

Walter miró confundido a su amigo.

—Habíamos quedado a las seis, ¿verdad?

—Sí —respondió el abogado y miró a su mayordomo que se alejaba para colgar sus prendas —. Lamento presentarme antes, pero tengo noticias que quizá puedan interesarle.

Aquel comentario llamó la atención de Walter que asintió y le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiesen a la planta de arriba, a su despacho, para tener más intimidad.

—¿Le apetece un té?

—Sí, estaría bien —contestó el abogado mientras subían las escaleras.

—Señor Morton —llamó la atención de su mayordomo—, si no le importa, podría subirnos el té a mi despacho.

—Claro, señor.

Ambos subieron a la planta alta y entraron en su despacho. Walter dejó la puerta abierta, pues sabía que en breves segundos su mayordomo aparecería con el té que había preparado justamente para su madre y para él. Así lo hizo, el mayordomo depositó la bandeja de plata con el té recién hecho y dos tazas.

—No se preocupe —le dijo Walter al ver que se preparaba para llenar las tazas—, ya nos encargamos nosotros. Gracias.

El mayordomo asintió a su orden y se marchó del despacho cerrando la puerta tras él.

El abogado miró todos los documentos que tenía sobre la mesa. Sin duda, Walter los había estado revisando.

—Veo que ha estado repasando los documentos —dijo Theo sentándose en la butaca.

Walter rodeó la mesa y fue hacia su butacón.

—Sí, y lo cierto es que estoy muy conforme con todo lo que el abogado de mi tío ha realizado. Me da tranquilidad… —dijo sentándose—, aunque hay unos asuntos que me gustaría consultar con usted —comentó apoyándose contra el respaldo—, por eso le había llamado, para que nos reuniésemos a las seis, pero dígame… me tiene intrigado. ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme para adelantar la visita? Espero que sean buenas noticias.

—Mmm… bueno, sí, supongo que lo son, aunque no se trata de la empresa. —Aquel dato dejó a Walter desconcertado. No dijo nada, pues esperó a que su amigo siguiese hablando—. ¿Recuerda el encargo que me hizo? —preguntó. Walter enarcó una ceja al no parecer recordar nada—. En el barco… —insistió él—, me pidió que descubriese a qué bailes iba a acudir la señorita Wilkinson.

Walter parpadeó, aunque a veces aquella mujer asaltaba sus pensamientos, ese no era uno de esos momentos, pues estaba totalmente centrado en asegurar los negocios de su tío Benjamin.

—Sí, claro —respondió.

—Pues mi esposa me ha informado de que acudirá a prácticamente todos los bailes —comentó—. De hecho, mañana es el primer baile de temporada y…

—Sí, lo sé bien. Precisamente mi madre ha venido a eso, a recordármelo. El primer baile de esta temporada lo realizan los Bryon. —Le sonrió tirante—. No sé en qué momento se me ocurrió decirle a mi madre que buscaría una esposa… —rio.

El abogado lo miró sorprendido.

—¿Le… le ha explicado que para obtener el porcentaje de la empresa de su tío existe una cláusula que le obliga a contraer matrimonio en dos años?

—No, no… —dijo rápidamente—, jamás se pasaría por la cabeza hacer eso. Ya está suficientemente emocionada con que vaya a acompañarla y con que le haya dicho que me planteo buscar esposa… —El abogado sonrió—. Y tampoco es necesario ponerla nerviosa. Bastante ha sufrido ya. No quiero que esté inquieta por el hecho de la posibilidad de perder la empresa.

El abogado asintió.

—Hace bien.

Walter se acercó a la mesa y se apoyó en ella, con renovado interés.

—Entonces… —Miró a su abogado, realmente interesado—, ¿la señorita Elodie Wilkinson acudirá al primer baile de temporada en la casa de los Bryon?

El abogado asintió.

—Al menos es lo que me ha dicho mi esposa. Es una de las debutantes de este año. —Walter asintió y se apoyó contra el respaldo, pensativo. El abogado lo miró fijamente—. Está

interesado en esa muchacha, ¿verdad?

Walter se encogió de hombros.

—Puede —comentó—. Me gustaría poder conocerla un poco más. Hubo unas cuantas cosas que me llamaron la atención en el barco… —comentó mientras recordaba la última vez que la había visto: tenía la mejilla morada como si hubiese sido golpeada y su rostro dejaba ver unos ojos rasos. Sinceramente, aunque casi no la conocía, sí había llamado su atención, y sabía que una belleza como aquella no pasaría desapercibida—. Le agradezco la información… —comentó satisfecho por las indagaciones que su amigo había hecho por él. Miró los documentos y suspiró —. Bueno, pues ya que está aquí, ¿qué le parece si aclaramos unos asuntos que no acabo de comprender? —le preguntó.

—Claro —respondió Theo cogiendo los documentos que Walter le tendió, sobre los que tenía ciertas dudas.

Anne ayudó a ponerse el collar de perlas a Elodie mientras se observaba en el espejo. Ya que en la reunión acontecida hacía días en el comedor de su casa junto al que sería su esposo había aparecido con un vestido marrón oscuro que no la beneficiaba en nada, su madre había decidido que aquel mismo vestido color azul claro que había ignorado sería el que llevaría para su presentación en sociedad aquella tarde en el baile de los Bryon.

Los últimos días había reunido varias joyas más, pero la constante supervisión de su madre y de su hermano no le habían permitido salir sola de casa para poder ir a cambiar las joyas por dinero y comprar un pasaje a París.

No le había costado tomar aquella determinación después de la reunión con el marqués, el que era su prometido por la ambición de su hermano y de su madre, así que la solución había sido fácil. No había querido decirle nada a su doncella, pues sabía que, igual que la había ayudado a tener aquella reunión a solas con el marqués, estaría en contra de su huida, además, no quería meterla en ese lío. Aquello era mejor hacerlo sola.

Hasta ese día su madre no se había despegado de ella ni un solo segundo, como si su hermano y su madre hubiesen leído su mente, incluso cuando había acudido a la modista ambos la habían acompañado. Su madre había entrado con ella en la tienda y su hermano había esperado fuera. Era desesperante. Le bastaría media hora para canjear las joyas, pero ni ese tiempo conseguía.

Suponía que una vez que anunciasen el compromiso le sería más fácil poder tener un momento a solas y poder escaparse para cambiar las joyas por dinero. En otro momento, acudiría al puerto para comprar un billete de barco que la llevase hasta la costa de Francia, y luego en carruaje a Paris. Aún disponía de tiempo hasta finales de junio, cuando en principio se celebraría la boda.

No pensaba quedarse allí y convertirse en marquesa, prefería vivir sin lujos y trabajar como institutriz en París, incluso había pensado en trasladarse a otra ciudad, pues sabía que su hermano y su madre la buscarían.

En alguno de sus momentos en los que había ido a la biblioteca con su madre había observado planos de Francia mientras su madre simplemente miraba por la ventana.

Otra ciudad que le era conocida era Burdeos, así que podía buscar un carruaje que la llevase hasta allí, de aquella forma sería más difícil que la encontrasen. Sería libre, costase lo que costase, no iba a ser la moneda de cambio de nadie. Se consideraba una mujer culta e inteligente: sabría salir de aquella prisión y granjearse un buen futuro lejos del marqués.

Anne acabó de colocar correctamente el collar en su cuello y se inclinó hacia ella.

—¿Qué peinado desea que le haga, señorita? —preguntó hacia ella.

Su madre se acercó por la espalda.

—Un recogido alto, que le deje el cuello al descubierto —intervino su madre.

Elodie miró en el espejo el reflejo de su madre y no dijo nada. Desde que había prometido en el barco que no les hablaría, pocas palabras había intercambiado con ella.

Anne miró a Elodie y chasqueó la lengua, pues sabía que no pronunciaría palabra alguna ante su madre.

Se dedicó a hacerle un recogido alto en forma de moño que le llevó más de quince minutos y, finalmente, Elodie se puso ella misma los pendientes de perlas a juego con su collar.

Realmente estaba deslumbrante y estaba segura de que si su hermano no hubiese firmado aquel contrato con el marqués tendría una gran cantidad de pretendientes y podría decidir con quién casarse.

Apartó la mirada del espejo y suspiró.

—Oh, estás preciosa —comentó su madre llevándose las manos a su pecho—. Deslumbrarás. —Elodie miró a su madre sin pronunciar nada. Su madre se acercó a ella con una sonrisa, aunque se le notaba bastante nerviosa—. Aunque te sugiero que alegres la cara.

Ella miró fijamente a su madre y sin decir nada la rodeó para dirigirse al pasillo.

—Gracias por todo, Anne —pronunció antes de salir de la habitación.

Su madre apretó los labios y miró con odio a la doncella de su hija.

Elodie ni siquiera la esperó.

Se dirigió a las escaleras y las bajó. Su hermano esperaba abajo. La miró de la cabeza a los pies y asintió.

—Mucho mejor así.

Ella ni siquiera frenó sus pasos, sino que se dirigió directamente a la puerta, sin esperar a ninguno de ellos.

—Vamos al baile y acabemos con esto —pronunció ella mientras uno de los miembros del servicio corría hacia la puerta para abrirla. Llegó justo a tiempo de abrirla y apartarse por los pelos antes de que Elodie lo arroyase, pues iba totalmente enfocada en salir fuera de la vivienda.

El carruaje esperaba fuera. A esa hora ya era noche cerrada desde hacía media hora.

Fue directa hacia el carruaje y uno de los hombres abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a subir.

Obviamente, aquella actitud no gustó ni a su hermano ni a su madre que entraron en el carruaje con gestos enfadados.

Esperaron a que el miembro del servicio cerrase la puerta del carruaje y este iniciase su ruta hacia su primer baile y presentación en sociedad.

—Espero que mejores los modales, hermana —pronunció Jack mirando por la ventana.

—¿Acaso va a cambiar algo? —le preguntó ella con gesto serio.

Jack ladeó su cabeza mientras su madre, sentada a su lado, lo miraba de reojo.

—No, pero tu reputación se puede resentir.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué más da? Voy a ser marquesa —indicó ella mirándolo fijamente—. Me respetarán igualmente, incluso más que a ti —acabó con un tono serio mientras giraba su cabeza hacia la ventana, sin querer conversar más.

Jack apretó los labios y se removió incómodo en su asiento.

—El compromiso se anunciará en una semana —explicó su hermano.

—De acuerdo —susurró ella sin girarse, mirando por la ventana cómo el carruaje avanzaba en dirección a su primer baile de temporada.

Esperaba tener la gran suerte de no estar allí en cuestión de una semana.



10

Elodie miró de un lado a otro buscando a alguna de sus amigas para poder así alejarse de su hermano y de su madre.

La casa de los Bryon se situaba en pleno barrio de Hyde Park.

La enorme mansión tenía un gran jardín delantero con una fuente en el centro de este, por donde los carruajes iban pasando, rodeando la fuente y dejando que sus ocupantes bajasen.

Aquel lugar no le había parecido tan encantador como esperaba. Suponía que el hecho de saber cuál era su destino opacaba la felicidad que debería estar viviendo en aquel momento.

Había entrado del brazo de su hermano y, tras su presentación, había sido consciente de cómo todos los ojos la observaban. Sí, su entrada al mercado del matrimonio había sido un poco tardía comparada con la de otras mujeres, pero había vivido un largo luto por la muerte de su padre. La sociedad no hubiese visto con buenos ojos y tras la muerte del cabeza de familia que ella disfrutase de los bailes y de las excentricidades de aquellas veladas.

Se habían situado en un lateral y Elodie había buscado desesperadamente a alguna amiga con la que poder conversar. Desde su regreso de Nueva York, con todo lo sucedido, no se había reunido con ninguna de sus amigas.

Saludó efusivamente con su mano a Camila Mirren, aquel no era su debut en sociedad, sino el segundo, pues en la temporada anterior sabía que había recibido unas cuantas ofertas de matrimonio, pero ninguna le había convencido. Ella tenía la gran suerte de no tener un hermano sin escrúpulos que la vendiese de buenas a primeras.

Avanzó unos pasos para ir a recibir a su amiga, pero su hermano la cogió del brazo.

Ella lo miró con furia.

—Solo voy a hablar con mi amiga, además, también quiero dar un paseo y disfrutar de esta velada —dijo soltándose de su brazo—. Déjame disfrutar al menos el tiempo que me queda de libertad —comentó con un tono de voz más amenazante.

Su hermano alzó el mentón.

—El marqués aparecerá en breve y tu primer baile debe ser para él —ordenó.

Ella miró de un lado a otro.

—De momento no lo veo, pero tranquilo, no bailaré con nadie primero —comentó en tono furioso.

Dicho esto, se giró y fue de nuevo hacia Camila que iba hacia ella con los brazos extendidos, sorteando a todos los que se encontraban allí.

Se fundió en un gran abrazo con ella. Hacía más de seis meses que no la veía, desde que habían decidido marcharse a Nueva York durante un tiempo.

—Oh, Elodie, te he echado tanto de menos —susurró Camila sin soltarla, necesitada de aquel abrazo.

—Y yo a ti —comentó ella emocionada. Por primera vez desde que había llegado allí, se sintió querida. Se separó de ella y la miró—. Estás preciosa.

—Oh, va… nada de eso —comentó divertida. Su cabello castaño claro compaginaba con

unos enormes ojos negros ensartados por largas pestañas. Camila poseía una belleza natural y delicada. No era de extrañar que en la anterior temporada hubiese tenido varias propuestas de matrimonio—. Tú sí que estás guapísima… y más delgada —le riñó—. ¿No te han alimentado bien en Nueva York? —bromeó—. Oh —dijo cogiéndose a su brazo—. Tienes tanto que explicarme… pero… —dijo mirando hacia la pista de baile donde varias parejas bailaban intercambiando alguna palabra, conociéndose, u otras simplemente tomaban alguna copa—, este es tu debut, así que… dime, ¿tienes a alguien en mente? —preguntó emocionada. Ella le sonrió de una forma triste y negó con la cabeza—. ¿No? Bueno… es solo el primer baile, ya verás que dentro de poco estarás rodeada de hombres pidiendo tu mano —rio.

Elodie tragó saliva y se giró para observar cómo justamente el marqués entraba por la puerta. En ese momento, se puso en tensión y miró de un lado a otro buscando una vía de escape.

—¿Podemos salir al jardín? —preguntó.

—Clar… —Camila no pudo acabar de hablar, pues Elodie comenzó a tirar de ella en dirección a la puerta que las llevaría al jardín.

El lugar estaba repleto de gente. El clima había mejorado aquellos últimos días y a esa hora, pese a que aún hacía un poco de fresco, se podía pasear y disfrutar de la noche con un chal o una chaqueta fina.

—¿Ocurre algo? —preguntó Camila al ver el nerviosismo de su amiga mientras salían al jardín.

—Ven —le susurró tirando de ella en dirección a unos bancos. Al final del enorme jardín había una carpa iluminada donde algunas parejas bailaban también al son de la música que llegaba desde dentro del amplio salón. La condujo hacia el banco y se sentó como si estuviese agotada.

Su amiga la miró sorprendida.

—¿Va todo bien? ¿Ocurre algo?

Ella tragó saliva y, durante unos segundos, se planteó el explicarle lo que le ocurría. Camila había sido amiga suya desde la infancia y estaba segura de que la ayudaría, sin embargo, ¿cómo explicarle que pretendía huir de aquel matrimonio? ¿Que había pensado vender las joyas y pagarse un pasaje a Francia?

Podía meterla en un buen lío y tampoco quería eso.

—No, es… —tartamudeó un poco—, estoy nerviosa.

—Shhh —dijo ella sentándose a su lado, luego cogió su mano con cariño—, es normal estar nerviosa en tu primer baile. —Rio—. Yo el año pasado temblaba. Pensaba que las piernas no me sujetarían en mi primer baile, pero si yo pude hacerlo tú también lo harás —acabó animándola—. Además, estoy segura de que llamarás la atención de muchos pretendientes.

Elodie le sonrió tristemente, pues aquellas palabras, pese a que su amiga solo intentaba animarla, la sumieron en la desesperación. Camila fue consciente de que su mirada no reflejaba alegría o entusiasmo y colocó una mano en la espalda de Elodie.

—Elodie… ¿hay algo que… que quieras contarme? —preguntó.

Ella tragó saliva y la miró dudosa, sin saber qué hacer en aquel momento. Necesitaba desahogarse, pero no quería que su amiga supiese sus planes.

—Yo… —susurró.

—¿Señorita Wilkinson? —preguntó un hombre por delante de ella.

Ambas elevaron la mirada por la interrupción.

Sabía que aquella no era la voz de su hermano ni la del marqués, pero no esperaba encontrar a aquel hombre allí.

Walter Renwich se colocaba correctamente el gemelo de su levita, una chaqueta menos entallada que el frac, más larga y cuyos faldones se iban igualando con la parte de delante. Se había decidido a ponerse aquella de algodón que era más fresca, de un color azul marino. Bajo la levita portaba un chaleco del mismo color sobre una camisa blanca y los pantalones ajustados eran de un color marrón claro. El nudo de su corbata de color blanco hacía que destacase con el chaleco. Un sombrero de copa alta y unas botas altas acababan de conformar todo su atuendo. Los guantes de color blanco eran obligatorios si uno quería aparentar ser de clase alta. No le gustaba llevar guantes, pero su madre, en parte, le había obligado. No quería decepcionarla, pues parecía que iba a disfrutar de aquella noche.

Miró a su alrededor acompañando a su madre del brazo mientras saludaba con un cortés movimiento de cabeza a muchos de los hombres y mujeres que se encontraban ya allí. Pudo observar cómo sin disimulo alguno muchas de las madres cuchicheaban con sus hijas acerca de él. Sí, sin duda iba a causar buena sensación aquella temporada, pues era una de las fortunas más importantes de Inglaterra. Si bien no tenía un título nobiliario, su riqueza superaba a la de muchos de ellos, así que no era de extrañar que las madres animasen a sus hijas a acercarse para que fueran presentadas, en un intento de llamar su atención.

—Bien, vamos allá… —susurró él mientras avanzaban.

—¿Qué dices, hijo? —preguntó su madre con una gran sonrisa.

Él se giró para sonreírle a su madre.

—Nada, madre. Espero que disfrutes mucho de esta noche.

—Y de todas las que nos quedan juntos —señaló ella divertida.

Él asintió y luego chasqueó la lengua.

Disponía de dos años para encontrar esposa si no quería que la mitad de la empresa se subastase, así que podía tomarse un margen de tiempo considerable para encontrar a una buena mujer.

Inspiró hondo cuando vio cómo una mujer se acercaba casi arrastrando a su hija hacia ellos.

—Señora Dawson —dijo su madre feliz—. ¡Qué alegría verla en el baile!

Walter la saludó con un cortés movimiento de cabeza. Sí, sin duda se había corrido la noticia de que uno de los mayores herederos de Inglaterra, poseedor de la industria del acero, buscaba esposa.

Su madre se abrazó con aquella mujer, pues parecía que eran amigas.

—Igualmente, señora Renwich —comentó ella sujetando aún a su hija por el brazo. La muchacha parecía bastante nerviosa. Vestía un vestido de color amarillo. Era una chica delgada, con el cabello recogido en un moño alto y unos enormes ojos marrones. Una chica bonita, sí, pero que parecía avergonzada por la conducta de su madre. Aquello llamó la atención de él y la miró con una mirada cómplice. Sí, podía apostar que aquella muchacha no parecía estar muy conforme con la actitud de su madre—. Si me permite, me gustaría presentarle a mi hija Helen Dawson, debuta este año.

—Oh, encantada de conocerte querida —dijo su madre tendiéndole la mano, la muchacha hizo una reverencia mientras sus mejillas se teñían de un color rojizo—. Le presento a mi hijo, Walter Renwich.

Walter cogió la mano de la muchacha y acercó sus labios a ella para besarla.

—Encantado de conoceros —comentó él mientras soltaba su mano y miraba también a la ansiosa madre que lo observaba como si se tratase de un animal que observa a su presa.

—Un baile encantador, ¿verdad? —preguntó la señora Dawson dando algo de conversación.

—Sí, la verdad es que sí, aunque acabamos de llegar —sonrió su madre—. Ahora daremos

un paseo por el jardín, ¿verdad? —preguntó a su hijo.

—Claro, madre —respondió él y volvió a mirar a la muchacha que permanecía avergonzada por la conducta de su madre y no sabía ni dónde meterse. Él le sonrió, en parte la comprendía.

Su madre colocó una mano sobre el brazo de la señora Dawson.

—Vamos a dar un paseo y luego volveremos a entrar, espero verla de nuevo y charlar con usted —pronunció su madre educadamente.

—Por supuesto —reaccionó la señora Dawson emocionada, tirando del brazo de su hija.

—Señora… —se despidió Walter con una reverencia de cortesía—, señorita —la repitió hacia la joven.

La señora Dawson y su hija comenzaron a alejarse.

—Madre, ¿puedes parar? —escuchó que le susurraba Helen a su madre, lo cual hizo que él sonriese—. Ya te he dicho que lo que me interesa es un título —le susurró.

La sonrisa de Walter se esfumó de inmediato y respiró hondo. Si por un momento había olvidado por qué detestaba aquellos bailes ahí lo recordó todo. Ya no eran solo las madres desesperadas, sino las hijas que buscaban título nobiliario a toda costa.

—Vayamos a dar un paseo por el jardín… —repitió su madre tirando de él.

Su madre caminaba muy recta, con orgullo al ir del brazo de su hijo.

El jardín estaba tan repleto de gente como el interior. Al final había una carpa donde algunas parejas bailaban.

—La señorita Dawson es preciosa, ¿no crees? —preguntó su madre intentando sonsacarle alguna palabra a su hijo.

Aquella reacción le hizo gracia.

—Lo es, pero no me interesa, madre… —respondió en confianza.

Su madre lo miró con una ceja enarcada.

—¿Por qué?

Él se acercó más a ella.

—Está claro que no has escuchado lo que le ha dicho a su madre cuando se alejaban…

Ella abrió más los ojos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con ansia.

Él se encogió de hombros.

—La señorita Helen Dawson busca un título nobiliario, no a un hombre como yo con una gran fortuna, pero que no puede ofrecerle ningún título.

Su madre abrió los ojos de par en par y luego negó. Se quedó pensativa y dio un golpecito en el brazo Walter.

—Sinceramente, es un poco consentida —pronunció—. Ella se lo pierde —acabó riendo. Le gustó aquella respuesta por parte de su madre que se detuvo y miró a su alrededor. Se acercó de nuevo a su hijo—. ¿Ves a la mujer del vestido color rojo? —preguntó. Él asintió mirando hacia delante—. Es la hija del barón Camoys. He hablado varias veces con ella, pues soy amiga de su madre, la baronesa de Camoys. Es encantadora.

Observó a la muchacha. Tenía una larga cabellera caoba recogida hacia un lado con un moño. Aunque solo la veía de perfil, parecía una muchacha educada y con una sonrisa tierna y, desde allí, podía apreciar que tenía los ojos claros.

—Parece agradable —contestó él.

—Oh… —dijo su madre moviendo su brazo—, sé claro conmigo, hijo, estoy aquí para ayudarte a encontrar esposa, no lo olvides.

—Madre…

—Tengo información de prácticamente todas las damas de este baile, así que, cuando te interese alguna… —Si no fuese porque estaban en público hubiese puesto los ojos en blanco—, solo tienes que decírmelo.

Le gustaba tener esa complicidad con su madre, pero él prefería tomarse las cosas con más calma.

—Claro, te lo haré saber —pronunció él mirando de un lado a otro, aunque en ese momento se quedó paralizado.

Ya se lo había comentado su amigo Theo, su abogado, que la señorita Wilkinson acudiría al baile, pero no esperaba encontrarla tan pronto. Se quedó extasiado mirándola. Sin duda, era la mujer más hermosa del baile.

—Oh, señora Thompson —comentó su madre alzando su mano y comenzando a tirar de él.

—Madre —dijo él soltándose de su madre—, me ha parecido ver a un conocido. Voy a hablar con él. Enseguida me reúno contigo.

Su madre asintió y se dirigió hacia su amiga que a su vez se encontraba en un corrillo.

Walter inspiró hondo. Sí, aquella mujer llamada Elodie hacía que su corazón se disparase. Ya habían hablado un poco en el barco, quedándose él totalmente maravillado de ella, pero ahora, así vestida y con aquel recogido, debía admitir que era aún más hermosa de lo que recordaba.

Observó a su madre de reojo unirse al corrillo y señalarlo un momento, aunque luego le dio la espalda y comenzó a hablar con todas las mujeres.

Walter suspiró y no lo pensó más, avanzando hacia Elodie, esquivando a todos los hombres y mujeres que hablaban mientras tomaban una copa. Realmente, aquella era la única mujer que le suscitaba interés de aquel baile y la razón por la que había aceptado acudir en compañía de su madre.

Cuando avanzó hacia ella se dio cuenta de que no se encontraba sola, sino que hablaba con otra mujer joven. Debía de ser una amiga. Aquello no le impidió lo más mínimo acercarse a ella.

Se situó ante ambas que permanecían sentadas en el banco.

—¿Señorita Wilkinson? —preguntó haciendo una reverencia hacia ella.

Observó cómo Elodie y la muchacha que la acompañaba lo miraban con asombro. Durante unos segundos Elodie lo estudió, como si no supiese de quién se trataba, hasta que reaccionó de inmediato y sonrió.

Se puso en pie con una agradable sonrisa, en parte, aliviada por no seguir con la conversación con Camila.

—Señor… ¿Walter Renwich? —preguntó divertida, como si no recodase bien su nombre.

—El mismo —respondió él—. Qué agradable sorpresa, no esperaba verla aquí —comentó.

Ella ladeó su cabeza con ternura y miró de reojo a su amiga que la observaba sin saber qué decir.

—Camila, te presento al señor Renwich —dijo con un cortés movimiento de mano. Walter sujetó la mano de Camila y la besó—. Nos conocimos en el viaje de vuelta de Nueva York a Londres.

—Un viaje bastante movido —comentó él con cierta gracia.

—Sobre todo la noche de la tormenta —confirmó Elodie con una sonrisa.

Él asintió recordando el momento, había sido una noche horrible, pero también había sido formidable, pues recordaba cuando la había sostenido junto a su cuerpo.

—Fue toda una experiencia —comentó él divertido.

Elodie miró de reojo a su amiga, la cual se mantenía callada a su lado.

—Y… —siguió ella intentando dar conversación—, ¿tiene algún viaje más programado?

—De momento no —contestó Walter—, en unos meses seguramente tendré que volver a Nueva York, pero una vez acabe la temporada. Este año me apetece disfrutar de ella.

Camila decidió intervenir en la conversación.

—¿Tiene pensado acudir a muchos bailes, señor Renwich?

Él la miró con una sonrisa.

—Sí, es posible. Después de estar todo el año trabajando me apetece descansar. —Volvió su atención hacia Elodie—. ¿Y usted? —preguntó—. ¿Acudirá a más bailes? —Elodie asintió pensativa, lo que volvió a llamar la atención de Walter. Tenía la misma mirada que había visto en el barco antes de despedirse de ella—. Supongo que me concederá un baile —le propuso él tendiéndole la mano, invitándola a bailar.

Ella tragó saliva y le sonrió con ternura. Deseaba bailar con él, pero sabía las consecuencias que podía tener con su hermano y su madre si la veían. En principio, el primer baile debía ser para el marqués.

—Estaré encantada de bailar con usted —contestó—, pero le pediría que un poco más tarde. —Él escondió su mano de inmediato, sorprendido por su rechazo—. Tengo un baile reservado y no sería cortés —susurró.

Camila la miró con ojos como platos.

Él puso su espalda recta ante las palabras de ella.

—Claro —respondió él y la miró con una sonrisa—. Pues resérveme un baile, se lo agradecería.

—Por supuesto —contestó ella.

Walter se giró hacia su madre que lo señalaba y miró a las dos mujeres.

—Si me disculpan, creo que me buscan —comentó divertido. Cogió la mano de Camila y la besó, luego directamente tomó la mano de Elodie y la besó esta vez más despacio—. Recuerde que me debe un baile —comentó mirándola directamente a los ojos antes de alejarse.

Ambas miraron cómo se internaba entre el resto de invitados hasta que escuchó el suspiro de su amiga. Ella lo miró sin comprender.

—Es tan atractivo… —susurró Camila, y luego miró furiosa a Elodie—, ¿cómo se te ocurre decirle que no al señor Walter Renwich? —Ella la miró sorprendida, lo que llamó la atención de su amiga—. ¿Acaso no sabes quién es? —Elodie negó pasmada ante la reacción de su amiga que parecía realmente enfadada—. Es una de las mayores fortunas de Inglaterra. Es propietario del imperio del acero. Dicen que su renta es de doce mil libras esterlinas anuales. Su padre murió cuando era muy joven y recibió en herencia la mitad de la empresa. Se rumorea que su tío ha fallecido recientemente, que no tenía descendientes y que ahora él ostentará el 50 % restante, por lo que será el propietario total de la empresa del acero. ¿Sabes la fortuna que tendrá? —preguntó pasmada. Elodie pestañeó varias veces y observó la espalda de Walter perderse entre el resto de la gente—. Ese hombre está por encima de la nobleza, por mucho que digan… —Luego miró el perfil de su amiga y la golpeó levemente con el codo en el costado, pues Elodie se había quedado pasmada—. Está claro que los años que has pasado de luto por la muerte de tu padre te han apartado de la vida social, pero ¿tanto como para que no te suene el apellido Renwich?

Elodie chasqueó la lengua y volvió a buscarlo entre toda la gente, aunque ya no lo vio.

—Pues… lo siento, pero no me sonaba —pronunció.

—¡Y has rechazado un baile con él! —dijo cruzándose de brazos—. ¿A quién se le ocurre? En los últimos años se le ha visto en pocos bailes, de hecho, en los últimos años no recuerdo verlo sacar a bailar a ninguna mujer y tú… —la señaló con la mano—, lo rechazas. —Camila

pestañeó varias veces—. ¿Y con quién tienes ese baile reservado?

Elodie se había quedado sin palabras y balbuceó un poco.

—Oh, al fin… aquí estás —escuchó la voz de su hermano que sonó bastante brusca, aunque modificó su gesto cuando vio que no estaba sola. Tanto Camila como ella se giraron hacia él. Este fue hasta ella y saludó a Camila con un movimiento de cabeza—. Señorita Mirren —la saludó, Camila le hizo una reverencia—. Debéis disculparme, pero debo acompañar a mi hermana al interior.

—Claro —respondió rápidamente Camila y tomó la mano de su amiga—. Nos vemos luego.

—Por supuesto —dijo Elodie—, nos vemos luego.

Dicho esto, tomó el brazo de su hermano y caminó entre toda la gente. Sabía a dónde la llevaba. Había visto entrar al marqués y por eso mismo había decidido salir al jardín, intentando huir de la situación, aunque sabía que tarde o temprano su hermano daría con ella.

—¿Qué hacías aquí en el jardín? —preguntó él con un tono modulado, aunque se le notaba bastante molesto.

Ella lo miró.

—Hablando con mi amiga, ¿o acaso tampoco puedo? —le retó.

Jack respiró hondo, como si se armase de paciencia, y aceleró el paso.

—El marqués está esperando… —comentó con los dientes apretados.

—¿Y por qué no lo has sacado a bailar tú para entretenerlo? —ironizó ella.

Jack apretó un poco más su brazo, provocando que ella se quejase.

—Ayyy —susurró.

—Más te vale que te portes bien y seas amable con el marqués. Puede que pienses que soy un egoísta, no me importa, pero si realmente te importa tu familia harás lo que debes hacer —pronunció.

Ella cerró los ojos unos segundos antes de subir los escalones hacia el salón y, cuando los abrió, se percató de que Walter Renwich la miraba. Tenía unos ojos tan azules que se intuían desde la lejanía.

Tragó saliva y apartó la mirada de él mientras entraban en el salón. Qué diferente se veía Walter Renwich al marqués, no solo físicamente, sino en los modales.

Entraron al salón y caminaron entre la gente, esquivando a una gran cantidad de hombres que saludaban a su hermano.

Llegaron hasta donde se encontraba su madre, visiblemente nerviosa, pues no dejaba de frotarse las manos, probablemente por su desaparición, y hablaba con el marqués para entretenerlo. Sonrió aliviada al ver a su hermano llegar junto a ella.

Elodie observó cómo el marqués la miraba de la cabeza a los pies, totalmente impresionado. Que sus ojos recorriesen todo su cuerpo fue algo que la asqueó.

El marqués fue hasta ella y tomó su mano para besarla.

—Es más bella aún de lo que recordaba —pronunció él soltando su mano. Ella no dijo nada, simplemente miró de reojo a su madre y a su hermano—. ¿Me concedería este baile, señorita Wilkinson? —preguntó cortésmente.

Como si tuviese otra opción, pensó Elodie. Le tendió la mano y el marqués se la tomó dirigiéndose hacia la pista de baile. En ese momento, se dio cuenta de que era objeto de las miradas de todos los allí presentes. Sintió cómo el corazón se le aceleraba y apartó la mirada de todos ellos.

El marqués la hizo girar para colocarla frente a él. Aquella vez se había arreglado más y vestía a la moda, con otro porte, aunque igualmente no podía disimular del todo aquella

prominente barriga. Aún no comprendía cómo su hermano era capaz de casarla con un hombre que tendría la edad de su difunto padre.

Soltó su mano e hizo una reverencia hacia ella. Ella lo miró fríamente y, finalmente, lo imitó agachando su cuello. El marqués se acercó y la tomó por la cintura, lo que provocó que ella apretase los labios y tragase saliva mientras miraba hacia otro lado.

—Se supone que debe colocar su mano en mi hombro, señorita Wilkinson —dijo mientras cogía con su mano libre la de ella para iniciar lo que suponía que sería un vals. Ella lo miró seria y situó su mano donde él decía. En ese momento, la música comenzó a sonar y dieron su primer paso hacia atrás mientras rodaban—. No quiero sonar repetitivo, pero debo decirle que está preciosa esta noche.

Ella se removió incómoda.

—Gracias —comentó Elodie sin mirarlo siquiera.

El marqués la llevó a lo largo de la pista de baile, moviéndose con bastante soltura.

—Sé de sobra que no está de acuerdo con este matrimonio, usted misma me lo expresó —dijo llamando la atención de ella—, pero le aseguro que seré un buen esposo.

Ella estudió su rostro.

—¿Un buen esposo? —ironizó—. Usted sabe cuál es mi opinión y no le importa nada. ¿Cómo va a ser un buen esposo si ni siquiera ahora respeta mis deseos? Cuando sabe que no quiero casarme con usted y no le importa lo más mínimo.

Aquellas palabras provocaron que el marqués sonriese con ironía e inspirase hondo.

—Tiene una lengua afilada, señorita Wilkinson —la miró fijamente—. Creo que me divertiré bastante con usted. —Aquellas palabras estuvieron a punto de provocar que ella se distanciase de él dejándolo solo en medio de la pista de baile—. Ni se le ocurra marcharse —pronunció esta vez con un tono de voz más grave, y se acercó a su oído mientras seguían girando por el salón. Ella tragó saliva ante su cercanía—. Acéptelo —dijo poniéndose en ese momento frente a su rostro—. Su familia necesita dinero y yo necesito un heredero. —Ella lo miró fijamente—. Usted, con su juventud, me dará un fuerte heredero. Además, espero que saque su belleza.

Estuvo a punto de echarse a llorar en ese momento. Si no fuese porque la música dejó de sonar y los aplausos inundaron el salón, se hubiese roto allí mismo. Se recompuso como pudo y aplaudió también. Cada vez sentía más repulsión, ya no solo iba a ser usada como moneda de cambio, sino que el que pretendía ser su futuro marido no tenía en consideración sus deseos, incluso después de habérselos expresado, y lo único en lo que pensaba era en tener descendencia.

Sintió repugnancia cuando le ofreció su brazo de nuevo y tuvo que cogerse para dirigirse al lugar donde se encontraban su madre y su hermano.

Elodie se soltó del brazo con todos los músculos en tensión.

—¿Todo bien, marqués? —preguntó Jack.

—Estupendamente, señor Wilkinson —dijo con una gran sonrisa. Se giró hacia Elodie que esquivó su mirada de inmediato—. Un placer bailar con usted. Espero poder repetir la ocasión más veces —acabó con una sonrisa bastante lasciva.

Ella ni siquiera lo miró, no podía. Simplemente hizo una reverencia antes de que el marqués se alejase y pudiese recuperar el aliento.

—Muy bien, hija —comentó su madre situándose a su lado.

Ella miró al marqués de reojo y luego dirigió una mirada llena de rabia a su madre.

—Te dije que no volvieses a llamarse así —le reprendió ella antes de salir caminando rápidamente, intentando controlar el llanto.

—Hija… Elodie… —comentó su madre un poco abochornada, aunque rápidamente recuperó la compostura mirando de un lado a otro, asegurándose de que nadie se había percatado de la conducta de su hija—. Iré a buscarla…

—Madre… —comentó Jack cogiéndola del brazo—, déjala. Necesita calmarse —comentó con un tono lento y sosegado—. Ya sabes que no nos conviene ningún escándalo. Tranquila. —Su madre asintió situándose al lado de su hijo y adoptando una gran sonrisa—. Sabes que estamos rodeados de grandes chismosas… —pronunció mirando de un lado a otro—. Si acudes a ella ahora se pondrá más nerviosa. Déjala que tome aire y que se calme por sí misma.

Su madre asintió. Su hijo tenía razón, sabía que ahora Elodie estaba alterada y que podía subir el tono de su voz, era mejor dejarla sola durante un rato y que recuperase por sí misma la compostura.

Giró levemente su cuello para observarla salir al jardín de nuevo. Mucho mejor así, al menos, allí pasaría más desapercibida.

Jack dio un paso al frente y estrechó la mano de un amigo suyo, iniciando una conversación con él como si nada hubiese ocurrido.

Cuando su madre volvió a mirar hacia la enorme puerta que conducía al jardín ya no alcanzó a verla. Esperaría diez o quince minutos y si no volvía iría en su búsqueda.

Por lo menos, los invitados ya la habían visto bailar con el marqués, además, era su primer baile, por lo que cuando anunciasen el compromiso no habría razón para extrañarse.



11

Elodie salió a toda prisa al jardín, conteniendo las lágrimas. Se encontraba rodeada de gente y, sin embargo, se sentía más sola que nunca.

Avanzó por el jardín hasta que se detuvo a recuperar el aliento. ¿Cómo podían su hermano y su madre permitir aquello? Aquel vestido la estaba asfixiando. Su respiración era rápida y sentía cómo todo su cuerpo temblaba.

Necesitaba huir de allí, marcharse, alejarse de aquel lugar y, sobre todo, hablar con alguien.

Buscó entre la gente que la rodeaba a su amiga Camila, aunque tragó saliva cuando la vio en la carpa, bailando junto a un joven. Camila tenía una gran sonrisa en su rostro, parecía divertirse y estar a gusto en compañía de aquel joven. Ni siquiera sabía quién era, pero desde luego ella estaba disfrutando del momento.

Sintió cómo los ojos se le humedecían cuando vio cómo aquel joven decía algo que provocaba que Camila comenzase a reír.

Se marcharía de allí, lo tenía decidido.

Ahora que sabía la fecha de la boda tenía casi dos meses para planear su huida. No importaba si anunciaban su boda, si todos creían que se casaría con el marqués. No, no pensaba hacerlo.

¿Por qué ella no podía ser feliz como lo era su amiga Camila?

Había nacido en el seno de una familia adinerada, había sido querida y valorada por su padre, pero desde su muerte se sentía más sola que nunca. Él era el único que realmente la había protegido, que la había amado. Su madre y su hermano la veían como simple mercancía con la que comerciar.

En cuanto tuviese la oportunidad acudiría a cambiar sus joyas por dinero y se dirigiría al puerto de Londres para comprar un billete a Francia. Jamás había estado tan segura de algo. Ahora, más que nunca, debía ser fuerte si quería ser libre y no permanecer encadenada el resto de su vida a un hombre que la miraba simplemente como un trozo de carne.

Inspiró hondo y cerró los ojos intentando calmarse. Todo pasaría y se arreglaría, debía ser fuerte y aparentar delante de su familia que había aceptado su destino. Sí, aquello sería lo mejor, jugar al despiste mientras ella urdía su plan para escapar de aquella condena.

Todos pensarían, incluido su hermano y su madre, que finalmente había aceptado el matrimonio, que se había resignado, incluso que había encontrado la parte buena de aquel compromiso, ser marquesa, aunque aquello no le importase nada.

Volvería junto a su hermano y su madre y pasaría el resto de la noche con ellos, bailaría con quien se lo pidiese y con el marqués si hiciese falta, pero sabía cuál era su meta, y estaba dispuesta a alcanzarla.

Se giró, pero se golpeó con el pecho de un hombre.

—Disculpe —dijo dando unos pasos hacia atrás, aunque se sorprendió cuando reconoció el rostro de Walter mirándola con una sonrisa pícara—. Oh, lo siento, señor Renwich —dijo haciendo una sutil reverencia.

Walter asintió y miró durante unos segundos al interior del salón, de donde provenía la música de la orquesta y donde se veían decenas de parejas bailando.

—¿Ya es mi turno? —preguntó ladeando su cuello. Ella lo miró sin comprender—. Para bailar con usted… —comentó él como si fuese obvio—. Supongo que le había concedido su primer baile al marqués.

Ella enarcó una ceja. ¿La había visto bailar con él? Bueno, ¿y quién no? Seguramente, era el hombre con el título nobiliario más destacable en el salón, lo que provocaba que todas las miradas se centrasen en él.

Elodie se removió inquieta, lo que provocó que Walter la escudriñase de la cabeza a los pies.

—¿Está bien? —preguntó.

Ella inspiró hondo y asintió.

—Sí, sí lo estoy —pronunció más segura de sí misma.

—¿Seguro? No lo parece —insistió Walter.

Ella lo miró fijamente.

—Pues le aseguro que lo estoy —contestó ella con la espalda recta.

Walter chasqueó la lengua sin convencerle aquella respuesta. Estaba claro que algo rondaba la mente de aquella bella muchacha y que la mantenía alerta.

—Entonces… —dijo señalando hacia la carpa—, ¿le apetece bailar?

Ella inspiró hondo y lo miró. Walter era un hombre muy atractivo, saltaba a la vista que era uno de los hombres más seductores de aquella temporada. Seguramente, si no tuviese aquel problema con su familia, se hubiese sentido halagada de que le invitase a bailar, pero no podía, sabía que su hermano y su madre no verían con buenos ojos aquello, y si quería convencerlos de que todo iba bien para llevar su plan a cabo lo mejor sería mantener las distancias con otros hombres.

Tragó saliva y suspiró.

—Lo siento —susurró—, pero no puedo.

Él la miró extrañado por su comportamiento.

—¿No puede? ¿O no quiere? —preguntó confundido. Ella apretó los labios nerviosa y, sin decir nada más, lo rodeó para iniciar su camino hacia el salón—. Disculpe, señorita Wilkinson —comentó Walter girándose hacia ella—, ¿puedo preguntarle por qué me rechaza? —preguntó sorprendido. Ella se detuvo y durante unos segundos aguantó la respiración—. ¿He hecho o dicho algo que la moleste?

Elodie tragó saliva y se giró hacia él. Walter la miraba receloso.

—Lo siento, no pretendía que sonase a rechazo —susurró ella.

Él dio unos pasos hacia delante.

—¿Y cómo quería que sonase? Es la segunda vez que rechaza mi petición en una sola noche —respondió ofendido.

Elodie apretó los labios.

—Lo… lo siento, pero por nada del mundo quería ofenderle. De verdad que no —respondió con un tono de melancolía, lo que activó de nuevo la alarma en él. Elodie dio unos pasos hacia él —. Sé que es un buen hombre y que sus intenciones son buenas… créame cuando le digo que no es que no quiera, sino que no puedo bailar con usted —reconoció.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

Ella se removió nerviosa y suspiró.

—Lo siento —dijo antes de darse la vuelta y seguir con su camino hacia el salón de baile.

Walter se quedó observándola mientras se alejaba. No entendía nada, ¿también iba buscando un título? No era la impresión que le daba. Cuando la había conocido en el barco le había parecido encantadora, sin embargo, había algo que la frenaba con él.

Miró hacia los lados y se dirigió también al salón de baile. Tomó una copa de vino y observó a su madre que seguía hablando con sus amigas, inmersa en una apasionante conversación, sin embargo, su mirada viajó de nuevo hacía Elodie que se había situado al lado de su hermano y de su madre.

Recordaba que, aunque ella no lo había admitido, la había descubierto con los ojos llorosos y la mejilla enrojecida, como si hubiese recibido un golpe. Observó cómo su hermano la sujetaba por el brazo. Ahí había algo que no encajaba, más después de escuchar sus palabras: *"créame cuando le digo que no es que no quiera, sino que no puedo bailar con usted"*.

Elodie fingía aquella sonrisa. De hecho, la había visto salir del salón a toda prisa después de bailar con el marqués, como si necesitase alejarse de allí.

No apartó la mirada cuando, a través de las decenas de bailarines, coincidió con la de ella. Elodie se quedó unos segundos observándolo, aunque luego la apartó rápidamente, como si fuese consciente de lo que hacía, y se giró para escuchar lo que su hermano le decía.

Dio un sorbo a su copa de vino sin apartar la mirada de ella hasta que el sonido de la voz de su madre le hizo girarse.

—Aquí estás, hijo mío —pronunció acercándose con una gran sonrisa. Acabó de tomarse el resto de la copa de un solo trago cuando vio que venía acompañada de una mujer que llevaba del brazo a otra más joven. Suspiró y miró a su madre—. Walter, quiero presentarte a la señorita Kate Burrows, hija de mi gran amiga la señora Julie Burrows. Walter asintió y tomó la mano de la joven para besarla.

—Un placer conocerlas —comentó colocando sus manos por detrás.

—Supongo que debe sonarte su apellido —continuó su madre—. El señor Burrows es dueño de la naviera *Burrows and Company*.

—Sí, claro —respondió con una sonrisa y miró a las dos mujeres—. Me he reunido con su marido y su padre en diversas ocasiones. Hemos colaborado en varios negocios —corroboró. En ese momento, vio el gesto de su madre indicándole con un movimiento de cabeza hacia la pista de baile. La muchacha tenía el cabello negro y rizado, así como unos enormes ojos marrones, aunque era un poco dentuda para su gusto. Suspiró y asintió—. Señorita Burrows, ¿me permite este baile? —comentó tendiéndole la mano.

Ella sonrió enérgicamente y asintió.

—Será un placer, señor Renwich —contestó mientras Walter se dirigía con ella al centro de la pista de baile, como tantas otras parejas hacían también.

Había reunido todas las joyas que tenía y que sabía que no usaría durante aquellos días. Cuando comprase el billete de barco y supiese el día en que partiría, cogería el resto para cambiarlas antes de marcharse, pero lo haría ya en Francia, así tendría la moneda que usaban allí, por lo menos hasta que lograse cambiar las libras británicas por francos, que era la moneda que usaban en Francia según había escuchado.

Había acudido a unos cuantos bailes más hasta que finalmente parecía haberse ganado la confianza de su hermano y de su madre y le habían permitido acudir a tomar el té con su amiga Camila, o eso era al menos lo que ella les había hecho creer. Lo cierto era que el carruaje la había dejado en una tetería cercana al puerto de Londres y, tras pedirle al conductor que la fuese a recoger en una hora y media, había corrido con su bolso lleno de joyas a un centro donde cambiaban el oro y piedras preciosas por dinero.

—Le doy mil quinientas libras esterlinas —pronunció el hombre observando las joyas.

Ella apretó los labios.

—Dichas joyas llevan diamantes, y son de oro puro —comentó ella con la espalda recta—. No aceptaré menos de dos mil trescientas libras —pronunció.

El hombre la miró y negó.

—Lo siento, señorita, pero solo puedo ofrecerle esa cantidad —reconoció encogiéndose de hombros.

Ya conocía aquel tipo de establecimientos, y sabía que sus joyas valían más. Tampoco se iba a dejar timar, pues había varios centros por la zona donde podía negociar el precio.

—Entonces lo siento —dijo cogiendo sus joyas para meterlas de nuevo en el bolso—. Usted sabe que por esta zona hay más locales, en uno de ellos me han ofrecido precisamente dos mil trescientas libras —mintió—, así que mejor me marcho con el otro comerciante. Creo que ambos sabemos que el valor es muy superior al que usted me está ofreciendo.

El hombre la miró fijamente mientras ella guardaba las joyas en el bolso.

—Espere, espere… —comentó el hombre rápidamente y tragó saliva—. Le ofrezco las dos mil trescientas libras yo —apuntó rápidamente.

Ella puso su espalda tiesa y lo miró.

—Por esa misma oferta me voy con el otro, usted me ha intentado engañar. Si me ofrece dos mil cuatrocientas son suyas. Todas —remarcó—. Si no, me voy con el otro comprador que va primero.

—De acuerdo, de acuerdo… —dijo rápidamente—. Espere aquí un momento —comentó.

Vio al hombre entrar por una puerta que se encontraba detrás de él.

El local estaba lleno de objetos de gran valor guardados en estanterías, comprados a un precio inferior y que él revendería por un precio mayor. Así era el negocio. Por suerte, ya había calculado más o menos lo que costaban aquellas joyas y, aunque perdería algo de dinero, conseguiría su propósito.

Observó sus manos temblar y las descendió de la mesa donde había mantenido la negociación con el hombre. Estaba nerviosa, muy nerviosa… jamás se había imaginado haciendo eso, no obstante, pese a los nervios que sentía, se sentía orgullosa de ello. Nadie dirigiría su vida nunca más. Nadie.

Tragó saliva y siguió mirando a su alrededor. Aunque había objetos de mucho valor, el establecimiento necesitaba una buena limpieza, ya que algunas estanterías y vitrinas donde estos objetos se exhibían amontonaban el polvo.

Se quedó observando una enorme bola del mundo. Cogió sus joyas metiéndolas en el bolso y dio unos pasos hacia esa bola del mundo de madera. La hizo rodar hasta que observó Francia. Sabía que el trayecto en barco desde el puerto de Londres a Francia era de unas cinco o seis horas, dependiendo del viento. Solo esperaba poder comprar un pasaje para antes de la boda. Una vez supiese el día de embarque, tendría el tiempo suficiente para preparar su huida. Necesitaba una maleta donde guardar sus vestidos y enseres personales. Sabía dónde guardarla, sobre el armario, allí nadie la vería.

Comenzó a impacientarse cuando el hombre tardaba más de la cuenta y miró el reloj que marcaba las cuatro y media de la tarde.

En cuarenta y cinco minutos vendrían a buscarla y aún debía comprar el billete.

Suspiró cuando vio al hombre salir por la puerta trasera con una bolsa de tela.

—Disculpe la tardanza —comentó—, pero no es fácil reunir una cantidad así.

Ella tomó asiento de nuevo.

—Apuesto a que ganará mucho más dinero con la venta de estas joyas —respondió ella de forma seca.

El hombre chasqueó la lengua y le tendió la bolsa.

—Aquí tiene, dos mil cuatrocientas libras esterlinas —indicó tendiéndoselas. Ella no le facilitó el bolso con las joyas, sino que abrió la bolsa de tela y comenzó a contar las libras. Ni loca iba a marcharse de allí sin saber que el pago por las joyas era correcto. La acción por parte de Elodie pareció incomodar al hombre.

—Soy un hombre honrado —comentó él.

—Y no lo dudo, pero esto son negocios —matizó ella—. Como comprenderá, prefiero cerciorarme de que el pago es correcto —acabó.

Contó los billetes de libras hasta que llegó a la última.

—Dos mil cuatrocientas —concretó ella—. Está bien —susurró y miró su bolso. Lo abrió y le tendió las joyas—. Son todas suyas. —El hombre las cogió directamente mientras ella se ponía en pie—. Disculpe la pregunta, ¿qué compañía es la que navega desde este puerto al de Francia?

—Hay diversos barcos, señorita, pero le recomiendo el Elise[6]. Si desea comprar pasajes de embarque puede dirigirse al final del muelle tres. El Elise tiene una línea regular con Francia, al puerto de Le Havre.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Ese puerto está lejos de París?

—Nunca he realizado el viaje, pero por lo que dicen está a unas ocho o nueve horas en carruaje —comentó mientras guardaba las joyas en una caja. Estaba seguro de que podría venderlas por el doble o el triple del valor que había pagado a aquella joven.

Elodie resopló. Era un trayecto demasiado largo hasta París, pero aquello no la echaría para atrás. Con el dinero que había conseguido de la venta de las joyas podría pagar un carruaje que la llevase hasta París sin problema.

Ella asintió y cogió su bolso entre sus manos con todo el dinero que llevaba encima.

—De acuerdo, gracias por todo —comentó dirigiéndose a la puerta.

Nada más salir, la luz del sol la cegó. Aquel era un buen día. Debía darse prisa, pues el muelle al que se había referido el hombre estaba un poco lejos y el tiempo se le agotaba. Comenzó a caminar a toda prisa, sujetando con fuerza su bolso entre sus manos, pues sabía que en esa zona había bastante pillaje y lo que menos necesitaba ahora era que le robasen el dinero que había conseguido.

Solo esperaba que aquel barco tuviese una línea regular como le había dicho aquel hombre y hacerse con un pasaje lo antes posible. Necesitaba al menos un par de semanas para preparar toda la ropa, poco a poco, sin que nadie lo notase, así como sus enseres.

Por otro lado, ni siquiera sabía cuál era el precio de un pasaje a Francia, pero confiaba en que no fuese mucho y así poder quedarse con una buena cantidad de dinero para cambiar cuando estuviese allí, además, había guardado más joyas para vender si era necesario.

Otra opción que había pensado era marcharse a otra parte de Inglaterra, pero sabía que allí la podrían encontrar antes, así que marcharse del país era la mejor opción que tenía.

Esquivó a unos cuantos hombres que caminaban llenos de baúles. Recordó cuando llegó de Nueva York, el ambiente no era igual. El barco que ella había usado estaba en otro muelle mucho más despejado.

Se giró de un lado a otro, nerviosa, ya no solo porque pudiesen quitarle el dinero, sino porque lo que menos quería era encontrarse con algún conocido allí. No quería ni imaginar lo que ocurriría si su hermano o su madre se enteraban de que había estado en los muelles

comprando un pasaje para un barco. Podía estar segura de que la encerrarían en la habitación hasta la boda.

Tembló solo de imaginárselo. Al menos, ahora, tras una semana de obediencia y de parecer haber asumido la boda, al fin podía salir de casa sin que nadie la acompañase, lo cual ya era todo un logro. Sería una pena que un encuentro fortuito arruinase todo.

Llegó a paso apresurado al muelle tres y, al final, encontró un cartel que anunciaba la embarcación *Elise*, así como una caseta donde suponía que debían de vender los pasajes. Siguió caminando y echó la vista atrás observando que nadie allí la conociese cuando una voz la detuvo. Tragó saliva y se giró hacia delante, lentamente.

—Señorita Wilkinson… —pronunció Walter sorprendido de verla allí.

Tal fue el brinco que dio Elodie que se le cayó de las manos el bolso, entreabriéndose.

Se agachó rápidamente para recogerlo justo cuando Walter se arrodilló ante ella para ayudarla, aunque se quedó sorprendido al ver que ella introducía en su interior un fajo de billetes de libras.

Se quedó arrodillado mientras ella cerraba su bolso, observándola asombrado.

Llevaba toda la mañana en el puerto, negociando con las compañías navieras que se dedicaban al traslado de manufacturas el precio hasta Nueva York. Pretendía enviarle una carta al abogado Johnson informándole de los precios, por si podían reducir costes, aunque sus beneficios eran inmensos, pero debía comenzar a moverse también en ese ámbito, no solo en la compañía del acero. Recomendado por su abogado y amigo Theo Tilston, se habían dirigido aquella mañana al muelle para comprobar precios y luego poder compararlos con las compañías que su tío tenía contratadas desde Nueva York. De esta forma también ampliarían el abanico de posibilidades que ya existía. Suponía que el abogado Johnson, en Nueva York, agradecería esta ayuda y la vería como buena. Al fin y al cabo, esa era su compañía, la compañía de su familia, y el abogado Johnson, pese a que hacía un trabajo excelente, no era más que un simple trabajador, él sería el propietario absoluto y, como tal, debía inmiscuirse en todos los asuntos.

—Señor Renwich —pronunció ella con temblor en la voz, poniéndose en pie. Tragó saliva y miró hacia los lados, asustada, hecho que llamó la atención de Walter—, ¿qué está haciendo aquí?

Él la miró con una sonrisa de soslayo.

—Estoy por temas de trabajo, ¿y usted? —preguntó con curiosidad—. No es muy común ver a una mujer por aquí… —Miró a su espalda—, y más sola.

Ella apretó los labios y abrazó más fuerte el bolso contra su pecho. Walter se fijó en eso. Llevaba una gran cantidad de dinero en el bolso y se dirigía directa al comercio del navío Elise. Aquella compañía, por lo que había averiguado, solo comerciaba con el transporte de pasajeros y justamente en ese muelle era donde se compraban los pasajes para Francia.

Elodie no pronunció nada, permanecía totalmente paralizada ante él, como si estuviese asustada.

—¿Planea hacer un viaje? —preguntó divertido, aunque aquella pregunta no pareció ser del agrado de Elodie que lo miró enfurecida. Walter enarcó una ceja en su dirección—. ¿Sola?

Ella inspiró hondo.

—Maldición —susurró más para ella que para él, aunque obviamente Walter escuchó aquella palabra. Tragó saliva y se mojó los labios por los nervios. Si el señor Renwich decía que la había visto en los muelles podía correrse la voz e, igualmente, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Comprar el pasaje delante de él? Aquello sería peor aún, pues podría destapar su plan de huida. Intentó mantener la compostura y lo miró con una leve sonrisa—. No, nada de eso —intentó

aparentar normalidad. Él permanecía con la ceja enarcada. ¿Cómo podía mantenerla tanto tiempo así? Elodie trató de disimular como pudo—. Solo estaba dando un paseo…

—¿Por los muelles, con un bolso lleno de billetes y directa al comercio del navío Elise? —apuntó él más serio—. Ese barco transporta pasajeros a Francia por el módico precio de catorce libras. ¿Está interesada?

Elodie se removió inquieta, desde luego Walter era observador. ¿Y había dicho catorce libras? Era más barato de lo que esperaba, sin duda le sobraría dinero para alquilar un carruaje que la llevase hasta Paris y aún podría permanecer un tiempo allí hasta que encontrase un trabajo.

—Es usted muy curioso, señor Renwich —pronunció ella con aire gracioso para intentar quitarle hierro al asunto, aunque se la veía notablemente nerviosa.

Walter inspiró hondo y se giró para observar a su abogado hablar con unos hombres. Se giró de nuevo hacia ella para mirarla. Elodie permanecía con la cabeza agachada y nerviosa, obviamente no quería que nadie la viese allí. La observó allí paralizada ante él y sintió lástima, en ese momento le produjo una ternura como nunca antes había sentido.

—Señorita Wilkinson… ¿necesita ayuda para algo? —preguntó en un tono más bajo. Ella lo miró fijamente. En realidad, su tono de voz le daba a entender que le brindaba su ayuda para lo que necesitase. Tragó saliva y miró el comercio donde vendían los pasajes para Francia—. No le guardo rencor por haber rechazado mi petición de baile —siguió diciendo—, así que, de verdad, si necesita ayuda para algo, puede decírmelo.

Estuvo a punto de echarse a llorar allí mismo. Sí, se consideraba una chica valiente, iba a arriesgarlo todo, su comodidad, su nombre… todo por ser libre, por no ser la mujer objeto de un marqués pervertido ni la moneda de cambio de su familia, pero, como toda persona, tenía sus momentos de debilidad. La situación era excesivamente dura.

Apartó los ojos de él intentando que no se diese cuenta de su estado y apretó los labios. No podía comprar el pasaje en esos momentos o corría el riesgo de revelar su plan. El pasaje podría comprarlo en cualquier otro momento, aún disponía de tiempo.

Miró a Walter.

—Solo le pido, por favor, que haga como que no me ha visto aquí —le suplicó.

Él la miró de arriba abajo, intrigado, y asintió.

—Claro, puede estar tranquila por eso —respondió lentamente—. Nadie lo sabrá.

Ella asintió.

—Gracias, señor Renwich —dijo girándose.

—Llámeme Walter —la interrumpió. Ella se giró y se quedó contemplándolo. Walter volvió a girarse para asegurarse de que su amigo no se acercaba. Theo parecía inmiscuido en una conversación que lo mantenía absorto. Se acercó más a ella y la cogió delicadamente del brazo —. ¿De verdad que no necesita ayuda? —insistió, pues estaba claro cuáles eran sus intenciones, y más cuando le suplicaba que no le dijese a nadie que la había encontrado allí: pretendía marcharse de Londres—. ¿Pretende escapar de Londres? —Ella inspiró hondo y se quedó observando sus ojos azules. Aquel hombre era realmente atractivo y parecía estar preocupado por su situación—. Puede confiar en mí.

Igualmente, apenas lo conocía. Gracias a su amiga Camila sabía que amasaba una gran fortuna, y también sabía que era discreto, pues prácticamente no se le había visto en las anteriores temporadas.

Se soltó delicadamente de su brazo y giró su cabeza intentando contener sus emociones.

—Gracias por su discreción, señor Renwich —pronunció antes de girarse.

Elodie comenzó a caminar por el muelle con todo el cuerpo en tensión, sujetando con fuerza

su bolso contra su pecho. Sentía la respiración acelerada y el corazón se le iba a salir por la boca. Cerró los ojos unos segundos intentando controlar sus emociones. Había estado tan cerca, pero tendría más oportunidades, lo tenía claro. En dos días anunciarían su compromiso con el marqués y sería más difícil comprar un pasaje, pues se haría más conocida, sin duda la futura marquesa de Bristol no pasaría desapercibida, pero confiaba en que al día siguiente podría acudir a los muelles a comprar el pasaje, antes de que al otro día apareciese la noticia en los boletines.

Miró confundida a su lado cuando vio que Walter la igualaba en paso y se situaba a su lado. Lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Qué está haciendo? —preguntó sorprendida al verlo caminar a su lado.

—No pensará que voy a dejarla sola por el muelle con tal cantidad de dinero en su bolso, ¿verdad? —Ella apretó los labios mientras aceleraba el paso, pero Walter parecía estar en forma y caminaba a su lado sin quedarse atrás—. Aquí suelen robar bastante, señorita Wilkinson. No es seguro para una mujer, y más con esas ropas… —comentó refiriéndose a su precioso vestido color verde botella que denotaba una alta posición económica, pues la tela tenía ensartadas piedras que brillaban—, caminar sola por aquí.

Ella suspiró y asintió.

—Gracias —acabó diciendo por la protección que le brindaba y redujo un poco el paso. Miró hacia atrás comprobando que el comercio de pasajes cada vez se alejaba más y suspiró—. ¿Ha venido solo?

—No —respondió él—, con mi abogado. —Elodie lo miró a los ojos—. No se preocupe, dudo que la haya visto —comentó más sonriente—. Cuando el señor Tilston comienza a hablar no hay quien lo pare. Seguramente no habrá notado ni mi ausencia.

Ella asintió y apretó los labios mientras llegaba al inicio del muelle y comenzaba a caminar por la calle. Se detuvo y se giró hacia él.

—Muchas gracias por acompañarme —pronunció haciendo una reverencia, como si se despidiese de él.

—Espere, ¿adónde se dirige? —preguntó provocando que ella volviese a detenerse. Estuvo a punto de resoplar—. Sé que vive lejos de aquí. ¿Necesita que la lleve?

—No, no hace falta… —comentó rápidamente—. Vienen a buscarme.

—¿Aquí? —Ella tragó saliva y se removió inquieta—. ¿Dónde van a recogerla?

Finalmente resopló provocando que él ladease su cuello y se dio por vencida.

—En la tetería que hay cerca del puerto —comentó.

—Está un poco lejos.

—No me importa caminar —dijo ella.

—Ya, pero…

—Y, si no le importa… —volvió a repetir—, debo darme prisa. Como ha deducido correctamente, no quiero que sepan que he estado aquí —admitió—, así que debo estar en la puerta antes de que lleguen.

—Está bien —comentó él—, pero tengo mi carruaje aquí —dijo señalando por detrás—. Supongo que irá más rápida y más segura, sobre todo si la acompaño —pronunció lentamente. Ella miró el carruaje que el señor Renwich le mostraba. Sí, eso estaba claro, iría mucho más rápida y segura con aquella cantidad de dinero si él la acompañaba—. La dejaré a unos metros de la tetería para que nadie la vea… —pronunció acercándose más a ella, consciente de los nervios de ella de que la viesen en su compañía—, pero de verdad se lo pido, estaría mucho más tranquilo si me deja que la lleve.

Aquellas palabras produjeron que su piel se erizase. Realmente, Walter Renwich era un

buen hombre, más de lo que había imaginado. Tragó saliva y asintió ligeramente.

—Se lo agradecería entonces —susurró.

Walter asintió y le indicó con la mano que lo siguiese.

Elodie entró en el carruaje. Era un carruaje bastante simple para la fortuna que sabía que tenía. Walter le indicó al cochero a dónde debían dirigirse y el carruaje comenzó a moverse. Era un carruaje techado, por lo que al menos allí la brisa húmeda del mar no los rozaba, pues notaba su cabello enmarañado. Con suerte, llegaría a tiempo de acudir al aseo, arreglarse el cabello y salir de la tetería como si nada, aludiendo a que su amiga Camila se había marchado hacía escasos minutos.

Observó a través de la ventana a los marineros extraer cofres y baúles de los barcos que acababan de amarrar. Ese día había tenido la mala suerte de encontrarse con Walter, pero al día siguiente lo volvería a probar, así hasta que lo consiguiese.

Miró a Walter que la observaba fijamente, pensativo. No quería ni pensar en lo que debía estar pasando por la mente de aquel hombre, al menos había tenido suerte y había dado con él. Era imaginar en dar con alguno de los amigos de su hermano y se echaba a temblar.

—Muchas gracias por llevarme —comentó agradecida.

—No hay de qué —contestó. Miró por la ventana mientras recorrían el puerto de Londres y se dirigían al lugar donde ella había quedado. La observó. Había depositado su bolso al lado y escondía las manos entre su falda para evitar que temblasen. No sabía realmente lo que estaba ocurriendo, pero presentía que nada bueno. Después de verla en el barco, seguramente golpeada por su familia, de rechazar su proposición de bailar dos veces, pero sí hacerlo con el marqués… ahora la encontraba en los muelles dirigiéndose para comprar un pasaje seguramente a Francia, pero ¿con qué propósito? ¿Pretendía marcharse de Londres? ¿Huir? Era lo primero que le venía a la cabeza, sobre todo por su reacción asustada y suplicándole que no dijese a nadie que la había visto allí. Estaba claro que aquella muchacha necesitaba ayuda, aunque ella no lo reconociese—. ¿Por qué ha ido al muelle? —insistió mirando por la ventana. Ella tragó saliva—. No soy tonto, señorita Wilkinson… —la miró—, ¿pretende escapar de algo?, ¿de su familia, quizá?

Ella respiró hondo y descendió la mirada sin contestar. No quería dar explicaciones a nadie. Walter parecía buen hombre, pero no sabía hasta qué punto si le explicaba sus planes podía llegar la noticia a su hermano. No había tenido la confianza para decírselo a su amiga Camila ni a su doncella, Anne, ¿por qué iba a contárselo a prácticamente un desconocido?

Siempre que había coincidido con él había sido atento, y le había prometido que no diría nada sobre su fortuito encuentro en el muelle, pero prefería no inmiscuir a nadie, pues sabía que lo que pretendía hacer era una locura y seguramente intentaría disuadirla. Tal y como había dicho Walter, no era tonto y claramente podía intuir lo que pretendía hacer, pero no iba a confirmárselo.

—No todo es lo que parece, señor Renwich —contestó ella mirando hacia la ventana.

Walter la observó, claramente no confiaba en él y no le explicaría lo que pensaba hacer, aunque tras lo que había visto creía que era bastante obvio.

—Está bien —le susurró. Miró por la ventana—. Puede estar tranquila, nadie sabrá que nos hemos encontrado aquí.

—Se lo agradezco —dijo girándose hacia él. Walter miraba por la ventana. Elodie se fijó en su perfil, en aquella barba de pocos días que daba un aspecto masculino a su rostro. Sus ojos resplandecían de un color azul celeste. Era realmente atractivo, pero no podía permitirse pensar así de él, sabía cuál era su destino: o escapaba de allí o acabaría casada con el marqués. No podía permitirse tener sentimientos por aquel hombre, ni siquiera planteárselo, aunque su corazón se

disparase ante su presencia.

Walter miró a través de la ventana acercándose al cristal hasta que el carruaje se detuvo. Ella miró hacia fuera observando que se encontraba a unas esquinas de la tetería de moda de aquella zona.

—Hemos llegado —comentó Walter. Ella asintió y lo miró fijamente, realmente aquel hombre tenía una mirada que te atravesaba el alma—. ¿Quiere bajar aquí o prefiere que…?

—No, no, aquí está bien —pronunció. Suspiró y lo miró agradecida—. Muchas gracias por todo, señor Renwich.

Él asintió y abrió la puerta para que bajase del carruaje, aunque sin moverse él del asiento, pues comprendía que no quería que la viesen con él. Elodie se puso en pie y pasó por delante de él sujetando con fuerza el bolso junto a su pecho, aunque al bajar el primer escalón del carruaje Walter sujetó su mano desde el interior, sin levantarse para ayudarla a bajar. Aquel suave contacto erizó su piel como jamás había sentido.

En cuanto bajó del carruaje, soltó su mano con delicadeza y se giró para observarlo.

—¿Vienen a buscarla?

—Sí, en pocos minutos —respondió ella.

Walter la miró. Realmente era una mujer extraordinaria.

—Espero que sus problemas se solucionen.

Ella apretó los labios y asintió controlando sus sentimientos, comprimiendo más su bolso contra su pecho.

Walter no esperó respuesta por parte de ella, golpeó el carruaje para que iniciase el paso y diese la vuelta para así volver al muelle, aunque Elodie vio su saludo moviendo su cabeza antes de que el carruaje girase.

Observó el carruaje alejarse cada vez más, volviendo hacia el puerto, y suspiró. Al menos, había tenido suerte en ese aspecto. Realmente dudaba en poder haber llegado a tiempo a la tetería si no fuese por el señor Renwich.

Inspiró hondo y fue hacia la tetería, por suerte, su carruaje aún no estaba allí. Disponía de diez minutos.

Entró en la tetería que estaba repleta y fue directa al aseo. Depositó el bolso sobre el mármol y se observó el cabello. Tal y como había intuido, la humedad cercana al agua salada del mar había hecho que su cabello se crespase un poco. Lo arregló lo suficiente para que quedase bien y, finalmente, salió del aseo dirigiéndose a la puerta de la tetería. Salió al exterior y se situó en la esquina donde la debía pasar a recoger su carruaje.

Al menos había conseguido el dinero necesario para comprar el pasaje, lo cual ya era mucho. La próxima vez se dedicaría solo a comprar el pasaje. Mientras tanto, podía ir seleccionando la ropa que se llevaría.

Pocos minutos después apareció su carruaje. Se puso firme y dio unos pasos hacia él cuando este se situó ante ella, aunque para su sorpresa su hermano Jack abrió la puerta del carruaje y descendió para ayudarla a subir. ¿Qué hacía él allí?

—¿No habías quedado con Camila? —preguntó mirando de un lado a otro.

En ese momento le quedó claro que venía para asegurarse de que se encontraba allí, donde el cochero decía que la había dejado, en la tetería.

—Sí —respondió ella con una sonrisa mientras cogía su mano para subir al carruaje—, su carruaje acaba de pasar a buscarla. —Entró y se sentó en su cómodo asiento, mucho más que el del señor Renwich que era un carruaje más bien austero. Jack se sentó frente a ella, la cual mostraba una pose desenfadada, y miró por la ventana—. Hacía tiempo que no salía a tomar el

té. Ha sido agradable.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado —contestó su hermano sin mirarla, observando por la ventana trasera.

Ella se giró y lo miró.

—¿Por qué motivo has venido a buscarme? —preguntó arrugando su frente y situando el bolso al otro lado del asiento, consciente de la gran cantidad de dinero que llevaba en su interior y que su hermano no debía descubrir.

Él le sonrió con sorna.

—¿Acaso un hermano no puede ir a buscar a su hermana para hacer el trayecto más ameno? —ironizó.

Ella sonrió con cinismo.

—No hace falta que me controléis más —comentó con la espalda recta, mirando por la ventana opuesta—. Ya me ha quedado muy claro lo que represento para vosotros. Me casaré con el marqués y, al menos, no os tendré que ver nunca más —acabó diciendo.

A su hermano no pareció preocuparle o dolerle su insinuación.

—Bien —sonrió conforme a sus últimas palabras—, veo que has comprendido finalmente cuál es tu posición. Me alegro de que lo hayas aceptado. Sabía que finalmente lo harías.

—¿Qué otra opción me queda? —preguntó sin mirarlo.

Él asintió.

—Tienes razón, no tienes otra opción —sentenció Jack. Ella asintió e instintivamente llevó su mano hacia el bolso cargado de libras, situándolo sobre su falda. Claramente su hermano no sospechaba nada, lo cual era una buena señal—. Pasaremos por casa un momento y recogeremos a mamá, quiere acudir a la modista.

—¿A la modista? —preguntó ella confundida.

Su hermano asintió.

—Tu madre insiste en que necesitas un par de vestidos más, algo más sofisticado que lo que tienes —pronunció él mirándola—. Al fin y al cabo, vas a ser marquesa.

Ella alzó su mentón.

—Sí, voy a ser marquesa —comentó esta vez de forma altiva—. Así que necesitaré las mejores telas y modistas de la ciudad de Londres. Espero que mamá haya seleccionado una modista a la altura, no la de costumbre.

—Eso deberás hablarlo con ella —comentó él y luego suspiró.

—Por supuesto que lo hablaré —respondió ella—, en cuanto lleguemos a casa.

Se giró y miró por la ventana mientras se internaban por las calles de Londres rumbo a su barrio y a su hogar. Con suerte, con la excusa de cambiarse de abrigo, tendría el tiempo suficiente para esconder encima del armario de su dormitorio el dinero que había conseguido con la venta de las joyas.

Miró a su hermano y Allenó ya el camino.

—Aprovechando que vamos a pasar por casa me cambiaré el abrigo, este es muy fino y seguramente cuando salgamos de la modista será noche cerrada.

—Claro —respondió él sin ningún interés—. No queremos que la futura marquesa caiga enferma.

Ella miró fijamente su perfil. Jack miraba por la ventana sin prestarle la más mínima atención.

Mejor así, pensó mientras pasaba su mano por encima de su bolso, acariciando de aquella forma la solución a sus problemas y su única esperanza.



12

Elodie miró la parte alta de su armario. El día anterior había puesto el dinero ahí encima. Aquel día le había sido imposible salir de casa, pues aquella noche acudiría a un baile y debía vestirse bien.

Por lo que su madre le había explicado, la noticia de su enlace se había enviado ya a los boletines, de modo que al día siguiente todo el mundo sabría de su compromiso. Aquella noche debía brillar más que ninguna otra, pues al día siguiente sería anunciada como la futura marquesa de Bristol.

Se miró en el espejo. Realmente estaba preciosa, aunque no para el hombre que ella deseaba. Se había vestido con un vestido blanco roto con dos gruesos tirantes. La falda tenía varias capas de gasa. Era un vestido precioso que le hacía una figura espectacular. ¿Qué hombre no iba a estar deseoso de casarse con ella?

Se quedó observándose en el espejo hasta que la voz de Anne la despertó de sus pensamientos.

—Señorita, ¿sabe dónde están los pendientes de diamantes? —preguntó mirando en el joyero.

Ella se acercó rápidamente a la cómoda y le sonrió intentando calmarla. Justamente aquellos pendientes a los que ella se refería los había vendido el día anterior.

—No quiero ponerme esos —comentó abriendo el joyero.

—Esos le quedarían muy bi…

—Quiero los de perlas —la interrumpió ella cogiéndolos y poniéndoselos directamente—. Los de diamantes pesan mucho y al final de la noche me duelen las orejas —comentó—. De todas formas, no tengo que conquistar a nadie… —pronunció con tristeza—, todo está pactado. ¿Qué más da lo que lleve puesto?

Su doncella dejó de mirar en los cajones y se giró hacia ella lentamente, con pena. Dio unos pasos acercándose a Elodie y cogió su mano.

—Usted sabe que siempre me tendrá, ¿verdad? —preguntó Anne con cariño.

Elodie asintió

—Cuando me case con el marqués, ¿vendrás conmigo? —preguntó, aunque con suerte aquello no se daría nunca, pues seguía con su plan en mente. Aún disponía de mucho tiempo antes de la boda.

—Si usted así lo desea, sí —le susurró cogiendo la mano de Elodie entre las suyas.

—Es lo que más deseo —contestó ella.

—¿Estás preparada ya, hija? —preguntó su madre abriendo la puerta de su dormitorio. Anne soltó su mano de golpe y dio un paso hacia atrás, alejándose de ella. Elodie miró a su madre fijamente—. Estás preciosa —comentó dando unos pasos hacia ella.

Elodie elevó su mentón. Dio unos pasos hacia delante para pasar por su lado.

—Creo que fui muy clara cuando te dije que no volvieses a llamarme hija —pronunció—. El hecho de que haya aceptado mi destino no implica que os perdone —dijo antes de salir.

Su madre se quedó unos segundos parada, en silencio, frotándose las manos con fuerza por los nervios, aunque fijó la mirada en un punto de la pared durante unos segundos, reponiéndose de las palabras de Elodie, y se giró para salir de la habitación, dejando a Anne sola.

Elodie bajó los escalones rápidamente. Anne se había encargado de hacerle un precioso moño a la nuca que realzaba su cuello y provocaba que sus facciones fuesen más visibles y tiernas.

Su hermano Jack esperaba en el vestíbulo como de costumbre. No dijo nada, simplemente asintió cuando la vio.

Como había hecho todas las noches en las que había acudido a algún baile, ni siquiera esperó a que su hermano la acompañase a la puerta, pues se dirigió ella directamente, sin esperarlo.

—¿Acabamos ya con esta farsa? —preguntó su hermana acelerada acercándose a la puerta.

El servicio ya sabía cuál era la reacción de la muchacha todas las noches, así que ya esperaban en la puerta para abrirla antes incluso de que llegase. Le abrieron la puerta y salió seguida por su hermano y por su madre que, en esos momentos, bajaba los últimos escalones para dirigirse a la puerta con su vestido color negro y su chal transparente rodeando sus hombros. En su brazo portaba un chal blanco para Elodie, ya que había salido de la habitación disparada, olvidándolo por completo.

Elodie fue directa al carruaje y el cochero la ayudó a subir a este seguida de su hermano que se sentó frente a ella.

—Estás deslumbrante —pronunció apoyándose en el asiento mientras su madre subía al carruaje.

—Me alegro de que te guste —contestó ella con ironía.

Su madre se sentó al lado de su hermano y le tendió lentamente el chal a su hija.

—Lo has olvidado en tus aposentos y puede que esta noche refresque un poco —dijo dándoselo.

Ella asintió y lo cogió echándoselo directamente por los hombros. Lo cierto era que aquella noche había bajado la temperatura bastante respecto a días anteriores.

Su hermano miró por la ventana mientras el cochero cerraba la puerta del carruaje. Miró hacia el cielo.

—Puede que hasta llueva —apuntó él.

—Seguramente —contestó su madre—, la señora Henderson lleva unos días quejándose de la rodilla. Cuando le ocurre eso siempre llueve —confirmó—. Ohhh —se quejó ella cuando el impulso del carruaje al iniciar su camino la echó hacia atrás.

Sinceramente, esperaba que no lloviese mucho. Elodie se acercó a la ventana mirando el cielo, donde no se veía ni una sola estrella, estaba totalmente encapotado. Aquello podía acabar con sus planes de ir al día siguiente o en los próximos días al puerto a comprar el pasaje.

Suspiró y se apoyó contra el mullido respaldo suplicando que aquella tormenta pasase de largo. En su mente no paraba de repetirse una y otra vez que aún quedaban muchas semanas para el compromiso, que tenía tiempo suficiente para marcharse de Londres antes de que ese fatídico momento llegase, pero cuanto antes embarcase y se alejase de Londres, mucho mejor. Si la noticia de su futuro enlace iba a salir publicada al día siguiente en los boletines, su popularidad aumentaría y sería más reconocible, aunque siempre se podía poner un sombrero y ocultar parte de su rostro con un vestido de cuello alto, eso sin duda dificultaría que alguien la reconociese. Por suerte, los muelles solían estar llenos de trabajadores que no estaban interesados en los enlaces de la alta sociedad londinense.

El recuerdo del día anterior encontrándose con el señor Renwich en el muelle volvió a su mente. Había sido todo un caballero y tenía claro que ninguna palabra había salido por su boca respecto a su fortuito encuentro, de lo contrario, aquella noticia hubiese corrido como la pólvora y su hermano y su madre ya serían conocedores de ella. Debía ir con más cuidado.

Debía estar agradecida con Walter Renwich, pues si no la hubiese llevado en carruaje no hubiese llegado a tiempo y teniendo en cuenta que su hermano había acudido en su búsqueda aquello podría haber representado un problema.

—Sin duda, este y el baile de mañana serán los más importantes… —comentó su madre emocionada.

Ella la miró.

—¿Para quién? —preguntó ella con ironía.

La sonrisa de su madre se borró de su rostro.

—Este es tu último baile como una mujer soltera y, mañana… —dijo dándole elegancia con las manos a sus palabras—, mañana será tu primer baile como la futura marquesa.

Su hermano decidió intervenir en la conversación.

—Como ya sabes, el primer baile debe ser para el marqués.

—Claro, como cada día… ¿y se me permitirá bailar con alguien más? —preguntó con un tono seco.

Su hermano se encogió de hombros como si no le importase. El anuncio era inminente, así que en cierto modo estaba pletórico con la noticia que se daría a conocer al día siguiente. Ya solo con aquel anuncio sabía que su empresa textil cobraría protagonismo y es posible que comenzasen a ver los frutos de ese enlace mucho antes de que ocurriese.

Elodie suspiró y miró de nuevo por la ventana. Cada vez tenía más ganas de comprar aquel pasaje y planificar su día de partida. Esperaba poder comprar un pasaje a primera hora de la mañana, para poder irse de casa antes incluso de que el servicio se levantase para hacer las labores del hogar, o bien a la hora del té, aunque lo que tenía entendido es que los navíos partían a primera hora de la mañana.

Se imaginó subiendo a aquel navío para comenzar una nueva vida y una sonrisa inundó su rostro.

—Bien… —comentó su hermano al verla sonreír—, así es como debes estar.

Elodie borró la sonrisa de su rostro.

—Creedme que esa sonrisa no es por ninguno de vosotros dos —contestó.

Su hermano alzó el mentón.

—Espero, sinceramente, que tu futuro esposo domestique esa lengua y tus modales.

—Mi lengua y mis modales son perfectos con quien deben ser, no con una familia que vende a su hija o a su hermana —pronunció con asco.

Aquellas palabras alteraron a Jack que elevó su mano para golpearla, pero su madre lo detuvo.

—No, hijo… —le sujetó mientras Elodie lo miraba fijamente, sin miedo alguno—, vamos a un baile, es mejor que no especulen por una mejilla amoratada.

—Y, ¿por qué no? —preguntó Elodie retando a su hermano—. Así, quizá la sociedad londinense se daría cuenta de lo que estás haciendo. Vender a tu propia hermana. Es el hecho más despreciable que nadie podría hacer.

Su madre tuvo que frenarlo de nuevo.

—¡Elodie! —le gritó para prevenirla—, controla la lengua.

—¿O qué, madre? ¿Me golpearás de nuevo? —la retó a ella también—. Ya no os tengo

miedo… —gruñó—, como os dije, soy la futura marquesa, así que más os vale ser amables conmigo. Sabéis la influencia que ese título me dará en la sociedad… sobre todo influencia femenina… y… oh, vaya, hermano, la empresa de nuestra familia es justamente una empresa textil —apretó los labios—. No os interesa estar a malas conmigo. Si sabéis lo que os conviene… —pronunció con voz amenazante y miró a su hermano—, mantendrás la mano quieta. Puede que al principio lleve los negocios mi futuro marido, pero una mujer puede ser muy persuasiva… —lo amenazó.

Jack se soltó de la mano de su madre y la situó sobre su rodilla, aunque la movía deliberadamente por los nervios que producían aquellas palabras en él. Sí, estaba claro que lo único que le importaba a su hermano eran los negocios y el dinero. Era hablar sobre el futuro económico de su empresa y afloraba lo peor de sí mismo.

—Tranquilicémonos todos —pronunció su madre con calma—. Elodie será marquesa y mañana todos nuestros problemas económicos comenzarán a solucionarse.

—¿Nuestros? Dirás de él… —incriminó a su hermano—. No son mis problemas.

Su hermano la miró con odio y su mano tembló más fuerte, como si estuviese deseando golpear su mejilla. Respiró hondo y miró a su hermana sin pestañear.

—Como ha dicho nuestra madre, ahora nos dirigimos a un baile, pero esta noche, cuando lleguemos a casa, hablaremos largo y tendido.

—Yo ya no tengo nada que hablar contigo —respondió ella rápidamente—. Nada.

—Oh, pues créeme que hablaremos —la amenazó.

—Verás como no —contestó ella directamente con una sonrisa hipócrita y girándose hacia la ventana con toda la calma del mundo. Observó la calle, respiró profundo y cambió su actitud como si nada de lo que le dijese su hermano la afectase ya—. ¿Dónde es el baile? —preguntó a su madre.

Su madre tragó saliva y miró de reojo a Jack, el cual estaba realmente nervioso por la conversación. Intentó apaciguar su voz para insuflar algo de paz en su hijo.

—Es en la mansión de los duques de Wellington —aclaró su madre.

Elodie asintió y miró por la ventana sin decir nada más mientras recorrían las calles de un Londres oscuro, iluminado solo por las lámparas de gas. Pese a eso, las calles estaban inundadas de carruajes con una misma dirección, la mansión de los duques de Wellington.

Supo que se aproximaban a la mansión porque el cochero redujo la velocidad, haciendo cola para entrar a la enorme mansión.

Elodie sacó levemente la cabeza por la ventana.

—Vayaaa —susurró observando el hermoso jardín que los rodeaba, atravesado por un camino de tierra dura y perfectamente alumbrado con antorchas.

Desde luego, se notaba la diferencia con el resto de bailes a los que había acudido, pues no estaban tan adornados como esta mansión.

Se quedó maravillada observando las hermosas flores y aquel jardín tan bien cuidado hasta que el cochero se detuvo y un hombre elegantemente vestido les abrió la puerta.

Lo primero que hizo su madre fue entregar su invitación. El mayordomo la leyó y asintió.

—Bienvenidos a la mansión de los duques de Wellington. Si me lo permiten, haré las presentaciones cuando entren al salón —les indicó mientras Jack descendía y ayudaba a su madre a bajar del carruaje, luego tendió la mano hacia su hermana con reticencia, pues bien sabía que debía guardar las formas.

—Muchas gracias —se dirigió su madre a Jack.

—Pueden seguirme —les indicó el mayordomo.

Antes ellos había una cola de personas que esperaban a ser anunciadas a la entrada del gran salón.

Jamás había estado en una mansión tan lujosa como aquella. Solo el recibidor era enorme, donde colgaba una hermosa lámpara con cristales que reflejaban la luz en las paredes. El suelo de mármol blanco y negro le daba un toque aristocrático.

Accedieron a un largo y ancho pasillo enmoquetado, adornado con mesas con flores y figuras de cerámica provenientes de lejanos lugares del mundo hasta que llegaron a un enrome salón.

—El señor Wilkinson, la señora Wilkinson y la señorita Wilkinson —los anunció el mayordomo alzando la voz, aunque solo los que estaban más próximos se percataron de su presentación, dado que en esos momentos la música ya sonaba y la gente mantenía conversaciones entre sí.

En cuanto el mayordomo entregó la invitación a su hermano y los dejó solos, los tres dieron unos pasos al frente observando pasmados el ostentoso y lujoso salón.

Era realmente impresionante. Era el salón más enorme en el que había estado.

Los camareros pasaban entre todos los invitados con bandejas en sus manos con todo tipo de bebidas y comida. Jack cogió al vuelo una copa de vino blanco y se giró hacia su madre y su hermana.

—Bien, busquemos al marqués —pronunció—. Me aseguró que esta noche acudiría a este baile —explicó antes de dar un sorbo.

Aquellas palabras cortaron la efusividad de Elodie por encontrarse allí y borró la sonrisa de su rostro. Lo mucho que hubiese disfrutado de aquella temporada si no estuviese ya prometida antes de iniciarla. Con suerte, su amiga Camila se encontraría allí y podría entretenerse un rato con ella. Con el trajín de los últimos días ni siquiera había tenido tiempo de hablar con ella para saber a qué bailes iba a acudir, aunque lo más seguro era que acudiese a todos.

Su hermano le tendió el brazo y ella se sujetó a él mientras caminaban entre todos los allí presentes, saludando con un cortés movimiento de cabeza a quienes coincidían la mirada con ellos.

El salón, pintado de un color crema, tenía en la pared de la izquierda los cuadros de lo que suponía que serían los antepasados de los actuales duques de Wellington. Se quedó observando algunos cuadros. Cerca de esa pared se habían dispuesto varias mesas donde había todo tipo de comida y manjares y camareros que los servían. Al otro lado, a la derecha, había enormes puertas, algunas de ellas cerradas con enormes cortinas de color rojo sujetas en los laterales con cordeles dorados y, en el centro, la puerta principal abierta que comunicaba con el enorme jardín trasero donde podía verse que algunas personas entraban y salían de este.

Al final del gran salón había una orquesta al completo tocando canciones que bailaban las parejas en el centro de la pista.

—Buenas noches, señora Williams —escuchó que la saludaba su madre mientras caminaba detrás. Se adelantó un poco, situándose al lado de su hermano y sonrió—. Se va a morir de envidia cuando lea mañana en los boletines que nuestra adorada Elodie está prometida con el marqués —le susurró emocionada, ante lo que su hermano sonrió—. Es la mayor cotilla de todas —indicó su madre altiva—. Creía que su hija conseguiría el mayor título nobiliario, pero está equivocada. Estoy deseando acudir al baile de mañana cuando todos sepan que Elodie va a ser marquesa.

Elodie inspiró hondo para no intervenir en la conversación. Todo se reducía a eso, a conseguir el mayor título nobiliario, sin importar los sentimientos, sin importar el amor… a eso

se dedicaban en aquellos bailes, a seducir al hombre con más capacidad económica y título nobiliario que se encontrase allí. En cierto modo, le recordaba a una cacería.

Elodie se sorprendió cuando coincidió con aquellos ojos azules que la observaban desde el otro lado del salón. Walter Renwich la observaba a varios metros mientras tomaba una copa y hablaba con varios hombres, aunque en aquel momento parecía prestar toda su atención a ella.

Resopló al recordar lo ocurrido el día anterior. Por suerte, Walter parecía un hombre respetuoso y que había mantenido su palabra, así que era de agradecer que se portase así con ella.

—Marqués —dijo su hermano sacándola de sus pensamientos y provocando que ella mirase hacia delante. Hizo una reverencia imitando a su hermano, flexionando sus piernas, y lo observó. Quizá en otra época, cuando el marqués hubiese sido joven, hubiese sido más atractivo, pero ahora mismo lo único que le causaba era rechazo, y más después de las pocas conversaciones que había mantenido con él.

—Señorita Wilkinson —pronunció el marqués situándose ante ella—, debo decir que esta noche está especialmente radiante.

—Gracias, marqués —pronunció ella aceptando su cumplido con otra reverencia.

Sí, ante su familia y ante el duque fingiría que había aceptado su destino, pero en cuanto pudiese se compraría un pasaje para ir a Francia lo antes posible y huir de aquel infierno.

—Supongo que me concederá este baile —le ofreció el marqués su mano.

Ella se soltó del brazo de su hermano y asintió depositando su mano sobre la del marqués.

—Por supuesto —dijo con un susurro.

Todos esperaron a que la pieza musical acabase para que la pista se despejase de nuevo y ambos pudiesen avanzar hacia esta para el siguiente baile, aunque de reojo pudo ver cómo el señor Renwich no parecía quitarle ojo.

Cuando el marqués se situó ante ella eclipsándole toda visión, perdió el contacto con el señor Renwich.

—Bien, señorita Wilkinson, mañana es el gran día —le susurró mientras la cogía por la cintura y la aproximaba a él de forma un poco indecorosa, lo que produjo rechazo en ella y dio un paso atrás para guardar las distancias. El marqués alzó el mentón y la miró fijamente, aunque no se movió de su lado—. Como esposos que seremos debe ir acostumbrándose a mi cercanía —propuso con una sonrisa.

—No tengo obligación alguna con usted hasta que no estemos casados, marqués. No olvide eso —le recordó ella.

En ese momento, la música comenzó a sonar y comenzaron a moverse por la pista de baile con soltura, aun así, no pudo evitar toparse con la mirada pensativa de Walter varias veces mientras giraba y giraba. ¿Por qué a cada vuelta que daba se topaba con aquellos ojos azules?

Se limitó a bailar esquivando la mirada del marqués, a seguir el paso de todos los bailarines, ansiando el momento en que se acabase la música e intentando mantener la máxima distancia con él, aunque el marqués intentaba acercarla situando su mano en su cintura.

Tragó saliva y observó a su hermano y a su madre hablar entre ellos mientras lanzaban miradas en su dirección, vigilando sus pasos.

—Dígame, marqués… —comentó ella—, ¿dónde se supone que iremos a vivir cuando estemos casados?

El marqués pareció agradecido de que ella le diese conversación y afirmase su compromiso.

—Tengo una bonita casa aquí en Londres y otra en el campo. Podemos ir alternando, aunque la mayor parte del tiempo será aquí en Londres, pues tengo mis negocios aquí y de una forma recurrente mantengo reuniones con la reina.

—Ya, entonces… supongo que no le importará que, de vez en cuando, pueda ir a tomar el té con mis amigas aquí en Londres. Como comprenderá, disfruto también de la compañía femenina.

—Por supuesto, entiendo perfectamente las aficiones femeninas y no pretendo que usted las abandone por mí —contestó. Ella asintió conforme con lo que decía.

—Las reuniones que usted mantiene con la reina… —continuó hablando Elodie—, ¿son esas a las que se ha referido mi hermano? Donde usted lo presentará ante la reina para realizar contactos y contratos con la casa real, ¿es así?

—Exacto —contestó haciéndola girar.

—¿Y podré acompañarlos yo?

El marqués rio.

—No creo que disfrute mucho de esas reuniones, señorita Wilkinson… son de trabajo —comentó con aire chistoso.

—Oh, no se crea, marqués… soy una mujer muy ilustrada. Así se encargó mi padre de mí, usted debería saberlo, era amigo de él —contestó con la voz seca.

El marqués se encogió de hombros.

—Ya lo hablaremos cuando llegue el momento —comentó.

Aquellas palabras la dejaron confundida. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de llevar a su joven esposa y pasearla por el palacio, incluso de presentarla a su majestad. Sin embargo, como ya había confirmado y volvía a hacerlo, ella era una mera transacción, un objeto con el que divertirse.

—Está bien —contestó ella sin darle mucha importancia. De todas formas, no pensaba estar allí para casarse con él.

Cuando la música acabó, separó rápidamente las manos de él para aplaudir y miró hacia la orquesta. En ese momento, se dio cuenta de que en ella y en el marqués recaían la mayor parte de las miradas. Se sintió nerviosa, no le gustó sentirse el centro de atención.

—Señorita Wilkinson, su mano —comentó el marqués situando su mano ante ella.

Elodie bajó su mirada hasta esa mano y sintió cómo sus músculos se tensaban. Situó la mano sobre la de él y el marqués la condujo hasta donde se encontraba su hermano y su madre. Elodie mantenía su espalda totalmente recta, en tensión, mientras recibía las miradas de todos los allí presentes. Parecía que toda la sociedad londinense la controlase, obviamente todos eran conscientes de que el marqués siempre la sacaba a bailar su primer baile y que ella no había aceptado ningún otro baile que no viniera de su ofrecimiento.

—Un placer bailar con usted, señorita Wilkinson. —El marqués realizó una reverencia.

Elodie no respondió, simplemente hizo una reverencia hasta que el marqués se alejó a mantener una conversación con otro grupo de hombres de la aristocracia.

—Todo está yendo perfectamente —susurró su madre a su lado, aunque obviamente esas palabras no iban referidas a ella, sino a su hermano.

—Así debe ser —contestó Jack. Miró a su hermana, la cual se mantenía en tensión—. Relaja la postura, hermana —comentó con una leve sonrisa—, y sonríe un poco. Mañana todos sabrán que eres la futura marquesa.

Ella lo miró de reojo y no quiso ni siquiera comentar aquellas palabras con las que su hermano pretendía provocarla. Si por ella fuese, se hubiese girado y gritado, pero debía mantener la compostura, todo debía parecer que funcionaba entre ellos dos… así su hermano y su madre pensarían que todo iba bien y podría ir a comprar el pasaje a Francia.

Sus ojos chocaron directamente con aquella mirada azulada que caminaba hacia ella. Sintió su cuerpo en tensión cuando vio que Walter Renwich se dirigía en su dirección con la mirada

clavada en ella.

Elodie se sintió nerviosa y miró a los lados, agitada. ¿Se estaba acercando a ella? Dio un paso hacia atrás, ¿por qué iba directo hacia ella?

Se giró y miró de reojo. Walter caminaba decidido hacia ellos hasta que se detuvo ante los tres. Ella ni siquiera se atrevió a elevar la mirada del suelo y juntó sus manos para que no temblasen.

—Señor Wilkinson —comentó Walter tendiendo su mano hacia él.

Jack sonrió y cogió con fuerza la mano de Walter.

—Señor Renwich, ¡qué sorpresa verlo aquí! —dijo sin soltar su mano—. Me alegro mucho de verlo.

—Lo mismo digo —comentó Walter soltando su mano e hizo una reverencia hacia la madre y hacia ella, aunque Elodie se la devolvió sin elevar la mirada del suelo.

—No nos veíamos desde nuestro trayecto conjunto desde Nueva York —continuó Jack con una sonrisa que mostraba todos sus dientes—. ¿Lo recuerdas, madre? ¿Hermana? —preguntó. Su madre asintió con una gran sonrisa y Elodie asintió elevando ya levemente su cabeza. Por Dios, solo esperaba que no se le ocurriese decir nada sobre que la había visto en el muelle. Walter le había prometido que no diría nada, pero no comprendía el porqué de su acercamiento. —¿Cómo van los negocios, señor Renwich? —preguntó Jack.

—No puedo quejarme en absoluto —contestó Walter—, pero no venía para hablar de negocios, sino para pedirle un baile a su hermana.

Elodie lo miró fijamente y luego miró de reojo a su hermano. Ella ya le había dicho que no podía bailar con él, sin embargo, le sorprendió cuando su hermano asintió con una gran sonrisa.

—Claro, por supuesto. Seguro que mi hermana estará encantada de aceptar su proposición —pronunció colocando sus manos tras su espalda.

Elodie miró a su hermano, el cual sonreía apaciblemente, sin preocupaciones. Claro, ¿cómo iba a tenerlas? El compromiso ya estaba firmado con el marqués y en nada cambiaría el hecho de que Elodie bailase con el señor Renwich.

Walter tendió la mano hacia ella y finalmente Elodie asintió. Walter la llevó hasta la pista y escuchó el suspiro de Elodie. La contempló con detenimiento. Su perfil era realmente precioso, pero estaba nerviosa. Estaba claro que su hermano era quien dirigía su vida, pues incluso él era quien le había dado permiso para bailar.

Walter se internó en la pista entre el resto de parejas y se situó frente a ella. Elodie no pudo evitar las comparaciones. Aquel hombre era realmente atractivo y se había mostrado amable con ella en todo momento. Sus ojos la observaban con cierta duda, como si la estudiase.

Sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba cuando la mano de Walter se situó en su cintura, incluso cerró los ojos al sentir el contacto de la mano de un hombre joven cogiéndola con tanta delicadeza, no como hacía el marqués.

—¿Todo bien, señorita Wilkinson? —preguntó. Ella asintió y esta vez sonrió levemente—. Parece preocupada.

—No lo estoy —contestó ella mientras miraba de reojo hacia el grupo donde se encontraba el marqués que ni siquiera se había girado hacia la pista, sino que estaba dándole la espalda—. Estoy muy tranquila.

—¿Más que con el marqués? —preguntó él enarcando una ceja, lo que provocó que ella pusiese su espalda tensa—. Parece muy interesado en usted.

Ella apretó los labios, sin saber qué decir. Por suerte, la música comenzó a sonar, provocando que Walter iniciase el baile en círculos. No pudo evitar mirar hacia los lados, en esa

ocasión, prácticamente nadie les prestaba atención, lo cual la relajó bastante. Sabía que estaba bailando con un hombre joven que ostentaba una de las mayores fortunas de Inglaterra, sin embargo, al no tener un título nobiliario no causaba ningún revuelo.

—¿Va a hablar o voy a tener que sacarle las palabras? —ironizó él, lo que provocó que ella centrase su atención en Walter—. Parece más preocupada por quién nos observa que por seguir el paso… ayyy… —se quejó Walter cuando ella lo pisó.

—Disculpe —pronunció ella rápidamente. Él negó y rio. Elodie miró aquel intenso azul de sus ojos y suspiró. Qué feliz podría ser si pudiese disfrutar realmente de aquella temporada, de bailar con él sin saber que al día siguiente su compromiso sería anunciado y, lo peor de todo, era que sabía que de aquel hombre sí podía enamorarse, que le había atraído desde un primer momento, pero su matrimonio forzado con el marqués la había obligado a quitárselo de la cabeza —. ¿Le he hecho daño?

—He sufrido peores pisotones —bromeó él—. Dígame, ¿ha tenido alguna proposición más de baile aparte de la del marqués y la mía?

Ella chasqueó la lengua.

—Alguna… sí.

—Pues no la he visto en la pista de baile —le informó. Ella suspiró—. Como digo, solo con el marqués, lo cual me parece extraño en una mujer como usted —comentó sin tapujos. Ella lo miró fijamente mientras rodaban por la pista de baile, igual que el resto de parejas—. Recuerdo que dijo que no podía bailar conmigo, sin embargo, su hermano lo ha permitido —consideró él.

Ella lo miró fijamente.

—Que yo baile con usted no significa nada.

—Quizá no para usted, pero sí para mí —la rectificó—, creo que es usted la primera mujer a la que saco a bailar en varias temporadas. —Ella enarcó una ceja, sí, desde luego Walter era bastante directo y se le notaban sus intenciones. ¿Cómo decirle que de nada le servirían sus cumplidos? ¿Que de nada serviría que su hermano autorizase un baile con ella? Su futuro estaba sellado—. ¿Por qué me mira así? —preguntó al ver que ella se quedaba observándolo.

En ese momento ella dio una vuelta y volvió a caer en sus brazos para seguir el ritmo.

—¿Cómo le miro?

—Con melancolía —pronunció lentamente. Walter suspiró cuando vio que ella desviaba la mirada de él como si hubiese acertado y no quisiese reconocerlo—. ¿Esa melancolía tiene que ver con que usted estuviese en el muelle?

Ella se volvió y lo miró fijamente. Apretó los labios y antes de que pudiese contestar la hizo girar sobre sí misma para volver a cogerla.

Elodie lo miró de nuevo y suspiró nerviosa.

—Le agradezco que no sacase el tema a relucir y que haya guardado el secreto —susurró mirando hacia los lados.

Walter ladeó su cuello y la escudriñó de la cabeza a los pies.

—Nadie nos escucha —intentó calmarla—, puede estar tranquila. —Elodie tragó saliva—. De hecho, creo que le he demostrado que puede confiar en mí. El día que la vi en el muelle parecía aterrada porque la hubiese descubierto allí y…

—Señor Renwich, le agradecería no hablar sobre el tema —contestó ella esta vez con voz más tajante—. Como le he dicho, le agradezco infinitamente que me haya ayudado y que guarde el secreto, pero prefiero dedicarme a disfrutar de este baile.

La tensión se palpó en el ambiente. Sabía que ella tenía problemas, podía imaginarse que estos tenían que ver con su familia, pues ya había visto en el trayecto en barco desde Nueva York

a Londres que había tensión en su familia. Además, ella parecía supeditada a lo que su hermano dijese. Podía imaginar que quería marcharse de allí, huir, sin embargo, no quería que hiciese eso. Lo cierto era que Elodie era la única mujer que le atraía, no solo por su físico, parecía una mujer inteligente por las conversaciones que había mantenido con ella y sus agallas de dirigirse al muelle. Aunque ella no lo verbalizase, intuía perfectamente a qué había ido: quería comprar un pasaje para marcharse de allí, para escapar.

—Y, ¿de qué prefiere hablar? —preguntó mientras seguían bailando.

Ella lo miró sin saber qué responder a eso. Se removió un poco nerviosa.

—Tengo entendido que usted no es asiduo a las temporadas londinenses, ¿por qué?

—Tengo mucho trabajo… y las veces que me he presentado a un baile… ninguna mujer me interesaba realmente —contestó con sinceridad.

Elodie apartó la mirada de él. ¿Cuántas insinuaciones llevaba ya? Era la primera vez que se presentaba en sociedad, aunque realmente no fuese así por el matrimonio que se daría a conocer al día siguiente, pero sabía identificar perfectamente cuándo un hombre estaba interesado en ella. Walter lo parecía, y mucho. Sintió cómo sus mejillas se ponían coloradas.

—¿Y usted? ¿Cómo que no se había presentado antes?

Ella tragó saliva y lo miró mientras seguían girando por la pista de baile.

—He estado de luto —se sinceró—, por mi padre.

—Lo siento mucho —respondió él rápidamente. En ese momento comprendió muchas cosas, su hermano era el cabeza de familia, de ahí que se mostrase tan protector con ella—. Mi padre murió cuando yo era muy joven —continuó hablando, algo que ella agradeció—. Tuve que asumir el control de la empresa desde muy joven y, ahora, mi tío que ostentaba la otra mitad de la empresa familiar también ha muerto.

—Lo siento mucho también —respondió ella. Lo miró con dolor—. Supongo que ha sido duro tener que asumir además de la muerte de dos seres queridos el control de una empresa.

Él asintió.

—No tuve apenas tiempo para velar la muerte de mi padre —confesó—. Una semana después estaba viajando a Nueva York, donde residí junto a mi tío. Él me enseñó todo lo que debía saber para llevar la parte empresarial de mi padre, fue un segundo padre para mí.

Ella suspiró.

—Y ahora debe asumir también su parte empresarial.

Él asintió.

—Soy su único heredero —confesó—. Mi tío no tenía familia. Jamás se casó ni tuvo descendencia alguna. Venía de Nueva York justo de aceptar el testamento y hablar con el albacea y los abogados.

—Supongo que estará muy ocupado entonces.

—No se lo voy a negar —respondió él antes de volver a hacerla girar—, pero también me gusta permitirme unos momentos de descanso, los necesitaba después de todo lo ocurrido.

En ese momento, la música se detuvo y, aunque los dos se quedaron unos segundos mirándose, ella se separó soltándose de su mano e hizo una reverencia.

Él la imitó y le tendió la mano para acompañarla hasta donde se encontraba su familia.

En ese momento, Elodie se dio cuenta de que el marqués la miraba, aunque con bastante indiferencia, como si no le importase lo más mínimo que uno de los solteros más respetables y con más solvencia económica de Londres la hubiese invitado a un baile. ¿Cómo iba a importarle? Tenía un contrato firmado con su hermano por el que ella sería su esposa y, al día siguiente, todo el mundo lo sabría. Tragó saliva y no pudo evitar mirar el atractivo perfil de Walter mientras

caminaban hacia donde les esperaba su hermano Jack y su madre.

—Encantado de haber bailado con usted, señorita Wilkinson —comentó Walter soltando su mano, aunque en ese momento detectó levemente cómo ella se la apretaba, como si no quisiese que la dejase allí.

La observó un poco preocupado, pero la voz de Jack le hizo despertar de su ensoñamiento mientras soltaba la mano de ella poco a poco.

—Señor Renwich, espero verle muy pronto en el club de hombres. Podríamos hablar de negocios.

Walter se giró hacia él con una leve sonrisa.

—No sé qué tienen que ver los negocios de telas con el acero —contestó bastante tajante, pues el gesto que había tenido Elodie al soltarse de él, como si necesitase su ayuda, lo había puesto en sobre aviso—. Igualmente, estaría encantado de tomar una copa con usted, si le parece bien.

—Claro —contestó Jack con una reverencia.

Walter lo imitó e hizo otra hacia la madre de ellos. Miró por última vez a Elodie, la cual lo observaba con tristeza. Aquel último gesto que había tenido con él lo había dejado pensativo. La forma en la que se había sujetado con fuerza a su mano, como si no quisiese perder aquel contacto, como si de alguna forma, aunque fuese inconscientemente, le estuviese pidiendo su ayuda. Siempre había sido muy intuitivo, por eso se le daban tan bien los negocios.

Apartó la mirada lentamente de ella y se alejó con una extraña sensación. Sabía que algo ocurría, aunque se le escapaba. Quizá, al día siguiente, en el próximo baile, podría hablar mejor con ella y que se abriese. Realmente no podía apartar a aquella mujer de su mente.

Fue hasta un grupo de hombres que conocía y le sorprendió cuando reconoció al señor Smith allí.

—Señor Renwich —dijo acercándose a él rápidamente.

—Señor Smith —respondió Walter tendiéndole la mano—. Me alegro mucho de verle.

—Lo mismo digo, ¿qué tal está?

El señor Smith era uno de los pasajeros que viajaban en el mismo navío que él.

—Muy bien, ¿y usted? —le preguntó Walter.

—Estupendamente bien, disfrutando de una amena noche —respondió el señor Smith, aunque en ese momento pudo ver cómo con su mano hacía un movimiento disimulado hacia una joven muchacha—. No sé si recuerda que le comenté que mi hija se presentaba en sociedad, me gustaría presentársela.

Walter miró de reojo a una muchacha de cabello rojizo y ojos verdes. Era una chica bonita, aunque con una nariz demasiado grande.

—Estaría encantado —respondió él con una sonrisa, aunque realmente aquellas cosas le agobiaban.

—Ella es Georgina, mi hija —señaló mientras su hija se situaba ante él.

Walter cogió su mano y se la besó.

—Encantada de conocerlo, señor Renwich, mi padre me ha hablado mucho de usted.

—Espero que sea para bien.

—Oh, por supuesto que sí —contestó ella con un tono juvenil—. Me ha explicado que vivieron una gran tormenta a bordo del navío y que compartieron algunas copas y charlas durante el trayecto.

—Así es —respondió Walter con una sonrisa.

En ese momento, vio cómo el señor Smith lo miraba con una sonrisa, sí, estaba claro lo que

él deseaba. Aunque no tuviese un título nobiliario, su fortuna era conocida.

—¿Podría invitarla a bailar?

—Sería un placer —contestó ella tendiendo su mano hacia él.

Mientras se dirigían al centro de la pista, Walter no pudo evitar girar su cuello hacia el lugar donde se encontraba Elodie junto a su madre y su hermano. Su mirada chocó con la de ella. La tristeza que transmitía la muchacha lo dejó sin aliento.

—Mi padre me ha dicho que trabaja con el acero —comentó ella situándose ante él.

Aquellas palabras le hicieron volver a prestar atención a la joven que tenía delante, con una gran sonrisa y henchida de felicidad por bailar con él.

La cogió de la cintura e iniciaron el baile por la pista, danzando al son de la música entre todas las parejas.



13

Walter desayunaba en su hermoso comedor decorado al más puro estilo victoriano. El salón era grande, con una larga mesa para unos quince comensales, de madera oscura, exactamente igual que las sillas, acolchadas de color verde. La moqueta era también de color verde y las cómodas, como la mesa, eran de un color oscuro que resaltaba con aquellas paredes doradas. De su techo colgaba una imponente lámpara de cristales y a los lados había grandes ventanales. Había llovido a primera hora de la mañana, pero ahora comenzaba a despejar y los colores del hermoso jardín de la parte trasera de su vivienda parecían reavivarse.

Pasó la hoja del boletín que había recibido aquella mañana mientras tomaba su segunda taza de café, buscando noticias sobre nuevos negocios en Londres o en las cercanías con los que pudiese llegar a un acuerdo. La parte que más le importaba era la de las navieras. Uno de los gastos más importantes que tenía era el transporte del acero hasta Nueva York, así como su distribución por Inglaterra a través del tren. Siempre era bueno saber qué nuevas empresas se estaban creando para intentar colaborar con ellos y reducir costes.

La nueva empresa obtendría un importante cliente que la daría a conocer y él no debería pagar unos gastos tan elevados al ser una nueva empresa y no estar consolidada en el mercado.

Aquella noche le había costado conciliar el sueño. Aquel último gesto de la señorita Wilkinson lo mantenía en vilo. Aquella forma de sujetarse a su mano, sin querer perder su contacto, lo había conmovido.

Su mayordomo de confianza, el señor Morton, entró en el comedor.

—Señor Renwich, ha venido a visitarlo el señor Tilston.

Le sorprendió aquella inesperada visita, pues no había quedado con él hasta las doce para seguir estudiando la documentación de la parte de la empresa de su tío.

—Claro, adelante —indicó Walter antes de dar un largo sorbo a su café y acabarlo. Miró a uno de los sirvientes que permanecía en pie al otro lado del comedor y se incorporó—. Traiga otra taza para el señor Tilston. —En ese momento, su abogado y amigo entró por la puerta—. Señor Tilston —se dirigió hacia él sonriente—, ¿no habíamos quedado a las doce? —preguntó viendo que se había adelantado una hora.

—Sí, disculpe, señor —contestó estrechando su mano.

—No hay nada que disculpar. —Señaló la mesa—. Estaba tomando un café mientras ojeaba el boletín diario. —Fue hacia su asiento indicándole que se sentase a su lado—. ¿Le apetece un café? ¿Un té?

—Un café estaría bien —respondió el señor Tilston tomando asiento.

Walter esperó a que el mayordomo llegase con su bandeja y llenase la taza con café.

—¿Azúcar, señor? —le preguntó.

—No, gracias —respondió el señor Tilston dejando su propio boletín sobre la mesa. Estaba claro que lo había ojeado.

Walter le ofreció al mayordomo su taza para que se la llenase de nuevo.

—Veo que ha estado ojeando el boletín —le indicó Walter antes de que el mayordomo se

alejase de nuevo—. Por lo que veo no hay ninguna empresa que nos sea útil, y mucho menos ninguna naviera o nueva compañía de traslado. Por lo pronto, deberemos seguir con las que tenemos contratadas. —El señor Tilston asintió y dio un sorbo a su taza de café—. ¿Y bien? ¿A qué se debe que haya adelantado la visita? No es que sea una molestia, pero… —sonrió—, siempre que adelanta la visita son noticias perturbadoras —rio más fuerte.

El señor Tilston lo miró fijamente y luego desvió su mirada hacia el boletín.

—¿No lo ha leído, señor?

Walter lo miró confundido y ladeó su cuello.

—¿Leer el qué?

Theo Tilston tomó el boletín y comenzó a buscar en él pasando las páginas.

—En la sección de compromisos —aclaró. Encontró la página y se la tendió.

Walter no apartó la mirada de él mientras tomaba el boletín que le ofrecía, confundido por aquello. Nunca le había interesado aquella sección.

Leyó y un nombre le llamó la atención.

"El Cuarto Marqués de Bristol, el señor Patrick Nicholas Beresford, tiene el orgullo y la complacencia de anunciar su unión con la familia Wilkinson a través del enlace matrimonial con la señorita Elodie Mary Wilkinson. Algo que complace profundamente a ambas familias. Dicho enlace se realizará el 21 de junio a las diez de la mañana en la Catedral de San Pablo, en Londres".

Tuvo que leer varias veces el contenido de aquel boletín para ser consciente de ello.

¿Elodie contraía matrimonio con el marqués?

—Pensé que sería de su interés, ya que me solicitó que averiguase si la señorita Wilkinson acudiría a…

Walter alzó la mano para pedirle que guardase silencio mientras intentaba encajar aquella noticia. Ahora todo comenzaba a cobrar sentido en su cabeza.

Su enfado en el barco con su familia, que solo bailase con el marqués, que ella intentase comprar un pasaje para huir… ¿era realmente lo que quería?, ¿planeaba escapar de un matrimonio no deseado? La forma en que no había querido soltar su mano la noche anterior le daba a entender que estaba en una situación desesperada. ¿Cómo no iba a estarlo? El marqués debía doblarle en edad, además, todos sabían que no era un amante muy cuidadoso.

Resopló y se pasó la mano por los ojos, frotándoselos. Ella era la única mujer que tenía en su mente y, sin embargo, iba a casarse con el marqués y, por lo que le daba a entender su forma de actuar, no era un deseo de ella.

—Gracias por decírmelo —comentó Walter—, no acostumbro a mirar esa sección.

Theo asintió a su comentario.

—Lamento tener que darle estas noticias, parecía interesado en esa mujer.

Walter suspiró y miró a su compañero enarcando una ceja.

—Todo tiene solución en esta vida, menos la muerte —corroboró, lo que provocó que su amigo lo mirase sin comprender—. ¿Va a acabarse el café?

—Me gustaría —respondió él.

—Bien, pues… ya que ha venido antes de hora, aprovecharemos para seguir mirando los documentos del abogado de Nueva York, el señor Johnson, así quizá podamos acabar antes.

—Claro —respondió él, aunque observó pasmado cómo Walter se ponía en pie y miraba al empleado del servicio más cercano—. ¿Puede subirle al señor Tilston su café a mi despacho, por favor?

—Claro, señor —contestó el empleado retirando la taza de café de la mesa justo cuando

Theo iba a cogerla—. Yo sé la llevo, señor Tilston.

Theo se puso en pie y asintió. Luego siguió con paso apresurado a Walter fuera de su salón en dirección a las escaleras que lo llevarían a la planta alta donde se encontraba su despacho.

Cuanto antes acabase de repasar los documentos que tenían pendientes aquel día, antes podría pensar en cómo abordar el tema de la señorita Wilkinson. Ella no parecía querer casarse con el marqués y él necesitaba una esposa. Ahora bien, el matrimonio estaba ya anunciado, lo que podía ser un grave problema. Si algo tenía claro era que tenía que hablar con ella con sinceridad, pues ambos podían ayudarse mutuamente y no iba a perder la oportunidad con ella.

Elodie miró por la ventana del carruaje. Aquella era la noche en la que los vizcondes de Torrington organizaban su baile, uno de los más esperados de la temporada.

La mansión, alejada de las bulliciosas calles de la ciudad de Londres, se encontraba situada en un prado. El gran porche de aquella lujosa mansión estaba precedido por enormes columnas de mármol. Tras subir unos escalones accedías al porche y desde allí a la inmensa puerta donde una larga moqueta roja te conducía hasta el salón donde se celebraba el baile.

Tras su presentación, el marqués no había tardado en unirse a ellos. Las miradas y felicitaciones por parte de todos por su compromiso no hacían más que agotarla mentalmente, y si además debía fingir cortesía o bien alegría ante aquel compromiso y el título que iba a conseguir… ella no se sentía así. Se sentía encerrada en una cárcel de la que no podía escapar.

Aquel día había pensado dirigirse al puerto con la excusa de haber quedado con su amiga Camila en la tetería y comprar los pasajes. Por suerte, nadie había descubierto su bolso con el dinero que había conseguido de vender gran parte de sus joyas. El asunto se complicaba, pues tras el anuncio de su compromiso se había vuelto una mujer más pública, pero no dudaría en dirigirse al puerto en cuanto pudiese y comprar aquel pasaje. Ahora, más que nunca, se daba cuenta de que ella no estaba hecha para ese mundo, prefería vivir sin lujos a tener que vivir encadenada a un hombre que la valoraba solo por ser una joven bonita, que usaría para complacerse y para exponerla como si hubiese ganado un botín.

Aun así, tuvo que tragarse todos sus sentimientos y aparentar normalidad, incluso gratitud cuando recibía cumplidos o felicitaciones, aunque por dentro estuviese ahogándose.

Estaba decidida a marcharse, pero aquella tarde su madre la había sorprendido con que debían ir a la modista para confeccionar unos cuantos vestidos más. Ahora que ya era público que sería la futura marquesa debía adquirir unos vestidos a la altura. Aquellos vestidos estarían confeccionados en tres semanas, justo cuando hiciese más calor, y confiaba con todo su corazón en que jamás debiese ponérselos. Estar bien lejos de allí, ese era su anhelo ahora.

—Felicidades por su compromiso con el marqués de Bristol, señorita Wilkinson —comentó una de las mujeres, la señora Hereford.

—Todos estamos muy emocionados con esta unión —interrumpió su madre la conversación sin darle tiempo a Elodie a responder. Realmente, su madre parecía pletórica al recibir todas aquellas atenciones, sin embargo, ella se sentía abrumada y asqueada ante la situación. No había nada peor que tener que aparentar felicidad cuando no la sentía.

El marqués se acercó a ellos y los saludó con una cortés reverencia.

—Señorita Wilkinson, como mi futura esposa, ¿me concede este baile? —comentó brindándole su mano.

Ella tragó saliva y miró de reojo a su hermano que la observaba fijamente.

—Será un placer, marqués —susurró tendiendo su mano sobre la de él.

Nada más comenzar el baile desconectó de todo, era consciente de que todos a su alrededor la miraban y aquello la hacía sentirse nerviosa.

Prefirió refugiarse en su mente mientras bailaba con el marqués, pensando en cuando tomase aquel barco rumbo a Francia, en la brisa marina que acariciaría su piel cuando se alejase del puerto de Londres para no volver jamás. Aquel era el único pensamiento que ocupaba su mente y la distraía de aquel horrible futuro en el que la había sumergido su familia, sin importarles lo más mínimo lo que ella desease.

—Debo decir que está preciosa —comentó el marqués.

Ella observó su vestido color crema. Se había hecho un moño alto dejando toda su nuca al descubierto y en su cabello había unas perlas a juego con las de sus pendientes y su collar. Su vestido era estrecho en su pecho hasta su cintura y luego su falda era vaporosa. Bajo esta tenía un cancán que hacía que se ensanchase y luciese más aún su vestido, dándole más movimiento.

—Gracias, marqués —respondió ella antes de girar de nuevo por la pista de baile.

—No puedo esperar a verla vestida de novia —comentó con una sonrisa—. Y me gustaría hacer un viaje con usted cuando nos casemos, para conocernos mejor.

Ella lo miró fijamente.

—¿A dónde? —preguntó como si le interesase.

—¿Qué lugar le gustaría visitar?

—Escocia —comentó—. Siempre me he sentido muy atraída y dicen que es precioso.

No sabía si el marqués retendría aquel dato, pero esperaba que cuando desapareciese tomando el barco a Francia él pensase que podía haber tomado un rumbo diferente, como por ejemplo Escocia—. Me haría muy feliz ir allí. Es un deseo que he tenido desde pequeña.

—Pues decidido —comentó como si se sintiese orgulloso de su promesa—. Podemos hacer un viaje a las Tierras Altas si es lo que mi prometida desea.

Ella apretó los labios al escuchar aquellas palabras, pero sonrió rápidamente intentando disimular su disgusto.

—Se lo agradezco, marqués —contestó.

—Eso sí, nuestra noche de bodas la pasaremos en Londres. Podemos iniciar nuestro viaje a la semana siguiente de la boda.

Ella asintió.

—De acuerdo —respondió ella.

El marqués la miró fijamente y alzó su mentón.

—¿Ha pensado en tener hijos? —Ella lo escudriñó con la mirada—. Me gustaría tener un descendiente varón que heredase mi título nobiliario. —Ella inspiró. Suponía que aquella era una de las razones por las que había escogido casarse con ella, una mujer joven capaz de poder tener bastante descendencia.

—No, no lo he pensado. Lo siento. Por el momento estoy bastante abrumada por convertirme en marquesa.

El marqués rio.

—Es normal, pero disfrutará de todos los placeres que le brindará el título… Y a cambio solo le pido un heredero.

Si no estuviese rodeada de todas aquellas personas hubiese abofeteado su rostro. Era lo que imaginaba, su familia la vendía por unos acuerdos patrimoniales que le darían una gran fortuna y el marqués la aceptaba con el requisito de tener descendencia.

Durante unos segundos se quedó paralizada. Si lo que quería era que ella se sintiese a gusto con él con aquellas palabras no lo lograría, lo único que sentía desde que había iniciado aquel viaje a Nueva York era que todo el mundo la usaba para sus propósitos, que la habían anulado totalmente como persona y como mujer, que no solo estaba obligada a casarse con un hombre al

que jamás podría amar, sino que además se la obligaba a tener descendencia con él, algo que ya imaginaba, pero que era otra carga más que debía asumir. ¿Alguien pensaba en lo que ella deseaba? ¿En todo lo que le habían privado en su vida?

En cuanto la música acabó se distanció del marqués sintiendo repulsión y aplaudió intentando aparentar normalidad.

El marqués tendió su mano hacia ella mientras él la dirigía a donde se encontraba su familia, aunque al ver a Camila sonrió y estuvo a punto de echarse a llorar.

Llegó hasta su familia y se disculpó con una reverencia.

—Si me disculpáis, me gustaría disfrutar del baile con una amiga.

—Claro, querida —respondió el marqués como si ya fuese responsabilidad suya—. Disfruta del baile.

Inspiró hondo intentando mantener la calma y se soltó de la mano del marqués.

Se giró lentamente y se dirigió hacia Camila que, a la vez, iba en dirección a ella. Tuvo que reprimir sus lágrimas cuando la tomó por las manos.

—¡Felicidades! —exclamó su amiga. Ella le sonrió tristemente, lo que provocó que Camila la mirase preocupada—. Elodie… ¿ocurre algo?

Elodie tragó saliva y negó intentando recomponerse. Ni siquiera con ella podía tener confianza, pues sabía que corría el riesgo de que la intentase persuadir de que no lo hiciese y meterse en un lío, aquello debía hacerlo sola.

—Es solo que… me siento abrumada por todo —susurró.

—No me extraña, ¡vas a ser marquesa! —exclamó como si aquello fuese lo único que le importase. ¿Nadie era consciente de que le doblaba en edad? Claro estaba que ninguno de los allí presentes eran conocedores del contrato que había firmado su familia con el marqués—. Dime, ¿cómo se te declaró? ¿Fue a vuestra casa? —Elodie asintió sin explicarle la verdad—. Ohhh… debe de ser tan romántico recibir una proposición de matrimonio —suspiró.

Elodie inspiró hondo y comenzó a caminar con ella por entre la gente, la cual la observaba y seguía dándole sus felicitaciones.

—¿Te ha dicho el marqués dónde viviréis? —pregunto Camila—. ¿Será aquí en Londres?

Elodie asintió.

—No… no está claro —respondió confusa.

—Qué suerte tienes, Elodie, creo que has sido la primera en conseguir una propuesta matrimonial, y nada menos que de un marqués —comentó su amiga.

Elodie asintió con los músculos en tensión. Realmente aquella sociedad era demasiado frívola para su gusto, ni siquiera comprendía cómo su mejor amiga podía felicitarla por aquel matrimonio.

—Hay… hay cosas que el marqués debe aclararme aún.

Su amiga la miró fijamente, la conocía de sobra y sabía que algo le ocurría.

—¿Qué ocurre?

Elodie la miró fijamente y luego suspiró. No podía explicarle su plan, no sin meterla a ella también en un jaleo.

—El… el marqués aún debe concretar muchas cosas y aclarar otras —reaccionó ante la mirada inquisidora de su amiga. Decidió cambiar de conversación—. ¿Y tú? —preguntó ella—. Te vi bailar el otro día con un chico.

—Oh, sí… el señor Oscar James Dudley, es hijo del barón Dudley —contestó con una sonrisa—. Cierto que no es un título nobiliario tan importante como el tuyo, pero… —suspiró—, es encantador. Hemos bailado en todos los bailes, incluso un par de veces. Estoy bastante

emocionada… aunque no quiero hacerme muchas ilusiones.

Ella miró su perfil, consciente de lo afortunada que era su amiga. Ojalá ella tuviese la misma suerte que Camila.

—Felicidades por su reciente compromiso, señorita Wilkinson —la felicitó otra mujer.

Elodie guardó las formas cuando sintió que su amiga se ponía firme. En aquel momento, observó cómo el hijo del barón Dudley, el señor Oscar James Dudley, se dirigía hacia ellas.

El muchacho era bastante apuesto, de pelo rubio oscuro y unos ojos marrones muy grandes. Tenía unas facciones delicadas y una sonrisa realmente encantadora. Hacían buena pareja y, realmente, parecía bastante interesado en Camila, pues pudo sentir su nerviosismo cuando hizo una reverencia hacia ella.

—Señorita Wilkinson, felicidades por su reciente compromiso —pronunció el muchacho cortésmente y luego se giró hacia su amiga—. Señorita Mirren, ¿me concedería este baile?

Aunque su amiga intentó aparentar normalidad, no pasó desapercibida para Elodie su gran sonrisa. En parte se alegraba por ella, y esperaba que aquel muchacho le correspondiese y la tratase como se merecía. Al menos, ella tenía la posibilidad de tener una vida feliz.

—Si no te importa —le susurró su amiga.

—No, en absoluto… me distraeré un rato, tengo mucha gente con la que hablar —pronunció para que no se preocupase.

Sintió cómo el corazón se le rompía cuando vio a aquella joven pareja dirigirse feliz hacia la pista de baile y tuvo que contener sus emociones de nuevo. Miró a su alrededor, sintiéndose más sola que nunca, jamás había experimentado una sensación de abandono tan grande como en aquella ocasión. Sintió cómo comenzaba a faltarle el aire de nuevo y las palpitaciones de su corazón aumentaban. Aquella sala de baile se comprimía provocando que sus músculos se tensasen y tuviese que aguantar las lágrimas que clamaban por brotar de sus ojos.

Se fijó en que su hermano, su madre y el marqués hablaban plácidamente, sin observarla, seguramente intercambiando opiniones sobre lo que aquella velada significaba para todos. Miró de un lado a otro sin poder soportarlo más y caminó rápidamente hacia el gran ventanal, pasando entre toda la gente casi sin mirar con quién se cruzaba ni correspondiendo a las felicitaciones que recibía, desesperada por huir de allí. Necesitaba aire, era como si el corsé que llevaba la comprimiese y no pudiese respirar.

Se cruzó con unas cuantas personas más que la felicitaron, pero Elodie ni siquiera respondió, fue directa a la puerta que daba a un amplio balcón redondeado y caminó rápidamente hacia la punta, apoyándose en la baranda de piedra.

Acomodó sus manos sobre ella y bajó su cabeza mientras intentaba recuperar el aliento, pero el aire no le entraba, no era capaz de respirar.

—Tranquila, Elodie —susurró para ella misma—, todo se arreglará. Simplemente debes ser fuerte —se animó.

No, ahora más que nunca sus ansias por huir de aquella sociedad que la estaba maltratando aumentaban.

Miró el hermoso jardín que tenía ante ella. El balcón era enorme y a cada lado había unos bancos de piedra y unas escaleras que permitían descender a los hermosos jardines. Gran parte de ellos no estaban iluminados, pero otros sí, y podía ver una gran variedad de flores.

Se pasó la mano por los ojos limpiándose una lágrima. Siempre se había considerado fuerte, una mujer con carácter, pero debía admitir que la decisión tanto de su madre como de su hermano, incluso del marqués, la estaban hundiendo en la miseria, algo que no podía permitirse en aquellos momentos.

Observó cómo por el jardín paseaban algunas parejas y otras simplemente disfrutaban de la fresca noche, pues el cambio de temperatura era bastante brusco del interior del salón al exterior de este.

—¿Se supone que debo felicitarla? —preguntó una voz a su lado.

Tan enfrascada estaba en sus pensamientos que ni siquiera había escuchado que se acercaban por su espalda. Giró su cabeza a la izquierda, observando al señor Renwich situarse a su lado, un poco alejado, como si quisiese mantener la distancia y mirando al frente.

Sintió cómo la piel se le erizaba al verlo. Él si podía hacerla feliz, un hombre como él sí lo conseguiría, sin embargo, estaba totalmente atrapada. Aunque no lo conocía de mucho tiempo, se había mostrado un caballero con ella, sin hablar de su gran atractivo.

—Algo me dice que no… —continuó Walter al no recibir respuesta por parte de ella.

Ambos se miraron unos segundos y Elodie fue quien apartó la mirada de él, pues Walter tenía una mirada tan intensa que parecía poder leerle el alma.

—Voy a ser marquesa —susurró ella como si aquello le agradase.

Walter miró un segundo hacia atrás, gesto que llamó la atención de Elodie que lo miró intrigada y él dio unos pasos en su dirección para acercarse más.

—¿Qué le parece si somos sinceros el uno con el otro? —le preguntó—. Quizá podamos ayudarnos mutuamente —sugirió provocando que ella lo escudriñase con la mirada.

No sabía cómo iba poder ayudarla aquel hombre, pero su propuesta la intrigó. ¿Qué más podía perder?



14

Elodie lo miró de la cabeza a los pies, confusa ante sus últimas palabras e intrigada a la vez.

"¿Qué le parece si somos sinceros el uno con el otro? —le había preguntado Walter—. *Quizá podamos ayudarnos mutuamente"*.

Ella respiró hondo y miró de nuevo al frente, hacia aquel jardín iluminado al inicio, pero que poco a poco, a medida que avanzaban los metros, se iba tornando oscuro.

—¿Y cómo pretende ayudarme usted? —preguntó sin mirarlo, bastante rígida.

Walter volvió a mirar hacia atrás, como si no quisiese que aquella conversación la escuchase nadie más. Volvió su atención hacia ella que lo observaba de reojo.

—Está claro que usted no desea el matrimonio con el marqués. Por mucho que finja sonreír y estar feliz… —Ella sonrió cínica por aquella contestación—. Recuerdo cuando la vi en el barco al llegar al puerto de Londres, tenía una marca de haber sido golpeada en la mejilla… —rememoró. Pudo ver cómo ella apretaba los labios ante aquella afirmación, confirmándole de aquella forma que suponía bien—. Si a eso le sumamos que usted estaba en el puerto y se dirigía directamente a comprar un pasaje para el barco Elise, el cual viaja a Francia…

—Yo no…

—Señorita Wilkinson —la interrumpió—, no me diga que simplemente estaba paseando. Usted iba directa al comercial de aquel barco e iba sola. Es más, me pidió que la dejase lejos de la tetería para que nadie la viese bajar del carruaje y no supiesen de dónde venía. —Aquella conversación la estaba poniendo nerviosa. El señor Renwich era más intuitivo de lo que había imaginado—. No la culpo de intentar huir… yo también lo haría si tuviese que casarme con ese zoquete. —En ese momento ella lo miró fijamente, sorprendida por su comentario—. El marqués lo único que puede brindarle es un título nobiliario, nada más… y, por lo que parece, la están obligando a ello. ¿Me equivoco?

Aquella pregunta, el tono tan sutil y a la vez comprensivo que usaba con ella, le hicieron tragar saliva para controlar sus sentimientos, aunque apenas podía. Lo miró de reojo. Walter la observaba fijamente, esperando una respuesta. Sabía que podía confiar en él, pues había mantenido su secreto sin revelárselo a nadie y, además, parecía que podía ofrecerle algún tipo de ayuda, ¿por qué siempre tenía que mantener las formas? Ojalá pudiese gritar a los cuatro vientos, sin embargo, su vida se reducía a ser utilizada como moneda de cambio sin poder protestar. Sin embargo, el señor Renwich decía poder ofrecerle su ayuda. Aquel era un momento desesperado para ella, ¿por qué no confiar? ¿Qué más podía perder?

Sintió cómo sus manos temblaban y se obligó a retirarlas de la barandilla y esconderlas en su falda. Aquellas palabras eran difíciles de pronunciar, pero lo necesitaba, necesitaba desahogarse.

—Mi deseo, como el de cualquier mujer que es presentada en sociedad, era divertirme y conocer a un hombre del que pudiese enamorarme, sin embargo… —susurró y miró hacia atrás, asegurándose de que nadie se encontraba cerca—, usted tiene razón en todo lo que dice. —Inspiró hondo, como si en parte fuese una liberación para ella—. La empresa familiar que dirige

mi hermano no funciona bien, tiene más gastos que beneficios por unas malas inversiones que ha realizado mi hermano. —Apretó los labios y lo miró intentando controlar las lágrimas—. El marqués le prometió que le presentaría a la reina y conseguiría un buen nombre en la alta sociedad, sobre todo entre las mujeres, dado que la empresa familiar es textil… A cambio quería mi mano. —Walter inspiró hondo al escuchar aquello—. Yo… —dijo intentando controlar el llanto—, no deseo esa unión, el marqués es…

—¿Mayor para usted? —ironizó él con sarcasmo y se acercó un poco más a ella, aunque ella dio un paso a un lado para mantener las distancias, lo que provocó que él se detuviese—. Creo que el marqués solo ha dicho a su hermano lo que su hermano quería escuchar. —Rio—. Verá, no es algo muy conocido, pero el cuarto marqués de Bristol perdió a su esposa hace cerca de un año. Su esposa, la señora Margareth, era muy amiga de la reina, y se rumorea que Margareth le explicaba todas sus intimidades… —Ella enarcó una ceja en su dirección—, no voy a entrar en detalles, ya que no sería propio de un caballero, pero en los clubs de caballeros se escuchan ciertas cosas… y una de ellas es que el cuarto marqués de Bristol, el señor Patrick Nicholas Beresford, no es un buen amante ni muy afectuoso que digamos, más bien todo lo contrario. Por lo que sé, con quien tiene más amistad, y tampoco es que sea gran cosa, es con el rey, quien tenía amistad realmente con la reina era su difunta esposa, no él, así que… en realidad, por lo que yo sé, no puede ofrecer lo que le ha prometido a su hermano.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó pasmada.

—Señorita Wilkinson, el que no frecuente los bailes de temporada no significa que no disfrute de unas copas con mis conocidos en los clubs de caballeros. Allí, además de llegar a acuerdos y conocer a gente con la que iniciar posibles negocios, se escuchan muchas cosas, como ya le he mencionado —susurró—. El marqués no es de fiar, aunque claro, su hermano parece estar absorto con la idea de tener relación con la Corona, pero ya le digo yo que lo único que ha hecho el marqués ha sido regalarle los oídos a su hermano para conseguirla a usted —continuó. Ella se removió nerviosa. Tanto ella como su hermano se habían mantenido muy ausentes de la sociedad por el luto de su padre, así que era posible que aquellos datos no hubiesen llegado a su hermano—. Y realmente no me extraña lo más mínimo que el marqués esté interesado en usted —se atrevió a decir, lo que provocó que ella apartase la mirada de él, pues sentía que se sonrojaba de nuevo. Walter apoyó los brazos en la baranda de piedra y suspiró —. Usted se siente atrapada, quiere huir de su matrimonio, y yo puedo ayudarla.

Elodie se quedó callada unos segundos hasta que finalmente un hilo de voz salió de sus labios.

—¿Cómo? —preguntó con desesperación.

Walter se giró hacia ella.

—Usted ha sido sincera conmigo, así que yo lo seré con usted. Como bien sabe. heredé la parte de la empresa que pertenecía a mi padre, el 50 % de *Renwich Steel Company*. El otro 50 % era de mi tío. Al no tener herederos masculinos mi tío me dejó a mí el 50 % de su compañía, por lo que ostentaré el 100 % de la empresa. —Ella asintió—. Ahora bien, para que yo sea el poseedor y titular de ese 50 % de la empresa que mi tío me ha dejado en herencia debo cumplir ciertos requisitos. El testamento contiene una cláusula muy específica. —Ella lo miró intrigada, sobre todo cuando Walter sonrió un poco avergonzado—. Mi tío estaba obsesionado con que me casase, con que tuviese descendencia, no quería que acabase como él, en soledad… por esa razón incluyó en el testamento que solo se me otorgará el 50 % de su empresa si en el plazo de dos años desde que se abrió testamento con el albacea contraigo matrimonio. Cuando hayan

transcurrido seis meses desde el matrimonio, se me otorgará la propiedad correspondiente a su 50 %, de lo contrario, la empresa será subastada. —Ella lo miró sorprendida—. ¿Entiende?

—Sí, entiendo, pero ¿cómo voy a ayudarlo yo?

Walter la miró con intensidad.

—Cásese conmigo. —Ella dio un paso hacia atrás y miró hacia los lados—. Usted está desesperada por no contraer matrimonio con el marqués e incluso iba a abandonar Inglaterra huyendo de la situación. Yo necesito a una esposa para adquirir el 50 % de la empresa de mi tío. Usted me ofrece a mí la oportunidad de adquirir la empresa y yo le ofrezco a usted una escapatoria —susurró. Ella estaba totalmente pasmada escuchándolo. ¿Realmente el señor Walter le estaba ofreciendo aquel acuerdo? No daba crédito a sus palabras—. Puede decidir, si se casa conmigo no tendrá obligación de escapar, es más, cuando pasen los seis meses de matrimonio, si usted lo desea, yo mismo correré con los gastos del divorcio y, además, le ofreceré una asignación anual para que usted pueda vivir sin problemas y una casa.

—Un divorcio arruinaría mi reputación…

—No la arruinaría, yo asumiría la culpa. —La miró intrigado—. ¿Lo prefiere a un matrimonio con el marqués? —Ella se quedó quieta y agachó su cabeza, pensativa. Walter miró hacia los lados observando cómo varias mujeres miraban en su dirección—. ¿De verdad se plantea ser la esposa del marqués? ¿Sabe lo que ocurre en la noche de bodas?

Ella enarcó una ceja.

—¿En la noche de bodas? —preguntó ella sin comprender lo que decía.

—No, ya veo… —comentó un poco desesperado por aquel tema—, le aseguro que no le gustaría compartir cama con el marqués —puntualizó, aunque aquel era un tema tabú para las mujeres que ella desconocía—. Yo le aseguro que la respetaré en todo momento.

Se removió inquieta y observó hacia dentro del salón, donde varias parejas bailaban tranquilas. Desde allí ni siquiera podía ver a su familia ni al marqués.

¿Casarse con él? Sin duda era mejor opción que contraer matrimonio con el marqués. El señor Renwich era realmente atractivo y le estaba ofreciendo una solución a sus problemas, una escapatoria. ¿Realmente iba a escapar a Francia? Si no tenía más remedio… lo haría, estaba decidida, pero la opción que el señor Walter le ofrecía puede que le interesase más, ahora bien, aún había asuntos que resolver.

—Mi familia no puede ofrecer una dote importante por mí —reconoció ella—, esa era una de las cosas que mi hermano negoció con el marqués —susurró hacia él, aunque mirando hacia las parejas que paseaban cerca de ellos.

—¿Usted cree que me importa una dote? Señorita Wilkinson —comentó en un tono más acaramelado, lo que provocó que ella sintiese que el vello de su cuerpo se erizaba—, no quiero ninguna dote, tengo dinero de sobra. Voy a ser muy franco con usted, usted me interesa, de hecho, debo confesar que he acudido a los bailes de esta temporada con la única intención de verla a usted. En este sentido, si viese que usted es feliz con el compromiso no podría entrometerme, pero sé que no es así. ¿Por qué no ayudarnos mutuamente?

Ella inspiró hondo. Su mente pensaba con agilidad.

—Mi hermano firmó un contrato con el marqués para sellar el compromiso. Hay un contrato de por medio.

Él ladeó su cuello y sonrió divertido.

—Bueno… eso se puede romper fácilmente —comentó encogiéndose de hombros.

—¿Cómo? —preguntó ella—. Entiendo que siendo un empresario de su nivel tendrá abogados que…

—No necesitamos un abogado para eso —comentó mirándola fijamente, luego miró a su alrededor buscando a alguien en concreto—. ¿Ve a la señora Harris? —señaló a una mujer con el vestido rojo—. Es conocida en la sociedad por ser una de las mujeres más cotillas de la sociedad —rio.

Elodie enarcó una ceja.

—¿Y qué propone?

Él se acercó más de la cuenta, provocando que ella lo mirase de la cabeza a los pies mientras intentaba controlar la respiración y los latidos de su corazón desenfrenado ante su cercanía.

—Béseme —propuso. Ella abrió los ojos de par en par, lo cual hizo bastante gracia a Walter —. ¿Cree que un marqués se casaría con una mujer que ha sido deshonrada? Sería obligación de su hermano entregarme su mano. —Ella dio un paso atrás y miró hacia el salón de nuevo, en parte asustada por su proposición—. La señora Harris no tardará ni un segundo en explicar lo que ha visto, en menos de diez minutos le aseguro que la noticia habrá corrido por todo el salón y habrá llegado a su hermano y al marqués. El marqués, si quiere mantener su reputación, se verá obligado a romper su compromiso. Es un plan sin fisuras —sonrió con picardía.

Observó a Elodie que parecía escandalizada por su proposición, aunque a la vez mostraba cierta duda, posiblemente estaba valorando todas las opciones que tenía.

¿Qué hacer? Sabía que lo que le decía Walter era cierto, sería una buena forma de romper su compromiso, además, el señor Renwich le estaba ofreciendo la oportunidad de ser libre, de huir de un matrimonio forzado y, una vez pasados seis meses, poder solicitar el divorcio si ella así lo deseaba. Además, le pasaría una retribución mensual para que pudiese vivir bien y le daría una casa para que hiciese su vida. ¿No era eso mejor que partir a Francia, un lugar desconocido para ella donde estaría totalmente sola?

Miró a Walter nerviosa. Sabía lo que ocurriría si se besaban, lo tenía muy claro. No había vivido ninguna situación así, pero por su amiga Camila había escuchado muchas veces escándalos de aquel tipo.

—Mi familia me repudiará… —susurró asustada.

—Puedo escribirle una carta a la reina para que nos otorgue una dispensa y casarnos así lo antes posible. A diferencia del marqués, mi padre, que en paz descanse, sí había tenido un buen trato con la Corona. —Su apellido, aunque no perteneciese a nobleza, sí pertenecía a la aristocracia, y estaba muy bien considerado—. Además, cuando existe una situación así… lo mejor es contraer matrimonio lo antes posible. Podría hablar con el párroco para formalizar nuestra unión en una semana o dos. Mi madre es amiga de él. —Ella tragó saliva, nerviosa—. Siento decirlo, señorita Wilkinson, pero por lo que usted me explica… su familia no la valora, así que… ¿qué más da si la repudian? Yo puedo ofrecerle una vía de escape y ambos salimos ganando. Le aseguro que seré un buen marido —acabó diciendo.

Sintió cómo su corazón se aceleraba. ¿Qué iba a hacer? De todas formas, pensaba escapar, al menos con el señor Renwich estaría más protegida.

—¿Y qué haré yo hasta que nos casemos? No podré quedarme en casa de mi familia, me echarán… —susurró angustiada.

—¿Tiene algún familiar? ¿Alguna amiga? ¿Alguien que pueda alojarla hasta entonces?

Ella suspiró intentando encontrar a alguien.

—Mi amiga Camila, pero no quiero meterla en este lío…

—Tengo una tía que no tendría inconveniente en alojarla, y le aseguro que la tratará con cariño. Será comprensiva con usted, no se preocupe por eso. —Se quedó un instante callado y

miró de nuevo hacia el lado, de reojo, donde la señora Harris parecía prestarles atención, dada su cercanía—. ¿Entonces? ¿Está de acuerdo?

—Se armará un escándalo… —siguió dándole vueltas al asunto.

—Elodie… —susurró pronunciando su nombre con ternura, lo que provocó que ella lo mirase a los ojos—, ¿qué importa un escándalo que durará apenas unos días si se compara con toda una vida de libertad?

Ahí tenía toda la razón, y fueron esas las palabras que acabaron de convencerla. Su familia se aprovechaba de ella, pensaban entregarla a un marqués como simple moneda de cambio. No iba a consentirlo de ningún modo. Se saldría con la suya sí o sí.

El señor Renwich le había demostrado ser un buen hombre y parecía sincero, además, había dicho que la respetaría en todo momento y le aseguraba un futuro mejor. Sabía que cumpliría con ella, era un hombre de palabra. Le estaba poniendo en bandeja la solución a todos sus problemas. Sí, seguramente se armaría un buen escándalo, la echarían de su casa, la repudiarían, pero ¿acaso no hacían ya eso con ella tratándola sin compasión alguna?, ¿sin importarles sus sentimientos o cómo ella se sintiese?

Elodie comprendió que debía labrarse un futuro y ambos podían ayudarse mutuamente. ¿Por qué no intentarlo? Era mejor que tratar de huir a Francia, eso seguro.

—Está bien —susurró finalmente y miró de reojo. Walter iba a acercarse, pero ella lo detuvo—. Mi hermano se pondrá hecho una furia —titubeó como si le previniese.

Walter ladeó su cabeza.

—Estoy acostumbrado a negociaciones difíciles. Usted simplemente acepte mi beso y ya me encargo yo del resto —pronunció mirándola fijamente a los ojos.

Walter poseía una mirada realmente cautivadora y, en aquel momento, se sintió por primera vez protegida, sabía que cuando decía que él se encargaría del resto era porque realmente lo haría.

—No… no me deje luego a mi suerte, por favor —suplicó mirando sus labios con cierto recelo y temor.

—Le estoy diciendo que la voy a convertir en mi esposa y, aunque sea mediante un acuerdo entre nosotros para conseguir un propósito, yo siempre lucho por lo que es mío —comentó mirando también sus labios—. Puede estar tranquila, estaré a su lado en todo momento.

Aquella respuesta la calmó, y no fueron solo sus palabras, sino la entonación que le daba a estas. Transmitían una paz como hacía tiempo que no sentía.

Walter miró de reojo observando a la señora Harris, la cual permanecía junto a dos mujeres más hablando, aun así, podía ver cómo desviaba la mirada hacia ellos.

—Bien, ¿preparada? —preguntó él.

Ella resopló de los nervios.

—Hágalo y ya está —pronunció alterada.

—Vale, pero agárrese a mí cuando la bese —le susurró.

—¿Que me agarre? —preguntaba nerviosa, como si no razonase en aquel momento. Los nervios la consumían por dentro.

—Sí, que pase sus brazos por mis hombros. Debe parecer que los dos lo disfrutamos. —Alzó sus cejas repetidas veces. Ella volvió a resoplar—. ¿Voy?

Ella se mordió el labio y volvió a resoplar, lo miró fijamente, con convencimiento. Si quería ser libre y desvincularse finalmente del marqués debía hacerlo.

—Hágalo.

No lo pensó más, pues se daba cuenta que a medida que conversaban Elodie se ponía cada

vez más nerviosa. La cogió por la cintura, acercándola a él, y estrelló sus labios contra los de ella. Al principio, Elodie no estaba preparada para aquello y, sin querer, se topó con la nariz de él, pero Walter modificó su ángulo, atrapando sus labios delicadamente. La sensación la embriagó de tal forma que se quedó totalmente paralizada al sentir cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba. Jamás había imaginado que besar unos labios de un hombre produjesen un placer como aquel.

Ambos escucharon de lejos el grito sorprendido de varias mujeres, pero lo cierto es que aquel beso les estaba afectando más de la cuenta a los dos, despertando sentimientos de los que ni ellos mismos eran conscientes. Elodie elevó sus brazos hacia los hombros de Walter, sin ser consciente de lo que hacía, como si todo el mundo alrededor de ellos hubiese desaparecido. La música no llegaba hasta ellos, ni siquiera en aquellos momentos se encontraban en un baile, no, estaban ya flotando entre las nubes. La ternura que los labios de Walter demostraban la había cogido desprevenida.

Walter siguió besándola, totalmente embriagado. Había soñado decenas de veces con aquellos labios, sabía en la posición tan vulnerable en que la estaba poniendo, pero no pensaba alejarse de ella en ese momento y la protegería de su familia. Aquel era al acuerdo al que habían llegado y él siempre cumplía sus acuerdos.

Se separó de ella levemente y ambos se quedaron mirándose fijamente, intentando mantener a raya los sentimientos que aquel beso había despertado en ambos.

Soltó levemente su cintura sin apartar los ojos de ella, deseando volver a besar aquellos labios, aunque sabía que no podía. Le había prometido que sería un caballero con ella, y besarla de nuevo sería aprovecharse de la situación, aunque fuese lo que más deseaba en aquel momento.

Ambos reaccionaron despertando de aquel sueño al escuchar un murmullo. Observó cómo Elodie retrocedía unos pasos nerviosa, pero él la cogió del brazo para que no se alejase, observando desde allí cómo la señora Harris acudía directamente hacia la familia Wilkinson que se encontraba hablando con el marqués.

Sí, había tenido razón, aquel plan funcionaría, sabía que la señora Harris no se controlaría y que aquello sería un escándalo, quizá el más grande de aquella temporada. Él sabía que no sufriría las consecuencias por ello, pero sí ella, y que la única forma de remediarlo sería casándose con ella. Observó cómo el hermano de Elodie, Jack, miraba en dirección al balcón, igual que el marqués que parecía enrojecer de rabia.

Elodie intentó soltarse de su mano cuando observó a su hermano, su madre y al marqués dirigirse a través de toda la gente que abría un pasillo para facilitar el paso hasta ellos.

—Esto no ha sido buena idea —susurró ella removiéndose nerviosa—. No deberíamos haber…

—No se preocupe —dijo él dando un paso por delante de ella para encarar antes a su hermano que Elodie—, ya le he dicho que voy a protegerla.

Elodie descendió su cabeza cuando su hermano llegó hasta ellos, aunque Jack intentó apartar al señor Renwich de un empujón. Renwich se apartó levemente, pero se quedó allí, observando. Al momento, llegaron hasta allí la madre de Elodie y el marqués.

—¿Es cierto? —gritó Jack a Elodie con tono grave. Elodie se quedó paralizada, sin poder contestar. Su hermano la cogió con brusquedad del brazo, obligándola a que lo mirase—. Dime la verdad, ¿es cierto?

—¡Eh! —se quejó Walter acercándose—. Ni se le ocurra…

Jack se giró hacia él, con la cara roja de furia y lo señaló con el dedo.

—¡Usted no tiene nada que ver aquí! —le gritó.

—Por supuesto que tengo que ver, puesto que he besado a su hermana —lo confirmó él mismo, sin ningún temor.

Su hermano entró en colera al escuchar aquellas palabras y elevó su mano hacia su hermana como si fuese a golpearla, pues la rabia podía con sus modales. Su mano fue interceptada directamente por Walter que se la bajó con un movimiento brusco.

—Ni se le ocurra tocarla —acabó la amenaza que anteriormente Jack había interrumpido.

—Usted no puede darme órdenes —contestó él con otro grito.

—¡Niña malcriada y desagradecida! —gritó su madre. El marqués miraba la escena unos pasos por detrás de ellos, con actitud seria—. ¡Estás comprometida! —le gritó—. ¿Cómo te atreves a faltarle el respeto al marqués, a tu familia? —preguntó avanzando hacia ella, aunque Walter intentaba obstaculizar el paso de ambos, impidiendo que se acercasen a ella—. Pídele perdón ahora mismo por lo que acabas de hacer —ordenó su madre señalando hacia el marqués.

El marqués, sin embargo, se puso firme ante aquellas palabras y, sin decir nada más, comenzó a alejarse de ellos. Aquella actitud pareció enloquecer a Jack que corrió hacia el marqués cortándole el paso.

—Marqués, disculpe a mi hermana. Le aseguro que esto no quedará así… —El marqués enarcó una ceja en su dirección—. Le prometo que enmendaré esta conducta y que ella se casará con usted.

El marqués lo miró de la cabeza a los pies, incrédulo ante lo que Jack decía.

—Está loco si piensa que voy a seguir con esto —comentó con la mandíbula contenida—. Tengo más orgullo que usted, señor Wilkinson. El compromiso está roto, no quiero saber nada de ella… y mucho menos de usted, que no sabe siquiera dominar a una mujer —pronunció con todos los músculos de su cuerpo en tensión—. Su hermana acaba de insultarme de todas las formas posibles. Puede dar por anulado nuestro acuerdo de compromiso, así como todos nuestros acuerdos. —Se giró hacia Elodie y la miró, ella ni siquiera se atrevió a aguantarle la mirada—. Usted ha deshonrado a toda su familia, señorita Wilkinson —pronunció con asco.

Dicho esto, rodeó a Jack y siguió su camino en dirección al salón, aunque todos supusieron que después de aquello no se quedaría allí mucho tiempo más.

—¡Jack! —exclamó su madre desesperada al ver que el marqués se alejaba.

—Intentaré arreglarlo, madre. No te preocupes —pronunció y se giró hacia su hermana—. Y tú… te arrodillarás ante el marqués suplicando su perdón, aunque tenga que arrastrarte ante su presencia.

—Usted no va a arrastrar a nadie a ningún lado —comentó Walter con la voz grave, interponiéndose de nuevo entre su familia y Elodie, intentando que se sintiese un poco más protegida—. Yo asumiré mi parte de culpa y me casaré con ella.

—¿Usted? —gritó su madre—. ¡Usted no es de la nobleza! —gritó enfurecida.

—No, no lo soy, pero poseo mucho más capital que muchos de ellos. Quizá, si a su hijo no le cegase la codicia, se hubiese informado mejor sobre el tipo de hombre que es el marqués de Bristol, de a quién iba a entregar a su hermana, aunque eso no parece importarle con tal de conseguir su cometido —pronunció con asco—. Su hermana se casará conmigo. No quiero dote. Al contrario, yo le pagaré a usted doce mil libras para subsanar el error que yo mismo he provocado —apuntó.

Elodie elevó su mirada, observando pasmada la espalda de Walter. ¿Iba a pagar él a su familia por casarse con ella?

Aunque aquello no pareció disminuir el rubor del rostro de Jack, sí calmó sus ánimos. Estaba claro que lo único que le interesaba era el dinero que podía obtener del matrimonio.

—Eso no es suficiente —escupió su hermano que tenía un aspecto realmente furioso—, esta unión iba a garantizar la estabilidad de la empresa familiar…

—Sí, mediante acuerdos con la Corona, ¿no es cierto? —ironizó Walter y dio un paso amenazante hacia él—. Quizá debería actuar como un hombre de negocios de verdad y asegurarse bien de con quién los hace. Solo investigando un poco, usted sabría que el marqués no tiene buena relación con la reina.

Jack puso su espalda recta ante aquel comentario.

—Eso no es cierto… —protestó—, miente.

—¿Usted cree? Pregunte y verá. Con esa respuesta no deja más que patente su plena ignorancia sobre el marqués. Sin embargo, yo sí gozo de un buen apellido y mi familia sí ha mantenido negociaciones con la Corona. Saldría mucho más beneficiado y obtendría un mayor rédito conmigo que no con un marqués repulsivo que pretendía un matrimonio con una mujer a la que dobla en edad, lo cual me parece despreciable por su parte. —Elodie abrió los ojos al máximo al escuchar aquellas palabras. Desde luego, el señor Renwich demostraba mucha más seguridad que el marqués y que su propio hermano—. Ahora bien, me casaré con su hermana porque ha sido un error que yo mismo he cometido y le pagaré una cuantía de doce mil libras, eso sí… de usted depende que lo ponga en contacto con la Corona.

De todas formas, después de ver cómo trataba a su hermana, no pensaba hacerlo, pero de aquella forma aceptaría con menos reticencias el matrimonio. No había nada como sobornar a un vanidoso como él con aquellas palabras.

—Por supuesto que se casará con ella… usted la ha deshonrado… —dijo esta vez su hermano.

—Oh —ironizó Walter—, créame que no, el único deshonrado aquí es usted con su falta de saber estar y su nula capacidad para llevar a buen puerto sus negocios —indicó Walter haciendo que Jack tuviese que contenerse de golpearle—. Acudirán a su casa y Elodie preparará una maleta. En una hora un carruaje pasará a recogerla y se quedará en casa de mi tía hasta el enlace…

—¿En casa de una tía suya? —gritó su madre—. Eso es inadmisible.

—Disculpe, señora Wilkinson —pronunció Walter intentando controlar su tono de voz—, pero después de ver el trato que se le da a mi futura esposa en el seno de su propia familia… para garantizar su seguridad es mejor que se aleje de ustedes —acabó sin tapujos. Desde luego, no le extrañaba nada que fuese una de las mayores riquezas de Inglaterra, pues era un experto negociador y sabía imponer respeto al resto de personas. Walter dio un paso hacia Jack—. Y, créame, como mi tía me informe de que mi futura esposa tiene un solo rasguño en cualquier parte de su cuerpo, le aseguro que no recibirá las doce mil libras y yo mismo me encargaré de hacer que su empresa caiga en bancarrota. Creo que sabe que la familia Renwich tiene un apellido aristocrático con mucho más poder adquisitivo que el suyo y un mejor nombre. Se lo advierto —lo amenazó.

Jack miró a Elodie, la cual miraba pasmada la escena. Ciertamente, Walter estaba cumpliendo su palabra. Lo único que deseaba en aquel momento era huir de allí, incluso de aquella situación. Aunque se había liberado del compromiso con el marqués, le angustiaba el escándalo que se había formado. Jamás le había gustado ser el centro de atención de nada y, ahora, desde el salón, todos miraban en su dirección, aunque eso no parecía importarle a Walter, mucho más familiarizado con aquellas situaciones y a lidiar con problemas.

—Mi hermana no es asunto suyo hasta que contraiga matrimonio con ella —comentó—. Vendrá con nosotros…

—No —lo cortó Walter situándose frente a él—. Si sabe lo que le conviene, señor Wilkinson, hará lo que yo le digo. Usted no tiene nada que hacer contra mi apellido ni contra el imperio económico que tengo, así que de usted depende el futuro de su empresa y, créame, no me tiembla el pulso si tengo que convencer a la mayor parte de la sociedad femenina de Londres de que sus telas no son buenas… mi madre, como usted sabrá, tiene una gran reputación, y yo también. —Se acercó casi tanto que unos centímetros más y su nariz hubiese tocado la de Jack —. Haga lo que le pido y zanjemos este asunto lo antes posible, ¿o pretende que este escándalo resuene durante el resto de temporadas? Fíjese en todas las mujeres que me miran… no creo que ellas quieran acudir a comprar sus telas después del escándalo que está organizando. No le conviene enfrentarse a mí, señor Wilkinson, que le quede claro. —Miró hacia atrás y observó a Elodie, la cual se mantenía con las manos por delante de la falda, escondiéndola entre ellas, y con su cabeza agachada—. Tiene una hora antes de que el carruaje pase por su puerta. Le sugiero que se dé prisa —lo amenazó antes de dirigirse hacia Elodie. Se situó ante ella, pero Elodie ni siquiera se atrevió a mirarlo, jamás hubiese pensado que llegase a ofrecerle el dinero a su hermano, no había sido consciente realmente de la riqueza que aquel hombre poseía—. Mi tía me informará de tu estado de salud en cuanto llegues a su vivienda. Mañana mismo anunciaré el matrimonio y estoy seguro de que mi madre podrá hablar con el párroco para que nuestra unión sea lo antes posible. —Miró a su hermano—. Venga mañana a mi casa y le daré las doce mil libras por los daños ocasionados, eso sí… —dijo acercándose de nuevo—, atrévase a ponerle un dedo encima y olvídese del dinero. Su hermana se casará conmigo, tanto si usted quiere como si no, pues así lo dictan las normas sociales. Ahora, sea bueno y acepte mis condiciones o prometo hundirle en la miseria.

Dicho esto, se colocó correctamente su abrigo y se alejó de allí como quien acaba de mantener una apacible conversación con un amigo, sin mostrar ningún atisbo de enfado o arrepentimiento. Sí, no sería de la nobleza, pero pertenecía a la aristocracia y contaba con un imperio, uno de los mayores de Inglaterra, eso le permitía tomarse ciertas licencias con tipos como aquel.

Entró en el salón y se dirigió directamente a la puerta. Debía hablar con su tía y ponerla al corriente de todo, así como con su madre.

Aunque se sentía preocupado, su amenaza había sido firme y realmente creía que había calado en el hermano de Elodie, así que en una hora mandaría uno de sus carruajes a la vivienda de la familia Wilkinson para que ella pudiese salir de allí.

No se sentía mal por lo que había hecho, al contrario, sentía una felicidad como jamás había sentido. Caminó firme en dirección a la puerta para que trajesen su carruaje, entre toda la gente que cuchicheaba a su alrededor, aunque no se atrevían a elevar el tono.

Elodie sería su esposa y aquello lo llenaba de alegría, aunque fuese en realidad un simple contrato entre ellos dos para conseguir ambos un propósito.

15

Lo había hecho, sí, y ya no había vuelta atrás.

Por suerte, la mansión de los vizcondes de Torrington no estaba muy alejada de su vivienda. El trayecto en carruaje junto a su hermano y su madre había sido horrible. Subidas de tono e incluso insultos diciéndole que era una malcriada, que por su culpa acababa de arruinar a la familia.

No había querido entrar a discutir, ¿de qué serviría? Ellos habían intentado venderla cual objeto y ella tenía más amor propio, no era un objeto con el que comerciar. Sin duda, el señor Renwich se había encargado de defenderla como era debido, tal y como le había prometido, y aquello junto al beso había despertado en ella unos sentimientos que jamás había sentido.

Puede que se hubiese arriesgado demasiado, pero su situación era desesperada, y era mucho mejor la opción que Walter le ofrecía que la que ella había planeado de marcharse a Francia. Ciertamente, se había sentido protegida por él. Sí, era un acuerdo al que habían llegado, los dos se ayudarían mutuamente, aunque el señor Renwich había expresado claramente sus sentimientos. Eso la había desconcertado, por un lado, lo que había entre los dos era un contrato verbal al que habían llegado: él conseguiría el 100 % de la empresa y ella escapar de aquella prisión a la que la había condenado su propia familia. Por otro lado, Walter le había expresado sus sentimientos: ella era la única razón por la que había acudido a los bailes. No sabía cómo tomarse aquello. ¿Debía sentirse halagada? ¿O la había visto tan desesperada que era la única opción que había encontrado para llevar a cabo su plan?

Fuese como fuese, el cometido era el mismo: ser libre y no vivir bajo el yugo de una familia que pretendía aprovecharse de ella para subsanar errores que eran propios de su hermano.

Debía velar por ello, pues nadie más lo hacía, aunque ahora sí se sentía protegida realmente, el señor Renwich se lo había demostrado con creces que estaría a su lado y se había asegurado de que no sufriese ningún daño. En efecto, Walter sabía cómo atacar a su hermano y la posibilidad de negarle las doce mil libras que le había prometido por el matrimonio y amenazar con hundirlo habían surtido en parte su efecto, pues su hermano, aunque había dicho algo, se había contenido bastante. Era su madre la que se mostraba más enojada.

Ni siquiera había esperado a que uno de los sirvientes la ayudase a bajar del carruaje. Había descendido ella sola mientras escuchaba los gritos de su madre desde el interior del carruaje y se había dirigido a su hogar.

Uno de los sirvientes mantenía su puerta abierta. En cuanto entró, Anne fue a recibirla.

—Señorita Wilkinson, ¿qué hace aquí tan pronto? ¿No ha ido bien el baile? —preguntó sorprendida.

Elodie la tomó de la mano y la llevó a toda prisa a las escaleras, subiendo a la primera planta donde se encontraba su habitación. Debía ser rápida antes de que su madre llegase hasta ella, pues sabía que no dudaría en ir tras ella para seguir sermoneándola.

—Acompáñame, rápido —pronunció con urgencia.

Anne no pronunció nada mientras Elodie la arrastraba escaleras arriba y giraba el pasillo a

la derecha para dirigirse directa a su habitación.

En cuanto entró, cerró la puerta tras ella.

—Necesito una maleta, ya —ordenó Elodie.

Anne la miró sorprendida.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió ella.

—Te lo explicaré todo mientras hacemos la maleta, pero, por favor… necesito una urgentemente —suplicó.

Anne la miró sorprendida cuando Elodie abrió el armario y se subió al primer peldaño llegando a la parte superior de este.

—¿Qué está haciendo?

Elodie palpó la parte superior de su armario hasta que dio con el bolso y suspiró. No pensaba dejar aquel dinero allí.

—La maleta, Anne, por favor —pronunció agobiada.

Anne se agachó y extrajo de debajo de la cama una enorme maleta de cuero.

—¿Le sirve esta? —preguntó. Elodie asintió y lo primero que hizo fue abrirla e introducir el bolso con el dinero que había conseguido de la venta de las joyas, justo cuando escuchó los gritos de su madre por la escalera. Anne miró en dirección a la puerta sin comprender aún nada de lo que ocurría—. ¿Me lo va a explicar?

—No me caso con el marqués —pronunció Elodie mientras se dirigía al armario para sacar los vestidos más bonitos que tenía y que no quería dejar allí. Los metió en la maleta, arrugándolos. Ya tendría tiempo de plancharlos.

—Eso… eso es fantástico —dijo Anne.

—Me caso con el señor Renwich —explicó ella mientras extraía de otra percha otro vestido.

Aquel dato la cogió desprevenida.

—¿El señor Renwich? ¿No es el hombre que posee el imperio del acero? —preguntó asombrada. Elodie asintió acelerada mientras doblaba el vestido y lo introducía en la maleta, tampoco era que cupiesen muchos vestidos más. Con suerte, podría llevarse unos cuatro o cinco, pero ya tendría suficiente. Más adelante, cuando las aguas se calmasen, iría ella misma a recoger el resto de vestidos o bien enviaría a alguien—. ¿Cómo es posible? No digo que no me alegre, el señor Renwich goza de mucha reputación y tiene un digno patrimonio, pero… —Elodie se giró hacia la puerta al escuchar los gritos de su madre.

—Hemos llegado a un acuerdo los dos… aunque parece que a mi hermano y a mi madre no les ha sentado muy bien —pronunció acelerada mientras cogía otro de los vestidos. Miró a Anne y apretó los labios—. ¿Puedes venir conmigo?

—¿Adónde? —preguntó ella que aún no comprendía nada.

—Me alojaré en casa de una tía del señor Renwich hasta el matrimonio, un carruaje me pasará a buscar en una media hora por aquí. —Fue hasta ella y tomó su mano—. Te prometo que te lo explicaré todo, pero ahora te necesito más que nunca, Anne. Tú eres la única que siempre ha cuidado de mí en esta casa y la que ha comprendido mi situación. Por favor, ven conmigo. Estoy segura de que al señor Renwich no le importará pagar a mi doncella y, si no fuese el caso, yo misma tengo dinero.

—¿Usted tiene dinero?

Elodie asintió.

—Vendí unas joyas.

Anne se puso frente a ella y tomó el vestido que tenía en sus manos para ayudarla a doblarlo.

—Señorita Wilkinson, aunque no me pagase iría con usted —dijo doblando el vestido para ayudarla a hacer el equipaje.

Aquel comentario emocionó a Elodie. Si no fuese por la prisa que tenía, la hubiese abrazado. Anne siempre había cuidado de ella y sabía que lo seguiría haciendo. Su doncella la había visto sufrir con aquella injusta situación. Ahora mismo, Anne le estaba demostrando con sus gestos el amor que sentía por ella.

—Gracias —dijo cogiendo su mano.

En ese momento, su madre irrumpió en sus aposentos sin llamar a la puerta. Elodie la miró un segundo, pero se giró y tomó otro vestido.

—¿Cómo te atreves a dejar a tu familia en evidencia? —le gritó. Anne miró de reojo a la señora Wilkinson mientras doblaba otro vestido y lo introducía en la maleta, ignorando aquel comentario y focalizándose en lo que Elodie le había pedido, preparar un equipaje para marchase de aquella casa.

—¿En evidencia? —le gritó Elodie harta de aguantar. Dio unos pasos hacia ella—. Serás mi madre, pero jamás te has portado como tal —se atrevió finalmente a decirle. Aquel comentario provocó que su madre alzase el mentón—. Tanto Jack como tú me habéis vendido y utilizado sin importaros mis deseos ni mis sentimientos… me estabais usando para vuestros propósitos. Tú misma me dijiste que a la familia se la cuida. Tú jamás has cuidado de mí. ¡Jamás! —le gritó—. Ni mi querido hermano… —ironizó—, ni tú os habéis preocupado realmente de mi bienestar, solo os preocupáis por vosotros mismos. Bien, pues si no lo hacéis vosotros, lo haré yo —pronunció girándose de nuevo hacia el armario. La maleta estaba prácticamente llena, como mucho tendría espacio para otro vestido más—. Yo no os he dejado en evidencia, vosotros mismos habéis quedado retratados —continuó mientras cogía el vestido y Anne entraba de nuevo en la habitación con un pequeño neceser donde debía de haber introducido sus enseres personales de higiene. Su madre se acercó a ella con una ira que no podía contener. Recordaba cuando la había visto así por última vez, en el barco, justo antes de abofetearla—. Cuidado —la amenazó ella—, vuelve a golpearme y mi futuro marido se encargará de destruiros. Al menos, mi futuro esposo sí vela por mi bienestar.

Aquellas palabras provocaron que su madre se quedase estática. Sí, estaba claro que el apellido Renwich ya de por sí imponía, pero parecía que la amenaza que había vertido contra ellos surtía efecto.

Su madre intentó controlarse y vio cómo su hermano se asomaba a la puerta de brazos cruzados, sin decir nada, aunque no hacía falta que pronunciase palabra, su rostro ya reflejaba lo que sentía.

Su madre miró a Anne.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó enfadada.

—Anne está haciendo lo que yo le he pedido —intervino Elodie—. Se vendrá conmigo —sentenció.

Su madre se quedó observando cómo acababa de introducir otro vestido más y cerraba la maleta. En ese momento, su madre comenzó a frotarse las manos, nerviosa.

—Elodie, hija… —susurró como si en aquel momento fuese plenamente consciente de la realidad—, por favor, recapacita y, aunque sea, no te marches de aquí.

Elodie la miró fijamente.

—Te pedí ayuda, os dije que no quería casarme con él, os pedí que no me encadenaseis a una vida llena de tristeza y sin amor —comentó dolida y miró a su madre—. Te pedí que no me usaseis como moneda de cambio y lo único que recibí a cambio fue un bofetón y malas

palabras… ¿puedes imaginar cómo me he sentido durante estos días? Vosotros sois mi familia, y ninguno de los dos ha pensado en mí, solo en vosotros —comentó con voz tirante—. Guárdate tus lamentos. Ya no sirven de nada —sentenció—. Aunque sí debo deciros una cosa… —dijo mirando también a su hermano—, gracias por abrirme los ojos y demostrarme realmente lo que valgo para vosotros. Ah, y por enésima vez, deja de llamarme hija, ya te he repetido hasta el cansancio que no me llames así.

—Elodie…

Ella ignoró a su madre y cogió la maleta que había preparado.

—No tengo nada más que deciros. Al fin voy a ser dueña de mi vida sin que nadie pueda manipularla a su antojo. —Miró a Anne y le indicó con la cabeza que se dirigiese a la puerta. Pasó al lado de su madre sin decir nada.

—¿Es lo que deseas? —preguntó su madre girándose hacia ella, con cierto dolor.

Elodie al principio no se giró.

—Lo único que pido es respeto —comentó mirando a su hermano—. No creo que fuese tanto pedir. —Se giró hacia su madre mientras dejaba que Anne pasase a su lado—. Sí, él me ha respetado y me he sentido más protegida con él de lo que nunca me he sentido aquí. Así que sí, es lo que deseo, que ya es mucho más de lo que vosotros me podéis ofrecer.

—¿Respeto? —ironizó su hermano—. Ha humillado a toda la familia besándote cuando sabía que había un compromiso de por medio.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—Espero, Jack —dijo evitando la palabra hermano—, que encuentres el amor verdadero, quizá pueda arrojar algo más de sensatez a tu vida y hacer que seas más feliz de lo que eres ahora.

Dicho esto, avanzó por el pasillo para bajar por las escaleras con la espalda bien recta mientras Anne la miraba de reojo, sin decir nada, pero impresionada por las palabras que acababa de decir.

¿Quién le iba a decir que aquella noche se vería con tanta fuerza como para abandonar aquella casa y decir todo aquello a su madre y su hermano?

—Elodie, espera… —sollozó su madre al inicio de las escaleras, apoyándose contra la barandilla.

Elodie avanzó hasta la puerta y se detuvo antes de que el mayordomo se acercase a esta para abrirla.

—Por favor, no te marches…

Ella pestañeó varias veces y se giró hacia su madre que parecía estar al borde del llanto.

—¿Lloras porque me marcho y no lloras porque iba a ser una desgraciada el resto de mi vida? —ironizó.

—No te marches así, por favor… —suplicó de nuevo.

Elodie inspiró hondo y miró a su madre sin compasión, la misma nula compasión que le habían demostrado a ella durante las últimas semanas. No había nada más que decir. Todo había quedado bien claro.

Ni siquiera respondió a las palabras de su madre, el mayordomo abrió la puerta y Elodie salió de aquella casa junto a Anne que se echaba el abrigo por encima.

Descendieron los escalones del portal lentamente y atravesaron el jardín. Una vez atravesaron la verja saliendo de la propiedad, se dirigieron a una esquina. Dejó la maleta en el suelo y, directamente, Elodie abrazó a Anne con todas sus fuerzas mientras daba rienda suelta a todos los sentimientos que había reprimido durante aquella última hora.

Solo esperaba que todo aquello valiese la pena.

—Tranquila, señorita Wilkinson —susurró Anne intentando consolarla.

Elodie permaneció abrazada a ella hasta que logró tomar el control de sus emociones y se separó secándose una lágrima de su cara.

—Siento que no hayas podido hacer el equipaje, Anne —comentó.

—Solo dispongo de un vestido allí, el resto es la ropa del servicio. No se preocupe, tengo más ropa en casa. Ahora —dijo cogiéndola por los hombros—, explíqueme lo que ha ocurrido con toda la calma del mundo —enfatizó.

Tal y como el señor Renwich le había prometido, un carruaje había llegado a su hogar para llevarlas a casa de la tía que Walter le había mencionado. No habían dudado en subir, pues justo en ese momento la lluvia había comenzado a caer.

—Entonces… —pronunció Elodie sin saber qué hacer.

—La comprendo —continuó Anne y luego le sonrió—, aunque aún estoy intentando asimilar las palabras que le ha dicho a su madre y a su hermano.

Elodie suspiró.

—No debería haberlo hecho.

—No, no… está bien. Yo misma sufría por usted al verla. Sinceramente, no comprendo cómo su hermano y su madre habían organizado aquel matrimonio, más después de que usted les confesase que no lo deseaba. —Puso su espalda recta—. Las mujeres somos más fuertes de lo que los hombres creen —pronunció—, y no necesitamos a nadie que dirija nuestras vidas. Ha hecho bien. Solo… —se quedó pensativa.

—¿Qué?

—Que es posible que este escándalo le traiga problemas —comentó lentamente.

Elodie negó.

—No serán más graves que con los que tenía que lidiar —pronunció y, por primera vez, suspiró con una sonrisa mientras miraba por la ventana cómo el carruaje recorría las calles de Londres—. Es la primera vez que me siento libre de verdad —susurró. Aquellas palabras, y el tono que usó, hicieron que Anne sonriese con alegría—. Sé que mi posición no es sencilla, soy consciente de ello, pero antes era peor.

Ambas se quedaron unos segundos en silencio hasta que Anne enarcó una ceja en su dirección.

—Entonces… ¿lo beso? —preguntó riendo.

Elodie asintió.

—Sí. —En ese momento se descubrió recordando aquel maravilloso beso, ni siquiera era capaz de canalizar todo lo que le hacía sentir aquel breve contacto—. Él me ofrecía un plan para escapar mejor del que yo había diseñado…

En ese momento, Anne perdió la sonrisa de su rostro y la miró seriamente.

—¿Qué había diseñado? —preguntó.

Elodie tragó saliva y asintió.

—Voy a serte sincera, Anne —susurró—. El bolso que mantenía escondido sobre el armario contiene una gran cantidad de dinero. Vendí gran parte de mis joyas para poder comprar un pasaje en barco a Francia, con la finalidad de ir a París y poder vivir allí.

—¿A París? —preguntó atónita—. ¿Cómo se le ocurrió semejante locura? —la riñó—. ¿Iba a marcharse sola?

—No quería involucrar a nadie más en mi decisión ni perjudicar a nadie —continuó ella—. Estaba… estaba desesperada —reveló—. Pero, sin duda, el acuerdo con el que he llegado con el

señor Renwich es mucho más ventajoso.

—Y es un joven sumamente atractivo —pronunció ella—. Siempre he escuchado buenas palabras de él.

—Sí, parece un caballero respetable. Al menos, conmigo así lo ha sido. Sé que puedo confiar en él —pronunció pensativa.

El carruaje se detuvo en una de las calles del barrio de Belgravia, ante una lujosa casa, y el cochero les abrió la puerta.

—Señoritas… —pronunció tendiéndoles la mano.

Primero descendió Elodie y, posteriormente, le siguió Anne. El cochero les señaló hacia una de las casas justo cuando un mayordomo abrió la puerta de esta y salió a recibirlas.

—La señorita Wilkinson, imagino, ¿verdad? —preguntó.

Ella asintió y señaló con su mano a Anne.

—Ella es Anne, le he pedido que me acompañe, es mi doncella.

El mayordomo asintió y se giró para indicar que lo siguiesen a través de un lujoso recibidor hasta una de las salas situadas a la izquierda.

La salita era realmente espectacular, decorada con mucho gusto. Tenía dos sofás orejeros en color verde frente a una mesa, al otro lado un sofá para cuatro personas. La mesa de color oscuro destacaba sobre la moqueta de un verde más claro. La estantería albergaba decenas de libros, algunos bastantes desgastados por el uso. La chimenea aún permanecía encendida y, aunque ya no hacía un frío excesivo, con la lluvia el ambiente se refrescaba mucho.

Anne y Elodie se quitaron el abrigo y se sorprendieron al ver que el mayordomo permanecía detrás.

—Si me permiten sus abrigos —propuso estirando su brazo hacia ellas. Luego miró la maleta que la propia Elodie cargaba en su mano—. Y su maleta, señorita.

Ella se lo entregó todo justo cuando vieron que una mujer descendía las escaleras. Iba sujeta del brazo de un hombre. Desde allí, con la luz de la chimenea por detrás y la penumbra en el recibidor, no podía ver de quién se trataba.

Lo primero que hizo fue mirar el rostro de aquella mujer algo mayor y que tenía alguna dificultad para caminar, por eso necesitaba el brazo del joven para hacerlo. Tenía el cabello canoso recogido en un moño y vestía un vestido color marrón oscuro.

Su rostro, surcado por unas profundas arrugas, parecía amistoso, incluso cargado de ternura. Pese a su avanzada edad, sus ojos eran de un precioso y vivo color azul.

Estaba tan embelesada con la mujer que se sorprendió cuando Anne hizo una reverencia hacia delante.

—Señor Renwich —susurró.

Ella miró a su amiga haciendo la reverencia y luego al frente. Ni siquiera se había dado cuenta de que quien ayudaba a caminar a la mujer era Walter. Ella imitó a Anne realizando una reverencia, aunque Walter no pareció darle mucha importancia y ayudó a su tía a acomodarse.

—Señorita Wilkinson… —la saludó con un movimiento de cabeza mientras acomodaba a su tía para que estuviese confortable, luego miró a Anne.

—Espero que no le moleste, ella es mi doncella, Anne. Me ha ayudado en todo lo que ha podido y…

—Claro, no es molestia —respondió Walter poniéndose firme—, es bienvenida —dijo comprendiendo que ella hubiese decidido venir acompañada—. ¿Está cómoda, tía? —La mujer asintió con una sonrisa mientras cogía la mano de su sobrino—. Es mi tía, la señora Catherine Allen —la presentó—. La hermana mayor de mi madre.

Elodie hizo una reverencia igual que Anne.

—Encantada de conocerla, señora Allen, y muchas gracias por alojarnos estos días y darnos un refugio.

La mujer sonrió abiertamente.

—No es molestia alguna —se sinceró ella sin soltar la mano de su sobrino. Parecía bastante unida a él, una mujer cariñosa y comprensiva como le había mencionado el mismo Walter durante el baile. La señora Allen miró a su sobrino con una sonrisa—. ¿Ella es tu futura esposa? —preguntó con una gran sonrisa.

Él miró a Elodie y luego a su tía.

—Sí, tía… es ella.

—Qué alegría tan grande, aunque me gustaría comprarle unos vestidos…

Ambos se miraron y luego miraron a Anne.

—No, tía, es… —indicó con la mano—, la señorita Wilkinson es ella — señaló.

—Oh —dijo ruborizada—, disculpe —pronunció hacia Anne, la cual sonrió y negó con la cabeza. Miró a Elodie como si la estudiase y volvió a sonreír—. Es una chica muy bonita, haréis una pareja encantadora.

—Muchas gracias, tía —contestó él soltando su mano y miró a Anne—. Ya que está aquí, mi tía buscaba una dama de compañía, le agradecería mucho si pudiese tener unos ratos con ella para leerle y pasear, disfruta mucho de las novelas y los paseos por el jardín, incluso de ir a tomar algún té —le propuso.

—Oh, sería un placer —contestó Anne con una gran sonrisa, agradecida por ello.

—Obviamente se le retribuirá el trabajo.

—Se lo agradezco mucho —respondió Anne.

Elodie la miró con una sonrisa y luego observó a Walter. Cada vez los sentimientos que había comenzado a experimentar por aquel hombre se iban incrementando.

—Si no le importa… me gustaría hablar con la señorita Wilkinson unos minutos. ¿Me haría el favor de llevar a mi tía a sus aposentos para que descanse?

—Por supuesto —respondió ella, aunque Elodie la miró un poco temerosa. Quedarse a solas en un salón con un hombre no era lo adecuado, aunque este fuese su prometido. Walter le había asegurado que la respetaría, pero no era a lo que estaba acostumbrada.

—Será solo unos minutos, después yo mismo les mostraré los aposentos donde pueden quedarse.

Anne fue hacia la señora Catherine Allen y la cogió del brazo.

—Señora Allen, indíqueme cuáles son sus aposentos y la acompaño. La ayudaré a quitarse el vestido y a ponerse el camisón —pronunció Anne mientras le tendía el brazo.

Catherine se levantó poco a poco, ayudada por Anne, y se cogió a su brazo.

—Oh, cariño… ¿te gusta leer? —preguntó la mujer mientras caminaban lentamente hacia la puerta.

—Sí, mucho. Mañana podemos leer un fragmento de la novela que a usted más le guste.

—¿Y sabes jugar a las cartas? —preguntó entusiasmada.

—No, lo siento, pero estoy segura de que usted puede enseñarme, aprendo rápido —rio Anne.

—Y podemos apostar… —susurró la mujer, lo que provocó que Anne riese—, sé que no es adecuado que una mujer apueste, pero… ¡al cuerno con todo! —respondió haciendo que su mano se moviese de un lado a otro en un gesto bastante cómico.

Elodie se giró para verlas subir las escaleras lentamente hasta que sintió la presencia de

Walter más cercana, situándose frente a ella. Elodie giró su cuello hacia él y lo miró con timidez.

—¿Cómo ha sido el proceso de recoger sus cosas, señorita Wilkinson? ¿Ha sufrido algún percance?

Ella ladeó su cuello y negó con la cabeza con una leve sonrisa.

—No, parece que sus amenazas hacia mi hermano surtieron su efecto —respondió ella—. Solo algunas palabras elevadas de tono, señor Renwich.

—Por favor, dejemos los formalismos de lado. Si vamos a casarnos prefiero que simplemente me llame Walter. —Ella asintió—. Mañana a primera hora escribiré una carta al boletín para que informen del error que se ha cometido…

—¿Error? —preguntó ella.

—Sí, usted no va a casarse con el marqués, sino conmigo. Creo que es más apropiado para todos decir que fue un error de imprenta o de escritura por parte de su hermano o el marqués. —Ella asintió—. Aunque creo que de poco pueda servir ante esta sociedad llena de prejuicios, donde buscan desesperadamente un cotilleo con el que pasar el rato y que en nada concierne a sus vidas —apuntó—. Al menos, de esta forma, intentaremos que su reputación y la de su familia no salga tan mal parada, aunque solo sea por guardar las apariencias.

—Se lo agradezco. Su tía sabe… ¿todo?

Walter asintió.

—Sí, se lo he explicado y, bueno, siempre ha sido una mujer muy abierta de mente, poco clásica, sobre todo desde que perdió a su marido hace unos diez años. Aquí estará muy bien.

—Le agradezco lo que ha hecho también por Anne. Ha sido mi doncella desde pequeña y la única que me ha dado consuelo estas últimas semanas. Sé que puedo confiar en ella y no quería dejarla sola en esa casa.

—No hay problema, al contrario, mañana mismo iba a poner un anuncio en el boletín para buscar una dama de compañía para ella, así que ya no hará falta —sonrió descubriendo unas facciones realmente atractivas y tiernas a la vez. Aquel hombre la desconcertaba, podía provocar que su corazón latiese con más intensidad con una sola de sus sonrisas y, en otros momentos, podía ser implacable como lo había sido con su hermano—. Hoy no he podido, pero como le he comentado, mi madre es amiga del párroco de la *iglesia de Santa Bride*[7]. Estoy seguro de que podrá hacernos un hueco lo antes posible. —En ese momento, se quedó pensativo. Ni siquiera se lo había mencionado a su madre—. Mañana lo dejaré todo arreglado… lo que debo pedirle que lo que hemos hablado sobre mi herencia y nuestro pacto no salga de aquí. Mi madre y mis hermanas no están enteradas de ello y no querría preocuparlas.

—No, por supuesto que no —contestó Elodie rápidamente—. Jamás se me ocurriría hacer algo así.

—Debe parecer que nos casamos por amor —respondió él, luego se removió nervioso—, aunque con los contactos que tiene mi madre no tardará en conocer el escándalo que se ha formado esta noche. Creo que debería hablar con ella esta misma noche —susurró más para él que para ella. Elodie asintió—. Pero, primero, quiero volver a comentar con usted los términos a los que hemos llegado.

—Por supuesto —respondió ella.

—Deberemos permanecer casados, como mínimo, seis meses para que yo pueda recibir la parte de mi tío en herencia. Posteriormente, una vez haya recibido el 50 % de la empresa de mi tío, si hay algún inconveniente por ambas partes tramitaremos el divorcio. Yo asumiré las culpas del divorcio y lo financiaré por entero. Usted recibirá una casa en Londres donde poder vivir y, además, una suma de dinero anual para poder vivir holgadamente cada año. —Ella asintió—. Por

otro lado, no le solicitaré sus obligaciones conyugales como esposa… —Ella enarcó una ceja al escuchar aquello—. Mmm… creo que ya hablaremos de eso otro día —apuntó rápidamente—. ¿Está de acuerdo? ¿Quiere aclarar algo?

Ella negó con la cabeza.

—No, está todo muy claro. ¿Debo firmar algún contrato?

—No —rio él—, ni loco pienso dejar esto por escrito. Imagínese si alguien lo encuentra. Deberemos confiar el uno en el otro. Es… un contrato verbal. —Ella inspiró hondo y asintió, aunque no parecía muy convencida—. Le dije que puede confiar en mí y, si solicitamos posteriormente el divorcio, no voy a abandonarla a su suerte. Tranquila por eso, entiendo también su situación.

Ella lo miró y tragó saliva.

—De acuerdo. —De todas formas, no tenía otra opción—. ¿Cuándo cree que podrá ser la boda?

—Debo hablarlo con mi madre —explicó él—, pero seguro que el párroco puede adelantarla. Respecto a… nuestra noche de bodas…, he pensado que, para no tener que acudir a más bailes o tener que soportar las preguntas de la gente, podríamos hacer un viaje… descansar en algún lugar alejado de la ciudad y así conocernos mejor, ¿le parece bien?

—Me encantaría —respondió ella.

—Dispongo de una casa en Keswick. Es un viaje largo, nos ocupará casi dos días, pero le aseguro que disfrutará de su estancia allí, sobre todo si le gusta pasear.

—Me encanta —respondió ella con una sonrisa.

—Pertenece al distrito de Allerdale, en el condado de Cumbria. Es una zona muy hermosa y donde se respira paz y calma, algo que creo que ambos necesitamos —acabó en un tono divertido—. Le gustará mucho, hay preciosos paisajes y lagos.

—He oído hablar del lugar, pero jamás lo he visitado. Nunca he salido de Londres, excepto para ir a Nueva York —recordó ella.

—De acuerdo. —La miró y le sonrió tiernamente—. ¿Tiene alguna pregunta más?

—Sí… mmm… he dejado bastante ropa en la casa familiar, ¿sería posible que…?

—Enviaré a alguien mañana. De todas formas, debo hacerle llegar una carta a su hermano para concertar una visita y pagarle la cantidad prometida. Mi mayordomo se encargará de recoger lo que usted le ordene.

—No debería haber hecho eso, darle el dinero —comentó ella—. No lo merecen.

—Es una forma de acabar con su furia y su frustración. Las personas así solo se calman con el dinero, y yo precisamente no tengo problemas económicos —respondió con sinceridad. Inspiró hondo y dio un paso hacia ella mientras Elodie lo miraba de la cabeza a los pies ante su cercanía—. Iré a hablar con mi madre y explicarle la situación… en parte. —Ella asintió—. En cuanto tenga noticias del día del compromiso se lo haré saber. Usted y su doncella pueden estar tranquilas aquí, nadie las molestará.

—Gracias por todo, señor Renwich.

—Walter —insistió él.

Ella le sonrió e hizo una reverencia.

—Gracias por todo, Walter.

Walter también hizo una reverencia y le indicó con una mano que lo siguiese al recibidor donde varios sirvientes esperaban.

—Por favor, indíquele a la señorita Wilkinson y a la señora Anne las habitaciones de invitados del ala norte. Se quedarán un tiempo aquí —ordenó.

Uno de los sirvientes dio un paso adelante y asintió. Miró a la Elodie y le indicó con la mano.

—Si me acompaña, señorita Wilkinson.

Ella volvió a mirar a Walter e hizo otra reverencia.

—Buenas noches, y muchas gracias por todo.

Él la imitó.

—Buenas noches —respondió.

Elodie siguió al sirviente y subió las escaleras mientras Walter se quedaba en el rellano observándola. Realmente estaba enamorado de ella. Aquella mujer había conquistado su cuerpo y su alma desde la primera vez que la había visto en el trayecto en barco. Había acudido a los bailes de la temporada con la única esperanza de verla a ella. Tenía obligación de casarse, sí, o perdería parte del patrimonio familiar por el que su padre y su tío tanto habían luchado, pero no se imaginaba casado con otra mujer que no fuese ella. Confiaba en que durante aquellos seis meses que debían permanecer casados pudiese ganarse su corazón.

La vio desaparecer por el pasillo siguiendo al sirviente rumbo a las habitaciones que había solicitado que fuesen para ellas, las mejores habitaciones de invitados de aquella casa, y se giró para dirigirse a la puerta.

Tomó el abrigo que le ofrecía el mayordomo y salió al exterior donde aún se encontraba el carruaje que había traído a Elodie y a Anne hasta allí. Corrió bajo la lluvia que caía hasta el carruaje y subió.

Debía hablar con su madre y explicarle lo sucedido antes de que la noticia llegase a ella de parte de otra persona y, además, debía escribir la carta al hermano de Elodie, Jack, para solicitar una audiencia con él.



16

Su madre abrió los ojos al máximo y llevó sus manos hacia su boca, emocionada, levantándose del asiento.

—¿Te has declarado? —Walter asintió. Su madre corrió hacia él y lo abrazó con lágrimas en los ojos—. Oh, cuánto me alegro. Lástima que tu hermana esté durmiendo, mañana enloquecerá de contenta cuando se lo diga. —Lo miró con una gran sonrisa—. ¿Quién es la afortunada?

Walter señaló al asiento para que su madre se sentase de nuevo y él se sentó a su lado.

Inspiró hondo y miró a su madre.

—La señorita Elodie Wilkinson.

Su madre pestañeó varias veces y lo miró confundida.

—¿La señorita Wilkinson? —preguntó—. Creo que había leído que se había comprometido con el marqués de Bristol… ¿o debo de estar confundiéndome? —rio.

Él la miró seriamente.

—No, no te estás confundiendo —le dio la razón. Su madre lo escudriñó con la mirada, como si no comprendiese entonces por qué decía que iba a casarse con ella—. Hay algo que quiero explicarte, y quiero ser lo más franco posible contigo. —Su madre lo miraba esperando a que siguiese hablando—. Coincidí con la familia Wilkinson en el trayecto de vuelta desde Nueva York, en barco —comenzó calmadamente—. Allí la vi por primera vez y, desde que la vi… —dejó la frase sin acabar.

—¿Te enamoraste de ella? —preguntó su madre con una sonrisa pilla.

—Captó mi atención como ninguna otra mujer lo ha hecho —respondió—. Ahí fue donde observé el trato que su familia le brindaba que… no era nada bueno, incluso creo que llegaron a golpearla, aunque ella nunca me lo ha confirmado. —Su madre llevó su mano hacia sus labios, asombrada por aquel dato—. Me encontré con ella en varias ocasiones, no solo en los bailes y, pese a que conversábamos, jamás aceptaba una invitación por mi parte a un baile, su única respuesta era que no podía bailar conmigo, solo bailaba con el marqués de Bristol. Aun así, dados los encuentros que fortuitamente habíamos tenido, comenzamos a tener más confianza el uno con el otro. —Inspiró hondo—. Cuando anunciaron esta mañana que se había comprometido con el marqués… lo comprendí todo. Su familia la obligaba a casarse con él, pese a que ella lo detestaba.

—El marqués de Bristol no es un buen hombre —pronunció firme su madre—. No entiendo cómo es posible que su madre y su hermano aceptasen dicho compromiso.

—Fue su hermano quien firmó un contrato con el marqués para obtener a su hermana en matrimonio a cambio de ciertos favores económicos. Por lo que sé, el señor Wilkinson ha gastado la fortuna que había heredado de su padre con malas inversiones y el marqués le ofreció casarse con su hermana. El hermano aceptó con unas condiciones, otorgarle al marqués una pequeña dote y que los pusiese en contacto con la Corona. —Su madre parecía totalmente sorprendida por lo que su hijo le relataba—. Elodie estaba dispuesta a huir de Londres y dirigirse

a Francia, sola, para escapar de aquel matrimonio. —Tragó saliva y miró a su madre con intensidad—. No podía permitirlo, mamá.

—Lo entiendo —dijo tomando su mano con cariño—, pero el matrimonio con el marqués ha sido anunciado en todos los boletines.

Él negó con la cabeza.

—El marqués ya no está interesado en ella —pronunció.

Su madre enarcó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó pensativa—. ¿Por qué ha cambiado de opinión?

Walter tomó con más fuerza su mano y apretó los labios.

—Hablé con ella —comentó lentamente—, estaba desesperada por el matrimonio forzado y, en parte, yo también por verla así. —Su madre lo miró con cariño—. Así que le ofrecí matrimonio…

—Ya, pero eso no explica que el marqués haya declinado el matrimonio después de haber sido anunciado.

Miró fijamente a su madre.

—No quiero que te preocupes por mí ni por ella. Sinceramente, estoy más preocupado por ti por lo que voy a explicarte…

—Hijo… —comentó desesperada—, no harías algo inapropiado, ¿verdad?

Él suspiró.

—Elodie me explicó el contrato que había firmado el marqués con su hermano, así que le ofrecí besarla como solución para romper el matrimonio con el marqués.

Su madre se puso en pie de inmediato, alarmada por lo que le explicaba.

—¿La besaste? —gritó ella abochornada—. Hijo mío… por Dios, está prometida con el marqués…

—No, ya no, ahora lo está conmigo —respondió él y chasqueó la lengua—. De hecho, me aseguré de que nos viesen y que la voz corriese…

Su madre se llevó la mano a la frente, angustiada.

—Sabes que esto puede influir en nuestra reputación —dijo su madre alterada.

—Lo sé, y por eso mismo quería ser yo quien te lo explicase. Lo siento, mamá… —susurró —, pero no podía permitir que ella se casase con el marqués.

Su madre lo observó atentamente.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad?

Walter se quedó pensativo.

—Muchísimo.

Esta vez fue su madre quien suspiró y tomó asiento de nuevo. Tomó su mano e intentó calmarse.

—A veces el amor nos hace cometer locuras —susurró su madre—. Sé… —se calló buscando las palabras adecuadas—, sé que tu padre hubiese hecho lo mismo por mí. Siempre te has parecido mucho a él —le sonrió con ternura—. No puedo decirte que esté de acuerdo con lo que has hecho, esto va a ser un escándalo…

—No me importa, mamá —pronunció con voz firme.

—Sé que no te importa, por eso también admiro tu valentía y la de ella —pronunció su madre.

—Además, ya sabemos cómo funciona esto. En la siguiente temporada todo el mundo se habrá olvidado…

—¿Un escándalo así? —ironizó su madre—. ¿Con un marqués? Lo dudo.

Walter suspiró.

—Lo único que me importa es que esto no te influya a ti.

—Oh, hijo mío… —continuó su madre con una sonrisa—, a mí lo que digan no me importa. Además, no es por falsa modestia, pero todas me adoran, así que…

—Lo sé, ¿cómo no van a adorarte, mamá? —preguntó él tomando su mano de nuevo—. Pero ahora, necesito un favor… —inspiró hondo—, necesito que hables con el tu amigo el párroco de la iglesia de Santa Bride. Necesito casarme con ella lo antes posible. —Su madre asintió—. Una vez nos casemos sé que todo se calmará de nuevo. Por otro lado, yo mismo escribiré a la reina para explicarle la situación con el marqués. Su majestad siempre ha sido bastante comprensiva con estas situaciones y estoy seguro de que si tu amigo el sacerdote no puede adelantar el matrimonio la reina nos otorgará una dispensa. Sé que no tenía buena relación con el marqués, así que estará encantada de dármela.

—Sí, en eso estoy de acuerdo contigo, pero déjame que hable primero con mi amigo, lo haré a primera hora de la mañana.

—Yo escribiré una carta al boletín explicando que había sido un error y que el matrimonio concertado con la señorita Wilkinson es conmigo —indicó—. Intentaremos que esto nos salpique lo mínimo posible.

Su madre asintió.

—Aunque supongo que la señorita Wilkinson ya habrá recibido felicitaciones por el matrimonio.

—Sí, las ha recibido, no lo niego, pero también es necesario anunciarlo. —Su madre asintió —, Por cierto, Elodie Wilkinson —se refirió a ella por primera vez por su nombre—, está viviendo con la tía.

—¿Con mi hermana? —preguntó sorprendida.

—Sí, con Catherine.

Ella se puso en pie con mucha emoción.

—Entonces, puedo ir a verla y conocerla.

La emoción de su madre le hizo sonreír.

—Ahora es muy tarde, mamá, y la tía Catherine está durmiendo, no creo que sea…

—No digo ahora, sino mañana —comentó su madre mirándolo fijamente, poniéndose en pie —. Hablaré con el párroco y luego iré a verla.

—Está bien. Supongo que agradecerá tu visita. Está bastante nerviosa. Agradecerá una compañía comprensiva como tú. Parece que de su familia jamás ha recibido mucha comprensión ni cariño, al menos desde la muerte de su padre —explicó.

Su madre asintió.

—Puedes estar tranquilo, hijo. Además, sabes que me encantaría ayudar en la preparación de la boda…

—Madre, es una boda rápida —le recordó.

—Ohhh, hijo mío, ¿de verdad crees que vas a casarte y no voy a preparar nada? —rio como si le diese igual lo que él dijese.

Su hijo suspiró y negó con la cabeza.

—Está bien, mamá, pero algo… ligero —comentó.

—Claro, por supuesto —respondió su madre encogiéndose de hombros.

Walter enarcó una ceja al ver la respuesta de su madre. Se acercó a ella y le dio un abrazo y besó su mejilla.

—Debo volver a mi casa. Escribiré el anuncio del boletín y dejaré redactada la carta a la

reina solicitando una dispensa, por si por cualquier casual no pudiese adelantarse la boda.

Su madre asintió.

—Será lo primero que haga cuando me levante. Te informaré de inmediato, antes de ir a ver a mi… futura nuera —sonrió abiertamente.

Parecía que a su madre no le importaban las circunstancias en las que se iba a llevar a cabo la boda, solo el hecho del matrimonio de su hijo.

—Buenas noches, mamá —dijo soltando su mano.

—Buenas noches, hijo —respondió ella emocionada mientras su hijo se dirigía al recibidor donde el mayordomo lo esperaba con el abrigo.

Se lo puso y salió al exterior mientras veía pasar los carruajes por la calle, llevando a sus domicilios a las personas que volvían a su hogar tras el baile.

Caminó en dirección a su hogar que estaba cerca, observando el cielo oscuro y encapotado.

Le parecía imposible que fuese a casarse, pero iba a hacerlo y, además, con una mujer preciosa y que lo había conquistado por completo. Puede que no fuese la forma más idónea, le hubiese gustado tener un cortejo con ella, pero las cosas se habían dado así.

Ahora solo le quedaba buscar una fecha para su compromiso, algo de lo que iba a encargarse su madre y, una vez se la otorgasen, solo quedaba esperar a contraer matrimonio y, tras seis meses, conseguiría el 100 % de la empresa de su familia.

Estaba preparado para todo, incluso para que Elodie le pidiese el divorcio que él mismo se había ofrecido a pagar.

Para él, el matrimonio era una institución sagrada, nadie en su familia se había divorciado, pero deberían verlo sobre la marcha. Él pensaba que podía ser feliz con ella, pero ya se sabe que del dicho al hecho hay gran trecho, además, no era solo cosa de uno, sino que, según el contrato verbal que había sellado con Elodie, ella también tendría la posibilidad de solicitarle el divorcio si no quería seguir junto a él.

Solo esperaba que, cuando se conociesen mejor, sí pudiesen convivir en paz y armonía, profesándose mutuamente todo el amor habido y por haber.

Hacía tiempo que no dormía tan bien, la tranquilidad que sentía en aquel momento la hacía dormir en paz.

La habitación era magnífica, mucho mejor que la suya.

Anne no había ido a despertarla aquella mañana como solía hacer, la había dejado descansar, lo cual le había ido muy bien.

Se había vestido con un vestido color crema y se había dejado el cabello suelto. Más tarde, Anne ya la ayudaría a vestirse.

Había descendido a la planta baja y había escuchado la voz de Anne. Se había dirigido a la habitación de donde provenía su voz. Se encontraba tomando un té con la señora Allen, la cual parecía encantada de disfrutar de su compañía.

—Señorita Wilkinson —pronunció Anne poniéndose en pie.

—Buenos días —comentó ella y luego hizo una reverencia hacia su benefactora.

—No he querido despertarla para que descansase —explicó Anne.

—Se lo agradezco mucho, me ha ido bien dormir. Llevaba muchos días sin descansar bien.

La señora Allen la miró con una sonrisa.

—¿Has dormido bien, querida?

—Oh, sí, muchísimo, hacía mucho que no descansaba tan bien —respondió.

Aquella respuesta provocó una gran sonrisa en la anciana.

Anne se giró hacia la señora Allen.

—Si no le importa, voy a ayudarla con el cabello…

—No, no, solo faltaría, pero luego seguimos… me gustaría que me leyeses un poco —suplicó la señora Allen que parecía falta de compañía.

—Por supuesto.

—No la entretendré mucho, señora Allen —respondió Elodie.

Anne fue hacia ella y ambas se dirigieron a las escaleras para subir a la que sería su habitación durante algún tiempo.

—Debe cambiarse de ropa, señorita Wilkinson. —Ella la miró extrañada—. Va a venir la señora Renwich, la madre de su prometido, para conocerla. —Ella abrió mucho los ojos y aceleró el paso escaleras arriba—. Ese vestido es bonito, pero le queda mucho mejor el azul cielo y le hace una mejor figura. —Fueron directas a la habitación y entraron a toda prisa. Anne fue directa al armario para sacar el vestido—. Este vestido y un bonito recogido alto y estará impresionante. —Fue hacia Elodie y la ayudó a quitarse el vestido—. La señora Allen me lo ha dicho esta mañana, que vendría a verla, por lo visto, son hermanas. Me ha estado explicando que la madre del señor Walter ha venido a primera hora de la mañana, pero usted estaba descansando, así que vendrá más tarde, en cuanto hable con un amigo suyo que es párroco para intentar adelantar la boda.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó mirando que el reloj señalaba las once de la mañana.

—No creo que tarde ya mucho, al parecer ha venido a las ocho de la mañana, estaba ansiosa por conocerla —rio Anne mientras la ayudaba a ponerse el vestido.

Ella se sujetó a la silla mientras Anne abrochaba el vestido por detrás. Lo cierto era que aquel vestido le quedaba increíble.

—¿Ansiosa? ¿En el buen sentido de la palabra o en el malo?

Anne sonrió divertida.

—No creo que sea en el mal sentido, señorita Wilkinson. La señora Allen me ha estado explicando mientras desayunábamos. Su hermana, la madre de Walter, parece que está muy emocionada con el compromiso de su hijo. Por lo visto, el señor Renwich fue a anunciárselo ayer por la noche.

—Y… ¿sabe lo ocurrido? ¿Está al tanto? —preguntó ella mientras se miraba en el espejo.

Anne se encogió de hombros y la cogió del brazo para llevarla a la banqueta y sentarla frente al espejo.

—Eso no lo sé, y no he encontrado apropiado preguntarlo, pero teniendo en cuenta que ha sido un escándalo… supongo que sí lo estará, ¿no cree? —Elodie resopló—. Yo no me preocuparía mucho, señorita Wilkinson, la señora Allen parece encantada con la unión de su sobrino con usted, ¿por qué no iba a estarlo su madre?

Elodie suspiró mientras Anne comenzaba a manipular su largo cabello rubio.

—Quizá no esté de acuerdo con la forma en que ha ocurrido —conjeturó ella—. Al fin y al cabo, supongo que todo el mundo tendrá en boca lo ocurrido.

Anne acabó de hacerle una trenza y la enrolló en su nunca sujetándola con unas horquillas.

—¿Puedo ser sincera con usted? —le preguntó Anne.

—Sabes que sí, claro —le susurró Elodie.

Anne le colocó unas horquillas más y situó sus manos sobre los hombros de Elodie.

—No creo, señorita Wilkinson, que la forma sea la más adecuada, pero era la única vía que quedaba. A su hermano y a su madre no parecía importarles su sufrimiento. —Dio la vuelta para situarse a su lado—. Sin embargo, el señor Renwich parecía estar interesado realmente en usted, es gentil y generoso… y también parece enamorado de usted de una forma auténtica —dijo con

ternura—. Creo que, aunque no sean las formas apropiadas, usted ha hecho lo correcto. El señor Renwich se ofreció a ayudarla y usted ha sido muy valiente abrazando esta oportunidad. ¿Qué más da que la gente chismorree?

Ella tomó su mano y la apretó. Sí, el señor Renwich la había salvado de un matrimonio que no deseaba, de una vida de tormento y sin amor, le estaba ofreciendo la libertad, sin embargo, él también tenía sus razones para hacerlo. Le había pedido que no lo dijese a nadie, pero se estaban ayudando mutuamente. No era que se hubiese enamorado de ella como decía Anne, aunque el propio Walter había admitido que sí estaba interesado, pero eso no era lo importante… necesitaba una esposa para conseguir el 50 % de la empresa de su tío, esa era la razón de su matrimonio. Ambos tenían mucho que ganar si unían fuerzas, así que… ¿por qué no probarlo?

Miró a Anne y asintió, lo que le había confiado Walter debía mantenerlo en secreto, tal y como le había prometido.

—Sí, he tenido suerte, la verdad —comentó.

Anne asintió con una sonrisa.

—Además, la señora Allen es encantadora. No sé cuándo será su boda, pero vamos a estar muy cómodas aquí. Siento decirlo, pero mucho más que en su hogar —acabó con timidez.

Elodie la miró con una sonrisa y se puso en pie.

—No lamente decir algo que es verdad —pronunció con felicidad.

Sin duda, se alegraba de haber tomado aquella decisión, por primera vez sentía que podía ser libre, había tomado una decisión por sí misma, una decisión valiente como había dicho Anne. No iba a ser fácil, pero al menos había podido decidir por sí misma y acarrearía con todas sus consecuencias. Ya no había vuelta atrás. Total, peor que casarse con el marqués no iba a ser.

—La señora Renwich quedará encantada cuando la conozca, su hermana le ha comentado un poco sobre mí y sobre usted esta mañana —pronunció Anne mientras iba al armario donde había colgado sus prendas la noche anterior—. Tome, póngase este chal, supongo que querrá dar un paseo con usted. Me ha informado su hermana de que le gusta mucho tomar el té en el jardín y pasear por él. Y hoy hace un poco de aire.

Elodie se lo colocó tapándose los hombros justo cuando escucharon cómo llamaban a la puerta de la vivienda. Elodie sintió su corazón palpitar con fuerza, pero Anne cogió su mano y le sonrió intentando tranquilizarla.

—Hoy comienza su nueva vida, disfrute de ella. Estoy segura de que va a ir todo bien.

Elodie agradeció sus palabras y no pudo evitar darle un fuerte abrazo.

—Gracias por estar siempre a mi lado, Anne.

—Siempre lo estaré —dijo apretándola más fuerte contra ella. Se separó y Elodie respiró hondo, cargándose de valor—. ¡Vamos allá!

Salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Hasta ella llegaron las voces de la señora Allen hablando con la que suponía que debía de ser su hermana, la madre de Walter.

—Sí, están arriba —escucharon la voz de la señora de la casa, aunque al asomarse a la sala de estar ambas se giraron hacia ella—. Aquí están —pronunció la señora Allen con una gran sonrisa, mirando con ternura a Elodie.

Elodie dio un paso hacia delante e hizo una reverencia.

—Señora Renwich —se presentó Elodie.

La madre de Walter la miró de la cabeza a los pies y sonrió. Directamente fue hacia ella y la abrazó, algo que sorprendió a Elodie, aunque al ver aquella muestra de afecto la abrazó también y se emocionó, ni siquiera su madre la había abrazado nunca de aquella forma.

—Oh, cariño —dijo la madre de Walter—, cuánto me alegro de conocerte —dijo cogiendo

sus manos.

—El placer es mío —respondió Elodie emocionada—. Gracias por este cariñoso recibimiento, señora Renwich.

—Oh, no, no… mi nombre es Judi, a partir de ahora quiero que me llames así, al menos en privado —rio divertida—, luego ya sabemos que siempre hay que mantener las formalidades. —Miró a su hermana con una sonrisa y luego a Anne—. Me gustaría dar un paseo por el jardín contigo y tomar un té, así podemos hablar y conocernos mejor.

—Me encantaría —respondió Elodie entusiasmada.

Aquel abrazo le había llegado a lo más profundo de su corazón. Puede que entre Walter y ella hubiese un mero contrato, pero por primera vez sentía que tenía una familia, alguien en quien confiar aparte de Anne, una especie de figura materna en la que refugiarse.

La señora Renwich fue hasta ella y la cogió del brazo.

—Anne, ese es su nombre, ¿cierto? —preguntó la señora Renwich mirando a la doncella de Elodie.

—Sí, así es —contestó Anne solícita.

—Bien, ¿le importa decirle al servicio que nos traiga unas tazas de té al jardín? Mientras lo preparan, daremos un paseo por él.

—Claro, señora Renwich —respondió Anne que parecía también emocionada al ver aquel destello de felicidad en los ojos de Elodie. Se giró hacia la señora Allen y la ayudó a sentarse de nuevo—. Señora Allen, hablo con el servicio y enseguida vuelvo y continuamos con la lectura.

—Claro cariño —dijo la señora Allen sentándose lentamente.

La señora Renwich tiró del brazo de Elodie y ambas se distanciaron de la salita en dirección al comedor desde donde se accedía a un precioso jardín.

Anne la había informado de que hacía un poco de aire fresco, era cierto, pero con el chal estaba bastante cómoda.

El jardín no era muy grande, poseía algunos frondosos árboles y césped, con flores a los lados del camino de piedra.

Bajaron los escalones del portal y comenzaron a caminar por el camino de piedra.

—Bien —dijo apretándola un poco más del brazo—, conozcámonos un poco mejor —pronunció sin disimular su ilusión.



17

Elodie miró sonriente a la madre de Walter, la señora Renwich. Aquella mujer estaba realmente emocionada por la boda de su hijo. Por lo que había entendido, Walter le había explicado la situación tan complicada que ella había vivido, pero nada sobre el tema de la herencia de su tío. No le importaba, lo cierto era que la madre de Walter, la que en breve sería su suegra, era un encanto de mujer.

—Sé que mi hijo me lo ha pedido, que quiere una boda rápida, sin lujos… —suspiró—, pero, al menos, me gustaría acompañarte a la modista para tu vestido de novia.

Elodie puso su espalda firme mientras sujetaba su taza de té. Ni siquiera había pensado en ello.

—Mmm… no había pensado en ello… —susurró avergonzada.

—Para eso estoy yo —dijo Judi dándole unos golpecitos en el brazo—. Tenemos diez días, supongo que mi modista podrá prepararte algo. Oh… tengo que avisarla enseguida —dijo poniéndose en pie. Sin decir nada más, entró en el salón en busca de alguien del servicio.

Elodie dio un sorbo a su té y se quedó mirando al frente.

Desde pequeña había soñado con el momento de casarse, pero nunca había imaginado que fuese a ser así. Diez días, en solo diez días estaría casada con Walter Renwich, una de las mayores fortunas de Inglaterra. No podía negarse a sí misma que se sentía muy diferente a como se había sentido cuando le habían dicho que se casaría con el marqués de Bristol. Ahora estaba nerviosa pero ilusionada, lo veía todo de otro color.

La señora Renwich había conseguido que un amigo suyo, párroco, oficiase la ceremonia en diez días. Todo iba más rápido de lo que imaginaba. Sería algo sencillo, pero sería su boda. No la que había soñado, pero sí una mejor a la que tenía prevista tan solo unos días antes.

Tomó en su mano el boletín de aquel día y volvió a mirar impresionada la noticia de su boda anunciando una confusión y que su enlace sería con el señor Walter Colin Renwich.

Era recordar aquellos ojos, sus labios… y sentía que se le erizaba toda la piel de su cuerpo.

La señora Renwich volvió hasta ella y se sentó.

—He enviado una nota a mi modista para que te atienda esta tarde. Está a unas manzanas de aquí y seguro que nos da alguna hora, tengo mucha amistad con ella. —Se acercó a ella como si fuese a confesarle un secreto—. Siempre va bien tener influencias y amistades en todos sitios —sonrió. Desde luego, la señora Renwich parecía tener muy buenas amistades, le había conseguido fecha para la boda y ahora se preocupaba por su vestido—. Ya te iré presentado a mi círculo —pronunció con felicidad—. Por cierto, mi hijo me dijo que quería algo sencillo y discreto, pero… ¿tú qué deseas?

Elodie la miró sonriente.

—Siempre había soñado desde niña una boda a lo grande —susurró en confianza—, pero las circunstancias no acompañan, creo que lo que le pide su hijo es lo más adecuado.

Judi chasqueó la lengua.

—Está bien… soñaba con organizar un gran banquete, pero tendré que respetar vuestra

opinión, ¿quieres invitar a alguien? Al menos, haremos una pequeña comida.

Elodie se quedó pensativa. En aquellas circunstancias, ¿debía invitar a su familia?

—A mi mejor amiga, Camila —susurró.

—Luego me das sus datos para que envíe yo misma la invitación. ¿Alguien más? —preguntó cautelosa—. Por lo que me explicó mi hijo, sé que tu relación con tu familia es complicada…

—Lo es —confirmó ella con confianza—, pero supongo que el protocolo obliga a invitar a mi madre y a mi hermano.

Judi se encogió de hombros.

—Luego ya vendrán si quieren —susurró la señora Renwich—. En mi hogar tengo un bonito jardín, podemos celebrar un pequeño banquete allí. Si… si no te importa, a mí me gustaría invitar a amigos —pronunció con timidez, luego la miró con una sonrisa pilla que la sorprendió —. Dado que mi hijo me explicó lo ocurrido con tu familia y tú misma me has dicho que los invitas por protocolo, me gustaría que viesen, si vienen, que estarás rodeada de gente que te querrá y te apreciará como se debe.

Aquel comentario emocionó a Elodie. La preocupación porque ella estuviese cómoda de la que sería su suegra le estaba llegando al corazón.

—Claro, sería fantástico —dijo con una sonrisa—. Gracias. —Judi hizo un gesto con la mano como si no tuviese importancia. Elodie miró el jardín de aquella casa y la miró de reojo, suspiró y unió sus manos escondiéndolas en su falda—. Desde que mi padre murió, todo cambió —confesó—. Mi padre, como es natural, era el pilar de la familia y yo tenía una gran relación con él, incluso mejor que con mi hermano y mi madre, pero con su muerte mi hermano asumió el rol de cabeza de familia, heredó la fortuna que mi padre había cosechado durante tantos años de duro trabajo e hizo malas inversiones. Mi familia está prácticamente en bancarrota, por eso mismo mi hermano había concertado el matrimonio con el marqués de Bristol, porque este solo le pedía una pequeña dote y, además, el marqués le había prometido contactos con la Corona. Mi familia tiene una empresa de textil.

La señora Renwich la miró seria.

—¿Podemos tener confianza? —le preguntó.

—Me encantaría —suplicó Elodie.

—El marqués de Bristol es un farsante. Era su difunta esposa la que era amiga de la reina, su prima —explicó—. El marqués nunca había tenido buena relación con la reina, de hecho… —susurró—, la reina prácticamente no quiere verlo, por lo visto no trataba muy bien a su prima. Su hermano, con todas mis disculpas, debió informarse mejor de con quién concertaba el matrimonio, además… es un hombre mayor para usted. —Cogió su mano y la palmeó en confianza—. Mi hijo es un buen hombre, no lo digo porque yo sea su madre —admitió con una sonrisa—, de verdad que lo es. Es un hombre fiel y cariñoso y, además, formáis una pareja encantadora. —Aumentó su sonrisa—. Estoy tan feliz. —Elodie le sonrió también—. Beatrice debe de estar a punto de llegar. —Elodie la miró sin comprender—. Mi hija pequeña, la hermana de Walter —explicó—. Está deseando conocerte. Ha estado por la mañana con la institutriz y le he pedido que en cuanto acabe venga a conocerte. —En ese momento se escuchó una puerta—. Oh, mira… aquí está —comentó Judi poniéndose en pie.

Elodie la imitó justo cuando una joven muchacha accedió al patio a toda prisa y casi derrapó, aunque directamente tomó una postura correcta. Miró a su madre y a Elodie muy sonriente e hizo una graciosa reverencia.

—Señorita Wilkinson, le presento a mi hija pequeña, la señorita Beatrice Renwich.

Beatrice parecía realmente entusiasmada e hizo una reverencia a Elodie. La muchacha parecía muy ilusionada, ya que su sonrisa era un poema y se movía compulsivamente. De repente, Beatrice, sin poder evitarlo, se lanzó sobre Elodie con un gran abrazo.

—Qué ilusión conocerte, mi hermano me ha hablado de ti esta mañana, es como si fuésemos ya amigas —dijo uniendo sus manos bajo su barbilla.

—Oh, gracias —respondió Elodie.

Beatrice era una chica preciosa, de cabello castaño oscuro y unos enormes ojos azules, igual que su hermano. Debía de tener varios años menos que ella.

—Me ha comentado tu hermano que el año que viene te presentas en sociedad —dijo con alegría.

—Sí, aunque llevo años con mi institutriz debo confesar que estoy bastante nerviosa, y eso que aún falta tiempo —respondió con sinceridad.

—Es un momento muy importante. Estoy segura de que disfrutarás mucho de él.

—Y… ¿dónde viviréis? —preguntó Beatrice.

Elodie apretó los labios y negó con la cabeza.

—Aún tenemos que decidirlo.

—¿Podéis quedaros en Londres? Por favor… —suplicó Beatrice.

Elodie asintió.

—Claro, a mí me encantaría, pero es algo que tu hermano aún debe comunicarme.

La hermana de Walter sonrió y miró a su madre de reojo con felicidad, pues ambas parecían emocionadas por la boda que acontecería en diez días.

Judi se giró cuando un hombre del servicio le acercó un papel.

—Señora… —dijo entregándoselo.

La señora Renwich lo abrió y leyó mientras la sonrisa era cada vez más patente en sus labios. Miró a Elodie y a su hija.

—Mandaré que tengan la comida preparada pronto. Esta tarde vamos a la modista a las cinco —dijo colocando una mano en el brazo de Elodie—. Tendrás un vestido precioso —pronunció emocionada.

Había enviado una carta a primera hora de la mañana concertando una cita con el señor Jack Wilkinson a las cuatro de la tarde en su propia vivienda. Había aprovechado aquella mañana para llevar la noticia al boletín solicitando que, de urgencia, anunciasen su noticia del compromiso con la señorita Elodie Wilkinson aquel mismo día. Había tenido que discutirse con el gerente de la editorial, ya que el boletín matutino estaba montado desde la noche anterior, pero finalmente había conseguido una pequeña plaza en el lateral de la página, compensando económicamente al gerente. Por otro lado, había enviado una carta a su majestad para que fuese conocedora de lo que el marqués y el señor Jack Wilkinson habían hecho con la que era su futura prometida. De aquella forma, se aseguraba de que su majestad no colaborase con el marqués ni con el señor Wilkinson a no ser que fuese gracias a su mediación. Se había asegurado una buena estrategia para someter a la familia Wilkinson y que no le molestasen.

Después se había pasado por el banco y había retirado las doce mil libras que le había prometido a su hermano por los “supuestos” contratiempos que aquel matrimonio le pudiese provocar.

No había redactado nada, pero sí se había encerrado en su despacho privado en la segunda planta de su vivienda y había escrito a mano los puntos que debía valorar con él, no quería ningún contratiempo después. Lo único que quería dejar firmado era que le entregaba doce mil libras, y solo se las entregaría una vez hubiese firmado el documento donde, además, añadía que

en ningún momento se entrometería en la relación entre su hermana y él o explicaría dicha situación a nadie. Lo del marqués había sido un error que había subsanado a tiempo, y punto, nada más. Su matrimonio con la señora Wilkinson era el correcto.

Revisó que todo estuviese en orden cuando su mayordomo llamó a la puerta.

—Adelante —pronunció.

—Señor Renwich… —dijo entrando en el interior—, el señor Jack Wilkinson.

Walter se puso en pie y rodeó su escritorio mientras Jack entraba en el despacho de Walter mirando a su alrededor. Walter se quedó observándolo y le señaló la silla para que tomase asiento.

—Bienvenido, señor Wilkinson, puede tomar asiento —pronunció. Aunque la rabia lo consumía por dentro, sabía que en todo momento debía mantener los formalismos, por suerte, había tenido un buen maestro y su tío Benjamin le había enseñado cómo lidiar con proveedores complicados y negociar asuntos difíciles como el que tenía ahora entre manos.

Jack lo miraba seriamente, pero tomó asiento tal y como Walter le ofrecía, aunque cuando Jack se sentó se dio cuenta de que el butacón donde él estaba sentado era más bajo, dejándolo en una posición de inferioridad.

—Señor Wilkinson, gracias por venir esta tarde —comenzó—, creo que tenemos varios asuntos que discutir.

Jack ladeó su cuello.

—¿Mi hermana se encuentra aquí? —preguntó directamente.

—No, no sería correcto que viviésemos juntos antes del matrimonio, ¿no cree? —ironizó—, pero le aseguro que está perfectamente atendida y en muy buena compañía.

Jack apretó los labios.

—Exijo saber dónde está… —ordenó—, usted no es su marido y no tiene aún derecho alguno sobre mi hermana. Esto es un secuestro.

—No es ningún secuestro, señor Wilkinson. Su hermana se ha marchado voluntariamente de su hogar puesto que no estaba bien atendida… —Puso su espalda firme—, quizá si ustedes hubiesen respetado sus decisiones y… —lo miró fijamente—, no hubiesen recurrido a la violencia con ella para…

—¿Violencia? —gritó Jack como si aquella palabra lo alterase.

Walter lo miró fijamente.

—¿Cree que soy idiota, señor Wilkinson? —preguntó con voz grave—. Su hermana nunca me lo ha comentado, pero sé perfectamente que la golpearon en el barco, puesto que tenía la mejilla colorada y los ojos llorosos. ¿Quiere hablar sobre eso, señor Wilkinson? ¿De verdad? ¿Quiere discutir conmigo sobre que usted o su madre, quien haya sido no me importa, golpearon a mi futura esposa? —Su mirada se volvió más intensa—. No le recomiendo iniciar una guerra conmigo, señor Wilkinson. —Aquella vez su voz sonó más amenazante—. Se lo advierto. Usted y yo estamos reunidos simplemente para que le dé un dinero y para notificarle que la boda se realizará en diez días. En breve, recibirán la invitación en su domicilio y espero su confirmación por escrito. —Jack puso su espalda recta, ¿tan pronto iban a contraer matrimonio? Aquel hombre no perdía el tiempo—. Respecto al dinero, como bien sabe, yo tendría que recibir una dote, pero he renunciado a ella voluntariamente y a cambio de los perjuicios que usted o su familia puedan haber sufrido, aunque no sean ciertos…

—Eso es lo que usted dice…

—Tal y como le prometí, le pagaré doce mil libras —continuó ignorando su comentario. Sacó del cajón una bolsa de tela en cuyo interior había muchos billetes, aunque no se la dio,

simplemente la dejó a su lado—. Eso sí, a cambio usted me firmará un contrato…

—¿Un contrato?

—Sí, por el que usted recibe esa cantidad de dinero. —Situó el contrato ante él y un plumín —. Usted recibe doce mil libras por los daños —lo acompañó con un movimiento de dedos como si lo apostillase—, que dice haber sufrido, a cambio usted se compromete a decir que la publicación del matrimonio con el marqués fue una errata de imprenta, tal y como ya se ha mencionado en la publicación del boletín de hoy. Además, usted se compromete a no interferir en la vida de su hermana nunca más, bajo ningún concepto.

Jack lo miró sorprendido.

—¿A qué se refiere? ¿Que ni mi madre ni yo la podremos ver?

—No, señor Wilkinson, nada de eso. Ustedes podrán verla siempre y cuando actúen como su familia, no como simples mercaderes —contestó con voz grave.

Jack apretó los labios.

—No voy a tolerar estas faltas de respeto —pronunció como si fuese a levantarse de la silla.

Walter se encogió de hombros y tomó la bolsa de tela donde tenía las doce mil libras.

—Bien, entonces… ¿no quiere el dinero? —dijo como si fuese a guardarla en el cajón—. Voy a casarme con su hermana tanto si quiere como si no. —Jack se quedó quieto en aquel momento—. Firme el contrato y deje de hacerse el ofendido. Al fin y al cabo, es para lo que ha venido, ¿me equivoco?

Jack tensó su mandíbula y miró aquella bolsa de tela donde se suponía que estaban las doce mil libras prometidas.

Cogió el plumín y firmó el contrato directamente con todo el cuerpo en tensión. Una vez firmó las dos copias, una la cogió Walter y la otra se la quedó Jack.

—Por su propio bien, espero que este contrato sea personal y no salga a la luz, no creo que la gente lo juzgase muy bien por aceptar el dinero y, además, desprestigiaría a su familia y la sociedad comprendería que su familia no tiene ni siquiera dinero para pagar una dote —comentó Walter.

—No soy tan idiota como usted cree, señor Renwich —indicó él guardando el contrato en un sobre.

—Por otro lado —continuó Walter—, si usted cumple lo establecido en el contrato yo mismo podría presentarle a la Corona. Eso sí, siempre que su hermana esté de acuerdo, será una decisión de ella, no mía, así que más le vale tratarla como se merece. —Jack volvió a poner su espalda recta. Walter se puso en pie y le tendió la mano—. Encantado de hacer negocios con usted, señor Wilkinson.

Jack miró aquella mano y, finalmente, la estrechó, aunque sintió cómo Walter le apretaba más de la cuenta y lo acercó a él.

—Intente llevarse bien conmigo, señor Wilkinson, le aseguro que va a obtener muchos más beneficios que con el marqués de Bristol. Soy un hombre más comprensivo de lo que cree y confío en que todo el mundo merece una segunda oportunidad. No la desaproveche. —Dicho esto, le soltó la mano. Le tendió el sobre de tela, pero Jack lo abrió y miró en el interior como si contase los billetes—. Soy un hombre de palabra —pronunció Walter.

Jack lo miró y cerró el sobre.

—¿Podrá al menos mi madre ver a mi hermana? —le preguntó.

Walter inspiró hondo.

—Le haré llegar su propuesta, señor Wilkinson, no lo dude, pero eso es decisión de mi futura esposa y voy a respetar su decisión, sea cual sea —recalcó—. Y, por cierto, acompañará a

su hermana al altar, como haría cualquier hermano mayor con su hermana… con una sonrisa —enfatizó.

Jack asintió y, dicho eso, guardó el sobre con el contrato y la bolsa con el dinero en el maletín que llevaba y se giró dirigiéndose a la puerta.

No hubo más palabras por parte de Walter, ya le había dicho todo lo que tenía que decirle. Situó sus manos en los bolsillos de los pantalones y se acercó a la ventana para observar cómo tras unos segundos el señor Wilkinson salía de su domicilio y se dirigía a su carruaje, donde un cochero lo esperaba para abrirle la puerta.

Suponía bien, aquel hombre solo se movía por la codicia y lo único que le importaba era el dinero y su empresa. Sin embargo, comprendía que su madre estuviese preocupada.

Observó cómo el carruaje avanzó por la calle hasta que dobló una esquina.

Jack contó el dinero asegurándose de que tenía las doce mil libras y volvió a guardarlo en el maletín. Si, no faltaba ni una sola libra.

No lo soportaba, aquel hombre había arruinado sus intenciones y lo había manipulado a su antojo y no lo iba a permitir.

Dio unos golpes en la pared del cochero para llamar su atención y, posteriormente, extrajo su cabeza por la ventana.

—Por favor, lléveme a Whitechapel —ordenó.

El cochero ser giró asustado.

—¿A Whitechapel? —preguntó asustado—. Señor, ahí solo…

—Sé perfectamente lo que hay. Ya me ha escuchado —zanjó antes de introducir su cabeza de nuevo en el interior.

Aquello no iba a quedar así. Si por algo se caracterizaba era por tener un gran orgullo. No iba a permitir que aquel hombre dominase su vida.

Media hora después el carruaje se detenía a las afueras del barrio de Whitechapel. Conocía perfectamente aquel barrio, sobre todo por sus visitas nocturnas para encontrar el favor de alguna mujer de baja alcurnia que ofrecía placeres por unas pocas libras o bien para encontrar alcohol barato. Pero no, ahora no buscaba aquello.

Bajó del carruaje dándole la orden al cochero de que lo esperase allí y se adentró en el corazón de aquel barrio donde la inmigración judía e irlandesa cada vez era mayor.

Sabía que muchos le ofrecerían lo que buscaba.

Miró de un lado a otro hasta que encontró a un grupo de irlandeses en una esquina. Comenzaría por allí, con suerte, ellos serían capaces de llevar a cabo lo que él tenía en mente, si no, por pocas libras le indicarían a dónde dirigirse.

Fue hacia ellos y se situó enfrente. Los tres hombres lo miraron de la cabeza los pies. Sí, eran hombres rudos, justo lo que buscaba.

—Señores… ¿quieren ganar una gran suma de dinero? —preguntó directamente, suscitando el interés de aquellos tres hombres.

18

Judi Renwich y su hija Beatrice parecían realmente felices mientras explicaban a la señora Allen, hermana de Judi y tía de Beatrice, el vestido que iba a diseñarle su modista de confianza a Elodie.

—En seis días tiene que ir a hacerse la prueba —explicó Judi—, y mañana tenemos hora con la imprenta a primera hora de la mañana para enviar las invitaciones… y a las doce con los cocineros extras que vamos a contratar para el banquete.

La señora Allen parecía realmente entretenida con la conversación.

—¿A cuántas personas vais a invitar? —preguntó emocionada.

—Pues yo he contado entre mis amigas, los que trabajan con nosotros —miró a Elodie—, empresarios… que siempre va bien invitarlos para afianzar relaciones y los pocos que ha invitado Elodie… entre unos ochenta y noventa.

—Oh, vaya… no son muchos —se quejó la señora Allen y miró a su hermana con una sonrisa—. Espero que cuentes conmigo.

—Oh, tía —bromeó Beatrice—, ¿cómo no vamos a contar contigo?

—Y con Anne, es muy amable —dijo con una sonrisa.

Elodie se sentía abrumada por todo lo que la familia Renwich estaba haciendo por ella.

—Anne es una de mis mejores amigas —indicó ella.

—Es encantadora —confirmó la señora Allen y miró a todas—, hoy me ha leído más mientras estabais en la modista y luego hemos salido un rato al jardín a tomar un té y charlar. —Miró directamente a Elodie—. Supongo que querrás que continúe contigo después de casada, ¿verdad? —le preguntó.

Elodie apretó los labios, la mujer parecía encantada con Anne, y no era para menos. Anne era una mujer espléndida y amable.

—Me gustaría, aunque si usted quiere que se quede… podría hablarlo con ella.

—De todas formas —intervino la señora Renwich—, mi hijo no vive más que a unas manzanas de aquí. —Miró a Elodie—. Supongo que os instalaréis en esa vivienda una vez casados.

Ella chasqueó la lengua.

—Es algo que todavía tengo que hablar con él —susurró avergonzada.

La señora Renwich situó una mano en el brazo de Elodie y dio unas palmaditas.

—Seguramente sea lo que haréis, así que supongo que Anne podrá venir a visitarte a menudo, Catherine. De todas formas, no creo que esté de más contratar a una mujer de compañía para cuando…

—No quiero a otra, quiero a Anne —pronunció la señora Allen como súplica, lo que enterneció a Elodie.

—Le prometo que lo hablaré con ella. Anne me ha cuidado desde niña, y no querría desprenderme de ella, ha sido como una madre para mí, pero estoy segura de que ella aceptaría encantada venir unos ratos por la mañana y por la tarde, incluso si vivimos aquí cerca yo vendría

con ella —propuso Elodie.

—Oh, eso sería fantástico, querida —dijo la señora Allen tomando su mano con ternura—. Y, por cierto, desearía ir a la prueba del vestido de novia, si no es ningún inconveniente.

—Ninguno —respondió Elodie—. Me encantaría que nos acompañase.

La madre de Walter miró con alegría a Elodie, parecía encantada con la decisión que había tomado su hijo de tomarla como esposa. Elodie parecía una mujer que necesitaba cariño y estaba dispuesta a recibirlo y a darlo también.

—¿El convite lo haréis en vuestra casa? —Miró a su hermana—. ¿O queréis celebrarlo aquí? —preguntó con una sonrisa ofreciendo su hogar—. Mi jardín no es tan grande como el vuestro… —señaló a su hermana con la mano—, pero estaría encantada de celebrarlo aquí.

—Oh, hermana, te lo agradezco muchísimo —dijo Judi tomando su mano—, pero del banquete me encargo yo, aunque agradecería tu ayuda —le propuso—. Hay mucho que organizar y poco tiempo.

—Sabes que estaré encantada —respondió la señora Allen—. Yo me encargo de las flores y de…

Todas se giraron cuando escucharon unos pasos entrando al salón. Tal era la emoción que todas tenían que no habían sido conscientes de que habían llamado a la puerta. Walter las observaba debajo de la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones y ladeando su cuello.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó con una medio sonrisa. Miró a su madre que estaba con una sonrisa—. Mamá, te dije que algo sencillo, que no queríamos…

—Oh, hijo… si será sencillo —contestó Judi avanzando hacia él como si nada—, pero ¿no pretenderás casarte y no hacer un pequeño banquete para los más allegados?

Walter enarcó una ceja.

—Define allegados —ironizó.

—Mmm… unos ochenta o noventa comensales. —Walter puso los ojos en blanco—. Oh, vamos, es solo nuestra familia más cercana y algunos empresarios con los que mantienes buena relación. —Se acercó y dio unos golpecitos en el pecho de su hijo ante su mirada burlona—. Siempre va bien mantener los contactos.

Walter suspiró y miró a Elodie. En ese momento, su corazón le dio un vuelco. Creía que era la primera vez que la veía sonreír, y sin duda tenía la sonrisa más bonita y tierna que jamás había visto. Sintió cómo se le erizaba la piel de su cuerpo y se obligó a tragar saliva.

—Señorita Wilkinson —pronunció mirándola— ¿podemos hablar un momento?

—¡A solas no! —pronunció rápidamente la tía.

—Tía, por favor… —rio Walter—, daremos un paseo por el jardín, pero hay unos asuntos que me gustaría aclarar con mi futura esposa —pronunció—. Si estás más tranquila puedes quedarte bajo el porche tomando un té y observarnos caminar.

—Me gustaría, sí —pronunció su tía con una sonrisa, como si la situación le divirtiese—. Que venga Anne, por favor y… —miró a su hermana y a su sobrina—, vayamos todas al porche a tomar un té.

Walter suspiró y miró a Elodie, le hizo un gesto con la cabeza para que se dirigiese junto a él al jardín trasero. Elodie cogió una chaqueta fina y tanto la madre de Walter como la hermana ayudaron a levantarse a su tía y la acompañaron caminando, siguiendo los pasos de la pareja.

—No vayáis tan rápido —se quejó hacia Walter—, mis piernas no dan para más.

Walter se giró y la miró divertido. Parecía que su tía se estaba tomando muy en serio el hecho de que se guardasen respeto, aunque estaba claro que estaba disfrutando de la situación y

parecía que había recobrado incluso algo de vitalidad.

Ambos redujeron la marcha para facilitar que su tía pudiese seguirlos y salieron al porche del jardín. El sol comenzaba a ponerse y el aire era un poco fresco. Bajo el portal estaban cobijados, pero cuando ambos descendieron los escalones el aire hizo que la piel de Elodie se erizase. Se puso la chaqueta y comenzó a caminar al lado de Walter, aunque miró de reojo cómo su familia tomaba asiento y comenzaba a hablar animadamente, si bien iban echando un ojo hacia ellos. No obstante, sonreían sin parar, lo cual le indicaba que más que controlarlos les divertía la situación.

Walter le indicó con la mano que siguiesen un camino de piedra que rodeaba unos árboles. El jardín no era muy grande, pero les permitía tener un poco de intimidad, al menos, la necesaria para hablar con privacidad de sus asuntos.

—¿Te parece bien que mi madre organice la boda? —le preguntó mirando hacia atrás, comprobando cómo su núcleo familiar se divertía.

—Sí, claro, no hay problema. Parece bastante emocionada —respondió ella sonriente.

—Sí, mi madre siempre ha sido una gran anfitriona —comentó mirándola divertido.

—Se están portando muy bien conmigo. Esta tarde —explicó—, hemos ido a la modista de tu madre a confeccionarme un vestido de novia. —Walter rio y puso los ojos en blanco—. Mañana tenemos hora por la mañana para enviar las invitaciones de la boda y por la tarde tu madre quiere hacer un par de entrevistas a varios cocineros para el banquete.

—Esta mujer disfruta demasiado organizando eventos —comentó gracioso.

Elodie lo miró con una sonrisa pensativa.

—Ya, pero son encantadoras… todas —susurró agradecida y suspiró como si se sintiese reconfortada.

Walter asintió y se pasó la mano por la mejilla, acariciando la barba de dos días. Miró al frente mientras rodeaban un árbol y seguían caminando hacia el siguiente.

—Me he reunido esta mañana con tu hermano —comentó lentamente. Elodie borró la sonrisa de su rostro y lo miró mientras se detenía un segundo, aunque luego reinició el paso, solo que más lentamente.

—¿Ha ido bien? —preguntó abrazándose a sí misma.

Él asintió. No quería entrar en detalles, pues sabía que podía dolerle y se había descubierto a sí mismo necesitado de verla sonreír.

—Ha quedado todo muy claro —explicó él colocando sus manos a su espalda.

Ella enarcó una ceja.

—Conozco lo suficiente a mi hermano como para saber que es muy orgulloso. —Aquel comentario hizo que él la mirase, estudiándola—. Quiero saber lo que habéis hablado —pronunció ella.

—No ha sido nada —dijo Walter quitándole importancia—. Ha firmado un contrato que había redactado por el que le entregaba doce mil libras y él se comprometía a no desmentir que la imprenta había sufrido un error anunciando tu boda con el marqués, además, también se comprometía a no interceder más en tu vida —explicó pausadamente.

Ella tragó saliva y se mordió el labio.

—Doce mil libras —susurró y resopló—. Siento que te hayas visto en esto.

Él se detuvo y se situó frente a ella ladeando su cuello.

—Ya te comenté que el dinero no es problema —le recordó—. Ambos tenemos un acuerdo con el que salimos beneficiados. —Ella asintió—. Ha firmado el contrato y le he entregado el dinero, pero… me ha pedido una cosa…

—¿El qué? —preguntó interesada.

—¡Nada de estar detrás del árbol! —les llegó el grito de la tía Catherine desde allí.

Ambos reaccionaron de inmediato y avanzaron unos pasos mirando en dirección al porche, donde uno de los sirvientes les servía un té y Elodie pudo reconocer la figura de Anne sentada con ellas.

—Tu madre quiere verte —explicó. Ella suspiró y se removió inquieta—. Es normal que lo desee, no dejas de ser su hija, aunque su comportamiento no sea el adecuado —continuó lentamente—. ¿Puedo darte un consejo? —le preguntó. Ella asintió de inmediato—. Queda con ella… en un lugar público, no aquí. Toma un té una tarde con ella en un restaurante y habla. Ve con Anne —dijo—. Sé que no te han tratado como es debido, pero mi consejo es que, al menos, hables con ella una tarde antes de la boda.

Ella apretó los labios y asintió.

—Está bien —comentó mirando al frente—. Le enviaré una carta mañana para quedar al día siguiente por la tarde en una tetería.

—Piensa que el matrimonio ya está anunciado y tu hermano ha cobrado un dinero, si en algún momento interceden en tu vida o te faltan al respeto no tienes nada más que decírmelo y exigiré que se me devuelva el dinero. —Le guiñó un ojo—. Está pactado en el contrato que tu hermano ha firmado.

Ella se detuvo y lo miró de la cabeza a los pies, sorprendida por la forma que tenía de protegerla pese a que solo hubiese un acuerdo entre ambos.

—Gracias —dijo con sinceridad—. Te estás tomando muchas molestias.

Él no dijo nada y siguió caminando mientras ella le igualaba el paso.

—El hecho de que haya un acuerdo entre nosotros no quita que realmente te vas a convertir en mi esposa. Es normal que intente protegerte, más cuando he visto la conducta de tu hermano y de tu madre, qué menos… —se detuvo y la miró con intensidad—. Ambos debemos salir beneficiados de este acuerdo, no solo yo —indicó. Ella asintió de nuevo, agradecida. Walter sonrió—. Además, se me dan bien los negocios.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Sí, lo vi en el baile —corroboró.

Caminaron en silencio unos metros.

—Supongo que mi madre ya te ha informado de cuándo es la boda… —Ella asintió—. Bien, veo que te tiene al día de todo. —Miró su perfil—. ¿Estás cómoda aquí?

—Mucho… —contestó feliz y suspiró—. Por cierto, tu hermana me ha preguntado si viviremos aquí o… en otro lugar.

—Sí, tengo mi vivienda a pocas manzanas de aquí. Me gustaría que nos instalásemos ahí —respondió mirando al frente—. Aunque eso no quita que no podamos desplazarnos algunos días a otros lugares o hacer un viaje, pero sí, mi residencia se encuentra aquí. —Ella asintió—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Londres me gusta mucho y tengo a mis amigas aquí —respondió.

—De acuerdo. ¿Alguna duda más? —preguntó gracioso mientras miraba hacia su familia.

—Me dijiste que haríamos un viaje cuando nos casásemos para evitar habladurías y estar tranquilos —comentó Elodie—. ¿Será el mismo día?

Él asintió.

—Sí, es lo que tengo pensado. En principio, por lo que me ha explicado mi madre, la boda se celebra a las once de la mañana, por lo que el convite será de día —inspiró aire—. Mi intención es partir rumbo a Keswick esa misma tarde. Podemos hacer noche en algún hotel de

Oxford. Está a medio camino. Hay un hotel que suelo frecuentar cuando me dirijo a Keswick, se llama *Voco*[8], y está muy bien. —La miró fijamente—. Sé que quizá no es lo más apropiado para una noche de bodas, pero creo que es lo mejor teniendo en cuenta las circunstancias.

Ella asintió.

—Sí, yo también lo creo así.

Caminaron un poco más y Walter la miró de reojo.

—Hay algo que me veo en la obligación de decirte… —continuó con confianza—, respecto a la noche de bodas, como te prometí, te respetaré en todo momento… —Ella arqueó de nuevo su ceja sin comprender a lo que se refería—, pero bueno, cuando llegue el momento creo que deberíamos mantener una conversación sobre lo que ocurre…

—¿Lo que ocurre?

Él se detuvo y la miró en tono burlón, incluso agobiado.

—Mmm… sí… por la noche —comentó en un susurro.

—¿Por la noche? —preguntó ella mirándolo sin comprender.

Él se quedó observándola, sin saber cómo seguir la conversación.

—Ya lo hablaremos —dijo iniciando la marcha—. Cuando volvamos de nuestro viaje es posible que saquen el tema, así que lo mejor es que estés precavida…

—¿Que saquen el tema de qué? —insistió ella. Él resopló y se giró de nuevo hacia ella un poco sofocado.

Walter miró en dirección a su familia.

—El tema sobre lo que ocurre entre un marido y una esposa en la noche de bodas —susurró.

Lo miró sorprendida, pues parecía abrumado por aquella conversación.

—¿Qué te ocurre? —rio ella sin comprender a qué venía aquella actitud. Él chasqueó la lengua—. ¿Y qué ocurre en la noche de bodas?

Tragó saliva.

—Al menos, esa noche, al estar en un hotel y decir que estamos casados, compartiremos habitación. No quiero levantar sospechas. Una vez lleguemos a Keswick o estemos en nuestro domicilio aquí en Londres ya podremos organizarnos mejor —indicó él mirando de reojo hacia su familia, asegurándose de que no los escuchaban. No sería apropiado mantener aquel tipo de conversación sin estar casados.

—Sí, mis padres también lo hacían, creo que podré soportarlo —bromeó ella.

—Ya —respondió y respiró hondo—. Esa noche también compartiremos cama…

—Sí, todos los matrimonios lo hacen.

Él pestañeo.

—Elodie… —pronunció lentamente—, ¿realmente no sabes nada sobre lo que ocurre entre un hombre y una mujer por la noche? —acabó diciendo desesperado.

Ella miró de un lado a otro, angustiada por sus palabras.

—Es que… no entiendo… —comentó desesperada.

Walter se pasó la mano por la cara, agobiado.

—¿Sabes cómo se hacen los bebés? —preguntó ya directamente. Ella pestañeó repetidamente—. De acuerdo, ya me ha quedado claro —comentó agobiado—. Mmm… haz como si no hubiésemos tenido esta conversación, ¿de acuerdo?

—Me tienes intrigada —respondió ella molesta.

—Ya te he dicho, olvídalo.

—No, no… quiero saber —insistió—. ¿Qué es lo que te tiene tan agobiado?

Él resopló.

—En nuestra noche de bodas te lo explicaré —comentó.

—Lo quiero saber ahora.

—Ahora no sería apropiado —repitió rápidamente.

Ella dio un paso atrás, absorta con sus palabras.

—¿Por? —se removió inquieta—. Walter… —susurró—, ¿hay algo que deba saber? —preguntó mirándolo fijamente.

Él le devolvió la mirada.

—Creo que debes saber muchas cosas, pero ya te las explicaré en su momento y… a solas —acabó con voz más grave mirando en dirección a su familia. Ella iba a volver a preguntar, pero Walter no se lo permitió—. Bien, pues… mañana le escribes la carta a tu madre y quedas con ella.

—No, no me cambies de tema… —lo interrumpió—. Es la segunda vez que me sacas el tema de la noche de bodas, me tienes preocupada con eso.

—No tienes por qué preocuparte —respondió volviendo a mirarla. Inspiró hondo y comenzó a andar—. Volvamos con mi familia…

Ella se situó a su lado mientras miraba su perfil. Tenía la mandíbula tensa.

Ella negó con la cabeza e inspiró, Walter parecía decidido a no dar ningún tipo de explicación más.

—No comprendo nada… —susurró ella.

—Ya comprenderás, ya —ironizó él en un susurro antes de llegar hasta donde se encontraban todas las mujeres—. Bien —comentó situándose frente a su tía. Elodie se situó a su lado, aunque permanecía pensativa, dándole vueltas a las palabras de Walter. ¿Qué ocurría en la noche de bodas? ¿Por qué a Walter parecía preocuparle tanto? Dudaba que fuese para tanto—, será mejor que os abandone ya.

—¿No te quedas a cenar, querido? —le preguntó su tía.

—No, gracias tía, pero tengo asuntos que atender. —Se giró y tomó la mano de Elodie—. Señorita Wilkinson, no volveremos a vernos hasta el día de la boda, aunque cualquier cosa que necesite estoy a su entera disposición —dijo besando su mano levemente.

Ella seguía mirándolo intrigada, aunque, por suerte, no sacó el tema y asintió.

—Se lo agradezco mucho —pronunció haciendo una reverencia, manteniendo el protocolo ante su familia, aunque obviamente Walter detectó que seguía mirándolo intrigada por la conversación que habían mantenido.

Se despidió de cada una de las mujeres y se marchó directamente, con paso acelerado. La conversación que habían mantenido parecía haberle afectado de alguna forma. Elodie lo vio desaparecer tras la puerta y cuando se volvió hacia la que sería su familia política todos se encontraban muy sonrientes.

—Hacéis una pareja encantadora —comentó Judi, la madre de Walter, entusiasmada.

—Seguro que tenéis muchos hijos —rio la tía Catherine.

—Y esos bebés serán de una belleza increíble —continuó la madre de Walter.

Elodie enarcó una ceja. ¿Por qué sacaban de nuevo el tema de los bebés? Elodie iba a preguntar, pero fue esta vez Beatrice quien intervino.

—¿Cómo se hacen los bebes? —preguntó directamente.

Su madre se giró desencajando la mandíbula mientras la tía Catherine comenzaba a reír.

—Oh, Beatrice, esa pregunta no es adecuada —se quejó su madre.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

Elodie las observaba atentamente. Ahí había algo que se le escapaba.

La madre de Walter inspiró aire intentando calmarse mientras la tía Catherine seguía riendo a carcajadas.

—Será mejor que vayamos al salón a esperar la cena, aquí empieza a hacer frío —dijo su madre cogiendo a su hija por los hombros.

—Mamá… —se quejó Beatrice mientras su madre la empujaba.

Elodie las miró y luego descendió su mirada hacia la tía que la observaba con una sonrisa pícara. Aquello era muy extraño, ¿por qué la miraba así? Estaba claro que debía tener una clara conversación con Walter, pero había dicho que no volverían a verse hasta el día de la boda. Resopló y volvió a quedarse mirando intrigada a la tía que no hacía más que sonreírle de una forma enigmática.

—Vamos, señora Allen —comentó Anne tendiendo su mano hacia la señora—, la ayudo a levantarse y vamos al salón. La cena está a punto de ser servida.

Elodie se quedó unos segundos parada, pensativa, dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Walter y a lo que habían dicho tanto la madre como la tía de él.

—Vamos, cariño —dijo la señora Allen hacia Elodie, la cual despertó de sus pensamientos —. Comienza a hacer frío y en diez días hay que celebrar una boda. Entra, no te vayas a constipar —ordenó.

Elodie la siguió al interior de la vivienda donde en diez minutos tendrían la cena ya servida.

Miró nerviosa a Anne que estaba sentada a su lado mientras veía acercarse a su madre, caminando lentamente hacia ellas.

Le había enviado una carta el día interior y había hecho caso de lo que le había propuesto Walter, era lo mejor, un lugar público donde su madre debería mantener la compostura y, además, estaría acompañada de Anne, lo cual la hacía sentirse protegida.

—Tranquila —susurró Anne antes de que su madre se situase ante ella.

Mary Elisabeth Wilkinson se situó ante ella mirando a su hija con una emoción contenida.

—Elodie —susurró.

—Buenos días —comentó ella poniéndose en pie.

Su madre la abrazó directamente y, aunque Elodie le devolvió el abrazo, no pudo evitar recordar las palabras de su madre, cómo la había abofeteado y obligado a casarse con un marqués que, por otro lado, los tenía a todos engañados.

Elodie se apartó y tomó asiento de nuevo. Su madre la imitó sentándose frente a ella y saludó a Anne con un movimiento de cabeza.

—Anne —dijo educadamente.

—Señora Wilkinson —contestó Anne.

Su madre volvió toda su atención hacia su hija y ladeó su cabeza.

—Tenía ganas de verte —susurró emocionándose. Elodie se removió incómoda y suspiró —. ¿Estás bien atendida?

Elodie enarcó una ceja.

—Estoy muy bien atendida —contestó Elodie lentamente—. Me tratan con mucho cariño.

Su madre se removió en la silla y la miró mordiéndose el labio.

—No quería llegar a esto, hija —continuó su madre. Elodie apretó los labios—. Yo… —miró de reojo a Anne—, yo solo pretendía hacer lo mejor para la familia.

Elodie la escudriñó con la mirada.

—¿Para la familia? ¿O para Jack y para ti? —preguntó.

El hecho de encontrarse en un lugar donde realmente se sentía amada le había dado fuerzas para enfrentar a su madre.

—Solo pretendíamos hacer lo correcto —insistió su madre.

Elodie negó con la cabeza y rio irónicamente. Miró a su madre y luego observó de reojo a Anne. Pensaba que el enfrentarse a su madre la acobardaría, sin embargo, aquellos últimos días donde se había sentido amada y con una nueva familia que la protegería le habían dado fuerzas para enfrentarse a ella y, sobre todo, le habían hecho ser consciente de todo el cariño que una familia podía proporcionar. Se sentía afortunada, aunque fuese solo por un mero acuerdo, de haberse topado con la familia Renwich. Tenía mucha suerte.

—¿Querías quedar conmigo para excusarte o para pedirme perdón?

Su madre la miró confundida.

—¿Pedirte perdón? Elodie… —dijo con un tono dolido—, nosotros solo pretendíamos que tú tuvieses un buen porvenir y de paso ayudar a la familia. —Ella puso su espalda recta, como si hubiese recibido otra bofetada de su madre—. Puede que nos equivocásemos, que tuviésemos errores, pero lo hicimos por tu bien y por el nuestro.

Elodie miró de reojo a Anne, la cual apretaba los labios. Volvió su atención hacia su madre y ladeó la cabeza.

—Me estabais condenando a una vida sin amor, y aunque sabíais que yo no deseaba eso me obligasteis igual. El marqués no tiene una buena relación con la Corona, Jack ni siquiera se molestó en investigar. El marqués es un hombre depravado que solo quería a una mujer joven a su lado para divertirse. Os estaba engañando y ni siquiera ahora admites tu error —pronunció lentamente—. No has venido a pedirme perdón, ya no porque quisieses casarme con el marqués, sino porque llegaste a golpearme —susurró—, evitando así que pudiese hablar o quejarme, haciéndome sumisa totalmente. Aun así, he venido aquí para verte… pero no para escuchar tus excusas. Por suerte, tendré un marido que sí me quiere, y no porque necesite vuestro dinero… créeme, le sobra —pronunció con desdén—, sino porque me ama de verdad —acabó diciendo, obviando el acuerdo al que había llegado con él—. Por primera vez me siento querida, siento que importo a una familia y noto que me apoyan. No tengo por qué soportar que te hagas la mártir. Jack recibió una gran suma de dinero hace unos días por parte del que será mi marido y seguramente sí tendrá buenos negocios porque mi futuro esposo, —remarcó—, así se lo procurará. Eso sí, no quiero escuchar más lamentos ni de Jack ni tuyos. No me lo habéis puesto fácil, nada fácil, al contrario… puedo perdonar, pero no olvido. —Dicho esto, se puso en pie—. Con el tiempo, me gustaría tener una relación cordial con vosotros, pero no esperes que comprenda que una madre condene a su hija a una vida llena de dolor. Yo nunca lo haría. Jamás —sentenció—. Dentro de siete días contraigo matrimonio, estáis invitados a la boda como ya sabréis y os habrá hecho llegar por carta la familia Renwich. Podéis venir o no, no me importa —pronunció poniéndose en pie—. A partir de ahora me voy a dedicar a ser feliz, a mi marido y a mí. —Miró a Anne, la cual la imitó poniéndose en pie—. Os espero en mi boda. Buenas tardes… —le hizo una reverencia y, dicho esto, dejó a su madre boquiabierta.

Había sido educada, pero no iba a tolerar que su madre intentase manipularla, ya no más. Había soportado demasiado, incluso planteándose huir de su familia, de su hogar e incluso de su país. Walter Renwich le había ofrecido una solución con la que ambos saldrían beneficiados y, de momento, estaba siendo todo un caballero y cuidando de ella como le había prometido. Sintió cómo una leve sonrisa aparecía en su rostro. Jamás había pensado que sería capaz de hacer algo así, pero aquellos últimos días había ganado confianza y seguridad en sí misma.

Miró a Anne que caminaba a su lado sin decir nada.

—¿Crees que he sido muy dura? —le preguntó en un susurro.

Anne la miró y le sonrió levemente.

—Señorita Wilkinson, creo que ha sido demasiado blanda —confesó—. Obviamente, a su madre no parece que le importe el dolor que usted ha sufrido. Me parece que ha actuado con educación, pero con confianza en usted misma. —Le sonrió con ternura y una pizca de diversión —. Su madre se ha quedado con la boca abierta —rio al final y Elodie se cogió a su brazo con cariño. Anne situó una mano sobre la de Elodie—. Me alegra que su madre la vea como una mujer fuerte y no piense que no merece a su futuro esposo, usted se merece todo lo que ha conseguido por méritos propios.

Elodie caminó olvidando la conversación con su madre. En un principio le había dolido su actitud, ahora ya no. No, ahora se sentía orgullosa de sí misma por haber tomado aquella decisión para poder ser feliz en su vida. A partir de ahora olvidaría todo el dolor y se dedicaría a ser feliz y a disfrutar de la vida que Walter le ofrecía.

19

Su hermano no había cruzado palabra con ella mientras esperaban en la sala a que anunciasen que ya podían dirigirse a la zona del altar de la iglesia, donde esperaban los casi noventa invitados. A la gran mayoría no los conocía, solo a su amiga Camila, a su madre y a su hermano… el resto se había encargado la señora Renwich de invitarlos.

Había llegado el momento y se encontraba realmente nerviosa. Entendía que la reina no se oponía a aquel matrimonio, pese a que muy probablemente el marqués se habría quejado. Seguramente habría puesto el grito en el cielo ante tal humillación, pero Walter había dicho la verdad y la reina no habría ni tomado siquiera en consideración las quejas del marqués, dado que lo conocía demasiado bien, por desgracia. El hecho de estar allí, a punto de casarse, le daba a entender que Walter le había explicado la verdad en todo momento. Se había salvado de una vida llena de dolor y sufrimiento.

Su hermano no dijo nada cuando entraron en la salita anunciando que ya se podían dirigir por el pasillo, simplemente se había situado frente a la puerta abierta y había tendido su brazo hacia ella para acompañarla al altar.

Elodie fue hacia él y tomó su brazo. El vestido que la madre de Walter y la modista habían confeccionado para ella era realmente precioso. Un vestido de tallo alto, con un escote cuadrado y manga lacia. Los guantes blancos llegaban por encima de sus codos.

Bajo el pecho, una tira de color blanco se ajustaba a su contorno y, desde ahí, descendía hacia abajo realzando su figura, con una tela blanca bajo una tela más transparente que daba brillo al vestido.

Se había recogido el cabello en un moño alto ensartado en una tiara de plata y diamantes realmente preciosa, a conjunto con sus pendientes y el sutil colgante en su cuello.

De la tiara salía hacia atrás un velo que llegaba hasta el suelo, aunque no llegaba a arrastrarlo.

Sintió su corazón latir con más fuerza cuando entraron en la capilla y todos los invitados se pusieron en pie. Tragó saliva y respiró hondo mientras avanzaba hacia el pasillo.

La iglesia de Santa Bride era realmente hermosa en su interior.

Los bancos de madera se encontraban a cada lado, a lo largo de toda la estancia. Las paredes se encontraban recubiertas de madera hasta la mitad, tras ellas, las columnas blancas subían hasta el techo formando arcos recubiertos de recuadros de oro.

Era una iglesia muy elegante.

La tía de Walter, la señora Allen, se había encargado de que la iglesia luciese aún más bella, pues habían decorado cada banco con ramos de flores blancas, así como las columnas situadas a cada lado.

Avanzó sobre aquel suelo blanco donde se creaban cruces con baldosas negras y lo primero que vio fue a su madre, de pie en el primer banco, vestía un bonito vestido color verde y un tocado en la cabeza.

Inspiró y no pudo evitar sonreír cuando miró a la familia Renwich, la cual permanecía

sonriente en los bancos al otro lado de su madre.

Su mirada voló hacia el sacerdote y, a su lado, se encontraba Walter Renwich. Apretó los labios y sintió que la respiración se le aceleraba. ¿Iba a convertirse en la esposa de aquel hombre? No lo había visto desde su última reunión en el jardín de su tía y aún era más hermoso de lo que recordaba.

Walter vestía elegante como siempre, con un chaqueta y pantalones de color negro, y su chaleco y camisa blanca. Su figura era realmente imponente.

Llegaron hasta él y Jack la miró de la cabeza a los pies, soltó su mano y miró a Walter. Jack asintió y se giró acercándose a su madre.

Walter tomó la mano de Elodie y la ayudó a subir el escalón donde se encontraba frente a ellos el sacerdote, el cual era amigo de la familia Renwich, y el altar.

Elodie miró al frente realmente nerviosa, sintiendo cómo Walter la recorría de arriba abajo y luego emitía una leve sonrisa antes de girarse también hacia el sacerdote.

El resto de los invitados tomó asiento en ese momento.

—Queridos amigos, estamos aquí reunidos… —comenzó el sacerdote—, para unir a este hombre y a esta mujer en Santo Matrimonio.

Elodie inspiró hondo y miró de reojo a Walter. Él parecía tranquilo, relajado… sin embargo, ella sentía que iba a perder el equilibrio en cualquier momento. Ni siquiera atendía a lo que el sacerdote pronunciaba, solo luchaba por no perder el equilibrio con los altos zapatos de tacón y que sus piernas no temblasen tanto.

Cuando Walter se giró hacia ella, Elodie lo hizo inconscientemente, moviéndose por imitación.

Walter tomó su mano y quitó el guante de ella delicadamente y colocó el anillo en su dedo corazón. Sintió que todo su mundo daba vueltas a su alrededor cuando su mirada coincidió con la de Walter. ¿Había hecho lo correcto? En aquel momento las dudas la asaltaron. Se estaba casando con prácticamente un desconocido. Cierto que había tenido más trato con él que con el marqués, que le ganaba en belleza y en elegancia, así como en caballerosidad, pero no podía dejar de pensar que ambos habían tomado aquella decisión para obtener un beneficio. Ella librarse de su familia, él obtener la parte de la herencia que le pertenecía de su tío y que solo conseguiría si se casaba. Serían seis meses, seis meses donde deberían convivir como marido y mujer, y, posteriormente, ambos tomarían la decisión de si seguir con el matrimonio o no. En el caso de que alguno de los dos no quisiese continuar, él se encargaría de tramitar el divorcio y, además, le pasaría a Elodie una asignación anual y le proporcionaría un hogar. Era un buen acuerdo, se repetía continuamente en su mente, al menos, su destino era más certero que viajar a Francia e intentar ganarse la vida allí.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén —pronunció el sacerdote mientras todos los invitados hacían la señal de la cruz—. Yo os declaro marido y mujer. —El sacerdote miró a Walter—. Puede besar a su esposa —indicó con la mano.

Ambos se giraron de nuevo, mirándose. Lo cierto era que Elodie ni siquiera parecía consciente de lo que ocurría y se movía por impulsos, mantenía la mirada perdida.

Nunca le había gustado ser el centro de atención de nada, se caracterizaba por pasar lo más desapercibida posible, sin embargo, se encontraba delante de noventa personas tomando matrimonio. Él, por el contrario, estaba más acostumbrado a presentarse ante tanta gente.

Ella lo miró de una forma que le recordó a un animal que estaba a punto de ser degollado. Aquella mirada le confundió. Seguramente, si no se encontrasen en una iglesia ante tantas personas, le preguntaría a qué venía aquella mirada, ni que fuese a morderle.

Se reclinó suavemente hacia ella y la besó levemente en los labios. Elodie cerró los ojos en aquel momento, aunque aquel beso fue breve, nada parecido a lo que habían experimentado en el baile, la noche en la que se habían comprometido.

Elodie abrió los ojos y lo miró nerviosa. Pese a la brevedad del beso, el calor y la humedad que desprendían aquellos labios la mantenía totalmente embelesada. Él la miraba de una forma diferente, distinta a como la había mirado hasta ahora. No pudo evitar tragar saliva y miró hacia el lado con disimulo. Todas las personas allí presentes sonreían como si se alegrasen de la unión, incluso su propia madre parecía emocionada.

Inspiró y volvió a mirar a Walter, el cual tomó su mano y descendieron el escalón del altar para pasar entre todos los invitados.

La familia Renwich parecía realmente feliz. Ella también lo estaba. Aunque el acuerdo que ellos habían realizado sabía que nada tenía que ver con el amor, pues Walter lo había dejado muy claro, algo en su interior le hacía creer que podía ser feliz con aquel hombre.

Ambos eran conscientes de que se atraían físicamente, ahora bien, ¿cómo sería una convivencia ya como matrimonio con él? No era lo mismo, apenas habían estado juntos. No sabía mucho sobre las relaciones, pero sabía que para que una relación funcionase ambos debían conocerse perfectamente y respetarse. ¿Cuántas veces se habían visto? ¿Cinco? ¿Seis? Lo normal era un cortejo, pasear juntos por las tardes, bailar en los bailes, acompañarla a la ópera… iniciar un romance desde el principio, no lo que ellos habían hecho.

Inspiró mientras avanzaban entre la gente situada a cada lado. Ni siquiera había sido consciente de la ceremonia. Demasiados nervios. Al menos, debía agradecerle que la hubiese liberado de un matrimonio sin amor. Ahora, tenía la oportunidad de seguir con su vida una vez pasasen los seis meses.

Miró de reojo a Walter, el cual iba saludando con un movimiento de cabeza a los allí presentes y ella lo imitó arqueando sus labios en una sonrisa.

Puede que no fuese lo que ella había deseado desde pequeña, pero al menos era mejor a lo que su familia le había concertado.

La madre de Walter, Judi Renwich, se había encargado en los días anteriores de adornar el jardín trasero de su vivienda con guirnaldas y flores, incluso construyendo una gran carpa donde en su interior había grandes mesas donde tomar todo tipo de suculentos aperitivos.

En otra carpa más pequeña se encontraba una orquesta amenizando el momento con música lenta y, en otros momentos, una música más animada que provocaba que los allí presentes iniciasen un baile más rápido entre risas.

Elodie miró de reojo a su recién esposo, el cual hablaba amistosamente con unos hombres, suponía que de negocios. Coincidió la mirada con él y este le sonrió y le hizo un gesto gracioso.

Le devolvió la sonrisa y miró al frente. No pudo evitar reír cuando vio a su amiga, Camila, dirigirse hacia ella con los brazos extendidos en su dirección.

Elodie dio unos pasos y se fundió en un abrazo con Camila.

—Oh, cuánto me alegro de que hayas podido venir —dijo aún abrazada a ella.

—¿Crees que me perdería la boda de mi mejor amiga? —bromeó soltándose. La miró de la cabeza a los pies—. Estás preciosa.

—Gracias —respondió ella.

Camila miró hacia los lados y se cogió a su brazo para comenzar a caminar con la novia. Sabía que no era un buen momento para iniciar aquella conversación con ella, pues Elodie no dejaba de recibir elogios y felicitaciones por su reciente matrimonio, pero la curiosidad podía con ella.

Elodie detectó que su amiga quería un poco de intimidad y la condujo por el camino de piedra hacia una zona con más arboleda. Camila llevaba un largo vestido de color azul oscuro.

—Ha sido una boda preciosa —comentó Camila provocando que Elodie sonriese—, pero…

—Venga, suéltalo —la animó Elodie—, nos conocemos desde niñas, sé perfectamente cuándo quieres preguntarme algo.

Camila se giró hacia ella con semblante divertido y miró hacia los lados.

—¿No te ibas a casar con el marqués? —preguntó intrigada, en un tono muy bajo—. No me confundas —continuó Camila—, mucho mejor el señor Renwich, pero ¿por qué no me lo dijiste?

Elodie suspiró. No podía explicarle la verdad, no porque no confiase en ella, sino porque no podía hacerla partícipe de su plan con Walter. Se lo había prometido a él, además, la familia Renwich se había tomado muchas molestias para encubrir a su familia.

—Fue un error de imprenta… —comentó como si le molestase.

—Ya, pero… en el baile, cuando te felicitaban no lo negaste —continuó ella.

—¿Quién soy yo para desmentir la palabra de un marqués? —pronunció como si se sintiese molesta—. Debería haber sido él —le susurró, tras lo cual Camila se removió inquieta—. Pensábamos que él mismo lo desmentiría, pero no fue así… por eso, Walter… el señor Renwich, quiero decir… —rectificó rápidamente—, actuó de aquella forma.

—¿Besándote? —preguntó sofocada. Elodie chasqueó la lengua—. El rumor corrió rápidamente entre todos los asistentes al baile —confesó.

Elodie se encogió de hombros.

—El marqués estaba intentando aprovecharse de algo que no era cierto, incluso llegamos a dudar de que la noticia de mi enlace con el señor Renwich no fuese alterada por el propio marqués —pronunció como si fuese un secreto—. Sí era cierto que el marqués parecía interesado en mí, pero también el señor Renwich, y pidió mi mano la noche anterior… —explicó—. No sé cómo el marqués pudo enterarse, tal vez por su posición elevada en la sociedad o quizá tenía algún contacto en la imprenta, y modificaron los datos…

Camila se cruzó de brazos enfadada.

—Menuda desfachatez la del marqués —pronunció Camila contrariada.

Ella asintió. No pensaba dejar al marqués como un mártir después de lo que había hecho.

—Por eso mismo el señor Renwich me besó, para afianzar nuestro matrimonio. El marqués estaba jugando sucio… —continuó Elodie—, así que solo nos quedó esa opción, pues obviamente el marqués no parecía querer rectificar la noticia. Posteriormente, mi ahora marido fue a la imprenta a pedir explicaciones, ya que esperábamos que el marqués las diese él mismo en el baile, pero no fue así. Lo único que le ofrecieron fue una rectificación asumiendo las culpas, pero en ningún momento le confesaron quién había sido el que había entregado aquella falsa noticia.

—Bueno… —comentó Camila cruzándose de brazos—, creo que está bastante claro, ¿no? —Resopló—. Pues de menuda te has librado —dijo finalmente cogiendo la mano de Elodie con cara de felicidad—, tu marido es muy atractivo —rio—, y parece atento.

Elodie asintió.

—Mucho —confesó ella.

Camila seguía intrigada.

—Pero solo te vi bailar una vez con él.

Elodie se encogió de hombros.

—Sí, aunque había venido a mi casa un par de veces y, bajo supervisión, habíamos hablado… el hecho de que el marqués me sacase tanto a bailar provocó que el señor Renwich

pidiese mi mano.

Camila puso los ojos en blanco.

—Ni que tú o tu familia fuese a aceptar la mano del marqués… —ironizó como si no lo creyese posible.

Elodie tuvo que morderse la lengua. Quizá, más adelante, con el paso del tiempo sí le explicaría la verdad, pero ahora no. Confiaba plenamente en ella, pero no quería darle la carga de aquel secreto.

Elodie volvió a coger su brazo e iniciaron la marcha.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Sigues bailando con el apuesto joven rubio de ojos marrones?

Camila rio como una tonta, se le notaba que los sentimientos comenzaban a nacer en su corazón.

—Se llama Oscar James Dudley, su padre es el barón Dudley —explicó.

—Parece interesado en ti —susurró Elodie. Camila apretó los labios y se encogió de hombros—. ¿A ti te gusta?

Ella lo miró un poco ruborizada.

—Bueno… —susurró—, es un hombre muy atractivo y siempre ha sido muy cortés conmigo —dijo.

Elodie chasqueó la lengua. Estaba claro por el rubor de sus mejillas que su amiga estaba interesada en aquel hombre, aunque no quisiese admitirlo, solo debía recordar el brillo en los ojos de Camila cuando aquel hombre la había sacado a bailar.

Elodie iba a responder cuando una voz las alertó.

—Disculpe. —Un hombre se acercaba a ellas, lo reconoció de inmediato, aquel era el señor Morton, el mayordomo de confianza del señor Renwich. Llegó hasta ellas e hizo una reverencia —. Señora Renwich —dijo mirándola a ella, aunque Elodie puso su espalda recta, pues era la primera vez que la llamaban por su apellido de casada—, me informa su marido de que deben partir ya o les caerá la noche en el camino.

—Claro, muchas gracias señor Morton, enseguida voy —contestó Elodie. El mayordomo se giró alejándose de ellas—. No sé si podré acostumbrarme a que me llamen señora Renwich —rio divertida hacia su amiga, la cual rio también. Se miraron unos segundos y directamente se abrazaron.

—Oh, Elodie… sé muy feliz —dijo Camila.

Elodie asintió.

—En cuanto lleguemos a Keswick te escribiré y quiero que me contestes.

—Oh, no querría molestar en vuestro viaje…

—No digas tonterías —la rectificó Elodie—. Eres mi mejor amiga, siempre lo has sido —continuó con ternura—. Quiero que me informes de todos tus progresos con el señor Davies o si aparece otro pretendiente, así como de todos los chismes o si, por casualidad, escuchas algo sobre mí o mi marido.

—Claro —respondió ella—, te informaré de todo.

Se abrazaron de nuevo y esta vez se dirigieron hacia la carpa donde se encontraba su marido dando la mano a todos los que se acercaban.

—Aquí estás —comentó Walter tendiendo su mano hacia ella. Elodie la tomó situándose a su lado.

—Disculpa, estaba hablando con Camila.

—No importa —dijo despidiéndose de otro hombre—, pero si no queremos viajar muchas horas de oscuridad debemos partir en breve.

—Claro —respondió ella—. Me despediré de los invitados.

Walter asintió mientras Elodie daba unos pasos a los lados agradeciendo que se hubiesen unido a la fiesta, celebrando así su compromiso.

Fue dando la mano, abrazando y besando a aquellos que se acercaban hasta que en la cola aparecieron su hermano Jack y su madre.

Sintió cómo todos los músculos de su cuerpo se ponían en tensión, pero intentó aparentar normalidad.

Se acercó a ellos y abrazó a su hermano, aunque este le devolvió el abrazo de mala gana, pues parecía enojado aún, pese a haber cobrado una gran cantidad de dinero y no haber tenido que dar la dote. Suponía que su orgullo podía más que el aceptar que se había equivocado y tener que recibir él una gran suma de dinero por aquel matrimonio.

Se separó de él y fue hacia su madre que, al contrario que Jack, sí le dio un gran abrazo. Realmente parecía emocionada, aunque la última discusión que había mantenido con ella le daba a entender que no se arrepentían de lo que habían intentado, más bien solo quería excusar su posición. Al menos, su madre sí aparentaba estar mejor que su hermano con la nueva situación de su hija.

—Sé feliz, hija.

—Gracias —respondió ella, aunque observó de reojo cómo Walter se acercaba situándose a su lado.

Walter tendió su mano hacia Jack y la estrechó, luego hizo lo mismo con su madre. Se sintió más tranquila al tenerlo a su lado, aunque debía admitir que aquellos últimos días había comenzado a creer más en ella y a ganar confianza en sí misma.

—¿Os marcháis de viaje? —preguntó Jack sorprendido, como si fuese la primera noticia que recibía sobre eso.

—Sí —respondió Walter—, estaremos un tiempo lejos de la ciudad.

Su madre miró a Elodie sorprendida.

—Y… ¿a dónde vais? —preguntó su madre como si aquello le resultase preocupante.

Esta vez fue Elodie quien respondió.

—Nos marchamos a Keswick —contestó ella sin problema—. Si lo deseas, te escribiré cuando lleguemos —pronunció esta vez con una voz más tierna.

—Me haría feliz recibir noticias tuyas de vez en cuando —contestó su madre que parecía realmente afectada porque ella se marchase.

Elodie asintió mientras sentía a Walter coger su mano. La hizo separarse unos pasos de ellos y se giró hacia su familia despidiéndose de ellos también.

Ambos se dirigieron hacia la parte de delante de la vivienda, rodeándola por el jardín. Al menos, aquel día había acompañado al banquete y lucía un espléndido sol, incluso hacía algo de calor.

Todos aplaudieron y los vitorearon mientras se alejaban hacia el carruaje que habían preparado, con las maletas ya listas. El cochero les abrió la puerta. Fue Walter quien tendió su mano hacia ella ayudándola a subir al carruaje. Parecía que la gente seguiría allí durante un buen rato, pues la orquesta no dejaba de tocar y los invitados devoraban la comida.

Elodie tomó asiento y se fijó en que había una cesta a su lado.

Walter se sentó frente a ella y la observó.

—Por si nos entra hambre durante el camino —respondió mientras el cochero cerraba la puerta—. También hay una maleta bajo tu banco —indicó hacia abajo—, por si deseas cambiar en algún momento tu vestido por alguno más cómodo.

Ella asintió agradecida, pues, aunque el vestido era cómodo, no dudaría un segundo en quitarse el velo en cuanto perdiese a los invitados de vista.

—Gracias.

Ambos saludaron por la ventana mientras el carruaje comenzaba a moverse alejándose de la casa.

—He permitido que Anne se quede con mi tía, si no te importa —dijo Walter—, en Keswick tendrás una doncella solo para ti, pero, si lo prefieres, cuando lleguemos, podemos enviar una carta para que ella venga y pueda…

—No, está bien —contestó Elodie mientras giraban una esquina y perdían de vista la vivienda Renwich y a todos los invitados—. Tu tía Catherine ha sido muy amable conmigo y parece llevarse bien con Anne, además, Anne está encantada con ella. No te preocupes. —Se llevó las manos a la tiara y se la quitó con cuidado ante la mirada de Walter. El velo iba enganchado a la tiara, así que lo dejó a un lado y suspiró—. Me comenzaba a molestar.

Walter asintió mientras se apoyaba contra la pared, relajándose.

—Tenemos unas seis horas aproximadamente hasta llegar a la posada —informó él. Ella lo miró sorprendida, no esperaba que fuesen tantas. No le extrañaba que saliesen tan pronto—. Cuando anochece los caminos no son tan seguros, por eso he preferido salir lo antes posible. Con suerte, solo tendremos un par de horas de oscuridad, si llega.

—Claro —respondió ella. Inspiró y se apoyó también contra el respaldo, mirando por la ventana cómo varias personas trajeadas transitaban las calles de Londres—. Parece que al menos no nos lloverá.

Él miró por la ventana también.

—Eso parece, aunque ya sabes que el tiempo es muy cambiante. —Ella se giró y lo miró con una sonrisa, él se la devolvió—. Bien, pues ya está hecho —pronunció lentamente.

Ella asintió.

—¿Lo… lo comunicarás al albacea de tu tío? —preguntó ella lentamente—. Por el tema de… de la herencia… —recordó.

Walter negó.

—Cuando volvamos a Londres —indicó él—. Durante estos días aún tengo cosas que aprender de la empresa de mi tío, me he traído unos documentos para ir revisándolos. Cuando volvamos a Londres le enviaré la carta al albacea con el documento certificando el matrimonio a día de hoy. —Ella asintió.

—¿Cuántos días tienes intención de que estemos en Keswick?

Él se encogió de hombros.

—Un par de semanas, como mínimo —explicó—. Estará bien alejarse de todo, sobre todo del marqués y de tu familia —reconoció él sin pudor. Ella asintió. Aunque le doliese, tenía toda la razón—. Podremos conocernos un poco mejor —confirmó él mirando por la ventana, sin darle mucha importancia a ello.

—Sí, claro —respondió ella imitándolo, mirando por la ventana, aunque Walter la observó de reojo mientras el carruaje tomaba la calle central de Londres para seguirla hasta las afueras en dirección a Oxford.



20

El sol se había puesto hacía más de una hora. Era cierto que el camino se volvía inseguro cuando anochecía. De hecho, la zona de bosque por la que pasaban la mantenía bastante ansiosa, por el contrario, Walter hacía casi una hora que permanecía dormido contra el respaldo, ni siquiera los baches y el movimiento del carruaje de un lado a otro le despertaban.

¿Cómo podía dormirse con ese ajetreo? Era cierto que estaba acostumbrado a viajar, quizá demasiado.

Ella se mordió el labio y miró aterrada hacia fuera del carruaje, a aquel bosque oscuro. Ni siquiera comprendía cómo el cochero podía conducir el carruaje por aquel inhóspito camino. El canto del búho, más aquella oscuridad hicieron que se le pusiese todo el vello del cuerpo de punta.

Resopló y volvió a mirar a Walter cuando respiró más profundo, totalmente dormido. Oh, aquello era demasiado, estaba aterrada y su recién marido permanecía dormido mientras pasaban por aquel oscuro bosque.

—Malditos hombres —susurró mirando a su recién esposo dormir plácidamente.

El balanceo del carruaje hizo que se moviese de un lado a otro, pero lo único que hizo Walter fue cruzarse de brazos y mover la boca como si la tuviese pastosa para luego continuar con aquella respiración profunda.

Aquella tranquilidad la hizo enfurecerse más.

—Walter —le susurró, pero él no parecía escucharla, aunque bien pensado, con el ruido del carruaje era probable que no la hubiese oído—. Walter —repitió en un tono más alto. Se quedó esperando, pero Walter seguía con aquella respiración profunda y sus facciones relajadas. Elodie apretó los labios y finalmente cogió su tiara hecha una furia y la arrojó hacia él golpeándolo en el pecho—. ¡Walter! —le gritó.

Aquella vez sí consiguió su cometido y Walter se puso erguido de nuevo. Miró a Elodie que lo observaba enfadada y bajó su mirada hacia la tiara que ahora permanecía tirada en el suelo del carruaje. Se llevó la mano al pecho y se quejó.

—Ayyy —miró enfadado hacia ella—, ¿qué te ocurre? —preguntó molestó.

Ella apretó los labios y miró hacia fuera del carruaje. Señaló el bosque.

—Eso me ocurre… —gritó ella.

Walter enarcó una ceja en su dirección.

—Ya te dije que seguramente tendríamos un rato de oscuridad.

—¿Y no podíamos ir por otro camino? —se quejó desesperada.

Walter seguía mirándola sorprendido por su arrebato. Miró a través de la ventana observando el oscuro bosque y luego volcó toda su atención sobre Elodie.

—He ido muchas veces por estos bosques, no te preocupes —comentó apoyándose de nuevo contra la pared y cerrando los ojos.

—Ah, no, no… —se quejó ella situándose frente a él y golpeándole su pierna con el pie.

—¡Elodie! —se quejó Walter al recibir aquel puntapié.

—No me gusta este lugar… —se quejó frotándose las manos—. Nos pueden asaltar…

—Nunca me han asaltado —respondió con normalidad—, pero si se diese el caso, no te preocupes, tengo un arma.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Tienes un arma?

Se quedaron mirándose el uno al otro. Elodie sorprendida por las palabras de él y Walter sorprendido por las de ella.

—¿Crees que me arriesgaría a cruzar estos bosques sin un arma? —ironizó él.

—¿Sabes disparar? —preguntó ella.

Walter enarcó una ceja de nuevo ante su pregunta.

—No, la tengo de adorno —ironizó él. Observó cómo la mirada de ella se intensificaba ante su broma—. Oye, cálmate, puedes estar tranquila. He transitado estos bosques… no sé, unas diez, once… o doces veces, ni siquiera lo recuerdo, y nunca me ha pasado nada, así que cálmate —dijo echando la mano hacia delante—. Debemos de estar a punto de llegar a Oxford.

—¿A punto cuánto tiempo es? —preguntó ella con ansiedad.

Él resopló e iba a asomarse por la ventana cuando miró contrariado a Elodie al notar que el ritmo del carruaje descendía.

—Mierda —susurró reaccionando rápidamente y sacando su cabeza por la ventana—. ¿Qué ocurre? —preguntó al cochero.

—Un árbol interrumpe el camino —respondió el cochero.

—Rodéelo —ordenó.

—Pero… señor…

—¡Que lo rodee! No se detenga por nada del mundo —exigió.

Elodie miró asustada a Walter.

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón en un puño.

El carruaje se movió de un lado a otro haciendo que ambos perdiesen el equilibrio, saliendo disparados hacia la izquierda.

Walter la sujetó rápidamente por la cintura antes de caer al suelo. Elodie cayó sobre él y resopló. Bueno, al menos Walter se había asegurado de que ella no sufriese daño alguno, ya que había encajado el golpe contra el suelo.

Lo miró sorprendida.

—¿Estás bien? —Walter apretó los dientes mientras se llevaba la mano a la cabeza—. ¿Ese golpe ha sido tu cabeza contra el suelo? —preguntó impresionada.

Walter la cogió por la cintura y la apartó mientras se arrodillaba en el suelo y metía la mano bajo el asiento.

—Tienes suerte de tener un marido con la cabeza muy dura —ironizó él mientras buscaba bajo el asiento.

El cochero había introducido el carruaje por el bosque para rodear aquel árbol y el carruaje no dejaba de balancearse de un lado a otro. Conocía perfectamente las tácticas de los asaltantes. Su truco principal era obstaculizar el paso a los carruajes y provocar que se detuviesen, aquel era el mejor momento para asaltar el carruaje, aunque la caída de un árbol en el camino también podía ser fruto del viento.

Extrajo el arma de debajo del asiento y miró si estaba cargada.

—Ohhh —gritó Elodie intentando subir al asiento otra vez, aunque el movimiento del carruaje se lo ponía extremadamente difícil, cayendo al suelo repetidas veces—. ¿Nos atacan? —volvió a gritar.

El golpe que se había dado en la cabeza más el grito agudo de su reciente esposa provocó que apretase los dientes.

—No lo sé —dijo cogiéndola de un brazo para ayudarla a sentarse en el asiento acolchado. Él hizo lo mismo justo cuando el carruaje volvió al camino tras rodear el tronco que obstaculizaba el camino—. Los asaltantes de caminos suelen poner troncos o rocas en el camino para obligar a los carruajes a que se detengan… —la miró y vio los ojos más abiertos que jamás había visto—, aunque también puede ser que el tiempo haya arrastrado las ramas al camino. No lo sé, por eso es mejor estar preparados —puntualizó antes de acercarse a la ventana y mirar. No parecía que hubiese nadie por allí. Se giró hacia Elodie y la señaló—. Estate quieta —ordenó.

Elodie asintió mientras Walter se asomaba a la ventana de nuevo.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Sí, no parece haber ningún problema, señor. Aunque creo que se ha roto alguna varilla de la rueda derecha —se quejó. Walter entró de nuevo al carruaje y se acercó a la ventana contraria ante la atenta mirada de Elodie.

—¿Qué ocurre? —preguntó angustiada.

Walter extrajo la cabeza y miró la rueda que el cochero indicaba. Sí, tenía razón. Una de las varillas se había roto, lo que le obligaba a solicitar un recambio en cuanto llegasen a Oxford.

—Tiene razón. La rueda delantera derecha está rota —le gritó Walter—. ¿Cuánto falta para llegar a Oxford?

—Ya llegamos, señor —indicó señalando hacia delante. Aunque había mucha oscuridad, al final del camino podía verse cómo la ciudad comenzaba y la luz del interior de las casas iluminaba la zona.

—¿Cree que aguantará hasta el hotel?

—Esperemos que sí, señor —comentó reduciendo un poco la velocidad para evitar que la rueda se deteriorase más.

Walter entró en el carruaje y se sentó frente a Elodie.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo manipulando su arma—. La buena es que ya llegamos a Oxford…

—¿Y la mala? —preguntó asustada.

—Que una de las ruedas se ha roto, así que no podremos partir a primera hora de la mañana como yo quería. Debemos buscar un recambio para la rueda.

Ella asintió.

—Bueno, tampoco es mala noticia —comentó ella—, después de pensar que nos asaltaban…

—Ya —dijo él chasqueando la lengua.

—Aunque me calma saber que vas armado —continuó Elodie.

—Me alegra saber que eso te calma… —Ladeó su cabeza y la miró con ironía—, así, quizá, la próxima vez no te veas obligada a lanzarme la tiara y darme un puntapié.

—No te despertabas —se excusó ella.

—No es una forma muy cariñosa de despertar a tu recién esposo… —bromeó mientras se agachaba para esconder el arma bajo el asiento.

—Tampoco es bonito ver a tu recién marido dormido con la boca abierta y la respiración profunda… —pronunció ella en el mismo tono de voz—, parecías un aserradero.

Walter chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

—Qué exagerada —dijo sentándose y mirando por la ventana, asegurándose de que, tal y como les había dicho el cochero, nadie los seguía.

—Ya, bueno… —dijo alisándose la falda de su vestido.

En ese momento, entraron a la ciudad de Oxford.

Las calles estaban prácticamente a oscuras, se iluminaban tan solo con la luz que salía de los hogares. Al menos, estaba más tranquila sabiendo que ya se encontraban en la ciudad.

Era la primera vez que salía de Londres, sin tener en cuenta el viaje que había realizado a Nueva York.

El Hotel Voco se encontraba a la entrada de Oxford, en sus primeras calles. Se trataba de una gran mansión de piedra con tejados en forma de triángulos hechos de tejas de pizarra.

La mansión tenía luz en su interior, suponía que a base de velas y chimeneas.

El lugar era realmente hermoso.

Cuando el carruaje se detuvo, un hombre fue hasta este y abrió la puerta. Miró en su interior y sonrió.

—Señor Renwich —dijo haciendo una reverencia.

Walter descendió y tendió su mano hacia Elodie que recibió la mirada impresionada del hombre que esperaba.

—Oh, viene…

—Le presento a mi esposa, señor Thompson —comentó Walter.

El hombre parecía nervioso y rápidamente cogió la mano de Elodie y la besó.

—Encantado de conocerla, señora Renwich.

—Espero que tenga una habitación libre, señor Thompson, es nuestra noche de bodas. Vamos en dirección a Keswick y, como siempre, he decidido hacer noche aquí.

—Oh, es… es un honor —dijo realmente feliz—. Por supuesto que tenemos habitaciones, además, para esta ocasión le daré la más elegante de todas ellas.

Walter asintió agradecido y tomó la mano de su esposa.

—Pasaremos solo esta noche aquí —indicó—. Además, hemos tenido un percance, mi cochero le pondrá al corriente de todo, pero necesitamos cambiar una de las ruedas.

—Oh… —dijo el hombre sorprendido.

—Sí, hay unas ramas en el camino y hemos tenido que rodearlas…

—¿Asaltantes? —preguntó el hombre preocupado.

—No lo creo —respondió Walter—, pero hemos tenido que rodear el obstáculo y, como consecuencia, se ha roto una rueda.

—No se preocupe por nada, señor Renwich, nosotros nos ocupamos. —Le indicó con la mano que se dirigiesen al hotel.

Elodie miró de un lado a otro, los jardines delanteros eran realmente impresionantes, con muchas flores y la hierba recortada. Estaban bien cuidados y eran muy hermosos.

El señor Thompson dio unos pasos hacia la puerta llamando a otro hombre.

—Lleve por favor al señor Renwich y a su esposa a la habitación de Saint Rose. —Miró a Walter—. Enseguida le subiremos el equipaje.

—Por cierto, no sé si sería posible cenar algo…

—Claro, señor Renwich, si nos concede un rato le prepararemos una buena cena —contestó.

Walter asintió mientras llevaba a Elodie del brazo siguiendo al botones que lo conduciría a su habitación durante aquella noche.

El interior de aquella mansión a la que llamaban hotel era realmente espectacular, no le faltaba ni un solo detalle y el lujo resplandecía a cada paso que daban.

Caminó por el pasillo por delante de Walter que la seguía justo unos pasos por detrás hasta que el botones subió a la planta alta.

Las escaleras los condujeron a un pasillo, al final de este el botones abrió la puerta.

La habitación la dejó boquiabierta. Jamás había visto una habitación con más lujos que aquella. Cuando Walter le había mencionado que pasarían su noche de bodas en un hotel, no pensaba que fuese a ser en un sitio con tanto lujo y tan acogedor.

La habitación era enorme, con un suelo de madera oscura y las paredes forradas de un papel color dorado. En lo alto había unas molduras blancas que daban más realce a la habitación al juntarse con el techo blanco.

A su izquierda había una chimenea apagada en esos momentos y justo enfrente una gran alfombra aterciopelada color ocre.

Elodie dio unos pasos al frente, acercándose a la ventana cubierta por unas cortinas blancas, y miró afuera. Desde allí podía observar cómo bajaban las maletas del carruaje.

Se giró y observó a Walter entregar una propina al botones que lucía una gran sonrisa.

—Por favor, que enciendan la chimenea, la habitación está un poco fría —solicitó.

—Por supuesto, señor Renwich —pronunció el botones antes de cerrar la puerta tras él.

Elodie lo observó y miró el resto de la habitación. En el centro había una gran cama de matrimonio con una colcha dorada. A un lado, un gran espacio donde había una pequeña mesa redondeada junto a dos sillas tapizadas en color verde esmeralda.

Miró a su lado donde había un gran escritorio con otra butaca.

La habitación era espectacular y el color que desprendía la luz de las velas la hacía destacar más aún.

Ni siquiera su habitación o alguna de las de su vivienda en Londres llegaba a la mitad del lujo que destilaba aquella habitación del Hotel Voco.

—Es preciosa —comentó ella con una sonrisa—. Aunque sí es verdad que está un poco fría —le dio la razón.

—Sí, supongo que mientras cenamos se aclimatará —supuso él mientras se desabrochaba el fino abrigo y se dirigía al armario. Lo abrió y lo colgó. Se giró y miró a Elodie de la cabeza a los pies, aún vestía su vestido de novia—. Supongo que cuando traigan los baúles y maletas desearás cambiarte de ropa.

—Sí, no me gustaría ensuciarlo durante la cena —pronunció ella mirándolo.

En ese momento llamaron a la puerta. Walter se giró y fue hacia ella.

—Adelante —dijo abriéndola para que los botones dejasen las maletas y baúles arrinconados en un lado de la aquella enorme habitación.

Uno de los hombres se acercó.

—Me han pedido que les encienda la chimenea —dijo el hombre situándose ante esta.

—Sí, por favor —pronunció Walter agradecido.

Elodie fue hacia los baúles y los miró. Recordaba haber hecho las maletas unos días antes junto a Anne, pero no recordaba dónde había puesto cada vestido. Suspiró y abrió el primero de los baúles que habían subido mientras el resto de hombres abandonaba la estancia y solo se quedaba allí el que encendía la chimenea que iba ya colocando trozos de madera en su interior.

Rebuscó en el baúl y extrajo uno de los vestidos que tenía en mente. No era uno de los más bonitos que tenía, pero era cómodo y le serviría para la cena de aquella noche.

En cuanto el hombre encendió el fuego de la chimenea los dejó solos en la habitación. Ella situó el vestido sobre la cama y lo observó. Era un vestido de color verde, sencillo, ajustado en el pecho y que posteriormente descendía hasta sus tobillos.

Miró a Walter, el cual la observaba también y se removió nerviosa. Miró de un lado a otro de la habitación buscando un biombo, pero no había ninguno.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Walter.

Ella negó.

—No, no… —comentó observando la puerta que suponía que daría al aseo—, pero, si no te importa… me cambiaré en el aseo.

Walter tragó saliva y asintió.

—Claro —respondió indicándole con la mano que acudiese hacia allí.

La vio entrar en el aseo y cerrar la puerta.

Se había prometido respetarla, pese a ser su mujer, e iba a hacerlo, aunque le iba a costar lo suyo.

Elodie entró con la respiración acelerada y se miró en el espejo. Realmente estaba preciosa con aquel vestido.

El aseo era igual de lujoso que la habitación: una bañera de cuatro patas, de cerámica con las patas doradas, un lavamanos de un blanco impoluto y un discreto retrete.

Suspiró y se dirigió hacia bañera para dejar el vestido, se llevó las manos a la espalda intentando encontrar los botones para desabrochar el vestido, pero a duras penas llegaba hasta ellos. Resopló y se giró hacia el espejo. Llegó al más bajo, pero no a los botones que ascendían por su espalda. Se mordió el labio y miró hacia la puerta.

—Maldición —susurró. No quería pedirle ayuda a Walter, pues aún recordaba sus labios moverse sobre los de ella con pasión y aquello le hacía erizar la piel, pero si no quería dormir el resto de sus días con aquel vestido debería hacerlo. Se acercó a la puerta y carraspeó antes de abrirla levemente. Lo buscó con la mirada, Walter permanecía al lado de la ventana, observando con las manos en los bolsillos de sus pantalones—. Walter… —susurró ella con timidez, lo que provocó que él se girase sorprendido—, tengo… tengo un problema. —Él la miró confundido—. Creo que sí voy a necesitar ayuda con el vestido… —Walter asintió y fue hacia ella mientras Elodie dejaba más abierta la puerta, ofreciéndole la espalda—. No llego a los botones del medio —explicó.

—Claro, no hay problema —comentó él situándose a su espalda. En ese momento divisó el aseo. Era espacioso y lujoso. Nunca se había alojado en aquella habitación, sino en algunas individuales más simples que, aunque eran igual de confortables, no eran tan elegantes como esta. Sin duda, esta era ideal para una noche de bodas si, realmente, fuese una noche de bodas al uso. Suspiró y comenzó a desabrochar poco a poco los botones mientras ella se sujetaba el vestido por delante para que no cayese.

Elodie sintió cómo los dedos de Walter iban desabrochando poco a poco sus botones hasta que llegó al último. El sentirlo tan cerca de nuevo hizo que sus músculos se tensasen, sobre todo cuando sintió las yemas de los dedos de Walter pasear sobre la piel de su espalda con una suave caricia. No pudo evitar cerrar los ojos y suspirar. ¿Cómo podía transmitirle tanto un simple roce de sus dedos?

Trató de controlarse, pero no pudo, su piel parecía tan suave que, pese a saber que no debía sobrepasar aquel límite, dejó que su mano actuase por sí sola, deseosa de tocar aquella suave piel y deleitarse con aquel contacto. Pudo sentir cómo los músculos de ella se ponían en tensión, aunque luego parecía relajarse, como si disfrutase de su contacto.

Walter inspiró hondo y se alejó de ella. Se lo había prometido, le había prometido que la respetaría en todo momento, al menos, hasta que ella así lo decidiese. Lo mejor sería conocerse un poco mejor y, si llegaba el momento y ella aceptaba seguir siendo su esposa, tomarse esas licencias y exigir sus derechos como marido, pero hasta que ese momento no llegase no quería menoscabar su integridad. No sería un caballero si se aprovechase de aquellas circunstancias.

Con todo el dolor de su corazón dio un paso atrás, alejándose de aquella piel desnuda que lo tentaba y se giró.

—¿Necesitas ayuda con el otro vestido? —preguntó con voz ronca.

Elodie despertó de la magia en la que se había visto sumida en aquel momento ante la caricia de Walter y abrió los ojos. Se giró levemente y negó con la cabeza.

—No, no lo creo… —lo observó de reojo intentando ocultar su rubor—, gracias —dijo antes de entrar en el aseo y cerrar la puerta.

Se apoyó contra esta e intentó calmar su respiración y los latidos de su corazón mientras dejaba caer su vestido al suelo.

¿Cómo una simple caricia podía transmitir tanto? Tragó salvia e intentó centrar su cabeza. Fue hacia la bañera donde había apoyado el vestido. Se quitó el de boda y se puso el de color verde. Aquel vestido, por suerte, no tenía botones, solo tenía que ponerlo por los brazos, dejarlo caer y atar la cinta a su espalda con un lazo, algo que podía hacer ella sola y ya estaba lista. Se miró en el espejo y se dejó el recogido, pues realzaba su cuello y su silueta.

Cogió el vestido de novia y fue hacia la puerta. Cuando la abrió, Walter volvía a mirar por la ventana. Se giró hacia ella y la miró de arriba abajo.

—¿Lista? —le preguntó.

Ella asintió mientras depositaba el vestido de novia sobre la cama, después ya se encargaría de doblarlo correctamente y guardarlo.

—Lista —pronunció ella con los labios apretados, casi sin poder mirarlo, pues aún sentía sus mejillas coloradas al recordar aquella última caricia.

Walter no parecía tan alterado como ella o, al menos, no lo expresaba de aquella forma. Actuaba con normalidad, lo que Elodie no sabía era que su corazón latía a gran velocidad y que la única forma que había tenido de borrar de su mente la idea de entrar al aseo para besarla era volver a la ventana y distraerse con el paisaje, intentando apartar de su mente aquel leve contacto.

Sí, aquello iba a ser más difícil de lo que había imaginado.



21

Habían cenado bastante bien. La cocinera había preparado un poco de pescado y verduras al horno acompañado de un vino blanco de importación francesa. Se habían saciado con un postre consistente en un trozo de tarta de chocolate y nueces.

Habían vuelto a subir a la habitación mientras los nervios de Elodie se incrementaban.

La conversación del otro día con Walter sobre la noche de bodas volvía a su mente una y otra vez, así como la sonrisa de la tía Catherine, una sonrisa entrañable y pintoresca a la vez.

Le producía interés y a la vez miedo, no sabía por qué, pero sentía un temor diferente a todo lo que había sentido hasta el momento.

Subieron hasta la habitación, Walter abrió la puerta ofreciéndole que entrase primero. Elodie dio unos pasos al frente observando la chimenea y él entró cerrando la puerta tras de sí. Elodie se giró lentamente hacia él, frotándose las manos por los nervios.

Walter respiró hondo y dio unos pasos hacia ella, deteniéndose.

—Creo que tenemos que… —comenzó Walter.

—Recuerdo que me dijiste…

Los dos hablaron a la vez, provocando el silencio al interrumpirse. Ella se removió inquieta y finalmente lo señaló con la mano.

—Tú primero, por favor.

Walter apretó los labios y suspiró.

—Está bien —dijo quitándose los zapatos para estar más cómodo. Fue hacia la cama y comenzó a desabrocharse el chaleco. Ella lo miró asombrada por lo que hacía—. Te prometí que te respetaría en todo momento y, en parte, creo que es lo mejor —pronunció. Ella tragó saliva y apartó la mirada de él cuando comenzó a desabrocharse el primer botón de la camisa blanca—, pero hay cosas que deberías saber —susurró intensificando la mirada hacia ella. Elodie parecía nerviosa y ni siquiera lo miraba—. Elodie —la llamó captando su atención—, mírame, por favor —pronunció lentamente. Ella ladeó la cabeza como si aquello la incomodase—. Entre marido y mujer no hay timidez. —Ella chasqueó la lengua—. ¿En serio tu madre no te ha explicado nada de lo que ocurre en la noche de bodas? —Ella negó con la cabeza, agachándola, y Walter resopló —. No entiendo esa manía de mantener a las jóvenes sin conocimiento alguno… —susurró como si aquella idea lo desquiciase. Acabó de desabrocharse los botones de la camisa y luego fue hacia las mangas—. Está bien… —dijo para sí mismo—, debes saberlo porque si no ocurre nada entre nosotros no lo sabrás, y es posible que cuando volvamos a Londres o alguna joven que conozcas en Keswick te saque el tema de… la noche de bodas —pronunció mientras depositaba la camisa sobre la cama, quedándose de pecho desnudo. Ella lo miró de reojo con rubor en las mejillas. Él la miró de la cabeza a los pies—. ¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —Ella negó con la cabeza sin atreverse a decir nada. Por Dios, se sentía avergonzada, ¿qué estaba haciendo Walter? Elodie no sabía dónde meterse—. Puedes mirar, eres mi esposa… —la animó.

—Mmm…

—Elodie, por favor… que solo es la camisa —pronunció sorprendido por la reacción de la

joven y se pasó la mano por la cabeza, angustiado por la situación. Finalmente, observó cómo ella lo miraba de reojo. Bueno, algo era algo—. Anda que cuando me quite los pantalones… —susurró para sí mismo.

—¿Qué? —gritó ella.

—Nada, nada… —intentó calmarla y luego resopló—. A ver… —pronunció dando unos pasos hacia ella, al menos Elodie no huía, lo cual era todo un logro viendo su reacción—. lo que ocurre en… la noche de bodas… —continuó lentamente, buscando las palabras adecuadas—, es… —chasqueó la lengua—, la prolongación del beso.

Esta vez ella lo miró confundida.

—¿Prolongación del beso?

—Sí —dijo él orgulloso de sus palabras—, verás… se empieza besando los labios, eso ya lo hemos hecho y… ¿te gustó? —Vio cómo las mejillas de Elodie se teñían de carmín. Se encogió de hombros con timidez, pero acabó afirmando. Bien, era un paso—. De acuerdo, pues… los besos ocurren en todas las partes del cuerpo, al igual que las caricias…

—¿En todas las partes? —preguntó sorprendida.

—En todas —confirmó él—, sin excepción. Es algo agradable y que se disfruta. De esta forma, se demuestra el amor que uno tiene por el otro —indicó. Walter apretó los labios y suspiró—. Pero hay más… y es… algo… difícil de explicar.

—¿Y de hacer?

—No, no… de hacer no, de hecho, es muy natural —prosiguió él encogiéndose de hombros —. Verás, el… —tragó saliva—, el hombre y la mujer se complementan. —Ella lo miró sin comprender. Walter se pasó la mano por la cara, agobiado por la situación—. Los bebés se hacen así… —indicó.

—¿Complementándonos? —preguntó ella.

Él asintió rápidamente. Fue hacia ella y colocó las manos en su propia cintura. Ella lo miró de reojo.

—Prometí que te respetaría, pero con esa actitud me lo pones muy difícil…

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Con esa actitud tímida, lo único que me apetece es llevarte a la cama y hacer el amor contigo —se confesó. Ella lo miró sin comprender—. Mierda —susurró de nuevo—. A ver… —continuó intentando aclarar la situación—, voy a ser claro contigo… ¿de acuerdo?

—Sí, porque me estoy liando un poco —comentó ella molesta, aunque más bien eran los nervios los que hablaban por ella.

—Dame tu mano… —dijo tendiéndole la suya.

—¿Qué?

—Tu mano, Elodie —insistió.

Se quedó pensativa y finalmente se la dio no muy convencida. Walter se la tomó y la miró a los ojos.

—De acuerdo… —continuó con paciencia—, los hombres y las mujeres somos bastante diferentes —dijo colocando la mano de ella en su pecho. Elodie sintió cómo su vello se erizaba. Walter paseó su mano por su pecho duro, jamás había visto el pecho de un hombre desnudo más que en algunas pinturas, pero sin duda el cuerpo de Walter superaba a aquellos magníficos cuadros—. Hay partes de nuestro cuerpo que son… distintas, y sirven para unirse y… tener bebés —explicó. En ese momento, comenzó a llevar su mano hacia abajo ante una Elodie que parecía cada vez más escandalizada.

—¿Walter? —preguntó cuando llegó al cinturón de su pantalón.

Él suspiró.

—Debes saberlo o nos descubrirán… toda mujer casada sabe cómo es el cuerpo de su marido y su función. —Elodie intentó apartar la mano cuando él se la llevó más abajo—. Calma, que no muerdo —se burló él para intentar quitarle hierro al asunto, pero no pareció funcionar.

Ella resopló cuando finalmente Walter llevó su mano hasta aquella parte abultada de su cuerpo.

Elodie abrió los ojos desmesuradamente y lo miró sorprendido.

—¡Dios! —gritó apartando la mano de él y dando unos pasos hacia atrás—. ¿Qué es eso?

—Shhh… —reaccionó él divertido por la forma de actuar de la muchacha. La miró e intentó ponerse serio, pero le era difícil, pues Elodie parecía estar totalmente sofocada—. Eso sirve para darte placer…

—¿Qué? —gritó ella alterada.

Él enarcó una ceja y miró hacia su cintura y más abajo, señalando entre sus piernas.

—Creo que más claro no te lo puedo decir. —Ella se quedó pensativa, con todo el cuerpo en tensión—. Valora tu cuerpo y valora el mío, ahora… piensa en cómo deben unirse.

Ella se removió nerviosa, valorando… hasta que finalmente lo miró a él boquiabierta y negó con la cabeza.

—Nooo… —susurró abochornada.

—Síííí —afirmó él.

—No, no…

—Sí, sí… ¿en qué te crees que consiste el acto marital? —preguntó.

—¿El hombre usa eso para…?

—Para entrar en la mujer, sí…

—Ohhh —gritó asustada, dando unos pasos hacia atrás—. No, ni hablar.

Él rio mientras situaba sus manos en su cintura.

—Pues te aseguro que es muy placentero —aunque luego recapacitó—, bueno, para la mujer no… no siempre.

—No me extraña… —lo cortó ella.

—La primera vez puede doler, pero te aseguro que posteriormente es un disfrute total para ambos —confirmó. Ella resopló y se removió nerviosa por la habitación—. El hombre se mueve en su interior y entra y sale continuamente hasta que…

—No, no… basta —dijo roja como un tomate—, no quiero saber más…

—Ya, pero es que debes saber —le recordó—, se supone que estamos casados y que ahora mismo deberíamos estar haciendo el amor en la cama.

Ella abrió la boca, desencajándola.

—Ni hablar, no pienso hacer eso.

—Pues no sabes lo que te pierdes —bromeó él—, pero… —chasqueó la lengua—, es lo que te prometí, y soy un hombre de palabra —confirmó—, así que a menos que tú no me lo pidas… yo no…

—No te lo voy a pedir —dijo ella como si fuese obvio.

Él chasqueó la lengua.

—Ya, pero… —la miró fijamente—, ¿has pensado en que cuando pasen los seis meses tendrás la opción de quedarte conmigo o divorciarte? Si quieres divorciarte entiendo que quieras mantener tu integridad, pero… ¿y si no? —Ella lo miró de reojo—. Te aseguro que es muy placentero. ¿No crees que las mujeres irían llorando por las esquinas tras la noche de bodas si fuese un suplicio? ¿Has visto a alguna mujer huyendo de su marido por esa razón? —Ella apretó

los labios y tragó saliva—. Bien, pues… ya lo sabes —acabó diciendo y miró de un lado a otro —. Por Dios, necesito una copa de vino… —dijo dirigiéndose a la puerta. La abrió directamente y encontró a uno de los botones que parecía dejar la maleta de un hombre unas puertas más allá. Walter se giró hacia Elodie que paseaba nerviosa por la habitación—. ¿Quieres una copa? —Ella lo miró aún abochornada—. ¿O mejor la botella? Sí, mejor la botella —se respondió a él mismo —. Disculpe —dijo dando unos pasos hacia el botones que lo miró asombrado al verlo caminar descalzo y solo con los pantalones puestos—. ¿Podría conseguirme una botella del mejor vino tinto que tenga? —le preguntó.

—Claro… —respondió el hombre—, ¿quiere que se la suba?

—Por favor —suplicó Walter.

—De acuerdo, enseguida vengo, señor Renwich.

—Gracias —susurró mientras lo veía alejarse escaleras abajo.

Walter entró de nuevo en la habitación. Se encontraba bastante alterado tras tener que darle una clase teórica sobre sexo a Elodie. Cerró la puerta tras él y observó a su esposa caminando sin rumbo de un lado a otro de la habitación, bastante nerviosa. Parecía alterada.

Elodie era realmente preciosa y lo que más le gustaría a él sería hacerla suya, pero se había prometido a sí mismo respetarla. Ese era al acuerdo al que habían llegado y no podía romperlo, aunque se le hiciese cuesta arriba. Puede que con el tiempo… ella confiase en él y lo viese realmente como su marido, no como una vía para escapar del marqués.

Tragó saliva y dio unos pasos hacia ella, aunque Elodie lo miró de reojo, nerviosa, sin parar de caminar de un lado a otro.

—Cálmate, tampoco es para tanto… —A ella no parecieron calmarle aquellas palabras porque lo miró un segundo y siguió su rumbo hacia el otro lado de la habitación—. Podría enseñarte tantas cosas, Elodie —le susurró al final. El tono en que se lo dijo provocó que ella se detuviese de espaldas a él, con todos sus músculos en tensión—. Solo tienes que pedirlo y te lo mostraré.

Aquella voz acariciaba sus oídos y su cuerpo de una forma acaramelada, suave… provocando una oleada de sentimientos en su corazón que hacía reaccionar todo su cuerpo. Sí, estaba segura de que lo que le decía Walter era cierto, que seguramente el acto marital sería placentero, pero no se encontraba preparada, más después de saber en qué consistía. Le parecía horrible y le parecía imposible sentir placer con lo que él le había explicado.

Se giró levemente cuando sintió que él se acercaba por su espalda y, sin previo aviso, la rodeo por la cintura acercándola a él. Walter situó directamente sus labios sobre su cuello y lo besó, provocando que ella cerrase los ojos y suspirase ante el placer que los labios de Walter provocaban en su piel.

Paseó su lengua suavemente por su cuello hasta su oreja y descendió de nuevo a sus labios acabando con un beso.

—Esto es solo el principio de lo que puedo hacerte sentir… —susurró. Ella tragó saliva y elevó su mano hasta la cara de él, acariciándola—, podemos ir poco a poco si así lo deseas… —le ofreció antes de besar su cuello de nuevo mientras paseaba sus manos por su cintura, acariciándola. Elodie llevó su otra mano hasta la de él que recorría su cintura, entrelazando sus dedos con los de él en un acto reflejo—. Dime… ¿quieres más? —le propuso él antes de volver a pasear su lengua por sus labios.

Oh, aquello era mucho más placentero de lo que había imaginado. Además, el cuerpo de Walter irradiaba un calor que era reconfortante. Un poco más… solo un poco más… realmente quería saber, quería investigar aquellas posibilidades.

Tragó saliva e iba a contestar cuando llamaron a la puerta golpeando un par de veces. Los dos se pusieron totalmente tiesos.

—Le traigo el vino, señor Renwich —comentaron desde fuera.

Walter suspiró y dejó caer su frente sobre el hombro de ella mientras resoplaba.

—Joder —susurró antes de despegarse de ella y dirigirse hacia la puerta. En ese momento, Elodie perdió un poco el equilibrio y tuvo que apoyarse sobre la mesa de madera.

¿Qué había sido aquello? Había estado a punto de perder el control… ¿Y qué había de malo en ello? Tanto si quería como si no, Walter Renwich se había convertido en su marido… ¿Y si luego optaba por el divorcio? ¿Y qué más daba? Habría sido una mujer casada igualmente… Ya, pero… ¿entregarse a él así?, ¿conociéndose tan poco?, ¿sin siquiera haber tenido un noviazgo real? Observó a Walter coger las dos copas y la botella de vino que le ofrecía el botones con una sonrisa tensa. Míralo, Elodie… mira qué cuerpo tiene… Suspiró y apartó la mirada de él. Malditas voces, iban a volverla loca. ¡Es tu marido! ¡Déjale que te enseñe! ¡Eres una mujer casada! Se removió nerviosa mientras Walter entregaba una propina al botones.

—Que lo carguen en mi cuenta —le dijo al botones antes de cerrar la puerta.

Walter la miró y ella le devolvió una mirada cargada de deseo, aunque carraspeó y volvió a removerse nerviosa por la habitación.

Walter se quedó unos segundos observándola hasta que puso los ojos en blanco y fue hacia la mesa.

—¿Quieres una copa? —le preguntó.

¿Por qué no dejarle que le enseñase todo lo que prometía? Al fin y al cabo, todos los creían casados por amor, sin saber qué plan había entre ellos. Walter le había prometido que gozaría de aquella unión, ¿Por qué negárselo? Sabía que él era cariñoso y un buen hombre…

—¿Elodie? —insistió él al no recibir respuesta. Ella se detuvo y lo miró de nuevo—. ¿Una copa? —preguntó mostrándosela medio llena.

Elodie asintió rápidamente y fue hacia aquella copa medio llena como si fuese su salvación. La tomó y dio un largo sorbo.

—Ehhh… cuidado, es un vino fuerte —la previno él.

—Bueno, a ver si así al menos dejan de atosigarme las dichosas voces —respondió ella antes de darle otro largo sorbo.

Él la escudriñó confundido.

—¿Qué voces? —preguntó sin comprender.

—Las que hay en mi cabeza —respondió antes de darle otro sorbo.

—¿Tienes voces en tu cabeza? —preguntó con sorpresa y parpadeó varias veces.

—No me mires así, no estoy loca… —dijo alzando los brazos hacia él—, es… simplemente que… me planteo cosas y… valoro las posibilidades…

—Ya… —dijo él como si la comprendiese, aunque enarcó una ceja hacia ella. Ella resopló y acabó de darle otro sorbo a la copa, engullendo todo su contenido—. Eh, eh, eh… —la previno —, más despacio, querida esposa —ironizó.

Fue hacia él, le cogió la botella de la mano ante un Walter asombrado y se llenó la copa de nuevo.

—Ya ves, Walter, tienes una mujer que habla consigo misma —se burló—. ¿Qué te parece?

—Interesante… —dijo dando un sorbo a su propia copa—, ¿y sobre qué hablan esas voces?

—Supongo que te resultaría interesante escuchar la conversación que mantengo conmigo misma porque trata sobre ti —confesó antes de dar otro sorbo y comenzar a caminar por la habitación, nerviosa.

Sí, desde luego Elodie parecía alterada y nerviosa. Suspiró y fue hacia ella.

—Eh, escucha —dijo cogiéndola de la mano. Elodie se detuvo. Dejó su propia copa sobre el escritorio y luego tomó la suya dejándola a su lado—, no tienes por qué hacer nada si no quieres, Elodie —comentó con tono tranquilo, infundiéndole confianza.

Ella tragó saliva y apretó los labios.

—Es que… no sé qué hacer…

—Tranquila —insistió—, disponemos de seis meses…

—¡Es que me ha gustado! —lo interrumpió provocando que él la mirase divertido.

—Mmm… me alegro, me gusta saber eso, pero creo que… viendo tu estado, lo mejor es tomarlo con calma. Si en algún momento te ves preparada solo tienes que decirlo.

Ella tragó saliva y lo miró a los ojos. Por Dios, ¿se estaba enamorando de ese hombre? ¿La podía tratar con más dulzura y cariño?

Apartó la mirada de él enfadada y soltó su mano. Fue directa hacia la mesa y tomó la copa de nuevo.

—No lo pone nada fácil, señor Renwich —pronunció antes de dar otro sorbo al vino.

—Sí, esta era la noche de bodas que siempre había imaginado —ironizó Walter mientras observaba a su recién esposa dar tumbos por la habitación. Se encontraba sentado en el butacón, observándola, aunque suspiró y fue hacia ella rápidamente para sujetarla. Estaba claro que Elodie no estaba acostumbrada al alcohol, pues tras dos copas ni siquiera se mantenía en pie. La cogió por la cintura y la sujetó junto a él.

—¿Por qué hemosh vuelto al barco? —preguntó mirándolo.

Walter sonrió.

—No estamos en el barco, estamos en la habitación de un hotel —respondió.

—¿Y por qué she mueve ashí? —preguntó perdiendo de nuevo el equilibrio.

Walter le quitó la copa de la mano y la depositó en la mesa sin soltar a Elodie.

—Creo que ya has bebido suficiente.

—Shí, creo que tienesh razón —contestó ella—. Uy, uy, uy… wiii —dijo elevando un mano.

Walter suspiró armándose de paciencia, sujetándola por la cintura.

Ella se sujetó a su cuello y lo miró con una gran sonrisa.

—Eresh tan… tan…

—¿Qué? —preguntó Walter mirando sus labios.

Ella descendió su mirada hacia sus labios también.

—Atractivo… —acabó con un susurro.

Ambos se miraron a los ojos. Elodie tenía unos labios realmente apetecibles, tanto que sabía que si volvía a posar los suyos sobre los de ella no podría parar. No era justo que, la primera vez que estuviese con ella, Elodie ni siquiera fuese consciente de lo que ocurría.

—¿Sí? —preguntó él con una sonrisa—. ¿Eso crees?

Ella acarició su cara y pellizcó su mejilla de forma graciosa, lo que provocó que él hiciese un gesto cómico.

—Shí —respondió mientras acariciaba su cabello—. Eresh muy… muy bueno conmigo. Tú… —dijo intentando mantener el equilibrio, aunque no lo consiguió y Walter la tuvo que mantener sujeta—, me hash ayudado tanto. ¿Sabesh que iba a… a irme a F… Francia? —comenzó a reír—. ¿Qué hubieshe hesho yo en Franciaaa? Fraaanciaaa —repitió lentamente—. Shé hablar francesh…

—Oh, qué bien —ironizó él mientras la ponía firme.

—*Tu es mon mari*[9]

—Ouais, je le suis[10] —contestó él.

—Ohhh… ¿sabesh francesh?

—Claro que sé francés —respondió divertido—. ¿Olvidas que tengo negocios en muchos países de Europa? —acabó cogiéndola por la cintura y arrastrándola hacia la cama.

—Mmm… eresh un hombre importante —dijo extendiendo los brazos hacia los lados.

—Sí, sí… un hombre importante que en estos momentos arrastra a su reciente esposa a la cama porque no puede mantenerse en pie —bromeó.

La dejó caer sobre la cama, pero ella intentó ponerse en pie, aunque él se lo impidió colocando una mano en su pecho y provocando que ella cayese tumbada sobre el colchón.

—Oooh —se quejó al caer sobre este—. Walter —se quejó ella intentando incorporarse.

Él la miraba gracioso, aunque se reclinó hacia ella provocado que ella se echase de nuevo sobre el colchón.

—Será mejor que descanses… —pronunció echándose prácticamente sobre su cuerpo, aunque sin cargar su peso. Aquel gesto la intimidó bastante pese a su estado—, mañana hay que levantarse pronto para seguir el camino hasta Keswick. —Miró sus labios unos segundos y ella hizo lo mismo. Walter chasqueó la lengua y se acercó a sus labios, besándolos. Un beso no haría daño a nadie y, al fin y al cabo, era su esposa. La besó dulcemente en los labios, saboreándolos hasta que sintió que algo no encajaba ahí. Abrió los ojos y miró a Elodie, la cual permanecía con los ojos cerrados y la respiración tranquila.

Walter se separó de ella y la observó fijamente.

—¿Será posible? —preguntó totalmente sorprendido—. Menuda noche de bodas.

Cerró los ojos y suspiró. Se quedó observándola unos segundos y sonrió. Al menos había sido una noche divertida. Elodie era muy ocurrente y estaba seguro de que no había hecho nada más que comenzar a sorprenderle.

Se apartó de ella y se agachó para quitarse sus botas, situó sus piernas sobre el colchón y la tapó con la colcha. Aún quedaban las ascuas que daban calor a aquella habitación.

Se quitó el resto de la ropa dejándose los calzones y se metió en la cama para descansar.

No pasaron más de diez minutos antes de que cayese profundamente dormido.

22

Elodie cerró los ojos mientras el carruaje se movía de un lado a otro. Llevaban varias horas de camino en el carruaje. Habían salido más tarde de lo esperado, pues, tal y como le había informado Walter, debían cambiar la rueda antes de partir de nuevo.

Desde que se habían subido al carruaje, el movimiento continuo había avivado su dolor de cabeza y su estómago revuelto.

Elodie suspiró y se pasó la mano por la cabeza ante la mirada de Walter.

—¿Dolor de cabeza? —ironizó. Ella lo miró enojada—. Tranquila, en un par de horas irá remitiendo.

Elodie resopló.

—El estómago también me está matando y este camino no ayuda mucho —susurró.

Walter se quedó observándola. No hacía buena cara, se encontraba pálida y sudorosa.

—En pocos minutos llegaremos a un poblado llamado Snowshill, allí podremos descansar un poco en la *Mansión Snowshill*[11], conozco al arrendatario. Es un buen amigo mío —explicó —. John Small de Clapham.

Ella asintió.

—Me irá bien parar —respondió cerrando los ojos.

Walter ladeó su cuello y la miró fijamente.

—¿Quién me mandaría a mí pedir esa botella de vino?

Ella lo miró con tristeza.

—Lo siento… —gimió, ante lo cual él negó rápidamente al ver su gesto de angustia—, era nuestra noche de bodas y… no fue correcto mi comportamiento.

Él tragó saliva y la miró con una sonrisa tierna.

—Si hay algo que me gusta de ti es tu espontaneidad y lo natural que eres. Eres diferente a todas las mujeres de la alta sociedad y… —se quedó observándola cuando ella se llevó la mano a la boca—, ¿qué pasa?

—¡Necesito bajar! —dijo poniéndose en pie.

Walter se puso en pie enseguida y sacó la cabeza por la ventana.

—¡Pare el carruaje! —El cochero se giró hacia atrás—. ¡Pare! —ordenó.

Nada más detenerse, Elodie abrió la puerta sin esperar a que Walter lo hiciese y saltó del carruaje corriendo hacia un árbol. No tardó más que unos segundos en comenzar a vomitar y convulsionarse, echándose hacia delante.

Walter se acercó a ella y extrajo un pañuelo de su bolsillo mientras el cochero observaba la escena sin moverse de su asiento.

Se quedó a su lado hasta que ella acabó y le tendió el pañuelo.

—¿Mejor?

Ella suspiró y asintió avergonzada mientras se limpiaba la boca.

—Sí, la verdad es que sí —reconoció un poco más tranquila. Lo miró y chasqueó la lengua —. Lo siento.

Él rio y negó con la cabeza.

—No tienes que pedirme perdón. Prefiero eso a que no te hubiese afectado. Diría mucho de ti si tolerases tan bien el alcohol —rio—. ¿Te ves bien para continuar el camino?

Ella asintió y se llevó la mano al estómago.

—Sí, lo cierto es que ya estoy mucho mejor.

—De acuerdo, llegaremos en pocos minutos a la mansión de mi amigo, allí podrás tomar un té y descansar un rato.

Ella lo miró no muy segura.

—Ya, pero preferiría que no dijeses que…

—No voy a decir que mi esposa se emborrachó, tranquila —contestó mientras daba unos pasos hacia el carruaje—. Vamos, pasa —dijo con la puerta del carruaje abierta.

Ella cogió su vestido y entró más relajada. Había expulsado de su cuerpo una gran cantidad de líquido y ahora se encontraba mucho mejor, prácticamente sin molestias.

Cerró los ojos y suspiró antes de que Walter se sentase frente a ella y el carruaje comenzase a moverse.

Pocos minutos después, tal y como su esposo le había informado, llegaron a la *Mansión Snowhill.* El cochero se detuvo y ambos observaron desde el interior del carruaje. La mansión era realmente hermosa y enorme.

—Vaya —susurró Elodie.

Walter abrió la puerta y descendió del carruaje ofreciéndole la mano a ella para que bajase. En ese momento, el señor Small de Clapham abrió la puerta de la mansión con una gran sonrisa.

—Walter —dijo con toda la confianza del mundo dirigiéndose hacia él. Walter ayudó a bajar a Elodie y soltó su mano acercándose a su amigo. Ambos se estrecharon en un gran abrazo. El señor Small de Clapham era un poco más bajo y mayor que Walter, seguramente unos cinco años más, tenía el cabello de color negro y unos profundos ojos de color negro, aunque su sonrisa era agradable y demostraba una profunda amistad por Walter—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo no me has avisado de que venías? —preguntó cogiéndolo por los brazos.

—Sinceramente —respondió Walter—, no íbamos a pasarnos. —Se giró y señaló con la mano hacia Elodie que se encontraba unos pasos por detrás—. Es mi esposa, Elodie… —Aquel dato cogió de improviso al señor Small de Clapham que miró a Elodie de la cabeza a los pies, luego sonrió hacia su amigo—. Estamos de luna de miel y vamos en dirección a Keswick. Nos casamos hace un par de días.

—Vaya… no tenía ni idea —respondió absorto—. Pero me alegro muchísimo. ¡Sois bien recibidos!

—Mi esposa no lleva muy bien los baches del camino y he pensado en detenernos un rato aquí y así descansa y puede tomar un té. Así de paso te veía. ¿Cuánto hace que no nos vemos? —rio Walter.

—Casi dos años —respondió el señor Small de Clapham—. ¿Pero solo tomar un té? Sabéis que poder hacer noche aquí y continuar mañana, no hay ningún problema.

—Te lo agradezco —respondió Walter—, pero deseamos llegar a Keswick hoy mismo. No pretendemos molestar ni ser una carga.

—Sabes que no lo sois —dijo su amigo acelerado—, pero entiendo que queráis vuestra intimidad —pronunció divertido dando unos golpes en su hombro. Miró a Elodie y se acercó a ella. Le tomó la mano y la besó—. Encantado de conocerla, señora Renwich. —Ella lo miró un poco cohibida, no creía que pudiese acostumbrarse a que la llamasen de aquella forma—. Mandaré que preparen un té, ¿quiere descansar un rato?

—Se lo agradezco mucho, es muy amable —contestó ella con una sonrisa retirando la mano de la de él—, pero no hará falta, eso sí, no le diré que no a un té.

El señor Small de Clapham asintió y se giró para ofrecerles entrar en la mansión.

—Claro, lo que usted desee. Mandaré que le preparen un té —dijo caminando delante de ellos. Miró a su amigo con una gran sonrisa—. Podemos tomarlo en el porche, hoy hace un buen día. Así nos ponemos al corriente de todo.

—Por supuesto —respondió Walter caminando al lado de Elodie y entrando en la gran mansión.

Él ya estaba acostumbrado a ir allí, de hecho, la mayoría de veces que acudía a Keswick pasaba unos días allí con su amigo. Esta vez no podría ser, pero le agradaba la idea de pasar un par de horas allí con él y hablar, al menos, Elodie tendría un rato para descansar y aposentar el estómago.

Elodie miró el recibidor, asombrada, la mansión era realmente preciosa y muy lujosa.

—¿Está tu esposa en casa? —preguntó Walter.

—No, se ha quedado en Londres, de hecho, ha sido una suerte que me encontrases aquí. Me marchó en tres días para acompañarla en la temporada durante unas semanas —respondió sin mucha alegría. Siguió caminando, atravesando un enorme y sofisticado comedor y una salita, conduciéndoles hasta el porche trasero donde había una mesita rodeada de varias sillas. El lugar era realmente encantador—. Sentaos, voy a pedir que traigan el té y lo tomamos mientras me ponéis al día de los últimos acontecimientos, tales como, por ejemplo, vuestra boda —enfatizó antes de desaparecer por la puerta en dirección a la cocina.

Habían aprovechado para comer con el señor Small de Clapham en su preciosa mansión y después habían partido de nuevo. Por lo que le decía Walter, su vivienda se encontraba a unas tres horas en carruaje.

Se encontraba ya bien y con el estómago lleno. Lo que tenía claro es que no volvería a beber vino nunca más. Con el balanceo que la acunaba había comenzado a cerrar los ojos y se había quedado profundamente dormida.

Walter no había dicho nada, la había dejado descansar para que se recuperase del todo hasta que se aproximasen a la mansión en Keswick. El paisaje que habían transitado era espectacular, le daba pena que Elodie se lo hubiese perdido, pero ya tendrían tiempo de recorrerlo con calma.

Se había echado sobre ella y la había tomado del brazo.

—Elodie —susurró para despertarla con delicadeza—. Elodie… —insistió.

Finalmente, ella había abierto los ojos. Debía de haber dormido muy profundo porque cuando se había despertado parecía desubicada. Lo primero que observó fue aquellos enormes y preciosos ojos azules que la observaban bastante de cerca. Tragó saliva mientras Walter la observaba. Realmente había tenido suerte con Walter, era tan atractivo y tan bueno con ella…

Se quedaron observándose unos segundos y Walter no pudo evitar pasar una mano por su mejilla, acariciándola mientras ella acababa de situarse. Aquella caricia provocó que ella lo mirase con más intensidad. Una simple caricia de Walter y perdía todo su raciocinio.

Walter no pudo soportarlo más cuando ella descendió su mirada hacia sus labios. Directamente se echó sobre ella con necesidad, buscando aquellos labios. Ella lo recibió de buen grado, sujetándose rápidamente a sus hombros y luego rodeando con sus manos su nuca para que no se separase.

Walter situó sus manos en la pared del carruaje para que los baches no lo echasen sobre ella mientras la besaba con pasión. Por Dios, aquella mujer lo volvía loco, pero más aún cuando lo aceptaba de aquella forma.

Se arrodilló ante ella para seguir besándola. Elodie respondió a su beso con una pasión desmedida.

Walter abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello con una caricia de los labios, lo que provocó que Elodie se pusiese en tensión. Walter sintió cómo todo el cuerpo de ella se contraía y apartó los labios de ella mientras su respiración se aceleraba. Se situó ante ella y la miró mientras tragaba saliva. Ella permanecía aún sujeta a su nuca, con los ojos entornados.

Walter se giró para observar por la ventana. Pudo ver el ancho camino de tierra con árboles a cada lado y, tras ellos, aquellos grandes lagos, los conocía bien. En pocos minutos entrarían en su propiedad. Se giró para observarla, ella permanecía quieta, con desesperación en su mirada, como si necesitase más de él, pero aquel no era el lugar ni el momento para seguir. Sabía que el servicio que cuidaba de su mansión estaría esperándolo y saldrían a recibirlos. Suponía que todos debían de estar ansiosos tras recibir la carta que les había enviado donde les notificaba que había contraído matrimonio.

—Elodie… —susurró contra sus labios y la miró a aquellos ojos mientras ella acariciaba su mejilla—, no podemos seguir. —Tragó saliva—. Estamos llegando a mi propiedad y el servicio estará esperando…

En esos momentos ella abrió los ojos desmesuradamente. ¿El servicio?

Walter tuvo que moverse rápidamente y separarse, pues Elodie se incorporó de inmediato y se llevó la mano al cabello asegurándose de que estaba bien hecho el moño. Nunca había sido una experta en hacerse peinados, pues siempre era Anne quien los hacía. Elodie simplemente se había hecho una trenza y la había enrollado a su nuca. No creía que estuviese tan bien como cuando se la hacía Anne, pero al menos estaría decente para ser presentada ante el servicio como la señora Renwich.

Walter se movió lentamente hacia su asiento, con la respiración acelerada mientras veía a Elodie acicalarse el vestido. ¿Cómo podía calmarse tan pronto? Él, al contrario que ella, aún mantenía la respiración acelerada.

Se obligó a aparentar tranquilidad cuando el carruaje se detuvo ante su vivienda. Tal y como había imaginado, todo el servicio había salido a recibirlo al porche en cuanto habían visto el carruaje acercarse.

—Estás muy bien —comentó Walter al ver que volvía a pasarse la mano por el cabello.

Ella hizo un gesto de disconformidad, como si no estuviese muy de acuerdo, justo cuando el mayordomo abrió la puerta del carruaje.

—Señor Renwich —comentó el mayordomo mientras Walter bajaba.

—Buenas tardes, señor Moore. Me alegro de verlo —comentó girándose para tenderle la mano a Elodie. Ella descendió sin soltar su mano. En aquel momento, el corazón le latía rápidamente—. Ella es Elodie, mi esposa —explicó.

—Encantado de conocerla, señora Renwich —pronunció el mayordomo haciendo una reverencia.

Elodie miró la mansión que tenía ante ella. Era realmente fascinante. Unas enormes columnas de mármol se alzaban hasta el techo cubriendo un enorme porche y las escaleras que ascendían hasta él, donde se encontraba gran parte del servicio.

—Es una mansión preciosa —susurró ella con una sonrisa hacia Walter.

Walter le ofreció el brazo y ella se agarró a él para subir las escaleras mientras saludaban al servicio con una sonrisa y movimientos de cabeza.

Se detuvieron ante una mujer más mayor, bastante delgada, ataviada con un vestido azul marino. Su cabello negro recogido en un moño a la nuca revelaba varias canas. Su aspecto era

bastante serio, aunque sonrió cuando ambos se situaron frente a ella.

—Señora Miller —dijo mientras ella hacia una reverencia ante los dos. Walter miró a Elodie—. La señora Miller será tu doncella —explicó a Elodie.

Elodie le sonrió.

—Encantada de conocerla, señora Miller —pronunció.

—Igualmente, señora Renwich —respondió agachando su cabeza. La doncella miró hacia el carruaje—. ¿Solo traen este carruaje?

—Sí —respondió Walter—. Llevamos unas cuantas maletas. Igualmente, una de estas tardes podemos acudir los dos a la modista a renovar el vestuario.

—Claro, señor Renwich. ¿Cuántos días tienen intención de quedarse?

Walter miró de reojo a Elodie.

—Entre una semana y diez días. Luego debemos acudir a Londres de nuevo. La estancia aquí nos permitirá disfrutar de nuestro reciente matrimonio y de unos días de tranquilidad, pero luego hay que volver a la vida cotidiana y al trabajo —comentó con una sonrisa.

La señora Miller volvió a asentir.

Walter comenzó a caminar de nuevo entrando en la vivienda. Se detuvo en medio del recibidor circular. Era realmente espectacular. Desde allí subían unas escaleras circulares a las plantas altas. A la izquierda había una gran habitación donde había varios sofás y estanterías con libros. En medio de la sala había un gran y precioso piano de cola. A la derecha parecía estar la cocina que comunicaba con el salón, al que también se podía acceder desde la puerta central, un enorme salón con una enorme mesa de madera color caoba rodeada de sillas. Desde allí podía observar que tenía un gran ventanal a través del cual se veía el jardín trasero que parecía enorme.

La señora Miller apareció tras ellos dos.

—¿Van a instalarse en su habitación privada?

Walter miró de reojo a Elodie que parecía observar todo maravillada, sin prestar atención a lo que la doncella les preguntaba.

—Sí, claro —respondió.

La señora Miller asintió y se alejó de ellos dirigiéndose fuera de la mansión para ordenar al servicio que llevasen las maletas a la planta superior.

—Vamos —la animó Walter conduciéndola hacia las escaleras—. Luego te enseñaré esta planta, ahora comenzaremos por la parte alta.

Subieron las escaleras que rotaban hasta llegar a la segunda planta. Desde allí podía verse la planta baja y, en el techo, colgaba una preciosa lámpara de araña donde había velas recién puestas.

Walter la condujo por el pasillo donde había muchas habitaciones. La mayoría tenían la puerta cerrada.

—Tengo un despacho y una gran biblioteca…

—Me encanta leer —comentó ella con una sonrisa—. Y tocar el piano —reconoció—. He visto que tienes un hermoso piano de cola en la planta baja.

—Todo tuyo —respondió con una sonrisa—. Estoy deseando descubrir tu talento con él.

—Oh, tampoco esperes mucho —comentó divertida.

Walter abrió una de las puertas y dejó que entrase ella primera.

La había llevado directamente a su habitación privada, la que suponía que sería la de matrimonio.

Era enorme, con una gran cama en medio con una colcha de color dorado. Enfrente tenía un gran escritorio contra la pared y, al lado, junto a la ventana, una mesita donde reposaban dos

butacones orejeros. Miró de un lado a otro. Las paredes de color amarillo le daban un aire distinguido a la estancia.

—Es muy bonita —comentó con timidez.

Walter asintió y fue hacia una puerta que se encontraba al lado del escritorio y en la que no había reparado.

Walter se situó frente a ella y la abrió. La puerta daba paso a otra habitación igual que la anterior, aunque la colcha que había sobre la cama era de un color verde.

Elodie pasó a aquella habitación mirándola sin comprender.

—Como te comenté —pronunció Walter a su espalda—, aquí estaremos más tranquilos, nadie nos vigilará. Estas dos habitaciones son contiguas. —Ella se giró y lo miró sorprendida, pues pensaba que tras lo ocurrido la noche anterior y en el carruaje dormirían juntos. Apartó la mirada de él rápidamente para no demostrar su frustración—. Suelo usar esta —dijo señalando hacia atrás—. Mi hermana suele usar esta cuando viene, aunque si prefieres la otra podríamos…

—No, está bien —comentó mirando la habitación—. Me gusta esta —respondió con una sonrisa fingida.

Ambos se miraron unos segundos y Elodie apretó los labios. No sabía cómo tomarse aquello. Walter le había asegurado que la respetaría y parecía estar totalmente decidido a hacerlo, el problema era que ella no sabía si deseaba eso o no. Lo que había sentido junto a él había provocado la necesidad de querer saber más, de sentir más.

—Los aseos están en la habitación de enfrente —continuó abriendo la puerta de aquella habitación—. ¿Quieres que mande que te preparen un baño?

Elodie tragó saliva totalmente descolocada.

—Claro, te lo agradecería —dijo intentando aparentar normalidad.

—De acuerdo —respondió cruzándose de brazos—. Yo también me daré un baño y aprovecharé para sacar todos los documentos que he traído y ordenarlos en mi oficina, que es la segunda a mano derecha —indicó—, cualquier cosa que necesites estaré allí. Si no, nos vemos para cenar —respondió.

Ella asintió sin decir nada. Durante unos segundos ambos se quedaron mirándose hasta que Walter reaccionó y respiró hondo.

—Ahora te traerán las maletas —continuó dándole la espalda—. Hasta luego —acabó.

Cerró la puerta y apretó los ojos. Resopló y tragó saliva.

Se lo había prometido, pero era tan difícil… Sabía que muchos matrimonios, tras su luna de miel, no compartían habitación, dormían por separado, pero no era lo que él deseaba.

Aun así, se había dicho a sí mismo que era un hombre de palabra.

Se puso erguido cuando dos sirvientes entraron con varias maletas.

—Gracias —dijo dirigiéndose a las dos maletas—. La maleta roja y el baúl son de mi esposa. Podéis dejarlo en la habitación contigua —señaló. Los dos sirvientes se miraron de reojo —. Y, por favor, ¿podéis decirle a la señora Miller que mi esposa desea un baño? —preguntó acercándose a la ventana para observar cómo descendían un baúl entre unos cuantos hombres.

—Claro, señor —respondió uno de los hombres antes de salir del dormitorio.

En cuanto se quedó solo, Walter miró directamente a la puerta que unía aquellas dos habitaciones. Al otro lado, Elodie paseaba por la habitación desubicada con la situación. Se acercó a la ventana y observó cómo el cochero se alejaba ya con el carruaje tras haber sacado el servicio el baúl y unas cuantas maletas más que subían por el porche.

Instintivamente, suspiró y se quedó observando la puerta blanca que separaba su habitación de la de su marido.

23

Después de tomar un baño se había dedicado con su nueva doncella a colgar los vestidos que había traído. Lo cierto era que la señora Miller parecía bastante reservada, no era como Anne que era muy habladora y con la cual tenía mucha más confianza.

Se había limitado a colgar los vestidos y a hacer algunos gestos de disgusto ante algunas de sus prendas.

Después había bajado a la planta baja. Había buscado a Walter, pero suponía que debía de estar en la oficina trabajando u ordenando papeles porque no se encontraba allí.

Había pedido un té y había pasado el resto del día en el enorme jardín de la parte trasera. Había dado un corto paseo para estirar las piernas por el jardín. No se había alejado mucho, su intención era llegar hasta la zona de los lagos, pero no había podido, el sol se ponía y el territorio que abarcaba la propiedad Renwich era muy extenso.

Se había fijado en que a una distancia prudencial de la mansión había un establo techado y parecía haber varios caballos. En otro momento, a la luz del día, ya iría a visitarlos. Siempre le había gustado montar a caballo, aunque hacía bastante tiempo que no disfrutaba de ello, desde poco antes de ir a Nueva York.

Cuando habían dado las siete se había dirigido al interior de la mansión y uno de los sirvientes la había acompañado al salón donde estaban a punto de servir la cena.

Se sentó en la punta de la larga mesa donde habían preparado el plato y los cubiertos, así como las copas, y esperó a que Walter viniese para comenzar a cenar. Parecía que todos en cocina esperaban para servir la cena a que el hombre de la casa apareciese.

Elodie suspiró y juntó sus manos sobre su falda mientras observaba a cuatro sirvientes, uno en cada esquina del salón, dispuestos a servir la cena y a ayudarlos en todo lo necesario. Iban vestidos de negro con los ribetes dorados y con una camisa blanca.

Chasqueó la lengua y miró en dirección a la puerta. Lo cierto era que tenía bastante hambre. Comenzó a dar golpecitos con el pie mientras miraba de un lado a otro.

El salón era realmente precioso y a través de las ventanas podía ver cómo el sol se escondía tras las últimas colinas.

Pasaron unos minutos hasta que resopló y miró el reloj que había en la pared del salón. Las siete y doce minutos.

Se giró y miró a uno de los integrantes del servicio.

—Disculpe… —El hombre se acercó de inmediato—, ¿se suele cenar sobre las siete?

—Si, señora —respondió el hombre.

—¿Y mi marido lo sabe? —preguntó divertida.

El sirviente miró de reojo al resto, como si no se atreviese a responder.

—Mmm… sí, fue… fue él mismo quien dio orden de que la cena se preparase para las siete.

—Ya —dijo levantándose—. Pues me parece que se le ha olvidado —bromeó—. Voy a ir a buscarlo —le susurró con complicidad al sirviente, el cual dio un paso atrás.

Elodie se dirigía hacia la puerta justo cuando escuchó a Walter bajar las escaleras y apareció

frente a ella.

—Oh —comentó él retrocediendo un paso, pues a punto había estado de atropellarla. Miró a Elodie con una sonrisa forzada y luego el reloj que marcaba casi las siete y cuarto—. Disculpa, estaba ordenando documentos y… se me ha ido el santo al cielo.

—No importa —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Venías a buscarme? —preguntó mientras se dirigía a la mesa.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—, pensaba que se te había olvidado y, sinceramente, tengo bastante hambre —confesó mientras tomaba asiento.

Se colocó la servilleta sobre las piernas y elevó su mirada hacia Walter, el cual se encontraba al otro extremo de la mesa. En ese momento se dio cuenta de la gran distancia que había entre ellos dos, aunque Walter no pareció darle importancia y sonrió hacia ella.

Ella le devolvió la sonrisa como si nada y se giró cuando la puerta de la cocina se abrió para traer los platos a la mesa.

Había una gran fuente de sopa y los sirvientes dejaban una bandeja con verduras asadas y otra con carnes. Todo tenía una pinta excelente.

El mayordomo tomó su plato y fue a llenarlo tras el de Walter.

Elodie removió la sopa para que se enfriase mientras llenaban la copa de vino a Walter y luego se dirigieron hacia ella, pero Elodie tapó su copa.

—No, gracias. ¿Tienen agua? —preguntó.

—Sí, claro —respondió el mayordomo.

Walter la miró divertido mientras removía también la sopa.

—¿Qué es lo que te ha mantenido toda la tarde en tu despacho? —preguntó ella mientras seguía removiendo la sopa con la cuchara.

—Documentos de la empresa. —Se encogió de hombros—. El abogado de mi tío nos entregó un montón de documentos y todavía me quedan algunos por revisar. Prefiero hacerlo lo antes posible —explicó. Ella asintió—. ¿Y tú? ¿Qué has hecho durante la tarde?

Se encogió de hombros y, finalmente, tomó la sopa con su cuchara. Estaba riquísima.

—Oh —dijo hacia el mayordomo que llenaba su copa de agua—, está buenísima, felicite al cocinero de mi parte —continuó con una sonrisa. Luego miró a Walter de nuevo—. He tomado un té en el porche trasero y he dado un paseo, aunque no he podido llegar a la zona de los lagos, ya comenzaba a oscurecer.

Él asintió.

—Uno de estos días daremos un paseo a caballo por la parcela —le sugirió—. ¿Sabes montar a caballo?

—Sí, eso iba a decirte —respondió mientras llenaba su cuchara de nuevo—. He visto unos establos, aunque no he entrado. ¿Puedo visitarlos?

Él enarcó una ceja.

—Eres mi esposa… —le recordó—, también son tus establos. Si te apetece ir a los establos, ve —le ofreció—. Es tu casa, eres libre de hacer lo que te plazca, incluso de redecorarla si te apetece.

Ella lo miró divertida.

—¿Redecorarla? Ya me gusta como está —comentó. Él se encogió de hombros—. Y en cuanto a los establos, sí, me gustaría visitarlos y montar a caballo, hace bastante tiempo que no monto, desde antes de ir a Nueva York.

Él asintió.

—Daremos un paseo. —Tomó sopa y volvió a mirarla, aunque en ese momento pareció

consciente de la distancia que los separaba y parpadeó repetidas veces—. También podemos ir a la modista una de estas tardes, supongo que te gustaría algún vestido nuevo y a mí me iría bien renovar mi armario… por cierto, estás muy lejos, ¿no? —preguntó. Ella se encogió de hombros. Walter miró al sirviente más cercano—. Por favor, mañana para desayunar ponednos juntos, tengo que… que gritar para comunicarme con mi esposa —rio—, y, además, voy a necesitar un catalejo. —Señaló en dirección a ella—. Ni siquiera la veo bien.

—Claro, señor Renwich —respondió el sirviente con un movimiento de cabeza.

Walter volvió su mirada hacia Elodie.

—Mañana también me pondré al corriente de si durante los días que estamos aquí habrá algún baile en la zona. Estamos en temporada, así que supongo que alguno habrá —continuó mientras seguía con la sopa.

—Eso me encantaría —respondió ella.

Tomaron la cena y después del postre se dirigieron a la habitación. Todo el pasillo estaba alumbrado por velas hasta que llegaron a la habitación de él, donde había varias lámparas de aceite encendidas.

Ella lo miró de reojo cuando él abrió la puerta y la dejó pasar primero. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la mesa para depositar el candelabro. Lo sopló apagando la vela, dejando únicamente la luz que emitía la lámpara de gas.

Cuando se giró hacia ella, Elodie se removía inquieta.

—¿Te apetece quedarte un rato? ¿O estás cansada del viaje? —le preguntó con un tono grave.

Ella tragó saliva e intentó aparentar calma, aunque dudaba que pudiese aparentar algo ante él.

Miró de reojo a su habitación. Deseaba quedarse con él, pero sentía timidez, ya sabía cómo reaccionaba su cuerpo ante su contacto, así que mejor mantenerse alejada hasta que pudiese controlarse mejor.

—Estoy un poco cansada —susurró bajando la mirada.

Walter hizo un gesto de disgusto, pero asintió. Tragó saliva y la miró con una leve sonrisa.

—Mañana por la tarde podemos ir a la modista y que nos prepare algo para la vuelta a Londres —pronunció.

—Claro —sonrió ella de una forma fingida. Inspiró hondo y apretó los labios. Miró de nuevo de reojo hacia la puerta de su habitación y asintió—. Buenas noches, Walter —susurró antes de girarse con todos los músculos en tensión y dirigirse a su habitación.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó contra la puerta y suspiró.

Debía darse un tiempo para acostumbrarse a su presencia, para saber lo que necesitaba en su futuro. Walter le estaba demostrando ser un auténtico caballero, lo cual la enamoraba más aún. ¿Qué hombre no hubiese tomado las riendas de su noche de bodas y reclamado consumar el matrimonio, aunque existiese un pacto entre los dos? Sin embargo, él mantenía su palabra tal y como le había prometido, el problema era que una vez que había probado sus caricias y sus labios era ella la que parecía sufrir más por su lejanía.

Cerró con fuerza los ojos y fue hacia la cama. Debía aprender a controlarse como hacía él.

Al otro lado de la puerta, de nuevo, Walter se mantenía de pie, mirándola con todos sus músculos en tensión. ¿En qué momento le había prometido que la respetaría? ¿Estaba loco? Ahora se arrepentía de cada una de sus palabras y sus promesas. Estaban casados y, aunque fuese por un acuerdo que habían hecho entre los dos, no dejaba de ser su esposa.

Resopló y se pasó la mano por el cabello. Aquello no iba a durar mucho, no creía ser capaz

de aguantar la necesidad que sentía de ella.

Apartó su mirada de la puerta y observó su cama.

—Maldita promesa —susurró mientras se quitaba los zapatos de mala gana.

Elodie se quedó observando la llama que bailaba. Se había puesto el camisón y metido en la cama tapándose con la colcha, no sabía cuánto tiempo había pasado. Se había quedado varias veces adormecida, pero no conseguía conciliar el sueño.

Se giró en la cama y miró la puerta que separaba su habitación de la de Walter. Se giró y se quedó observando el techo. ¿Quién le iba a decir que iba a ser tan difícil?

Se quitó la colcha de encima y se puso en pie. Cogió una bata blanca, anudándosela, y tomó en su mano la vela encendida que se había consumido ya hasta la mitad.

Si no podía dormir lo mejor sería que se distrajese hasta que tuviese sueño.

Fue a la puerta y la abrió. El pasillo estaba prácticamente a oscuras y todo en silencio. Incluso los sirvientes debían de estar durmiendo.

Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado. Caminó despacio, intentando hacer el menor ruido posible, y pasó por delante de la puerta de Walter. Se fijó en que no tenía ninguna luz encendida, seguramente descansaría como el resto de inquilinos de la casa. Era una boba pensando que él también sentía aquellas contradicciones en su mente, tantas que no la dejaban descansar siquiera.

Caminó despacio hasta que se situó ante una de las puertas. La abrió poco a poco e iluminó el interior.

—No —susurró al observar el despacho de Walter, un despacho bastante amplio, con una gran mesa donde había varios documentos sobre ella y una enorme estantería detrás donde había más documentos, diversos libros y algunas figuras.

No, aquella no era la zona que buscaba.

Cerró la puerta y siguió caminando. Recordaba que Walter le había dicho que disponía de una gran biblioteca. Lo que más le apetecía en aquel momento era aporrear el piano para descargar todo lo que llevaba dentro, pero estaba segura de que su actitud no sería bien acogida por los sirvientes que descansaban en ese momento. Ya tendría ocasión.

Fue a la siguiente habitación y abrió la puerta, iluminó su interior y sonrió al observar las estanterías.

Entró lentamente y miró la enorme biblioteca que cubría las cuatro paredes, solo la parte de la puerta, la chimenea y la ventana no contenían estantería alguna, el resto estaba repleto de libros.

Cuántas historias con las que soñar, cuántos sueños por vivir…

Siempre había sido una de sus aficiones favoritas que le permitía descubrir nuevos lugares y volar a todos los rincones del mundo.

Caminó frente a una de las estanterías y observó la gran cantidad de libros que Walter tenía. Parecía que ambos compartían una gran pasión por la lectura.

Se giró y observó una mesa redondeada con dos sofás orejeros color verde sobre una moqueta color marrón claro. La estancia era preciosa.

No pudo evitar sonreír mientras caminaba, observando todos los libros que tenía a su alcance. Algunos estaban en diferentes idiomas, pudo apreciar alguno escrito en francés, otro en alemán y varios en castellano. Le llamó la atención uno de esos libros por lo grueso que era. Depositó la vela sobre la mesa y volvió hacia allí.

Extrajo el libro y lo miró. En la portada había dibujado un caballero con armadura acompañado de otro caballero más regordete sobre un burro.

—*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*[12] —susurró con dificultad, pues no sabía castellano, solo unas pocas palabras.

Parecía divertido. Lo volvió a depositar en la estantería y siguió observando. Se alegró sobremanera cuando observó una de sus novelas favoritas, no sabía cuántas veces la había leído.

—*Romeo y Julieta* de *William Shakespeare*. —Pasó las yemas de sus dedos por su lomo y se detuvo al observar otra de las novelas de ese gran dramaturgo que aún no había leído, pero que tenía unas ganas tremendas—. *Mucho ruido y pocas nueces* —exclamó al verlo. Había escuchado muy buenas críticas de aquel libro. Todos los que lo habían leído decían que era una comedia romántica con la que reías mucho y que, además, contenía una trama emocionante—. Perfecto para mi insomnio —dijo feliz mientras lo tomaba entre sus manos.

Al menos, estaría entretenida y leer seguro que la ayudaría a dormir.

Fue hacia la mesa y depositó el libro mientras se acomodaba en el acolchado y cómodo sofá orejero y suspiraba.

Acercó la vela y abrió el libro escrito como obra de teatro. Lo malo era que cuando comenzaba no podía parar, y si aquella novela era tan adictiva iba a tener un problema.

Comenzó a leer la primera línea cuando escuchó el ruido de la puerta. Aquello la sobresaltó y dio un respingo poniéndose en pie de un salto, al lado del sofá. Por suerte, no golpeó la mesa porque hubiese caído la vela y ocasionado un buen incendio.

Observó asombrada a Walter entrar en la sala con una mirada sorprendida, con la vista clavada en ella.

Entró y cerró la puerta tras él.

—¿Va todo bien? —preguntó con otra vela en la mano.

Ella le sonrió intentando calmarlo.

—Sí —susurró—, es solo que no podía dormir.

Walter asintió.

—Yo tampoco —reconoció y dio unos pasos hacia ella. Walter focalizó su atención en que había un libro abierto sobre la mesa. Llegó hasta ella y depositó también su vela sobre esta—. ¿Leyendo?

—Sí. —Miró a su alrededor—. Tienes una biblioteca fantástica.

—¿Qué lees? —preguntó mirando la primera hoja.

—*Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare…

Él rio.

—Ya veo.

—Dicen que es muy divertida.

—Lo es —confirmó él.

Lo miró sorprendida.

—¿Lo has leído?

—He leído prácticamente todos los libros que hay aquí. —Ella enarcó una ceja—. ¿Qué ocurre?

Elodie se encogió de hombros.

—Pensaba que eras un hombre tan ocupado como para no tener tiempo para la lectura.

—Lo soy —confirmó él con una sonrisa—, pero también viajo mucho y durante mis largos viajes aprovecho para leer.

Ella asintió y lo miró haciendo un gesto gracioso con la cara.

—Como no podía dormir he buscado la biblioteca… era eso o el piano… y dudo que los sirvientes me vean con buenos ojos si me pongo a tocar en estos momentos —bromeó.

—Ni los sirvientes ni yo —respondió rápidamente con una gran sonrisa.

Ella le correspondió a esa sonrisa mientras sentía cómo su vello se erizaba. Apartó la mirada de él y dio unos pasos al lado, acercándose a la biblioteca.

—¿Qué libros me recomiendas?

—Pues… creo que has escogido bien —dijo señalando el libro que tenía sobre la mesa. Situó sus manos en su cintura y dio unos pasos hacia ella, observando la gran cantidad de libros —, pero si te la acabas te recomiendo esta otra… —Volvió sobre sus pasos y buscó entre los libros—. *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders* de Daniel Defoe[13]. Puede gustarte, aunque es un poco triste… —Se quedó pensativo, como si rememorase la historia—, mejor que leas la que has escogido. —Ella hizo un gesto gracioso—. Puedes leer *Emma* escrito *por una dama*[14]. Reconozco que la dejé a medias, era divertida, pero… me gusta más otro tipo de literatura. Seguro que a ti te gusta —acabó con una sonrisa pícara.

—La tendré en cuenta. —Elodie se acercó y miró unos cuantos libros más, se giró y lo observó—. No te creía tan lector.

Él chasqueó la lengua.

—Leo solo cuando tengo tiempo, pero sí, es una buena forma de distraerme —comentó mirándola. Estaba cerca de ella, tanto que si daba un paso hacia delante y bajaba su cabeza podría besarla—. Una de ellas —susurró mirando sus labios.

Ella tragó saliva y miró a su vez los labios de él. ¿Cómo podía atraerle tanto?

Walter apretó los labios mientras la miraba a los ojos. Se había prometido a sí mismo que no caería en la tentación, que su unión era un simple plan para conseguir cada uno sus objetivos, pero aquella mujer iba adentrándose cada vez más en su corazón. Sus enormes ojos azules, su forma de tratar al personal y a él, la valentía que había demostrado con tal de alcanzar sus metas…

—Mierda —susurró antes de cogerla por la cintura y apoyarla contra la estantería. Directamente, besó sus labios con una pasión desenfrenada que cogió desprevenida a Elodie, aunque tras unos segundos de sobresalto se sujetó con fuerza a él.

Walter la abrazó fuerte contra él, apoyándola contra la estantería mientras sentía las manos de ella ascender hasta su cabello y sujetarse a él como si no pudiese soportar el placer de aquel beso.

Walter comenzó a acariciar su cintura y luego descendió sus manos hasta las caderas de Elodie, rodeándolas.

Abandonó sus labios y la miró unos segundos. Elodie permanecía con los ojos entornados, disfrutando de sus caricias y sus labios.

Besó su mejilla y comenzó a descender por su cuello, provocando que un gemido se escapase de los labios de ella mientras apretaba su cabello más fuerte con sus manos. No es que pudiese cogerle mucho pelo, pues lo tenía corto, pero sí lo suficientemente largo para tirar de él y provocar que su pasión aumentase más.

Walter llevó las manos hasta la bata blanca de seda que portaba Elodie para cubrirse el camisón y deshizo el nudo, directamente introdujo sus manos acariciándola de nuevo. En ese momento, ella pudo sentir el calor de aquellas manos sobre la seda de su camisón mientras Walter acariciaba su cuello con su lengua y ella se sujetaba más a él.

Aquella sensación era maravillosa, jamás había imaginado que una caricia, un beso o el sentir su respiración acelerada contra su piel pudiesen provocarle tanto placer. Era algo para lo que no estaba preparada y la había cogido desprevenida.

Walter acarició con suavidad su cintura mientras seguía descendiendo por su cuello y sentía

cómo ella se agitaba levemente ante su contacto.

Walter llevó sus manos hasta los hombros de ella y comenzó a descender su bata de seda poco a poco, dejándola caer. En ese momento, ella abrió los ojos y giró su cabeza para observarlo.

—Walter… —susurró antes de que él volviese a besarla.

La besó mientras acariciaba sus brazos y finalmente la bata llegaba al suelo, quedándose Elodie solo en camisón.

—Puedo enseñarte tanto… —susurró en su oído antes de morder con suavidad su oreja y hacer que ella gimiese—, eres mi esposa… soy tu marido, ¿por qué no disfrutar de ello? —preguntó antes de bajar de nuevo por su cuello, aunque esta vez su lengua trazó un nuevo sendero hacia sus pechos.

Ella suspiró y apoyó su cabeza contra la estantería, cerrando los ojos y suspirando mientras sus manos despeinaban el cabello de Walter.

—Porque esto… —susurró Elodie intentando recobrar el sentido, aunque le era extremadamente difícil, sentía que su mente se había nublado y no podía pensar con claridad—, esto… —gimió cuando sintió la lengua de Walter pasar sobre su pecho. Tragó saliva y finalmente encontró las palabras que quería decir—, es solo un acuerdo para conseguir un fin —susurró adormilada por el placer.

Walter se quedó estático al escuchar aquellas palabras. Tragó saliva y se puso firme ante ella poco a poco. Elodie abrió los ojos lentamente, recuperándose de todo lo que había sentido, y se quedó observando aquellos ojos azules que la estudiaban con tanta atención.

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó, aunque no pudo evitar mirar sus labios de nuevo. Ella tragó saliva y lo miró con deseo—. Yo fui muy claro contigo desde un principio… —susurró contra sus labios, como si los buscase—, admití que la única razón por la que acudía a los bailes de la temporada era por ti. —Ella lo miró fijamente, aunque también desvió la mirada hacia sus labios—. Te di a ti la oportunidad de decidir nuestro futuro, si seguir casada conmigo o divorciarte a los seis meses, porque yo lo tengo claro. —Ella lo miró como si no comprendiese —. Desde que te vi por primera vez… —susurró—, supe que quería estar contigo. Puede que haya un fin de por medio que nos beneficie a los dos, pero eso no implica que no pueda haber sentimientos. ¿Cuáles son los tuyos? —preguntó directamente. Ella desvió la mirada a sus labios de nuevo, Walter sabía que deseaba que la besase de nuevo, obviamente, si no se sintiese atraída por él no actuaría de aquella forma ni hubiese aceptado ser su esposa, pero era cierto que ella en ningún momento había expresado sus sentimientos ni lo que pensaba al respecto.

Titubeó un poco y finalmente tomó aliento, como si consiguiese centrarse un poco, aunque sin querer su mirada descendía a sus labios una y otra vez, deseándolos de nuevo.

—No… no me siento casada —susurró. Walter parpadeó varias veces y dio un paso atrás, aunque sin soltar su cintura. Podía esperar cualquier respuesta menos esa. La miró desconcertado —. Quiero… quiero decir que había un acuerdo entre nosotros, pero…

—¿Pero? —preguntó lentamente.

—Deseo que me beses y tus caricias —respondió sincera y lo miró—, en todo momento.

Sí, sin duda aquella era la forma más clara en la que podía expresar lo que sentía por Walter, no deseaba solo su compañía, sino algo más… mucho más.

Él se acercó de nuevo y se situó ante ella.

—Pues déjame que te trate como a una mujer casada, como a mi esposa —susurró antes de volver a capturar sus labios ardientemente y coger sus manos llevándolas hacia arriba. Elodie sintió cómo descendía sus manos sobre sus brazos hasta llegar a sus pechos. En ese momento

sintió algo de temor, pero casi no tuvo tiempo, pues Walter los acarició con delicadeza por encima del camisón.

Ella volvió a abrazarse a su cuello hasta que él dejó de masajear sus pechos y llevó sus manos hasta su camisa, desabrochándole los botones. Ella tragó saliva mientras él volvía a descender por su cuello provocando que aquel éxtasis que nublaba su mente volviese a invadirla.

Walter desabrochó parte de su camisa, tomó con delicadeza la mano de Elodie y la llevó hasta su pecho desnudo para que lo acariciase.

Sintió el temblor de sus dedos al acariciar su piel por primera vez, el placer que sintió al notar las yemas de sus dedos sobre su pecho le hicieron gemir justo antes de que volviese a besarla con una furia irracional.

Ahora no había marcha atrás, lo que habían comenzado no podrían detenerlo. Aquel fuego que lo había consumido los últimos días lo poseería del todo.

Se separó un poco de ella y la miró. Estaban en la biblioteca, de pie, aunque a Elodie parecía costarle mantenerse erguida, pues aquella experiencia era totalmente nueva para ella.

Tomó su mano y tiró de ella.

—Ven conmigo —susurró acercándose a la mesa para coger una de las velas, sin soltarla.

Aquel no era un buen lugar para dar rienda suelta a su pasión la primera vez.

Se dirigió a la puerta y salió de la biblioteca con ella cogida de la mano y con la otra alumbrando en dirección a su habitación.

Elodie iba tras él aún sumida en aquel placer que le brindaban sus caricias y sus besos, aunque cuando tomó consciencia de nuevo de lo que iba a ocurrir entre ellos sintió cierto temor, no obstante, por mucho temor que sintiese, el deseo de estar con Walter y su curiosidad por conocer cuánto placer era posible darse un cuerpo a otro era superior a su miedo.

Deseaba cada caricia y beso de Walter, pero no solo eso, deseaba mucho más.



24

Elodie fue de su mano hasta la habitación de él, prácticamente sin pensar, únicamente guiada por el placer que le prometía. Tal y como le había dicho, eran esposos, ¿por qué negarse aquel placer? Además, él había sido muy sincero… estaba interesado en ella, ya se lo había dicho en el baile, pero ahora todo cobraba un nuevo sentido. Habían formalizado su unión y, ¿para qué negárselo más? Ella también se sentía atraída por él, y mucho.

Era cierto que todo había acontecido para lograr un fin por ambas partes, pero eso no excluía que realmente pudiesen sentirse atraídos el uno por el otro, es más, para el resto de la sociedad no había contrato alguno y, por lo tanto, eran una pareja joven, normal y corriente, tomando matrimonio.

Entraron en la habitación de Walter, iluminada solo por una vela, y cerró la puerta.

Se soltó de ella y fue hacia el escritorio depositando la otra vela sobre este. Cuando se giró, Elodie miraba la cama con cierto reparo.

—¿Estás nerviosa?

Ella lo miró y decidió ser sincera.

—Un poco —susurró.

Walter se acercó situándose frente a ella y acarició su cabello con ternura, lo que provocó que ella también elevase su mano hasta la de él y cerrase sus ojos apoyando su cara en la mano de él, un gesto que enterneció totalmente a Walter.

Descendió de nuevo hasta sus labios y, esta vez, los besó lentamente, dedicándole todo el tiempo del mundo y saboreando la boca de ella con delicadeza.

De nuevo, Elodie volvió a sentir aquella mágica sensación, aquel remolino de placer que comenzaba en su estómago e iba extendiéndose por todo su cuerpo, nublando su mente.

Walter se apartó levemente de su cara para observarla. Ella tenía los ojos entornados por el placer, sus labios entreabiertos por el beso. La falta de contacto hizo que Elodie abriese los ojos.

Walter le sonrió con ternura y cuando recibió una sonrisa por parte de ella no lo soportó más. Si por algo se caracterizaba Elodie era por tener la sonrisa más tierna y sensual que jamás hubiese conocido.

Descendió de nuevo hasta sus labios y esta vez se agachó cogiéndola por el trasero y la elevó haciendo que ella rodease su cintura con sus piernas. Elodie se sobresaltó por aquel gesto, pues no lo esperaba, pero reaccionó rápidamente sujetándose a sus hombros y rodeando con fuerza su cintura.

La estrechó contra la puerta de la pared provocando un golpe seco que, durante unos segundos, los distrajo a los dos. La puerta comenzó a crujir y Walter chasqueó la lengua.

—Mejor vamos a la cama —susurró contra sus labios—, o vamos a despertar a todo el servicio —bromeó.

Ella sonrió mientras él daba unos pasos, sujetándola.

—Preferiría pasar desapercibida —respondió ella antes de darle un beso a él.

Walter se sorprendió por su gesto, pero lo recibió de buen grado. Sí, ella también deseaba

estar con él, y aquella complicidad y seguridad en sí misma que iba apareciendo poco a poco en ella le encantaba.

—¿Crees que no saben lo que ocurre? —rio él antes de soltarla con delicadeza sobre la cama—. Estamos recién casados, lo extraño es que hayamos postergado este momento hasta hoy.

La recostó sobre el mullido colchón con suavidad y se puso sobre ella, acariciando con su mano todo su cuerpo, desde su rostro hasta las rodillas. Elodie no pudo evitar un suspiro, aquella era la sensación más placentera que jamás había sentido. Walter besó sus labios y volvió a su cuello mientras la abrazaba, sin cargarla con su peso. Su suavidad, la forma en que la tocaba… era pura ternura, una ternura que no creía capaz de poder conocer si no era junto a él.

Se quitó la camisa arrojándola al otro lado de la habitación y se recostó de nuevo sobre ella. Tomó la mano de Elodie y la llevó hasta su pecho.

—Puedes tocar —pronunció contra sus labios con una sonrisa pícara.

Volvió a besarla mientras sentía cómo la palma de la mano se deslizaba por su pecho, con una Elodie bastante nerviosa en sus movimientos, aun así, mientras más iban sumergiéndose en ese placer más firme tenía ella su pulso.

Walter se incorporó lentamente bajando de la cama y se deshizo de los pantalones, arrojándolos al suelo. Ella evitó mirar la zona que Walter le había mostrado hacía dos noches, pues, aunque estaba totalmente absorta por el placer, aún sentía cierto reparo. Walter se arrojó sobre ella y la ayudó a quitarse el camisón, arqueando Elodie su espalda y posteriormente subiendo sus brazos para que él también se lo quitara sin mucha dificultad y acabase volando a través de la habitación hasta el suelo. Notar piel con piel, el calor que desprendían sus cuerpos y que arropaba al otro les hizo ser conscientes de la necesidad mutua que tenían el uno de la otra y viceversa, una necesidad que había surgido poco a poco, a fuego lento entre ambos y que había dado lugar al más ardiente deseo.

Besó su clavícula y elevó su cabeza mientras ella acariciaba su cuello y se juntaban en un ardiente beso, consumiéndolos poco a poco y provocando que su deseo aumentase hasta límites insospechados.

Walter se incorporó entre sus piernas mientras la besaba. En ese momento sintió, cómo Elodie se ponía tensa, aun así, no se resistió.

—Es normal que la primera vez duela un poco, pero pasará pronto —susurró.

Comenzó a introducirse en ella de forma delicada, suave. Sabía que ella no había estado nunca con otro hombre. Cuando se introdujo del todo en ella, Elodie apenas se quejó, únicamente un leve gemido, de modo que Walter esperó a que se relajase. Aprovechó para besar su cuello en dirección a los labios y cuando los alcanzó notó cómo ella se sujetaba a él con fuerza, como si necesitase fundirse con su cuerpo. Su respiración se había acelerado durante unos segundos, pero de nuevo volvía a ser calmada. Se quedó observándola mientras acariciaba su mejilla.

Ahora era suya, para siempre, y no permitiría que nadie la hiciese sufrir. Ella era lo más importante que tenía y la protegería incluso con su propia vida. Elodie había aparecido en su vida en el momento que más lo necesitaba, pero ni en sus mejores sueños había llegado a imaginar que su unión con una mujer fuese a hacerlo tan feliz.

La miró a los ojos y descendió hasta sus labios mientras ella se adaptaba a él y acariciaba su mejilla. Walter la observó con una sonrisa al recibir aquella muestra de cariño.

Comenzó a moverse sobre ella, despacio, mientras los gemidos de Elodie inundaban la habitación ante el descubrimiento de un nuevo placer, de algo que jamás había experimentado hasta ese momento.

Walter comenzó lento, sin dejar de observarla, hasta que vio cómo Elodie comenzaba a

disfrutar y lo miraba sorprendida. Así, poco a poco incrementó el ritmo, sin apartar los ojos de los de ella mientras sus respiraciones y corazones se acompasaban.

Se agachó y besó sus labios mientras se fundían en su solo cuerpo y Elodie se sujetaba a él con fuerza.

Los gemidos de placer comenzaron a invadir toda la alcoba. ¿Quién le iba a decir a ninguno de los dos que la noche iba a acabar así? ¿Acaso había alguna mejor forma?

Cuando Walter incrementó su movimiento haciéndolo más rápido, ella se sujetó con fuerza a su espalda mientras él enterraba su rostro en su cuello, besándolo. Elodie se sujetó tan fuerte a él que pensó que podía romperle la espalda. El placer iba creciendo dentro de ella, sin comprender cómo podía causar tanto placer aquella unión. Suponía que estar con el hombre al que amaba le causaba aún más satisfacción, algo tan intenso que no podía ni describirlo con palabras.

Walter se incorporó sobre ella observándola, parecía un poco preocupado, pero cuando sintió cómo ella acariciaba su pecho sin reparos, dejándose llevar, incrementó aún más el ritmo. Las manos de Elodie sobre su cuerpo, sus caricias, la piel de ella en contacto con la de él, sus labios… era un placer que debería considerarse prohibido.

Siguió unos cuantos minutos así hasta que se unió a la respiración acelerada de ella y no pudo evitar gemir levemente al notar aquella explosión de placer. Se dejó caer sobre ella con cuidado y la abrazó. Elodie se abrazó a él intentando recuperar el aliento. Aquella experiencia, sin duda, era la más maravillosa que había tenido nunca. Nadie le había hablado sobre ello, nadie le había explicado realmente lo que ocurriría ni lo que sentiría, aunque, sin duda, había sido el más grato de los descubrimientos que había tenido en su vida.

Las palabras que había dicho Walter en el balcón de aquel baile cuando le había propuesto el plan volvieron a su mente, aquellas que hacían referencia a que no le gustaría vivir su noche de bodas con el marqués. Tenía toda la razón. No se podía imaginar con otro hombre que no fuese él. Había tenido mucha suerte.

Walter la miró y tragó saliva, intentando recomponerse aún del esfuerzo y calmar los latidos de su corazón.

—¿Estás bien? —preguntó él observándola.

Ella asintió con una sonrisa y paseó su mano sobre su pecho desnudo.

—Muy bien —admitió y luego lo miró con picardía—. Nadie me había explicado que esto fuese tan… tan…

Él ladeó su cuello y sonrió.

—Ya te lo dije —le recordó besándola suavemente en los labios.

Sí, nadie se lo había explicado, nadie la había puesto al día sobre lo que se sentía al unir los cuerpos, la sensación de su piel contra la de su amado, el contacto tan íntimo y aquellos besos tan apasionados…

Walter parecía conocer todo aquel placer prohibido. Lo miró dudosa.

—Tú… —susurró mirándolo a los ojos.

—Yo, ¿qué? —preguntó.

Elodie tragó saliva.

—¿Has… has estado con otra mujer? —Él chasqueó la lengua por la pregunta—. No, no… no pasa nada —dijo ella—. Perdona por la pregunta.

—Sí —respondió Walter con sinceridad—. Mis amigos me llevaron a un burdel con dieciséis años y… bueno… —suspiró—, he tenido un par de amantes.

—Ah —contestó ella como si no supiese qué decir ante la sinceridad de sus palabras.

—Pero eso ya se acabó —respondió como si de aquella forma la tranquilizase—. Ahora soy un hombre casado y solo me debo a ti —acabó.

Ella lo miró fijamente y se mordió el labio.

—¿Aunque… aunque nos divorciemos luego?

Walter pestañeó varias veces por aquella pregunta, realmente Elodie parecía preocupada al formular aquella pregunta.

—¿Quieres divorciarte cuando pasen los seis meses? —preguntó—. Sé que queda tiempo aún, pero… ¿piensas en ello?

Ella tragó saliva.

—Es al pacto que llegamos.

—No —respondió él—, yo te ofrecí la oportunidad de que si no estabas cómoda o no eras feliz conmigo te concedería el divorcio y yo mismo correría con los gastos, pero en ningún momento te dije que tuviese que ser así. —Inspiró hondo—. Sé que son pocos días, pero… ¿piensas en ello? ¿Te planteas solicitar el divorcio? —preguntó escudriñándola. No podía comprender cómo Elodie podía plantearse el divorcio después de lo que había ocurrido entre ellos, quizá sí era cierto que solo quería ser libre.

Ella tragó saliva y lo miró apretando los labios.

—No, ahora ya no —susurró.

La respuesta lo calmó y sonrió como si se sintiese aliviado.

—Yo tampoco me lo planteo. Creo que lo mejor es dejar pasar el tiempo y ver si lo nuestro funciona. Sé que esto comenzó como un acuerdo, pero ya te lo dije: tú eras la única razón por la que iba a los bailes de la temporada de Londres. —Ella sonrió al escuchar aquellas palabras. En ese momento, Walter lo comprendió, Elodie llevaba demasiado tiempo sin sentirse amada, querida o respetada…, tanto que le asustaban aquellos sentimientos—. No me hubiese casado con otra mujer que no fueses tú —comentó. Aquella respuesta hizo que ella sonriese más. Walter la besó y la acogió entre sus brazos mientras ella se apoyaba en ellos—. Dejemos que el tiempo transcurra y si piensas que no te hago lo suficientemente feliz… siempre podrás decírmelo y, tal y como te prometí, te concederé el divorcio y te daré un hogar y una asignación anual para que nunca te falte de nada.

En ese momento, Elodie, al imaginar que no lo tendría a su lado, sintió pena. No, realmente le gustaba su compañía, le agradaba estar con él y se divertía. Por primera vez en su vida desde la muerte de su padre, se sentía querida y respetada, amada.

Cerró los ojos disfrutando de la tranquilidad que sentía junto a él.

—Soy feliz a tu lado —susurró sintiendo cómo el sueño la vencía.

Walter notó cómo el corazón le daba un vuelco al escuchar aquellas palabras y besó su frente. Sí, él también lo era, y no permitiría que nada ni nadie interfiriese en lo que había logrado. Tenía a la mujer de sus sueños entre sus brazos, a la que había amado desde la primera vez que la había visto. Le había costado conseguirla, pues se había tenido que enfrentar a su familia e incluso a un conde, pero la mantendría a su lado costase lo que costase.

Cerró los ojos y se quedó dormido plácidamente mientras la abrazaba.

Jack caminó nervioso por el barrio de Whitechapel, con ansiedad. Se giró y observó a su cochero aparcado en la lejanía, en una de las calles al inició del barrio.

Aquel barrio era un absoluto desastre, cientos de inmigrantes se alojaban allí, en aquellas frías, sucias y húmedas calles. Miró hacia el cielo cuando unas gotas de lluvia cayeron sobre él. Se colocó correctamente el sombrero para mojarse el pelo lo menos posible y se abrochó el abrigo. Siguió caminando, internándose en aquellas calles donde uno podía encontrar desde

prostitutas a bares donde servían alcohol barato. No era la primera vez que caminaba por aquellas calles, pero sí la primera que había contratado a dos irlandeses que se alojaban allí.

Aquellos últimos días una idea había rondado su mente y, por lo visto, no iba mal encaminado. Se quedó a pocos pasos de aquellos dos irlandeses a los que había contratado para el trabajo sucio, observándolos con la mandíbula apretada.

—Oisin —llamó al primero—. Glenn —dijo al segundo.

Los dos irlandeses que se calentaban las manos en un bidón donde había fuego se giraron hacia él. Lo miraron de la cabeza a los pies con indiferencia y resoplaron mientras le ofrecían de nuevo la espalda.

—¡Eh! —gritó Jack—. Vosotros dos… —continuó acercándose a ellos. Jack llegó hasta Oisin y lo cogió del abrigo, girándolo—. ¡Habíamos llegado a un acuerdo!

El otro irlandés, Glenn, pareció molesto ante el gesto de aquel hombre con su amigo y lo empujó hacia atrás, situando su sucia mano llena de hollín en su abrigo, dejándole una mancha.

Jack se quedó consternado ante aquel gesto mientras recuperaba el equilibrio y miraba a los dos irlandeses con odio.

—Mira a quién tenemos aquí —ironizó Glenn.

Jack apretó la mandíbula y se acercó a ellos de nuevo con paso decidido, situándose entre ambos.

—Os pagué una gran cantidad de dinero para que siguieseis al señor Renwich —les gritó como si se le agotase la paciencia.

—¿Una gran cantidad de dinero? —bromeó Glenn y miró a su amigo—. ¿A ti te parece una gran cantidad de dinero quinientas libras? —rio como si se tratase de calderilla.

—El resto, las mil quinientas libras, os las daré cuando acabéis el trabajo —les recordó Jack furioso.

Los dos irlandeses rieron dándole la espalda.

—¿Crees que somos idiotas? El señor Renwich es muy poderoso —recordó—, además, ofrece trabajo a muchos de los hombres que conocemos y que viven aquí.

Jack puso su espalda recta y miró a los dos.

—¿Me habéis engañado? —gritó Jack con tal furia que escupió.

—Bienvenido a Whitechapel, señor Wilkinson —bromeó Oisin.

Jack comenzó a negar con su cabeza, furioso por la actitud de los dos irlandeses, y fue directo hacia Oisin golpeándole en la espalda. En ese momento supo que no había actuado correctamente y que no había sido buena idea golpearle.

Los dos irlandeses se pusieron firmes ante él, le sacaban más de una cabeza.

Glenn lo empujó hacia atrás, provocando que Jack tropezase con una piedra y cayese sobre el barro con un fuerte golpe.

—Hijo de… —comenzó a gritar Jack, aunque se calló cuando Gleen lo cogió del cuello, levantándolo—. No, no… suéltame —gritó esta vez asustado.

Oisin se acercó y le golpeó con fuerza en el estómago, haciendo que Jack extrajese todo el aire de sus pulmones. Justo iba a respirar cuando recibió otro golpe en el mismo lugar, impidiéndole respirar. Su cara se puso roja y los ojos llorosos por la falta de aire, justo cuando Glenn lo lanzó de nuevo al suelo, cayendo esta vez sobre un charco que iba aumentando de tamaño a medida que la lluvia caía con fuerza.

Jack se llevó la mano al estómago y se quejó mientras recuperaba el aliento, aunque elevó su mirada cuando los dos irlandeses se situaron ante él.

—Esperad, esperad… —pronunció rápidamente elevando la mano hacia ellos—, ¿queréis

más...?

No pudo continuar, pues los hermanos irlandeses comenzaron a patalearle sin compasión.

—¡Basta! —suplicó protegiéndose el cuerpo con los brazos, intentando mitigar los golpes —. Por favor… ¡basta!

Aquella súplica provocó que los irlandeses riesen más y aumentasen la agresividad de sus patadas, provocando que Jack gritase más fuerte.

Jack se cubrió la cabeza, evitando así que pudiesen darle un puntapié, justo cuando escuchó los gritos de los irlandeses. De repente, los golpes pararon. Al principio no se atrevió a elevar la mirada. Cuando finalmente reunió el valor para hacerlo, se encontró con un enorme hombre cogiendo a cada uno de los irlandeses por el cuello, estrellándolos contra una pared.

Jack tragó saliva y se arrodilló. Aquel hombre era enorme. Vestía un abrigó grueso negro y un sombrero redondeado.

Jack se puso en pie, aunque resbaló varias veces. Finalmente logró mantener la estabilidad, sujetándose a la pared de uno de aquellos edificios de Whitechapel.

Aquel enorme hombre soltó a los dos irlandeses que, nada más dejarlos sobre el suelo embarrado, salieron despavoridos, como si temiesen a aquel corpulento individuo que se había entrometido en la pelea.

Jack suspiró y miró la espalda del fornido hombre que tenía por delante, vigilando que no se acercase nadie más hasta allí.

Jack se llevó la mano al pecho, recuperando aún el aliento, y contempló la figura de aquel enorme hombre que lo había defendido de los dos malhechores.

—Gracias —comentó colocándose correctamente el sombrero, pues ahora llovía fuerte. Igualmente, estaba totalmente empapado, y no solo por la lluvia, sino por el barro que cubría toda la zona y donde había rebozado su abrigo y los pantalones.

El robusto hombre se giró y lo miró de la cabeza a los pies.

—Me ha parecido escuchar que esos hombres le han timado —pronunció con voz grave mirándolo de arriba abajo.

Jack asintió y contempló al hombre. Debía de ser irlandés también, puesto que tenía el cabello largo y pelirrojo recogido en una coleta, así como una mandíbula muy marcada y unos ojos negros bajo unas espesas cejas. Debía de medir casi dos metros de alto y era muy corpulento.

—Sí —reconoció Jack mientras se observaba el abrigo todo sucio—. Está claro que no se puede confiar en la gente de aquí —pronunció enojado, aunque apretó los labios cuando se dio cuenta de que aquel enorme hombre lo miraba enarcando una ceja—. Lo siento, obviamente estas últimas palabras no van por usted. Le agradezco mucho lo que ha hecho.

El hombre se acercó unos pasos hacia él y Jack lo miró detenidamente.

—¿Qué trabajo les había ofrecido? —preguntó con curiosidad.

Jack lo miró esta vez con curiosidad.

—¿Está interesado?

—Puede —respondió rápidamente.

Jack dio un paso hacia él.

—Quiero acabar con una persona…

El irlandés se cruzó de brazos.

—Está en el lugar adecuado para encontrar a alguien para ese trabajo, solo debe saber bien en quién confiar.

Jack enarcó esta vez una ceja.

—¿Y usted es de fiar?

—Sí —respondió seriamente— ¿Con quién quiere acabar?

Jack se acercó más a él.

—Con el señor Renwich… —Se quedó callado unos segundos—, ¿tiene algún inconveniente?

—Por una módica cifra de dinero, no.

—Mil libras ahora —propuso Jack—, y dos mil al final del trabajo. Además, el señor Renwich acaba de contraer matrimonio y por lo que sé está de luna de miel en Keswick.

—Necesitaré dinero para alquilar un carruaje, no pienso ir hasta Keswick en caballo, es un trayecto muy largo —comentó como si ya aceptase el trabajo—. Además —dijo mirándolo fijamente—, no acepto ese tipo de trabajo por menos de cuatro mil quinientas libras, más el traslado, todo le subirá a cinco mil. Dos mil ahora, en las que incluyo el traslado, y tres mil cuando el trabajo esté hecho.

Jack lo miró fijamente y, durante unos segundos, se quedó pensativo.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

—No lo sabe —respondió rápidamente—, pero por esa cantidad de dinero, ¿usted cree que le voy a engañar? Si usted me va a dar tres mil libras más cuando finalice el trabajo… créame que lo haré gustoso. Además, me ha dicho que el señor Renwich está de luna de miel, ¿la mujer también…?

—No, ella no. Ella no debe ver nada. No la tocará. Quiero que lo que haga lo haga discretamente.

—Claro… —respondió—. Va a contratar al mejor en eso —continuó.

Jack lo miró de la cabeza a los pies y finalmente asintió.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama? —dijo tendiéndole la mano.

—Fergus Delaney, ¿y usted? —preguntó estrechándole la mano.

—Como comprenderá, no voy a decírselo —respondió Jack.

Fergus rio y asintió.

—Bien jugado —continuó Fergus—. Bien, dígame todo lo que sepa acerca del señor Renwich que me sea útil para encontrarlo o llevar a cabo mi cometido y las instrucciones que quiere que siga.

Jack asintió y miró hacia los lados.

—Vayamos a un sitio refugiado de la lluvia, señor Delaney. Le invito a un trago mientras lo hablamos —dijo iniciando la marcha hacia uno de los locales ilegales que sabía que había cerca, seguido por aquel enorme irlandés llamado Fergus.

25

Los días pasaban y, sinceramente, era feliz. Hacía tanto tiempo que no experimentaba una plenitud así…

Situó sus manos sobre el teclado de aquel precioso piano de cola que se encontraba en el salón y volvió a tocar *Adagio,* una de sus melodías favoritas para tocar a piano. Hacía tanto tiempo que no tocaba…

Dejó deslizar sus dedos por el teclado cerrando los ojos y sintiendo cada una de las pulsaciones que daba al teclado. Le daba tanta paz…

Tan ensimismada estaba con la música que no escuchó a Walter acercarse hasta que estuvo a su lado.

Se sobresaltó y lo miró asustada al principio, aunque luego se relajó.

—Espero que no te importe… llevaba mucho tiempo sin tocar y me apetecía.

Walter negó y luego chasqueó la lengua.

—Ni mucho menos, tocas muy bien —comentó—. No esperaba que fueses tan buena pianista.

Ella ladeó su cuello.

—Llevo instruyéndome con el piano desde los cuatro años —apuntó—. Era el instrumento favorito de mi padre y desde pequeña me hacía sentarme a su lado y contemplarlo. Me encantaba.

Él asintió.

—Interesante.

—¿Tú no tocas el piano? —Él negó.

—Bueno, muy poco —acabó admitiendo.

Lo miró extrañada.

—¿Y por qué tienes un piano de cola?

Walter se apoyó en él.

—Es elegante y… ahora que tengo esposa, para que lo disfrute ella —acabó alzando sus dos cejas con aire cómico.

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Unos siete u ocho años —recordó—. Cuando estuve viviendo en Nueva York mi tío me repetía que un piano vestía toda una sala y daba calidez.

—Tenía razón —apuntó ella con una sonrisa—. Aunque es una lástima que no hayas aprendido a tocar y no le des uso. —Walter se quedó observándola y sonrió de una forma endiablada. La cogió de la mano y la hizo levantarse de la banqueta—. ¿Qué haces?

La cogió de la cintura y, de repente, la sentó sobre la cola del piano interponiéndose entre sus piernas.

—¿Tú que crees? —bromeó—. Darle uso.

Walter bajó directo hacia sus labios, besándolos apasionadamente. Elodie se abrazó rápidamente a él. Lo que le hacía sentir con cada uno de sus besos, sus caricias… era increíble,

no había palabras.

Walter abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras sus manos bajaban por su vestido, llegaban al final de este y se introducían en el interior acariciando sus piernas.

Elodie no pudo evitar que un suspiro saliese de sus labios antes de que Walter volviese a ellos para saborearlos con pasión.

Comenzaba a perder el norte de nuevo, a rendirse al frenesí de las sensaciones que Walter le provocaba. Inspiró hondo e intentó mantener la cabeza fría. Aquello no estaba bien, estaban a la vista de todos, cualquiera del servicio podía entrar por la puerta y descubrirlos.

—Walter —susurró adormilada.

—Mmm… —dijo el descendiendo de nuevo por su cuello.

Ella tragó saliva mientras estiraba su espalda hacia atrás para que él tuviese mejor acceso a sus pechos.

—Esto, no… no…

—No, ¿qué? —preguntó mientras sacaba una de sus manos de debajo del vestido y la subía acariciando su cintura hasta su pecho.

—No… no está bien. Nos pueden ver.

—Pues que nos vean —contestó como si no le importase.

Durante unos segundos, Elodie se rindió a aquellas palabras. ¿Qué más daba si los encontraban? Pero volvió a reaccionar y, esta vez, fue más contundente. Situó sus manos en el pecho de él y lo empujó, aunque le costó más de lo que había esperado, pues Walter hacía fuerza para no alejarse de ella.

—Que nooo —susurró.

Él suspiró y enarcó una ceja hacia ella.

—No dijiste lo mismo anteayer cuando hicimos el amor en el jardín…

—Era medianoche y el servicio dormía —respondió Elodie a modo de defensa.

—Ni en mi despacho…

—En tu despacho no van a entrar sin llamar antes —se excusó de nuevo.

Walter se acercó con una mirada que la abrazaba y la besó de nuevo.

—Ni en las escaleras que…

—Oh, Walter —se quejó ella medio riendo—, por favor… no sería de mi gusto que el personal nos encontrase en esta situación.

Él se quedó observándola y ladeó su cuello.

—De acuerdo, ¿entonces? —Ella lo miró sin comprender—. ¿Qué prefieres? ¿Atranco la puerta? ¿O vamos a nuestra habitación? —Luego alzó su mano como si tuviese una idea mejor —. Espera… los establos.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Los establos? —preguntó sin comprender, aunque al ver la sonrisa pilla de su marido entendió todo—. Ah, no, ni hablar —sentenció.

Diez minutos después, y tras asegurarse de que nadie del servicio se encontraba en las caballerizas, Elodie se dejó caer sobre un montón de paja entre risas. Walter la siguió y se situó entre sus piernas mientas la besaba.

—Ayyy, la paja pincha —se quejó ella—. Me está pinchando en el… trasero —se removió incómoda.

Walter quitó unos brotes que sobresalían, pero volvió a besarla, descendiendo sus labios hacia sus pechos y bajando levemente su vestido para acceder mejor a ellos.

El relincho de uno de los caballos llamó la atención de ella que iba a quejarse.

—Por Dios, Elodie, es un caballo y, hasta el momento, no hablan nuestro idioma. No dirá nada… —dijo volviendo hasta sus labios para que se callase.

Lo que tenía claro era que cada día que pasaba más le sorprendía su marido. Había momentos en los que aprovechaba para pasear o leer, pues tenía que trabajar con el abogado, pero los momentos que estaban juntos se divertían mucho. Además, en cada uno de sus encuentros aprendía cosas nuevas, algo que le causaba un placer superior a todo lo que había sentido anteriormente. Sin duda, Walter era un excelente marido y amante, eso no se lo podía reprochar.

Entró dentro de ella con bastante intensidad, lo que provocó que ella se sujetase fuerte a él e intentase reprimir un gemido. Ambos se miraron y comenzaron a moverse al unísono, cada vez que se unían la experiencia era mejor que la anterior, no solo por el sentido aventurero de su marido, sino porque cada vez conocía mejor el cuerpo de su marido y el suyo propio.

Aquella vez fue más rápido que las anteriores, pues ambos eran conscientes de que realizar el acto sexual en aquel lugar conllevaba un poco de peligro de ser descubiertos, lo cual lo hacía más excitante.

Llegaron juntos al éxtasis y él se dejó caer sobre ella con cuidado, recuperando el aliento igual que Elodie.

Ni siquiera se habían quitado la ropa. Ambos se miraron con una sonrisa de satisfacción.

—Ya quedan menos lugares en la casa para probar…

—Dirás para deshonrar —bromeó ella.

Walter se puso en pie riendo y tendió su mano hacia ella antes de comenzar a subirse los pantalones.

—Vaya, vaya… señora Renwich, tiene una boquita… —Ella enarcó una ceja mientras se bajaba la falda y se quitaba las briznas de paja del vestido—, que me encanta. Y, bueno, sí, tengo otros lugares en mente para mancillar —alzó sus cejas repetidas veces—. Luego puedo enseñártelos.

—Eres incansable —rio ella. Él se encogió de hombros mientras se colocaba correctamente el cuello de la camisa—. Igualmente, luego hemos quedado en ir a hacer la prueba de los vestidos que encargué, ¿recuerdas?

Walter chasqueó la lengua, fastidiado.

—Es verdad, no lo recordaba. ¿A qué hora era? —dijo tendiéndole la mano.

—A las cuatro —contestó ella.

—A las seis he quedado con un buen amigo para ir de caza.

Aquel dato le sorprendió.

—¿De caza?

Él asintió.

—El señor Taylor es un buen amigo mío, tiene esposa, Brittany Taylor —continuó—, está deseando conocerte, os llevaréis muy bien. Además, en cuatro días organiza un baile.

—¿Un baile? —preguntó ella con una sonrisa.

Él la contempló y sonrió mientras comenzaba a tirar de ella para dirigirse fuera de las caballerizas.

—Sabía que te gustaría la idea.

—Sí, me gusta —reaccionó.

—Me alegro.

—Pero no sé si tendré alguno de los vestidos preparados para entonces —comentó

pensativa.

—Se lo diremos a la modista para que se apresure con uno al menos. —Caminaron hacia la lujosa vivienda—. Podrás aprovechar esta tarde para conocer a la señora Taylor, es encantadora, ya verás —pronunció—, supongo… —acabó más pensativo.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué dices ese… supongo? ¿Hay algo que deba saber? —preguntó con curiosidad mientras subían los escalones del porche trasero.

—No… es… —se detuvo y se quedó un instante callado hasta que chasqueó la lengua—, es solo que tiene un timbre de voz peculiar.

—¿Peculiar? —preguntó ella sin comprender.

Elodie sonrió un poco tensa ante las palabras de la señora Taylor.

—O sea… que ha sido todo precipitado —pronunció—, un amor a primera vista —acabó diciendo antes de llevarse la taza de té a los labios.

La señora Brittany Taylor gozaba de unos modales muy refinados, demasiado incluso para ella. Siempre había acudido a una institutriz, desde pequeña, pero la señora Taylor tenía un aura de superioridad y elegancia que la hacía parecer superior a todas las mujeres que había conocido. Su largo cabello rizado de color rubio recogido en un moño a la altura de la nuca y su elegante vestido color verde a conjunto con sus ojos la hacían ser una mujer realmente espectacular, aunque Walter no había errado al advertirle que poseía un extraño tono de voz, como si tuviese la lengua pastosa.

—Más o menos —comentó Elodie sin revelarle nada sobre su plan.

—Pues es toda una sorpresa —comentó con una gran sonrisa—, quiero decir… mmm… conozco al señor Renwich desde hace años. Mi marido y él son muy amigos —rio de una forma aguda que hizo que Elodie apretase los labios—, y los dos pensábamos que jamás contraería matrimonio. —Luego se llevó la mano a la boca, asustada, como si fuese consciente de que había revelado un secreto que no debía decir—. Lo siento… —dijo avergonzada—, o sea, que… yo no quería decir que no confiásemos en que jamás pudiese enamorarse…

—Claro, lo entiendo. No se preocupe, señora Taylor, él mismo admite que hasta que no nos conocimos no tenía en mente la idea del matrimonio —intentó calmarla, pues hasta sus mejillas parecían coloradas.

Por lo visto, sus palabras sí tranquilizaron a la joven que suspiró hondo llevándose la mano al pecho. Sí, no era solo su tono de voz, sino sus gestos. Parecía buena mujer, pero había algo en su forma de hablar y de moverse que le parecía demasiado sensiblera.

—Pero me alegro infinitamente de que haya contraído matrimonio, aunque, claro… —dijo poniéndose un poco más seria y fijando la mirada en el bosque al final de la finca donde se suponía que los dos hombres se encontraban cazando—, el señor Renwich podría habernos invitado a la boda.

—Oh, lo siento… fue todo muy precipitado —comentó Elodie intentando quitarle hierro al asunto.

La señora Taylor la miró de la cabeza a los pies.

—¿Por? —preguntó con curiosidad y una extraña sonrisa en sus labios, como si estuviese deseosa de saber algún cotilleo.

—No, simplemente él tenía prisa por volver a sus negocios y no quería retrasar más la boda.

La señora Taylor cogió la tetera y le ofreció un poco más de té.

— ¿Un poco más?

—Sí, por favor, ohhh… —dijo cogiendo otra galleta—, y las galletas están buenísimas —

dijo mostrándosela—, debe felicitar a la cocinera de mi parte —dijo antes de llevársela a la boca.

—Se lo haré saber, seguro que estará muy agradecida —contestó la señora Taylor llenándose también su taza de té.

Brittany la miró de reojo y dio un sorbo a su taza.

—¿Y bien? ¿Habéis pensado en tener hijos?

Elodie estuvo a punto de atragantarse con el té y la miró sorprendida, un tic nervioso se apoderó del párpado inferior de su ojo derecho.

—No… no hemos hablado sobre eso —tartamudeó.

La señora Taylor pareció sorprendida por su comentario e hizo un gesto de extrañeza con su rostro.

—Bueno… —dijo Brittany dándole vueltas al té con la cucharita—, supongo que eso es algo que ya entra directamente en el matrimonio. —Le sonrió—. No es necesario hablarlo —acabó con una sonrisa para restarle importancia. Luego suspiró y se giró rápidamente cuando escuchó que los dos hombres se acercaban. El señor Taylor llevaba en su mano un par de aves que habían cazado. Elodie hizo un gesto de disgusto, la caza nunca había sido algo que le gustase —. ¿Ha ido bien? —preguntó la señora Brittany Taylor hacia su marido.

El señor Taylor le mostró las dos aves con una sonrisa.

—Parece que sí —comentó entregándoselas al mayordomo que se dirigía hacia ellos.

Walter miró a Elodie y le sonrió mientras el matrimonio Taylor se distanciaba levemente para dar instrucciones al mayordomo.

Cuando se volvió hacia Elodie, esta miraba el arma.

Walter la elevó, mostrándosela con gesto burlón.

—¿Te apetece ir de caza? —preguntó con tono provocador.

Ella hizo un gesto de desagrado y miró de reojo al matrimonio Taylor, asegurándose de que no les prestaban atención.

—Nunca me ha gustado la caza —susurró.

—Una lástima —contestó él encogiéndose de hombros. Le mostró el arma—. Es fácil de usar. Solo hay que asegurarse de que está cargada, apuntar y apretar el gatillo —explicó con aire cómico—. Apuesto a que se te daría bien.

Ella enarcó una ceja.

—No me gusta la caza. —Esa fue la única respuesta que dio Elodie.

—Bien —interrumpió el señor Taylor—, ¿os apetece quedaros a cenar?

Walter se giró para observar el bosque, viendo que el sol ya se ocultaba tras los frondosos árboles.

—Te lo agradezco, pero será mejor que volvamos a nuestra casa antes de que anochezca. —El señor Taylor asintió mientras Walter le entregaba el arma—. Ha sido una tarde muy entretenida, tenemos que repetirlo.

—Por supuesto —respondió con una gran sonrisa.

—¿Seguro que no os quedáis a cenar? —preguntó la señora Taylor acercándose, sorprendida al ver que Walter le brindaba la mano a Elodie para ponerse en pie.

—Os lo agradezco mucho, pero no queremos abusar más de vuestra hospitalidad.

—Tonterías —respondió ella—. Sería un placer que…

—Querida —la interrumpió su esposo—, están en su luna de miel, supongo que querrán disfrutar de sus momentos a solas —bromeó Taylor, lo que provocó que Walter riese ante el comentario de su amigo.

—Oh, ya… —respondió su esposa y miró a Elodie, la cual apretaba los labios por el

comentario del señor Taylor mientras se situaba al lado de Walter—, bueno, entonces… os esperamos aquí el sábado para el baile. Será precioso, ya veréis —acabó entonando de una forma aguda.

—Claro, no nos lo perderíamos por nada del mundo —respondió Walter que directamente tendió su mano hacia el señor Taylor—. Nos vemos el sábado —dijo estrechando su mano—. Muchas gracias por todo.

Todos se despidieron y Walter y Elodie se dirigieron hacia su carruaje, donde el cochero ya los esperaba.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó él ayudándola a subir al carruaje.

Ella asintió mientras entraba y tomaba asiento.

—Muy bien —respondió mientras él se sentaba a su lado. En cuanto el carruaje comenzó a avanzar alejándose de la vivienda de los Taylor, Elodie miró graciosa a Walter—. Tenías razón con Brittany, es encantadora…

Él sonrió y ladeó su cabeza mirándola con aire cómico.

—¿Y? ¿Qué más? —ironizó, pues sabía que su tono de voz estridente y la forma que tenía de hablar con aquel tono imitando a la alta aristocracia llegaba a ser cansino.

Ella rio al ver cómo Walter esperaba algo más.

—Es verdad… tiene un tono de voz… agotador —rio ella.

Él asintió.

—Te lo dije —acabó riendo él también—, pero es buena mujer, sí, y estoy seguro de que lo pasaremos muy bien en el baile.

Elodie lo miró graciosa.

—¿Ahora disfrutas de los bailes? —se burló.

—Ahora no tengo que lidiar con jovencitas que quieran mi fortuna a través del matrimonio ni con rechazos varios por no tener un título nobiliario —contestó—. Ahora tengo una esposa, ninguna otra mujer me molestará.

—Hablas de mi género como si fuésemos arpías —pronunció ella.

—Algunas madres sí lo son —contestó él con una sonrisa endiablada. Se reclinó sobre ella y tomó su mano—. Por suerte, ahora te tengo a ti.

—El perfecto escudo para evitar que las mujeres te acosen —rio ella.

Él chasqueó la lengua mientras una sonrisa inundaba su rostro. Decidió cambiar de tema.

—Por suerte, la modista tendrá tu vestido preparado en tres días, a tiempo para el baile. Podré presumir de esposa —pronunció soltando su mano y apoyándose en el respaldo. Suspiró y cerró los ojos.

—¿Cansado? —le preguntó ella.

—Un poco —respondió él sin abrir los ojos—, pero eso no evitará que esta noche cumpla con mis deberes maritales una vez más —acabó mostrándole una gran sonrisa sin abrir los ojos. Al no recibir respuesta abrió solo un ojo, examinándola. Elodie miraba por la ventana con una sonrisa en sus labios, lo cual le agradó. Si había algo que le gustase era ver aquella tierna sonrisa en los labios de ella por alguno de sus comentarios.

26

Walter tomó el plumín y siguió escribiendo la carta al albacea de su tío, el señor Carter. En la carta le explicaba cómo había contraído matrimonio en Londres y adjuntaba el certificado matrimonial que le había hecho llegar su abogado y amigo, el señor Tilston, por carta hacía pocos días.

En base a eso, y una vez transcurriesen los seis meses de matrimonio, de los cuales ya quedaban prácticamente cinco, podría solicitar la propiedad del 50 % de la empresa de su tío Benjamin. Igualmente, se había hecho cargo del buen funcionamiento de esta a través de los documentos que él mismo había entregado y quería seguir contando con el señor Johnson como administrador de aquella parte de la empresa, pese a adquirir la propiedad. Esperaba que así pudiese ser, pues el trabajo del señor Johnson era impecable y así se lo hacía saber en las cartas a este y al albacea, el señor Carter. Confiaba en seguir contando con él para administrar dicha empresa. No creía que pudiese encontrar a una persona más instruida para ello.

Por otro lado, había escrito otra carta para su abogado que enviaría a Londres junto a la que acababa de escribir al señor Carter. Prefería que fuese su propio abogado quien se hiciese cargo del trámite de enviar la carta al albacea y así estuviese al corriente de todo.

Plasmó su rúbrica al final de la carta y tomó un sobre justo cuando la puerta de su despacho se abrió. Una sonrisa brotó en sus labios cuando vio a Elodie asomarse a la puerta.

—Hola —comentó sonriente mientras doblaba la carta.

—¿Puedo? —preguntó ella.

—Claro, es tu casa —le recordó.

Elodie cerró la puerta tras ella y fue hacia el escritorio con paso lento. Miró los documentos que tenía sobre la mesa y observó con curiosidad.

—¿Qué haces?

Walter introdujo la carta en el sobre, cerrándolo.

—He escrito unas cartas —explicó—. Esta es para el abogado, dándole unas instrucciones y explicando que he revisado ya todos los documentos que traje —señaló una montaña de documentos.

—Vaya —susurró asombrada.

—Son del 50 % de la empresa de mi tío, ¿recuerdas? —preguntó depositando las dos cartas en una carpeta.

—Hay mucho documento.

Él asintió.

—Sí, pero realmente el abogado de confianza de mi tío ha hecho un trabajo extraordinario. Quiero seguir contando con él cuando el 100 % de la empresa sea mía. —Ella asintió—. La otra carta es para que mi abogado la envíe al albacea que abrió el testamento de mi tío donde estaba la condición de que para adquirir el 50 % de la propiedad de mi tío fallecido debía casarme. Le he adjuntado el certificado matrimonial —explicó sinceramente.

Ella asintió mientras se apoyaba en la mesa.

—¿Y con eso la empresa ya será tuya? —preguntó.

—Bueno… —respondió pensativo—, debemos permanecer casados durante seis meses, ¿recuerdas? —rio—. Si no, no me darán la propiedad.

—Ya —dijo ella ladeando el cuello y mirando a su marido. Se sentó del todo en la mesa, con confianza, lo que provocó que Walter se echase un poco al lado para dejarle espacio—. ¿Y llevas toda la tarde para únicamente dos cartas? —ironizó.

Él enarcó una ceja y se levantó lentamente.

—¿Acaso me echabas de menos? —preguntó acercándose a ella.

Ella rio.

—Llevas toda la tarde ausente.

—Oh, vaya… disculpe usted —pronunció situándose ante ella y situó una mano en su hombro—. He tenido cosas que hacer después de venir de la modista —comentó—. Créeme que lo que menos me apetece es estar aquí metido. Por suerte, ya lo he dejado todo arreglado y mañana podremos disfrutar de una gran velada en el baile de los Taylor, sin preocupaciones.

—Eso me gusta.

Él inspiró hondo mientras la observaba. Aún le parecía increíble que aquella joven a la que había conocido en el barco de vuelta de Nueva York fuese su esposa.

—Por cierto, ¿te has vuelto a probar el vestido? La modista te ha dicho que te lo probases aquí en casa por si había que hacer algún arreglo de última hora para mañana.

—Sí, la señora Miller me ha ayudado a probármelo. Me encanta el vestido. Es de los más bonitos que he tenido —aclaró.

Él tomó su mano y observó la carpeta con las cartas. Al día siguiente a primera hora iría a la oficina de correos del pueblo para enviarlas. Con suerte, en dos días su abogado las recibiría y podría enviarlas. Pensar que si no fuese por la cláusula que le había impuesto su tío para contraer matrimonio seguramente no lo hubiese hecho le reconcomía por dentro.

Tragó saliva y observó sus preciosos ojos azules.

—¿Eres feliz aquí conmigo? —le preguntó.

Elodie lo miró como si le sorprendiese la pregunta.

—Claro que sí —respondió—. Soy muy feliz. —Ladeó su cabeza—. Pero si tu pregunta realmente es si ronda por mi cabeza la idea de solicitar el divorcio dentro de unos meses… —continuó de forma más lenta—, admito que antes del matrimonio y los días siguientes sí rondaba mi mente, pero ya no. Soy feliz contigo, más de lo que nunca hubiese podido imaginar —admitió vergonzosa. Él pareció conforme con la respuesta porque directamente la besó en los labios.

—¿Y tú? —preguntó ella separándose, con duda en su mirada—. Esto es un acuerdo entre los dos, así que comprendería que…

—Creo que yo dejé clara mi postura desde un principio —le recordó—. No tengo intención de solicitar el divorcio. Contigo soy más feliz de lo que nunca hubiese podido imaginar. —Se quedó pensativo y comenzó a reír—. Al final mi viejo tío tenía razón, debo reconocérselo. Al principio me enfadé un poco por aquella cláusula, condicionarme a casarme para obtener el porcentaje de su empresa era incluso cruel. Ahora veo que no, que con aquella cláusula lo único que se aseguraba era de que fuese feliz. Claro que, obviamente, tuve la suerte de conocer a una señorita en el viaje en barco de regreso a Londres que puso patas arriba todo mi mundo… —rio. Ella le correspondió—, con esos ojos azules y esa ternura de sonrisa —dijo pasando su mano por su mejilla—, y esa valentía y lengua viperina a veces —rio mientras le pellizcaba cariñosamente la nariz.

—¿Lengua viperina? —rio ella—. Oh, señor Renwich… —bromeó—, a mí me educaron

desde mi infancia, no diga groserías.

Él se quedó observándola con una sonrisa.

—Creo que no hubiese podido casarme con otra mujer que no fueses tú —reconoció—. Al final hubiese perdido el legado de mi familia.

—Tonterías, habrías embaucado a otra mujer para que…

—¿Embaucado? —rio él—. ¿Se considera embaucada?

Ella pasó su mano por su cabello oscuro y negó con una tierna sonrisa.

—No, me siendo agradecida de que te cruzases en mi camino —admitió.

Ambos se miraron unos segundos antes de fundirse en un apasionado beso.

Aquel beso volvió a provocar que todo el vello del cuerpo de Elodie se erizase. Sintió cómo la mano de Walter avanzaba por su cintura, rodeándola, luego la elevó levemente y la sentó correctamente sobre la mesa antes de interponerse entre sus piernas sin parar de besarla.

Elodie estiró su cuello hacia atrás y arqueó la espalda mientras Walter comenzaba a descender arrastrando su lengua con delicadeza sobre su piel.

—Aquí… aquí no pueden entrar, ¿no? —preguntó entre suspiros.

—No —respondió él besando su cuello—, al menos no sin avisar antes. Puedes estar tranquila, disfruta —rio antes de meter su mano bajo su vestido y levantárselo dejando sus piernas al descubierto—. Llevas varias horas aburrida, creo que necesitas algo de diversión…

—¿Y tú no? —preguntó ella antes de que él volviese a besar su boca mientras se deshacía de sus pantalones.

—Yo más que nadie —susurró mientras hacía que se reclinase sobre el escritorio y la acompañaba internándose correctamente entre sus piernas.

Sí, desde luego aquello prometía una buena dosis de diversión y desenfreno.

Elodie hizo una reverencia cuando Walter la presentó como su esposa. Por lo visto, Walter era muy conocido en la región, realmente había subestimado a su marido, pues era uno de los mayores empresarios de Londres y todos parecían conocerlo, aunque lo que más gracia le hacía era ver los rostros sorprendidos de todas aquellas madres que se dirigían hacia él para presentarle a sus hijas. Sí, sin duda la noticia de su reciente matrimonio no había llegado hasta allí y parecía que su amigo Taylor y su esposa tampoco habían difundido el acontecimiento.

—Oh —comentó una mujer que respondía al nombre de Emilia Clarke—, no teníamos idea alguna de su reciente matrimonio —pronunció mirando de reojo a su hija, la cual no pudo menos que apretar los ojos y resoplar, como si la idea la devastase—, pero sin duda es una gran noticia. Mis felicitaciones. Espero que sean muy felices.

—Sí, veo que las noticias de Londres aún tardan en llegar hasta aquí —contestó Walter quitándole importancia.

La mujer le sonrió con cierto hastío, pues parecía que acababa de romper todas las esperanzas de crear un vínculo entre su hija y la familia Renwich, y lo peor de todo es que ni siquiera intentaba disimularlo.

—Sí, eso parece —respondió ella mirando a Elodie de la cabeza a los pies, como si la evaluase—. Espero que gocen de su luna de miel.

—Se lo agradezco mucho —contestó Walter antes de que la mujer arrastrase a su hija lejos de allí, susurrándole algo como si estuviese enfadada.

Elodie chasqueó la lengua y miró a su marido con gesto gracioso.

—Me parece que he frustrado las ilusiones de gran parte de las jóvenes de Keswick.

Él ladeó su cuello.

—Que no te engañen, ninguna de ellas tenía posibilidades conmigo —pronunció

poniéndose firme y tendiendo su mano esta vez hacia un hombre.

—Señor Renwich —pronunció este con una gran sonrisa—, no sabíamos de su presencia aquí, es toda una sorpresa.

Walter le sonrió y asintió.

—Estoy de viaje de…

—¿Por negocios? —lo interrumpió el hombre rápidamente.

—No precisamente —dijo divertido—. Estoy de luna de miel, pasando unos días aquí. Le presento a mi esposa —la señaló con la mano. Elodie hizo otra reverencia—, la señora Elodie Renwich.

El hombre hizo un gesto perplejo, aunque se recuperó mucho antes que la mujer anterior.

—Oh, pues… mi más sincera enhorabuena.

—Muchas gracias. —Walter miró a Elodie—. Es el señor Marshall, es propietario de una gran naviera.

—Bueno —se removió el hombre agradecido por el cumplido—, de momento poseemos tres navíos, pero confío en hacerme con dos más a finales de año.

Walter lo miró interesado.

—Eso son buenas noticias, el negocio va bien.

—Lo son —pronunció con gran felicidad y dio un paso más hacia él mientras carraspeaba —. De hecho, ya que está aquí, no querría resultar impertinente, puesto que está en su luna de miel, pero si uno de estos días tiene un momento… me gustaría tener una reunión con usted para presentarle mis precios, son unos de los más competitivos del mercado, y dos de mis navíos viajan a Nueva York.

El dato produjo interés en Walter que asintió.

—Claro, señor Marshall. Mi intención es volver a Londres la semana que viene, estoy seguro de que podremos encontrar una hora para hablar antes de mi regreso a Londres.

El hombre no disimuló un gesto de alegría ante la afirmación de Walter.

—Suelo acudir al salón de caballeros los fines de semana. Podríamos vernos allí, si le parece bien —propuso.

—Claro, igualmente le haré llegar una carta para informarle del día que acudiré, no se preocupe.

En ese momento, su amigo, el señor Taylor, se acercó con su esposa hacia ellos.

—Será un placer hablar con usted.

—Igualmente —respondió Walter—, si me disculpa ahora… —dijo ofreciéndole su brazo a Elodie que se sujetó rápidamente a él. Le hizo una reverencia para despedirse y se alejaron de él, dejando al señor Marshall muy feliz.

—Sí, tengo un marido muy cotizado —bromeó Elodie mientras se acercaban a los anfitriones del baile.

—¿Y eso te disgusta?

—No, ni lo más mínimo —dijo ella sonriente antes de situarse ante ellos—. Brittany —le sonrió acercándose a ella—. Es un baile precioso, lo estoy pasando muy bien.

Brittany se emocionó al escuchar aquellas palabras y cogió su mano.

—Oh, no sabes cuánto me alegro de que te estés divirtiendo —respondió feliz.

—El salón está precioso, y los canapés y el vino son excelentes.

Brittany se movió como si diese saltitos de felicidad ante los cumplidos y se acercó a Elodie como si fuese a confesarle un secreto.

—No quería decirlo, pero mi baile es el mejor del año en Keswick —rio situando su mano

ante sus labios, como si quisiese esconder aquella sonrisa de satisfacción—. Espero que el año que viene os animéis y montéis también un baile, sería un gran acontecimiento en la ciudad —propuso ella.

Elodie miró a Walter, el cual se encogió de hombros.

—Pues sería una fantástica idea —comentó ella, Walter asintió—. Aunque dudo que pudiese superar esto. Nunca he organizado algo así.

Brittany se cogió a su brazo con confianza.

—Ahora que somos amigas… —dijo con seguridad—, me ofrezco a brindarte toda mi ayuda para que tu baile sea igual o más fantástico que el mío.

Sí, aquella mujer tenía un tono de voz peculiar, demasiado agudo, incluso un poco impertinente, pues denotaba prepotencia, si bien, tal y como le había dicho Walter, era buena mujer y la había acogido con los brazos abiertos desde un principio. Además, podía notar cómo quería entablar una amistad con ella, lo cual la reconfortaba bastante. Tal y como le había explicado Walter, viajaba varias veces al año a aquella zona por trabajo y le iría bien tener una amiga allí con la que poder pasar el rato cuando su marido tuviese que trabajar.

—Por cierto… —continuó Brittany girándose hacia Walter—, ¿es cierto que os marcháis la semana que viene? —Walter asintió mientras daba un sorbo a su copa de vino—. ¿A Londres? —insistió ella. Walter volvió a asentir—. ¡Es fantástico! Tenemos pensado acudir en un par de semanas a Londres para disfrutar de algunos días de la temporada londinense. Sería estupendo si pudiésemos vernos allí —susurró con añoranza.

—Claro —respondió Elodie—, es más, prometo llevarte a una de las mejores teterías de Londres —le propuso—, acudo con una o varias amigas varias veces en semana a tomar el té. Te las presentaré. Lo pasaremos bien.

Britanny no pudo evitar una risa de emoción, incluso dio algunos saltitos. Sin duda, parecía que granjearse la amistad de la señora Renwich era más importante de lo que había imaginado.

—Estoy deseando acudir. Conozco a algunas de las damas de allí, pero con ninguna tengo una gran amistad. La temporada de Londres es impresionante, aunque debo reconocer que si no conoces o tienes algún contacto en la ciudad es difícil mezclarse y hacer amigas.

Elodie le sonrió.

—Lo pasaremos bien —repitió como si de aquella forma pudiese calmarla, aunque Brittany volvió a repetir aquella risa nerviosa y emocionada, provocando que Elodie apretase los labios para evitar una carcajada y mirase a Walter de reojo.

Walter se giró hacia su amigo.

—He quedado una de las noches del fin de semana en el club de caballeros con el señor Marshall… —le explicó.

—¿Negocios?

—Eso parece.

—¿No paras ni en tu luna de miel? —bromeó el señor Taylor.

—Oh, pues… —dijo Brittany cogiendo la mano de Elodie—, si vosotros vais al club de caballeros nosotras haremos una reunión de damas.

Elodie la miró sorprendida.

—¿Reunión de damas?

—¿Crees que ellos son los únicos que pueden divertirse? —ironizó—. De eso nada… hay un club también para mujeres, nos solemos reunir de vez en cuando, tomamos alguna copa, jugamos a las cartas, incluso fumamos algún puro… —Miró a su marido que enarcaba una ceja —. Oh, cariño… no finjas que te sorprende, nunca te lo he ocultado. —Se giró hacia Elodie—.

Aprovecharemos esa noche para acudir al club de mujeres y divertirnos nosotras también.

—Me parece estupendo —confirmó Elodie mientras Walter daba su último sorbo a la copa, depositándola en la bandeja del camarero que pasaba por su lado y miraba a Elodie con una sonrisa pícara—. Supongo que no habrá ningún problema, ¿verdad?

Walter se encogió de hombros como si no le importase.

—Ninguno, seguro que te diviertes —rio. Inspiró hondo y volvió toda su atención hacia su amigo—. Lo estamos pasando muy bien, pero creo que es hora de que nos vayamos ya…

—¿Ya? —se quejó Brittany.

—Cariño, no olvides que están en su luna de miel… —Tendió la mano hacia Walter para estrechársela—. Muchas gracias por haber venido.

—Un placer —dijo estrechando con fuerza su mano.

—¿Quieres rompérmela? —bromeó su amigo—. Guarda esa fuerza para sujetar el rifle la próxima vez que vayamos de caza.

Tras despedirse de los anfitriones y varios de los conocidos de Walter que se encontraban allí, llamaron al cochero, el cual se presentó ante la puerta con el carruaje pocos minutos después.

Elodie echó la vista arriba cuando sintió una gota de lluvia caer en su frente mientras se dirigían al carruaje.

Walter se acercó a ella con una sonrisa.

—Me parece que nos va a llover por el camino —comentó mirando también hacia el cielo —. Muy romántico todo, ¿no crees?

Ella sonrió ante el comentario y se encogió de hombros antes de subir.

En cuanto ambos estuvieron sentados, el carruaje comenzó a avanzar por el camino de piedra, moviéndose de un lado a otro. Su mansión se encontraba un poco a las afueras del poblado, por lo que tenía una gran parcela, pero por ese mismo motivo tenían más rato de carruaje.

—Ha sido divertido —comentó ella.

—Sí, ha estado bien. Y Brittany parecía emocionada por acudir contigo a Londres.

Elodie asintió.

—Sí, antes nadie se hubiese peleado por ir conmigo a una tetería, excepto Camila, sin embargo, ahora… supongo que el hecho de ser la señora Renwich da ciertos privilegios.

Él alzó sus cejas repetidas veces.

—Muchos privilegios —apuntó con voz grave.

—Bueno, me refería a privilegios de compañía… no a otros —pronunció ella divertida. Suspiró y miró por la ventana cómo comenzaban a internarse en el bosque.

—Quería comentarte algo… —dijo situándose frente a ella—, en unos meses deberé acudir a Nueva York para firmar la herencia y recibir la propiedad de la empresa de mi tío. —Ella lo miró sin comprender—. ¿Querrías acompañarme? ¿O prefieres quedarte en…?

—¿Cuánto tiempo te llevaría? —preguntó rápidamente.

—Quizá un par de meses. Ya de por sí el viaje en barco es largo, pero luego tendré que asegurarme de que en la empresa está todo en orden, hacer poderes para…

—Voy contigo —respondió rápidamente, interrumpiéndolo—. ¿Qué voy a hacer yo en Londres sin ti?

—¿Disfrutar de la vida londinense? —se burló él.

Ella negó.

—No, prefiero estar contigo.

—Ya sabes que es un viaje largo en barco.

—Te recuerdo que no es la primera vez que viajo en barco —pronunció con una sonrisa—. Preferiría ir contigo, si a ti no te importa.

Él negó.

—Deseo que vengas conmigo. Podré presentarte al albacea y que vea que eres real —rio.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Podría pensar que lo estás engañando?

—No, no… en la carta que envié a mi abogado, el señor Tilston, adjunté el certificado matrimonial para que lo envíe todo junto al albacea. Un certificado matrimonial no puede falsificarse fácilmente, además, está registrado, así que… —se echó hacia delante—, pero me gusta gozar de tu compañía, así que sería estupendo que me acompañases.

Ella asintió e iba a hablar cuando un sonido fuerte los alertó a los dos.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó asustada, luego gritó cuando el carruaje se descontroló y comenzó a correr más fuerte.

Un gritó alertó a Walter que se puso en pie y miró a través de la ventana.

—¿Ocurre algo?

El cochero gritó de dolor y vio cómo dejaba caer su mano ensangrentada. Aquel sonido tan fuerte le había parecido un disparo.

Miró al camino y vio cómo los caballos se desviaban del rumbo hacia los árboles.

—¡Señor! —le gritó Walter al cochero intentando alcanzar su mano, pues sin duda alguna estaba malherido y parecía haber perdido el conocimiento o estar a punto de hacerlo.

—¿Qué ocurre? —gritó Elodie intentando ponerse en pie, aunque el traqueteo del carruaje no le permitía mantener el equilibrio.

—¡Siéntate! —le gritó Walter cuando el carruaje se salió del camino y comenzó a correr entre los árboles. Se giró de nuevo hacia la ventana—. ¡Charlie! —volvió a gritarle Walter justo cuando vio que los caballos se dirigían directos a unos árboles. Inspiró hondo y se giró hacia su esposa que se encontraba sentada, tal y como le había ordenado. El carruaje estaba a punto de colisionar contra los árboles. No lo dudó un segundo y se echó hacia ella intentando protegerla. Sabía que un golpe con el carruaje podía ser fatal. La cogió de la cintura para mantenerla cerca de él e intentar frenar el golpe y con la otra mano se apoyó en la pared del carruaje justo cuando este colisionó con los árboles, provocando que el carruaje virase fuertemente.

Elodie gritó al notar el choque, sobre todo cuando la sensación de ingravidez se apoderó de ella al sentir cómo el carruaje giraba cayendo hacia el lado.

El golpe contra la puerta fue excesivamente fuerte, tanto que le costó volver a respirar. En ese momento todo se volvió oscuro, aunque intentó mantenerse consciente. Gimió llevándose la mano a la nuca, se sentía totalmente aturdida por el golpe.

—¿Wal… Walter? —sollozó sin moverse mirando de un lado a otro.

En ese momento vio de reojo cómo Walter se incorporaba, recuperándose del golpe.

Elodie volvió a perder la visión durante unos segundos, pero unos gritos la obligaron a intentar mantenerse consciente.

Había bastante oscuridad, aun así, pudo apreciar cómo un hombre abría la puerta del carruaje que en ese momento se encontraba en la parte alta y extraía un arma. El grito había provenido de Walter que se había echado sobre aquel brazo y tirado de él hacia dentro del carruaje para intentar defenderse.

—¿Wal… Walter? —logró susurrar antes de volver a perder la visión.

La siguiente vez que la recuperó, Walter se encontraba luchando contra aquel hombre en el

interior del carruaje, pero llamó la atención de Elodie lo que aquel asaltante pronunció.

—¡Cógelo! —gritó, como si hubiese alguien más.

Elodie intentó moverse, pero estaba demasiado atontada por el golpe, luchaba con todas sus fuerzas para no perder de nuevo el sentido.

—Dejad… dejadlo —logró articular, aunque le costó muchísimo.

En ese momento, observó cómo otro hombre aparecía en la puerta que se encontraba en la parte superior.

—A… ayuda —susurró mientras lo veía descender al interior, antes de que todo se volviese de nuevo oscuro.

La siguiente vez que logró recuperar el sentido, observó cómo sacaban a su marido por la puerta superior entre los dos hombres. Uno de aquellos asaltantes se arrodilló al lado de ella, observándola.

—No sé por qué razón nos pidió que a ti no te hiciésemos nada… —comentó con voz grave —, me hubiese divertido contigo, pero soy un hombre de palabra que cumple sus encargos. Despídete de tu marido —pronunció antes de que todo volviese a apagarse y la imagen de aquel hombre desapareciese.

En aquel instante ya no hubo dolor, no hubo lucha por respirar y recuperar el aliento, ni siquiera preocupación… solo calma y paz.



27

Aquella paz que sentía se vio interrumpida por la falta de aire. Abrió los ojos y respiró profundo. Un largo gemido salió de sus labios al notar el dolor en su espalda y en su nuca. Cerró los ojos intentando controlarlo y no sumirse de nuevo en aquella oscuridad y se llevó la mano temblorosa a la cabeza. Se palpó sin sentir ninguna humedad, por lo que entendía que no tenía ninguna herida abierta y que todo se reducía a un fuerte dolor de cabeza.

Tragó saliva mientras movía los pies, asegurándose de estar correctamente.

El golpe en la espalda había sido tan fuerte que aún le costaba respirar. Miró hacia el lado, donde reinaba la oscuridad, y observó cómo la lluvia se acumulaba entre la madera del carruaje girado. Se incorporó levemente y gimió. Miró de un lado a otro, confundida.

Primero había sonado un estruendo similar al de un disparo, luego el carruaje había chocado contra algo, Walter había intentado protegerla, pero el golpe había sido tan fuerte que habían salido despedidos a un lateral mientras el carruaje volcaba y era arrastrado varios metros hasta detenerse.

Miró hacia arriba, hacia la ventana abierta por donde caía la lluvia.

—Walter —susurró.

Los últimos recuerdos intermitentes que tenía de él era que se lo habían llevado, aunque no sabía si vivo o muerto.

Su cuerpo tembló al recordar las últimas palabras que había pronunciado el asaltante: *"No sé por qué razón nos pidió que a ti no te hiciésemos nada, me hubiese divertido contigo, pero soy un hombre de palabra que cumple sus encargos. Despídete de tu marido"*.

¿Le habían pedido que a ella no la dañaran? ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

Resopló y se puso de rodillas. Se sujetó al banco girado que tenía un poco por encima de ella y con esfuerzo y un rugido consiguió ponerse en pie.

El dolor de la cabeza, concretamente en la nuca, era soportable, pero no el de la espalda. Gimió y apoyó su frente durante unos segundos en el banco, intentado recuperar el aliento.

Miró de nuevo hacia arriba, hacia aquella ventana mientras la lluvia caía sobre ella.

—¿Walter? —gritó. Esperó unos segundos sin recibir respuesta—. ¿Hola? ¡Ayuda! —pronunció desesperada.

Miró de un lado a otro, nerviosa, necesitaba salir de allí y pedir ayuda. Miró hacia la ventana y hacia los bancos. La única forma de salir del carruaje era trepando por el asiento hasta la ventana. Al menos parecía que los asaltantes ya no se encontraban allí. Ni siquiera sabía cuánto tiempo debía haber pasado, aunque intuía que no mucho, pues aún era de noche, ningún otro carruaje se había detenido a socorrerlos y, además, la lluvia no había inundado mucho el carruaje.

Miró al frente y se quedó observando el cajón secreto donde Walter guardaba su arma. No dudó en abrirlo con la esperanza de encontrarla allí. Era mejor ser precavida, ya había visto de lo que eran capaces los asaltantes de caminos y no iba a caer en la misma trampa.

Cogió el arma y la situó en el banco superior. Apretó los labios y miró hacia la ventana.

Nadie iría a rescatarla, estaba totalmente sola o, al menos, eso parecía. Debía salir por su propio pie.

Se apoyó en el banco superior y saltó hacia arriba mientras un grito de dolor salía de lo más profundo de su ser cuando tuvo que arquear su espalda y hacer fuerza para subir las piernas. Cuando logró estirarse en el banco se dio unos segundos para recuperar el aliento. Tenía todo el cuerpo mojado por la lluvia y el pelo se pegaba a su rostro.

Inspiró hondo y se arrodilló en el banco. Cogió el arma y la situó en el cinturón de su vestido que tenía anudado a la espalda. Se sujetó al marco de la ventana y extrajo la cabeza por ella.

Ahora comprendía por qué nadie había ido en su ayuda. Se encontraba en medio del bosque. Los caballos se habían salido de la ruta y habían avanzado varios metros por el interior de la espesura, apartándolos del camino, hasta que el carruaje había chocado contra unos árboles y volcado. Las dos ruedas de aquel costado estaban totalmente rotas y astilladas. Se giró con cuidado y observó a los dos caballos, de pie, sin moverse. En aquel momento una idea asaltó su mente. El cochero. El sonido del disparo volvió a su mente. ¿Lo habían alcanzado? ¿Estaba muerto?

Apoyó los codos y brazos en el carruaje y se estiró sobre él, arrastrándose para sacar las piernas, gritando de dolor y quedándose sin respiración.

Un gemido llamó su atención. Abajo, tirado en el suelo, permanecía el cochero. Parecía no haber perdido la conciencia, pero estaba retorciéndose de dolor.

—Eh, eh… —dijo moviéndose rápidamente, olvidando su propio sufrimiento.

Apoyó uno de los pies en el banco donde se sentaba el cochero y logró bajar del carruaje. Cuando logró situar los dos pies en el barro, prácticamente hundiéndose, tuvo que sujetarse de nuevo al carruaje unos segundos para no perder el equilibrio, pues sus piernas temblaban demasiado.

En cuanto se vio con la suficiente fuerza fue hacia él, agachándose a su lado.

—Eh, tranquilo… —le comentó. Era un hombre de unos cuarenta años. Tenía el cabello castaño oscuro canoso recogido en una coleta a la nuca unida por un lazo impregnado totalmente de barro. El hombre no dejaba de gemir por el dolor, como si le costase respirar, aunque logró centrarse para mirarla a ella—, tranquilo —susurró ella de nuevo.

—Seño… señora Renwich —pronunció el hombre como si se sintiese aliviado.

Ella asintió y miró todo el cuerpo del hombre. Se apretaba con fuerza el hombro de donde emanaba bastante sangre y debía de tener la pierna rota.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Charles —susurró apretando los dientes por el dolor.

—Tranquilo, Charles, te pondrás bien —dijo mirando de un lado a otro hasta que encontró más huellas de caballo. ¿Esas eran las huellas de los caballos de los asaltantes? Estaba segura de que sí, pues se introducían hacia el interior del bosque.

Elodie resopló. Hacía frío, mucho frío, pues la lluvia estaba bajando la temperatura y estaba totalmente empapada.

—Tiene que coger un caballo y dirigirse a… —tragó saliva y gimió—, a la mansión de los Taylor, allí podrá pedir ayuda.

Ella apretó los labios y negó.

—No —dijo ella, lo que provocó que el hombre la mirase confundido.

—Señora, necesita ayuda…

—Usted la necesita más que yo —dijo poniéndose en pie directamente, sin apartar la mirada

fija dirigida a la oscuridad que reinaba en el interior del bosque.

—Avise a los Taylor para que vengan a buscarme, pero usted márchese de aquí, pueden venir de nuevo y…

Se giró hacia el hombre y lo observó. Charles se encontraba muy malherido. Tenía una herida de bala en el hombro y la pierna seguramente rota por la rodilla, fruto de la caída.

No lo pensó más y se dirigió hacia los caballos. Los soltó del carruaje y los cogió por las correas acercándose al hombre.

—¿Se han llevado hacia allí a mi marido? —preguntó señalando al interior del bosque.

El hombre la miró con los ojos muy abiertos y luego miró la dirección que ella le señalaba.

—No puede… no puede estar pensando en…

Elodie soltó los caballos unos segundos y fue hacia él.

—Vamos… —dijo agachándose a su lado. Pasó una mano por su espalda y lo ayudó a levantarse mientras el hombre gritaba. Ella tuvo que reprimir también sus gritos al soportar el peso del hombre, pues el dolor de espalda era insoportable. Lo acercó al caballo y lo ayudó a subirse—. Irá a casa de los Taylor y explicará lo sucedido…

—Usted no puede ir a buscar al señor Renwich.

—Es mi marido —gritó ella. Tragó saliva y se quedó pensativa. “Y creo que se lo han llevado por mi culpa”. Aquellas palabras no las verbalizó, pero sí resonaron con fuerza en su mente, si no por qué iba el asaltante a decir lo que había dicho, ¿por qué alguien iba a ordenar que se lo llevasen a él, pero que a ella no le hiciesen daño? Había algo ahí que se le escapaba. Cuando elevó la mirada hacia el cochero, este la observaba con los labios apretados—. No me subestime por ser una mujer, Charles. He pasado por situaciones que ni un hombre podría soportar —dijo tendiéndole la correa del caballo para que se sujetase—, y… además… tengo un arma.

—¿Y usted sabe disparar un arma? —preguntó Charles.

—Sí —mintió ella—. Vaya a casa de los Taylor y explique lo sucedido, que se pongan en contacto con las autoridades y que ordenen la búsqueda de mi marido esta misma noche.

—¿Y sobre usted? ¿Qué digo? —preguntó—. Me lo preguntarán.

—Puede decirles la verdad… que he ido a buscarlo —pronunció secamente.

—¡Está loca! —gritó el hombre, no como un insulto, sino por la impotencia que sentía—. No vaya, por favor, véngase conmigo, usted también necesita atención médica…

Ella miró de nuevo hacia el bosque y pasó la mano por el acero del arma que llevaba en su cinturón.

—Sé que le duele el hombro y la pierna… —Se giró hacia él ignorando la súplica del cochero—, pero intente cabalgar rápido.

Dicho esto, y sin esperar respuesta por parte del cochero, golpeó con todas sus fuerzas el trasero del caballo y este salió a todo galope entre los árboles mientras el cochero gritaba sin cesar por el dolor que le producía el movimiento del caballo. Con suerte, en poco más de veinte minutos llegaría a la mansión de los Taylor y los alertaría de lo sucedido, pero si los Taylor debían poner en sobre aviso a las autoridades y organizar una partida de búsqueda, podían pasar horas. No, ella no iba a esperar. Elodie había decidido ser dueña de su vida y así sería. Walter la había salvado de un matrimonio sin amor, de una familia sin escrúpulos y había cuidado de ella en todo momento. Ahora las tornas cambiaban. Elodie se consideraba valiente y estaba armada, así que ahora sería ella la que lo arriesgaría todo por su marido, el señor Renwich.

Cogió las riendas del caballo y de un salto subió a lomos de este emitiendo un grito de dolor. Cuando logró sentarse, se estiró hacia delante acariciando la crin del animal para

sosegarlo.

Inspiró hondo e intentó ponerse recta sujetando las riendas. Siempre había sido una buena amazona. No iban a arruinar su felicidad, y menos aún iban a llevarse a Walter.

Dio un golpe con sus pies al caballo y este comenzó a avanzar en la dirección a donde se dirigían las huellas, poco después se perdían o, al menos, no podía seguirlas por la oscuridad imperante.

¿Querrían un rescate? Las palabras que aquel hombre había vertido sobre que se despidiese de su marido la asustaban, ¿y si le habían hecho daño? O peor aún, ¿y si habían acabado con su vida? Lo amaba con todas sus fuerzas y si tenía que arriesgar su seguridad, incluso su vida por él, lo haría sin dudarlo. Él era el amor de su vida y haría todo lo posible por ponerlo a salvo, él lo haría por ella sin dudarlo, de eso estaba convencida. Sintió cómo el miedo invadía su cuerpo y un peso plomizo oprimía su pecho. La incertidumbre sobre lo que habrían hecho con Walter la atemorizaba más de lo que podía expresar con palabras. Lo necesitaba a su lado. Lo necesitaba más que nunca. Jamás se había enfrentado a nadie, pero no dudaría un segundo en hacerlo, aunque no tenía ni idea de cómo.

Cabalgó en la oscuridad esquivando los árboles y piedras que se encontraba en el camino a toda la velocidad que podía. Llevó su mano hasta el arma, sintiendo la frialdad que desprendía y se le heló la sangre. Jamás había disparado un arma, pero lo haría si llegase el momento y fuese necesario. Solo esperaba que Walter estuviese bien.

Walter fue arrojado sobre la tierra húmeda. Por suerte, cayó de espaldas, pues tenía las manos atadas a la espalda.

—Enciende la hoguera —ordenó el que parecía ser el jefe de aquel grupo de asaltantes.

El otro muchacho, bastante más joven que él, le hizo caso y sacó de la alforja de su caballo bastantes ramas secas, las situó bajo unos árboles y encendió unas *cerillas*[15]. La primera de ellas se apagó, pero con la segunda logró encender el fuego.

Walter se removió sobre el barro hasta conseguir sentarse y miró en dirección a los dos asaltantes. Por suerte, habían dejado a Elodie en el carruaje. Sabía que estaba viva, pues la última vez que la había mirado su pecho se movía, aunque permanecía inconsciente. Cuando uno de ellos había extraído el cuchillo y había amenazado con quitarle la vida a Elodie si no los acompañaba, no había dudado un segundo en hacerlo. Lo que más le importaba era alejarlos de ella. El carruaje estaba un poco alejado del camino, pero no quedaban muchas horas para que amaneciese y alguien lo vería. Por otro lado, estaba el cochero, Charlie, que, aunque estaba bastante malherido, podría gritar para llamar la atención de los carruajes que viese pasar. Con suerte, ya habrían logrado detener a algún carruaje y los habrían socorrido, pues mucha gente abandonaría el baile de los Taylor y, aunque no era uno de los caminos más frecuentados, seguro que alguien pasaba.

Llevaban cabalgando más de dos horas y, durante ese tiempo, se habían alejado en dirección sur. No sabía qué era lo que pretendían aquellos asaltantes, pero no pensaba quedarse mucho tiempo para averiguarlo. Ahora que se encontraba lo suficientemente lejos como para saber que le daría tiempo a llegar antes que ellos, podría deshacerse de las ataduras. Lo había intentado durante todo el rato y lo cierto era que aquel hombre sabía amarrar a una persona a conciencia, pero no dudaba en que tarde o temprano lo lograría.

—Comeremos algo y partiremos de nuevo —pronunció el jefe sentándose frente al fuego, entregando un trozo de pan al más joven.

Walter se apoyó contra un árbol mientras intentaba deshacer el nudo, se estaba dejando las muñecas en carne viva, pero no le importaba si lograba escapar de allí. Se había fijado en que en

cada uno de los caballos llevaban un rifle metido en la alforja. Si lograba quitarse las cuerdas intentaría hacerse con uno de ellos. Era un experto luchador, así que suponía que no le costaría dejarlos sin sentido.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó desde atrás.

Cuando el jefe se giró hacia atrás y lo observó, Walter dejó de mover los brazos para no levantar sospechas.

—Lo único que quiero es cobrar una recompensa —explicó el hombre antes de dar un buen bocado al pan.

—¿Crees que nos la dará, Fergus? —preguntó el más joven, como si no estuviese muy convencido—. Es una cantidad muy grande…

Fergus lo miró enfurecido y directamente le dio una colleja con bastante fuerza.

—¡Te he dicho que no pronuncies mi nombre! —le gritó—. Serás inútil.

—Perdona —se excusó el joven.

Fergus miró de reojo a Walter y volvió a dar un bocado al pan.

—Más le vale… —continuó respondiendo a la pregunta de su compañero. Reagan era uno de los irlandeses más jóvenes que vivían en Whitechapel, prácticamente recién llegado como quien dice, pues no llevaba ni un año viviendo allí. El joven le había dado lástima y lo había ayudado en múltiples ocasiones. Después de la fortuna que le había prometido el hombre de Londres para acabar con el señor Renwich, no dudaba en poder conseguir un poco más de dinero del contratante si se lo llevaba vivo. De todas formas, no acabaría con la vida de nadie hasta no ver el dinero. No se consideraba un asesino, aunque no era la primera vez que apretaba el gatillo contra una persona, pero él se consideraba más un matón, prefería recibir el encargo de dar una paliza a un hombre y no dispararle, aunque fuese mucho más fácil y no tuviese que dañarse los nudillos.

Ahora bien, el hambre extrema que se vivía en aquel barrio provocaba que muchos buenos hombres se transformasen en verdaderas bestias, ese había sido su caso. Había llegado desde Irlanda hacía siete años, había intentado buscar un trabajo decente durante años, mendigando en la calle y recibiendo únicamente algo de comida de la parroquia. El hambre y el frío que te calaba hasta los huesos te hacían cometer locuras. Dada su corpulencia, no había tardado en ganarse una buena fama entre los irlandeses del barrio y era a él a quien acudían cuando había problemas entre bandas. Él los solucionaba rápidamente, pues la mayor parte de la población de aquel barrio lo respetaba.

Aquel estúpido muchacho le había recordado tanto a él a su llegada que le había ofrecido muchas veces la mitad de la recompensa que le habían ofrecido para poder comprar algo de pan o queso, o bien le había dado una parte de lo que había conseguido robando para que pudiese tener algo de comida o alguna noche caliente bajo techo.

No se consideraba mala persona, solo un superviviente.

Walter observó las dos espaldas y rasgó las cuerdas en la corteza del árbol.

En un principio había imaginado que eran simples asaltantes, pero tras escuchar las palabras que había pronunciado hacia una Elodie inconsciente y sus últimas palabras, tenía claro que no. Alguien se la había jugado, alguien quería deshacerse de él.

—¿Quién te ha contratado? —preguntó Walter deteniéndose.

Fergus se giró enarcando una ceja.

—Aunque supiese quién es no te diría su nombre, estúpido noble inglés —dijo con la boca llena de pan.

—¿Cuánto te ha ofrecido?

—¡Cállate! —le gritó Fergus girándose de nuevo—. ¿O quieres que te mate ya? Te estoy concediendo más tiempo del que deberías.

Walter miró al más joven, recordando las palabras que había dicho.

—Claro, te lo agradezco, Fergus —ironizó lentamente pronunciando su nombre.

Fergus se giró hacia él con la mandíbula tensa, se puso en pie y caminó lentamente hacia donde se encontraba. Se arrodilló ante él y lo observó. Tenía una pequeña herida en el hombro que había ensangrentado bastante su ropa y una brecha en la frente, fruto de la pelea que había mantenido con él en el interior del carruaje.

Fergus lo observó. Era un hombre alto y corpulento también, aunque no tanto como él.

—Te recomiendo que mantengas la boca cerrada o te dispararé ya. Los muertos son mucho más fáciles de transportar en un sucio saco.

Aquellas palabras no parecieron impresionar a Walter o, al menos, no lo demostró.

—Soy un hombre de negocios… quizá podríamos negociar —comentó.

Fergus resopló y se puso en pie.

—Claro, vosotros lo solucionáis todo con dinero… —dijo acercándose a la hoguera de nuevo—, qué fácil, ¿verdad?

—¿Acaso no nos has atacado a mi esposa y a mí precisamente por dinero? No seas hipócrita —comentó con los dientes apretados.

—No se trata solo de dinero… le di mi palabra a un hombre y siempre cumplo mi palabra.

Walter volvió a rasgar sus cuerdas contra la corteza.

Reagan se acercó a Fergus para susurrarle.

—Quizá el señor Renwich podría darnos más dinero que el inglés.

Walter enarcó una ceja al escuchar la forma en que se referían al hombre que los había contratado. El inglés. ¿Alguna empresa de la competencia? Normalmente tenía muy buen trato con todos los empresarios, jamás había tenido problemas y había intentado ayudar a todos. No conocía a nadie, o al menos no caía en nadie que pudiese haber contratado a dos hombres para acabar con su vida.

Fergus situó una mano en el hombro del joven.

—No se trata de eso… —pronunció como si se tratase de un padre que da una lección a su hijo—, un irlandés siempre cumple su palabra. No tendremos tanto dinero, ni ropa cara como estos asquerosos ingleses… —señaló con la cabeza hacia atrás, hacia Walter—, pero siempre cumplimos los acuerdos a los que llegamos. Ten eso, y al menos tendrás algo —lo señaló.

Reagan asintió a sus palabras.

—Ya, pero…, el inglés… —continuó—, te pidió que acabases con su vida. —Walter enarcó una ceja hacia él, rasgando con fuerza las cuerdas contra el árbol—. Sin embargo, lo mantienes vivo.

Fergus miró al joven con desdén y le señaló uno de los rifles que había en la alforja.

—Está bien, si crees que es tan fácil quitar la vida a un hombre ahí tienes el rifle. Hazlo tú mismo —comentó encogiéndose de hombros.

El muchacho tragó saliva y miró a los dos caballos. En las dos alforjas había rifles, tal y como Fergus había mencionado, pero Reagan negó rápidamente.

—No, no podría… —susurró avergonzado.

—No es algo fácil, muchacho, así que… si el inglés lo quiere ver muerto lo tendrá muerto, pero cuando nos pague el dinero que nos debe.

—Pero podemos tardar días en llegar hasta Londres —se quejó de nuevo Reagan—. ¿Vamos a llevarlo así? ¿Atado? Nos podrían descubrir —mencionó mirando de reojo a Walter,

como si aquella situación le superase. Estaba claro que aquel joven no estaba acostumbrado a aquellas situaciones, parecía incluso asustado.

Fergus rio y negó.

—Me conozco estos bosques muy bien, hay senderos nada transitados, además… —se giró levemente hacia Walter—, el señor Renwich sabe que debe portarse bien o iremos directamente a por su esposa. —Se giró para encararle justo cuando Walter se detuvo de rasgar las cuerdas contra la corteza—. Sé dónde tiene su mansión en Keswick y en Londres —le informó—. Su esposa, la señorita Elodie, es una mujer muy hermosa. Si no fuese porque el hombre que me contrató solo quería deshacerse de usted y nos pidió que nadie más saliese dañado, incluyendo a su mujer, seguramente habría pasado un buen rato con ella —rio de forma lujuriosa.

Aquellas palabras produjeron que todos los músculos del cuerpo de Walter se pusiesen en tensión. Por eso mismo había decidido alejarse de allí, aunque fuese preso, sabía que ese tipo de personas no tenía ningún escrúpulo, y menos con las mujeres. Cuanto más lejos de Elodie, más a salvo estaría ella, él ya encontraría la forma de escapar, de peores había salido. Además, analizando las últimas palabras del joven y de Fergus, se dirigían a Londres, por lo que a caballo podían tardar unos dos o tres días. Seguro que tendría alguna ocasión de escapar, además, tenía conocidos por todo Londres que podrían ayudarlo sin problema y no dudaba que en cuanto la noticia de su secuestro corriese entre toda la gente se organizarían batidas de reconocimiento para encontrarlo. Aquellos dos hombres, pese a tener bastantes datos sobre él, no parecían ser conscientes de su influencia, lo cual tampoco iba a revelarles.

—Acábate el pan, en diez minutos seguiremos el camino —le apremió Fergus.

—¿No vamos a descansar? —se quejó el joven.

—¿De verdad eres tan idiota? —preguntó—. Descansaremos cuando nos alejemos más de Keswick, aún estamos demasiado cerca como para estar tranquilos. Seguro que al amanecer envían una patrulla a buscarlo.

Los dos hombres siguieron comiendo el pan esta vez en silencio, bajo la fría lluvia que los calaba hasta los huesos.

Walter seguía rasgando la cuerda, notaba que tras tanto roce y movimiento se había destensado un poco o podían haberse roto algunas fibras, pero no las suficientes como para liberarse, al menos, no de momento.

Fergus se giró hacia Walter, controlándolo, aunque este se quedó quieto de nuevo, luego se volvió hacia Reagan que se había acabado la hogaza de pan hacía unos minutos y echaba las manos hacia delante, acercándolas al fuego para entrar en calor.

—Con el dinero que nos ha adelantado el inglés compraremos algo de comida para el trayecto… —explicó Fergus—, pero hay que racionarlo.

Walter escuchó aquella frase.

—¿Por qué racionarlo? —preguntó—. Yo puedo ofrecerte seguramente más dinero que ese estúpido inglés que te ha contratado a cambio de que me liberes y de que me des su nombre. Piénsalo… —continuó rasgando con ímpetu las cuerdas—, el inglés acabaría en prisión y tú con una suma de dinero más grande que la que él te propuso.

Fergus se giró con los dientes apretados.

—Ya te he dicho que esto no tiene nada que ver con el dinero —recordó con la voz grave —. Mi vida se reduce a esto, es mi forma de ganar dinero. Mi único trabajo.

—Una pena —continuó Walter—, si me conocieses un poco más sabrías que contrato a mucha gente para trabajar en mi empresa. Hubiese bastado con que te hubieses presentado ante mí para conseguir un trabajo de por vida, al igual que han hecho muchos de tus amigos

irlandeses, Fergus. Necesito hombres corpulentos como tú, pero, como digo… es una verdadera pena. Lamento decirte que te has equivocado de hombre —pronunció mirándolo fijamente.

Fergus apretó los dientes y miró de reojo a Reagan, el cual tenía la espalda recta. Un trabajo digno y con un buen salario que les permitiese tener una vida decente era todo lo que deseaban.

—No le hagas caso… solo pretende que lo liberemos, pero no arriesgues lo que tenemos ya en mano. El inglés nos dará una buena suma de dinero.

—Pero nos puede dar un trabajo —se quejó Reagan señalando a Walter—. ¿No sería mucho mejor?

Fergus resopló y negó con la cabeza.

—No seas ingenuo, ¿crees realmente que después de lo que ha ocurrido nos va a ofrecer un trabajo? —Reagan apretó los labios y agachó su cabeza—. Solo te dice eso para ponerte en mi contra, para intentar liberarse.

—No, no lo hago —intervino Walter—. Es cierto, muchacho, habéis perdido la oportunidad de tener un trabajo digno, pero si me liberáis aún tendréis la posibilidad de cumplir pocos años de prisión. Soy uno de los empresarios más importantes de Inglaterra, ¿creéis que no me buscarán? Y en el caso de que me matéis… ¿creéis que no darán con vosotros tarde o temprano? Como os he dicho, os habéis equivocado de hombre. —Miró al joven—. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince? ¿Dieciséis? —El muchacho agachó la cabeza, intimidado—. Es una pena que un joven como tú eche su vida a perder.

—Él es lo único que tengo… —se defendió el joven.

—Pues es una verdadera pena —le respondió Walter—, pero ya te aviso, no te conviene seguir por este camino.

—¿Y usted podría ofrecerme…?

—¡Cállate ya, muchacho! —lo interrumpió Fergus.

Fergus miró de reojo a Reagan, el cual parecía nervioso ante sus palabras. Se puso en pie y se dirigió directamente hacia Walter, golpeándole con el puño en la mejilla, provocando que Walter cayese hacia un lado. Al tener las manos atadas a la espalda no pudo evitar golpearse la cabeza contra el suelo.

—Vuelve a decir algo más y te mataré ahora mismo —lo amenazó Fergus.

Todos se giraron hacia atrás cuando una voz femenina los sorprendió.

—De eso nada… —pronunció Elodie saliendo de entre los árboles, apuntándolos con el arma que había cogido del carruaje—, tú no vas a disparar a nadie, sin embargo… quizá sí que recibas tú un disparo.

Walter la miró totalmente sorprendido. ¿Elodie?

Estaba totalmente empapada, con el cabello largo y mojado pegado a su rostro. El vestido se ajustaba a su cuerpo, pero mantenía el arma firmemente sujeta, apuntando a Fergus. Al principio, Walter no pudo ni reaccionar. ¿Elodie estaba allí? ¿Había ido a buscarlo?

—Menudos huevos tiene la señora Renwich —susurró Walter para sí mismo, sin dar aún crédito a lo que veían sus ojos.

28

Elodie avanzó apuntando directamente hacia Fergus, aunque también apuntó a Reagan rápidamente, el cual elevó los brazos al momento.

Había esperado cerca de diez minutos entre los árboles. Durante más de una hora y media no había estado segura de seguir bien el rumbo. No era rastreadora, pero tampoco era tonta. Aunque la oscuridad no dejaba ver bien las huellas y estas se camuflaban entre el barro y la hierba, se dejaba llevar por las plantas rotas o los montones de barro como si un caballo hubiese pasado por ahí… parecía que había tenido suerte y tomado la dirección correcta. Quizá no fuese tan mala rastreadora después de todo.

La luz de una fogata en medio del bosque había llamado su atención. Había dejado el caballo atado bastante lejos y se había acercado sin hacer ruido, con el arma en las manos, agachándose tras unos arbustos.

Había tenido que mantener la calma cuando había visto a Walter tirado en el suelo y a los dos asaltadores comiendo cerca de la pequeña fogata que habían hecho y que no tardaría mucho en apagarse por la lluvia.

Había inspirado hondo para calmarse, necesitaba analizar correctamente la situación antes de dar un paso en falso.

Había dos caballos, ambos con alforjas. En ambas alforjas sobresalía un rifle. Los caballos estaban un poco alejados, pero seguramente aquellos dos asaltantes serían rápidos, así que tenía que esperar a algún momento en que los dos estuviesen alejados de los caballos para interponerse entre ellos y los rifles. Por otro lado, en los últimos minutos los había observado. No llevaban ningún arma más, lo único que había era un cuchillo que uno de los hombres, concretamente el que le había dicho que se despidiese de su marido, había usado para cortar la hogaza de pan.

Se había quedado quieta tras los arbustos y había observado su arma. Ni siquiera estaba segura de que estuviese cargada, aunque suponía que sí, dado que Walter la había sacado del cajón inferior del carruaje cuando pensaba que los asaltaban. Walter debía tenerla cargada, se dijo para sí misma. Recordó las palabras que había pronunciado en casa de los Taylor tras venir de la caza: *"Es fácil de usar. Solo hay que asegurarse de que está cargado, apuntar y apretar el gatillo. Apuesto a que se te daría bien"*.

Chasqueó la lengua. Ya veríamos si se le daba bien.

—Vale… —susurró cuando vio que el hombre se dirigía hacia Walter y lo golpeaba arrojándolo al suelo—, apuntar y apretar el gatillo. Es fácil. Vamos Elodie… apuntar y apretar el gatillo —repitió como si fuese un mantra.

Se había puesto rápidamente en pie y avanzado hacia el pequeño descampado con el arma elevada, cogida con las dos manos, interponiéndose entre los caballos y los tres hombres.

Durante unos segundos, se había quedado paralizada al recibir la mirada sorprendida de los tres. Su marido, sin ir más lejos, la observaba arrugando su nariz y enarcando una ceja.

—De eso nada… —pronunció Elodie apuntándoles con el arma—, tú no vas a disparar a nadie, sin embargo… quizá sí que recibas tú un disparo.

Intentó que su voz sonase firme y agresiva, aunque lo cierto era que estaba muerta de miedo y tuvo que sujetar con fuerza el arma para que no temblase.

—¡Vosotros dos! —gritó hacia Fergus y Reagan—. ¡A un lado! ¡Ahora! —exclamó acercándose hacia los dos caballos. Reagan ya tenía las manos subidas, pero no Fergus que las subió poco a poco y resopló—. ¡Que os mováis he dicho! —les gritó amenazante—. Lejos de mi esposo. ¡Ahora!

Llegó hasta los dos caballos y extrajo con una mano uno de los rifles, situándolo bajo su axila para sujetarlo. Fue hacia el otro caballo y sacó el otro rifle.

Los dos hombres le hicieron caso y dieron unos pasos atrás. En cuanto situó los dos rifles bajo sus axilas, sujetó de nuevo su arma con las dos manos, pues con una sola temblaba en exceso y parecía que aquello no había pasado desapercibido para Fergus.

—¿Ha disparado alguna vez, señorita? —ironizó Fergus dando un paso hacia ella.

—¡Quieto! —le gritó ella amenazante—. Nunca he disparado, pero siempre hay una primera vez, ¿no? —dijo con los dientes apretados—. Usted me ha atacado y me ha amenazado con acabar con la vida de mi marido… ¿cree que no sería capaz? —preguntó mientras daba pasos hacia Walter que tenía la mandíbula desencajada—. Que no le confundan mis ropas, señor.

—¡Ven aquí, Elodie! —le gritó Walter poniéndose de rodillas—. Pásame el cuchillo —le pidió señalando el cuchillo con un movimiento de cabeza. Sí, Walter parecía bastante nervioso por la situación, más que antes.

Elodie dejó los dos rifles al lado de su marido y con el pie empujó el cuchillo hacia su marido que resopló al tener las manos atadas y no poder cogerlo.

—¡Ponlo en mis manos! —le gritó de los nervios. No era solo tener que lidiar con aquellos dos matones, sino que ahora Elodie estaba allí y sabía que si la atacaban no podría defenderse.

Elodie se agachó para coger el cuchillo cuando Fergus dio un paso hacia adelante.

—¡Quieto! —lo amenazó ella echando su brazo hacia delante—. Le juro que le disparo.

Comenzó a dar pasos hacia atrás, hacia donde se encontraba su marido para dejarle el cuchillo en las manos y que pudiese desatarse cuando Fergus dio unos pasos más con la mirada clavada en ella. Elodie pudo apreciar en sus ojos una mirada firme, como si no le impresionase.

—Usted es una señorita demasiado delicada para disparar… —se burló él dando otro paso hacia delante.

Elodie se agachó situando el cuchillo en las manos de su marido que rápidamente comenzó a pasarlo sobre las cuerdas para romperlas.

Ella volvió a sujetar el arma con las dos manos.

—Usted no tiene ni idea sobre mí —pronunció Elodie con la voz firme.

Walter pasaba el cuchillo por las cuerdas con ahínco, pero en aquella posición era difícil. Tragó saliva cuando observó que Fergus se dirigía hacia ella cada vez con los pasos más firmes.

—Dispárale, Elodie —le gritó, pues sabía lo que le harían si la atrapaban—. Dispárale, por el amor de Dios —ordenó.

Elodie apretó los labios.

—¡Quieto! —volvió a ordenar ella dando unos pasos hacia atrás, como si no quisiese hacerlo.

—Oh, parece que la señorita no tiene tanto valor… —se burló Fergus con una sonrisa al ver que ella era incapaz de dispararle.

—¡Lo haré! —volvió a gritar. Lo cierto era que le imponía bastante apretar aquel gatillo.

—Lo dudo —respondió Fergus a pocos metros ya de ella.

—Elodie, ¡te matará! —le gritó Walter frotando con fuerza el cuchillo contra las cuerdas, se

cortó la piel y la carne por la fuerza con la que rozaba la hoja del cuchillo, pero insistió más notando cómo ya casi estaba rota—. ¡Dispara!

Fergus sonrió al situarse ante ella, a menos de dos metros de distancia.

—¿Matarla? No… —sonrió con malicia—, pienso hacer otra cosa mejor.

Elodie apretó los labios al escucharle decir aquellas palabras, cerró los ojos y, sin más dilación, apretó el gatillo.

El estruendo fue tan fuerte que gritó por el susto, aunque lo que no esperaba era el retroceso tan fuerte que le hizo elevar los brazos, dar unos pasos hacia atrás y caer al suelo. Se incorporó rápidamente cuando escuchó el grito de Fergus.

Lo miró y observó que se llevaba la mano a la pierna.

—Ahhh… ¡Maldita niña! —gritó desencajando la mandíbula por el dolor—. ¡Me has disparado!

Ella se puso de rodillas rápidamente y cogió el arma de nuevo. Miró al muchacho más joven, el cual se había quedado totalmente asombrado por el disparo y no se movía ni un ápice.

Fergus intentó ponerse en pie, rugiendo, pero no pudo. La bala había atravesado su muslo y tenía un orificio de entrada y otro de salida por el que brotaba abundante sangre.

—Dios mío, le… le he disparado —gritó sorprendida con ella misma, sin creérselo. Miró a Fergus que se arrastraba hacia ella con el rostro lleno de furia.

Walter acabó de cortar las cuerdas y se puso en pie rápidamente.

—¡Voy a… voy a matarte! —gritó el hombre acercándose a ella, a punto de cogerla del vestido.

Walter corrió hacia Fergus y justo antes de que este pudiese tocarla le golpeó con una patada en el costado, arrojándolo a un lado.

Reagan se removió nervioso, sin saber qué hacer, totalmente asombrado por el giro que había dado la situación en cuestión de minutos.

—Dame el arma —dijo Walter quitándosela a Elodie de la mano, la cual se arrastró por la tierra asustada por lo que había hecho—. Le… le he… disparado —gimió.

Walter enarcó una ceja hacia ella al escuchar su tono de voz, como si estuviese arrepentida.

—Este hombre aún puede darte las gracias, podrías haberle disparado dos veces más —dijo señalándole el cargador. Fue hacia Fergus y lo giró directamente en la tierra—. Tienes suerte de que mi esposa no sabía que tenía dos balas más. —Fergus gritó de dolor mientras lo giraba. Miró hacia Reagan, el cual se mantenía en pie, totalmente consternado. Se acercó a Elodie sujetando las manos de Fergus a su espalda, inmovilizándolo—. Coge los dos rifles y tráelos —le susurró a modo de orden—. Corre.

Ella vio los rifles a pocos metros de donde estaba ubicada y comprendiendo que el joven podía cogerlos y defenderse, así que se puso en pie, corrió hacia ellos y los cogió. Sin embargo, ningún gesto hizo aquel joven que parecía compungido y sin saber cómo actuar.

—Lo… lo siento, señor… yo no quería que esto fuese así… —tartamudeó Reagan. Elodie depositó los dos rifles cerca de su marido.

—Tráeme la cuerda —le pidió Walter.

Elodie permanecía consternada por todo lo ocurrido y por lo que había hecho, pero al menos hacía todo lo que Walter le ordenaba y le acercó la cuerda.

—Él… él solo me ofreció ganar un dinero… —continuó Reagan buscando una excusa—, yo no quería que le hiciesen daño…

Walter rugió y acabó de anudar con fuerza las manos de Fergus a su espalda. Cogió el arma y se la tendió a Elodie.

—Dispárale si se mueve —pronunció en un tono alto para que Fergus lo escuchase, y luego le guiñó el ojo. Miró al joven que permanecía aún con las manos en alto. Walter fue directo hacia él, el cual se removió nervioso. No esperó y le golpeó en la cara, arrojándolo al suelo. Reagan escupió sangre y se llevó la mano a la mejilla, gimiendo. Era solo un niño, pero necesitaba saber quién le había dado aquellas órdenes. Lo cogió del cuello, amenazante—. ¿Quién os contrato? —Reagan tragó saliva y miró en dirección a Fergus, el cual parecía haber perdido la conciencia, bien fuese por el dolor o por la pérdida de sangre—. Mírame a mí —le ordenó Walter—. ¿Te reuniste con ese hombre al que llamáis el inglés?

En ese momento, Elodie se giró un momento y lo miró confundida.

—¿El inglés?

—Yo… —dijo extendiendo sus manos hacia los lados, pidiéndole con ellas que se calmase —, solo lo vi una vez, pero… no sé su nombre. Nunca nos lo dijo.

—¿Dónde quedaste con él?

—En un bar de Whitechapel —contestó rápidamente.

Walter miró de reojo a Elodie que seguía apuntando a Fergus, aunque se había girado hacia él. Se miraron durante unos segundos hasta que Walter respiró hondo y volvió a apretar el cuello de su jersey sucio.

—¿Cómo era? ¿Era un hombre rico?

—Sí, sí… —respondió Reagan—, al menos eso parecía por sus ropas.

Elodie dio unos pasos hacia atrás sin dejar de apuntar con su arma, interesándose por la conversación.

—Descríbelo —ordenó ella mirándolo un segundo.

Reagan tragó saliva y asintió.

—Un hombre alto… un… un poco más bajo que usted, creo. Pelo negro, ojos claros…

Ella puso los ojos en blanco e intervino de nuevo.

—Eso no aclara nada —continuó ella con los dientes apretados.

Walter resopló.

—¿Había algo que lo caracterizase? ¿Una marca? ¿Una cicatriz?

El muchacho se quedó pensativo y tragó saliva, asintiendo.

—Tenía… tenía un enorme lunar en el cuello.

Elodie puso su espalda recta y olvidó que estaba apuntando a Fergus, de todas formas, estaba inconsciente, así que de nada servía apuntarle.

—¿Ojos azules? —preguntó ella sorprendida.

Reagan se removió nervioso.

—No, no sé si eran verde o azules… supongo… supongo que sí —tartamudeó.

Elodie se removió nerviosa. No, aquello no podía ser, sin embargo, encajaba perfectamente con la descripción.

Avanzó hacia el chico ante la atenta mirada de Walter, olvidando ya a Fergus.

—¿Cuánto dinero os ofreció por matarlo? —le gritó intentando reprimir un puchero.

Walter la miró confundido y luego observó al joven.

—Contesta —ordenó.

Reagan tragó saliva.

—Creo… creo que cinco mil libras. Le pagaron dos mil a Fergus y tres mil cuando cumpliese el acuerdo —tartamudeó—. Pero no lo sé seguro, es lo que me dijo él —señaló con la cabeza en dirección a Fergus, todavía inconsciente sobre el barro.

Ella tragó saliva y se removió nerviosa. No podía ser posible, pero la descripción encajaba

perfectamente. No conocía a nadie que tuviese un lunar en el cuello tan destacable como para ser visto.

—¿En qué lado tenía el lunar? —preguntó con ansiedad. El muchacho se removió nervioso —. ¿En qué lado? —gritó de los nervios.

Reagan tragó saliva.

—Creo… creo que en el derecho —dijo haciendo memoria—. Sí, en el derecho —confirmó.

Elodie soltó el arma que tenía en sus manos y dio unos pasos atrás, asustada por la información que acababa de recibir.

—No —susurró inmersa en sus pensamientos.

Walter la miró confundido y luego observó al joven de la cabeza a los pies. Sin duda, aquel muchacho había dicho algo que perturbaba la mente de su querida esposa.

Lo arrojó al suelo y lo señaló.

—Quieto ahí —lo amenazó. Se giró y fue hacia ella que permanecía con la mirada perdida y la cabeza gacha, en un estado de shock—. Elodie —pronunció cogiéndola por los hombros—. ¿Qué ocurre? —Esperó a ver si ella respondía, pero Elodie permanecía totalmente inmersa en sus pensamientos, ajena a todo lo que él le decía, incluso sentía cómo sus músculos se contraían ya no solo por el frío y la humedad de la lluvia, sino por la tensión acumulada—. Elodie —pronunció en un tono más alto. Elodie alzó su mirada hacia él mientras el vaho salía por su boca por el frío. Sus labios temblaban en exceso—. ¿Lo reconoces? —preguntó. Ella lo miró a los ojos y asintió sin poder decir nada aún por el impacto de su descubrimiento—. ¿Quién es?

Ella permaneció todavía unos segundos en silencio, como si intentase buscar cualquier resquicio de error en las palabras que aquel joven había pronunciado.

—Jack —susurró al final.

—¿Jack? —preguntó como si no cayese en la cuenta, aunque luego la miró sorprendido—. ¿Tu hermano?

Ella asintió mientras gemía y su labio amenazaba con hacer un puchero.

—Él… se corresponde con la descripción. Alto, cabello oscuro, ojos claros… y tiene un lunar bastante grande en su cuello, en la parte derecha. —Tragó saliva y luego negó con su cabeza efusivamente—. No… no puede ser —susurró ella sujetándose esta vez a los brazos de su marido—, debe de haber un error…

—Eh, cálmate —pronunció Walter en un tono más sosegado, pues podía sentir toda la tensión por el cuerpo de Elodie.

—No puede ser él… —Miró al joven que permanecía tirado en el suelo, sobre el barro, en la misma posición en que había caído, obedeciendo la orden de no moverse como le había dicho Walter. Fue hacia él—. ¿Se llama Jack? —preguntó con tanta fuerza que su voz sonó por encima del trueno. Walter la sujetó por el brazo para que no se abalanzase sobre el muchacho—. ¿Su nombre es Jack? —le gritó.

—No… no lo sé… —dijo el muchacho arrastrándose sobre el barro, intentando huir de la agresividad que desprendía aquella mujer—, nunca nos dijo su nombre. —Se quedó pensativo y luego miró a la muchacha—. Pero una vez, cuando pidió unos wiskis para nosotros, escuché que el camarero le llamaba señor “wekinson” o algo así —dijo finalmente.

Aquello acabó de desquiciarla.

—¿Wilkinson? —le gritó.

—Sí, sí… eso me pareció entender —contestó el muchacho—, pero no lo escuché bien, había mucha gente en el bar, y muchos estaban borrachos haciendo jaleo. No estoy seguro de lo que escuche ni…

Ella rugió y se soltó del brazo de Walter, aunque se dio media vuelta apartándose del muchacho, caminando rápidamente hacia el otro lado, distanciándose mientras se pasaba las manos por el cabello mojado.

Walter inspiró hondo mientras observaba a Reagan y luego se giró hacia su esposa que rugía y caminaba por el descampado al borde de un ataque de nervios. Se quedó observándola durante unos segundos hasta que finalmente reaccionó.

—Eh, cálmate… —pronunció acercándose a ella.

Elodie se giró hacia él hecha una furia.

—¿Que me calme? —le gritó sin poder controlar su temperamento.

—Sí, cálmate —ordenó él en el mismo tono—, o lograrás que te dé un ataque de nervios.

Ella resopló sin poder estarse quieta.

—Es mi hermano —pronunció gesticulando en exceso—. ¡Mi hermano ha intentado matarte! —gritó.

—Pero no lo ha conseguido —pronunció él esta vez en un tono más tranquilo.

—¡Ha contratado a dos sicarios y nos ha atacado en el bosque! —continuó.

—Yo… yo no soy un sicario —intervino Reagan con voz temblorosa.

—¡Cállate! —le gritaron los dos a la vez, lo que provocó que el joven cerrase la boca.

Elodie volvió a moverse desesperada por el descampado.

—Estate quieta ya, Elodie…

—¿Cómo ha podido?

—Elodie… —continuó intentando llamar su atención, aunque al no lograrlo la cogió del brazo y la giró hacia él—. Elodie —dijo esta vez más fuerte—, basta —pronunció colocando la mano hacia ella indicando que se calmase—. De nada sirve ponerse así ahora…

—Ah, ¿no? ¿Y cómo se supone que debo ponerme? —gritó alterada—. Es mi familia. Mi hermano —se señaló—, y ha intentado matarte.

—Bueno, tu hermano nunca me ha tenido en muy buena estima… —bromeó.

Ella lo miró de la cabeza a los pies, sorprendida por la calma e incluso ironía que desprendían sus palabras.

—¿Cómo puedes estar así? ¿Tan tranquilo?

Walter chasqueó la lengua.

—Me he encontrado en situaciones más complicadas que esta… —argumentó con tono bromista.

Ella lo miró enfadada.

—¿Sí? ¿Habían intentado matarte alguna otra vez? —Esta vez fue ella quien usó aquel tono de voz.

—No, nunca… —contestó él—, pero de nada sirve gastar tus energías aquí y ahora —dijo volviendo a cogerla de los brazos—. Tú estás a salvo y es lo más importante…

—¿Qué? —preguntó—. Pero si te retenían a ti —se quejó ella.

—Lo único que me importa es que tú estés a salvo, ¿entiendes? —aclaró y se giró hacia los dos asaltantes, luego miró a los caballos—. Tenemos que volver al poblado y explicar lo sucedido. —Ella se relajó un poco al escuchar su tono de voz sosegado. La abrazó y besó su frente—. Luego ya hablaremos de la locura que has hecho… —dijo alejándose ya de ella para coger su arma en la mano. Se acercó a Reagan y lo cogió por el brazo para levantarlo.

—No, no… —gimió el muchacho al ver el arma—, no me mate.

—No voy a matarte… —pronunció él—, pero te ofrezco un acuerdo. Sabes que tu amigo acabará en prisión, ¿verdad? —Reagan tragó saliva—. Yo mismo me voy a encargar de que esté

durante muchos, muchos, muchos años… —alargó las palabras—. Quizá, si colaboras con nosotros, pueda conseguirte un acuerdo con el juez para ti. Tengo muy buenos amigos abogados y jueces, creo que te interesa la oferta, ¿verdad?

—Si… si le soy sincero, señor… me interesa más un puesto de trabajo —tartamudeó el muchacho.

Walter arrugó su nariz.

—¿Estás tonto, muchacho? Me has golpeado en el carruaje y me has secuestrado, además de que con la trampa que habéis puesto en el bosque casi acabáis con la vida de mi mujer —contestó incrédulo—. Estás loco si crees que voy a contratarte. —El muchacho resopló—. ¿Prefieres pasar muchos años en prisión o poco tiempo?

Reagan suspiró.

—Poco —acabó diciendo.

—Bien, pues entonces, sabiendo lo que te conviene, me obedecerás. Ahora coge a tu amigo y ayúdame a cargarlo en el caballo. —Se giró hacia Elodie y le tendió el arma—. Si ves que intenta algo que no debe, dispárale.

—Claro, cariño —respondió ella cogiendo su arma.

—Aunque ten cuidado con el retroceso si disparas… —acabó Walter.

Ella apretó los labios al escucharle decir aquello. Sí, la única vez que había disparado y se había dado un buen culetazo.

El muchacho fue hasta Fergus y se agachó.

Reagan miró a Elodie con temor, pues esta lo apuntaba con el arma, y luego miró de reojo hacia Walter.

—Lo siento, señor… —dijo levantando a Fergus del suelo—, yo… yo solo pretendía ganarme la vida —susurró avergonzado.

—No es una buena forma de ganársela —rugió Walter levantando el peso muerto de Fergus.

—Lo sé, pero es la única que conozco —pronunció abochornado.

—No me sirve, muchacho —contestó.

Entre los dos lograron subir a Fergus inconsciente y maniatado a la espalda sobre el caballo, con las piernas hacia un lado y el tronco hacia el otro.

—Yo iré con él —explicó Walter, luego señaló a Reagan—. Tú ve en ese caballo, irás delante de mí. —Se giró hacia su esposa—. Elodie, tú detrás con tu caballo. Coge uno de esos rifles —le pidió—, y llévalo contigo. —Él cogió el otro rifle y situó el arma en su cinturón—. Al caballo, ahora —ordenó a Reagan apuntándolo con el rifle—, y más te vale no hacer ningún movimiento en falso. Te aseguro que yo tengo mucha mejor puntería que mi esposa.

Tanto Reagan como Elodie subieron a los caballos e iniciaron el camino en dirección a donde debía encontrarse el carruaje.

29

Walter abrió la puerta al médico para que abandonase la vivienda.

—Gracias por todo, doctor —pronunció antes de cerrarla.

Durante unos segundos se quedó paralizado y suspiró, solo los pasos de su mayordomo, el señor Moore, lo hicieron volver a la tierra.

—Señor Renwich, ¿necesita algo más? —preguntó situándose a pocos metros de él.

Walter negó.

—No, gracias, solo descansar —respondió avanzando hacia las escaleras para dirigirse a la planta superior donde en su habitación le esperaba su esposa. Al menos, el médico le había tranquilizado, el golpe de su esposa en la cabeza y en la espalda no era nada importante, aunque podía permanecer más de una semana con dolor.

Subió los primeros escalones cuando su mayordomo volvió a interrumpirlo.

—¿Les aviso para la hora de la cena? —preguntó preocupado.

Walter asintió.

—Te lo agradecería.

—De acuerdo, señor Renwich, que descansen. Cualquier cosa que necesite, hágamelo saber.

—Gracias, señor Moore —dijo subiendo los escalones lentamente.

Él también sentía su cuerpo dolorido. Era cierto que tampoco había recibido una paliza brutal, pues se había rendido rápidamente ante la amenaza de que Fergus pudiese hacerle daño a su esposa, pero algún golpe se había llevado. Era, sobre todo, cansancio mental por la experiencia y por los nervios que había vivido.

Llegó hasta su habitación y se detuvo ante la puerta. Elodie. Tragó saliva y suspiró. Se había arriesgado demasiado, exponiendo su vida para ponerlo a salvo a él. Realmente, se quedaba sin palabras que poder decirle. Por un lado, se sentía furioso ante el peligro al que ella se había expuesto voluntariamente. Cada vez que recordaba el momento en que había aparecido en el descampado dejándolos a todos boquiabiertos, con el cabello mojado pegado a su cara al igual que su vestido, sentía que se quedaba sin respiración, igual que cuando se había visto obligada a disparar. Por otro lado, el haber acudido a por él, su preocupación y el amor que demostraba aquella acción sobrepasaban todos los límites que había conocido.

Abrió la puerta lentamente y la cerró tras él nada más entrar. Encontró a Elodie al otro lado de la habitación. Llevaba el camisón blanco puesto y una bata de seda encima, se había bajado la bata y observaba de espaldas al espejo los moretones que tenía tras propinarse aquellos fuertes golpes en el carruaje.

Elodie se colocó rápidamente la bata hacia arriba con el propósito de que Walter no observase aquellos cardenales y se abrochó el cinturón de la espalda, pero ya era demasiado tarde.

Walter avanzó hacia ella.

—Déjame ver —le pidió.

Ella dio un paso al lado y negó con la cabeza.

—No hace falta, estoy bien —respondió con voz calmada—. El doctor me ha dicho que en una semana o diez días me desaparecerán. No tiene importancia.

Walter se situó frente a ella.

—Sí tiene importancia para mí —dijo ignorando su comentario y desatando el cinturón de su bata de seda. Elodie suspiró mientras bajaba su bata por sus brazos con cuidado, sin querer lastimarla, y él observó el reflejo en el espejo. Tenía varios moretones cerca de los omoplatos y otro cerca de la nuca, suponía que debía de tener alguno más, solo que el camisón lo ocultaba. Walter apretó los labios y subió su bata lentamente, vistiéndola de nuevo ante la tierna mirada de ella—. Podrían haberte matado —dijo con dolor, conteniendo la respiración.

Ella negó con la cabeza.

—No. —Se colocó correctamente la bata y dio un paso hacia atrás—. Antes de que te llevasen con ellos, Fergus se arrodilló a mi lado y me dijo que era una lástima que le hubiesen pedido que no me hiciesen daño. Sabía que no me ocurriría nada —explicó. Cerró los ojos con fuerza y resopló—. Ahora sé el porqué. —Tragó saliva y apretó los labios conteniendo la rabia que sentía—. Jack. Aún no sé cómo ha sido capaz de esto.

—Yo creo que sí lo sé —respondió él acercándose a la cama. Ella lo miró—. Cuando quedé con él para pagarle el dinero por los perjuicios ocasionados ante el marqués por nuestro beso y nuestro obligado compromiso… dije cosas que supongo que se tomó a mal. —Ella lo miró intrigada—. Lo amenacé con que si volvía a acercarse a ti o intentaba hacerte algún daño acabaría con él empresarialmente. —Ella suspiró—. Supongo que no le gustaron mucho aquellas palabras y sabía que no dudaría en hacerlo. Por eso decidió eliminarme.

Ella se pasó la mano por los ojos, frotándoselos.

—Eso no es una excusa para mí. Lo que ha hecho Jack… —suspiró y fue hacia la cama, sentándose a su lado—. Lo siento —dijo cogiéndole la mano—. Siento todo lo que ha hecho mi hermano.

El enarcó una ceja.

—¿Que lo sientes? Tú no tienes culpa de nada, Elodie. Es más, cada día comprendo más por qué pretendías huir de tu familia —respondió con contundencia—. Pero hay algo que tampoco comprendo… te has expuesto, demasiado… —pronunció con un tono de voz más grave.

—¿Y qué querías que hiciese, Walter? —preguntó desesperada.

—Pedir ayuda —explicó—, no adentrarte en un bosque oscuro en busca de una panda de matones…

—Que tenían a mi marido… —recordó ella.

—¿Sabes? Nunca había estado tan nervioso hasta que te he visto aparecer en ese descampado. Podía lidiar con ellos, Elodie —dijo él—, de hecho, planeaban llevarme a Londres, lo cual me daba varios días de ventaja para poder convencerlos o escapar. Ya casi tenía las cuerdas rotas, pero lo que tú has hecho… —Cerró los ojos y negó—, jamás vuelvas a exponerte así por mí.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Acaso tú no hubieses hecho lo mismo por mí?

—Es diferente, Elodie —enfatizó sus palabras—, yo sé luchar, sé disparar… tú, sin embargo, te has caído de culo al disparar el arma.

—¡Pero he disparado! —se defendió—. Ni se te ocurra infravalorarme, Walter, sé muy bien cómo actuar en según qué situaciones y me considero una mujer con bastante cabeza. De hecho, ya ves que he sobrevivido a una madre manipuladora y a un hermano homicida.

—No me refiero a eso, me refiero a… ¿y si te hubiese pasado algo? —preguntó con dolor

—. Elodie, tú… eres lo más importante para mí.

—Y tú para mí… —reaccionó ella—. Eres mi única familia. —Walter acarició su mejilla con cariño y descendió hasta sus labios—. Tú me salvaste de un matrimonio y de una vida horrible. Te lo debía, era lo menos que podía hacer —rio ella.

—Tú a mí no me debes nada —pronunció contra sus labios con una sonrisa hasta que besó sus labios de nuevo con cuidado y luego la abrazó junto a su pecho—. Por favor, no hagas más locuras o se me paralizará el corazón.

Ella rio y se incorporó, aunque hizo un gesto de dolor. Tomó su mano y se encogió de hombros.

—Todo ha salido bien —respondió ella y suspiró—. Ahora, solo queda saber qué va a ocurrir con mi hermano.

—Creo que eso está claro…

Ella asintió con firmeza.

—Muy claro —lo interrumpió.

Fergus había sido visitado en las inmediaciones policiales por un médico y, por lo que sabía, permanecería en prisión provisional desde ese momento. Por otro lado, Reagan se había ofrecido a ayudarles para acabar de esclarecer los hechos y atrapar al misterioso inglés, aunque Elodie parecía tener muy claro de quién se trataba.

—El muchacho nos ayudará a atraparlo… —comentó Walter—. Antes de venir hacia aquí le he ofrecido un acuerdo. Si nos ayuda a atrapar al inglés mandaré a mi abogado para que hable con el juez y le reduzca la pena. Al fin y al cabo, es un muchacho joven y no ha conocido otro tipo de vida.

Ella asintió conforme con lo que él decía.

—Escribiré a mi madre para decirle que has desaparecido.

—¿Crees que tu madre también está implicada? —preguntó sorprendido.

—No, no… mi madre no, pero le dirá a Jack lo ocurrido, le explicará lo que escribo en la carta. Esta misma noche la redactaré para que puedan llevarla por la mañana a la oficina de correos. —Miró a Walter—. ¿Cuánto tarda en llegar una carta a Londres?

—Unos dos días —respondió Walter.

—Entonces… ¿cuándo partimos nosotros a Londres?

Walter se quedó pensativo.

—En dos días, cuando llegue la carta a tu madre, así quedará más real y nos permitirá un par de días para descansar.

Ella asintió.

Walter la tomó por la cintura y se echaron hacia atrás sobre el mullido colchón.

Aunque le dolía bastante, Elodie se giró y se apoyó en el pecho de su marido mientras él acariciaba su cabello con ternura.

Walter besó su cabeza. No sabía qué haría si ella le faltaba, Elodie era lo mejor que le había ocurrido en la vida, y no pensaba dejarla escapar.

—Supongo que, después de esto, querrás seguir casada conmigo cuando pasen los seis meses que nos obligaban por testamento.

Ella lo miró graciosa y le sonrió.

—Siempre —susurró.

Él la miró con una sonrisa y la besó en los labios.

—Siempre —repitió mientras se tumbaban de nuevo en el colchón intentando descansar y recuperar fuerzas, pero, sobre todo, calmarse de los nervios y el miedo que habían pasado aquella

noche.

Walter giró su cuello para observarla, un mechón de cabello rubio caoba caía sobre sus ojos cerrados.

—Te quiero —le susurró apartándoselo con delicadeza.

Elodie no respondió, en ese momento se dio cuenta de que ella mantenía una respiración constante. Había caído profundamente dormida por el agotamiento.

La abrazó con delicadeza y cerró él también los ojos para sumergirse en un sueño reparador que ambos necesitaban.

Victoria Mary Wilkinson bajó rápidamente las escaleras de su mansión en Londres y se dirigió hacia el mayordomo de puerta. Había escuchado que llamaban.

El mayordomo la esperaba en la puerta, con su espalda recta y mostrándole una carta.

—Para usted, señora Wilkinson —le informó entregándosela.

Ella hizo un gesto raro, pues no estaba acostumbrada a recibir cartas, normalmente las cartas eran para su hijo que llevaba todo el tema empresarial.

Miró el sobre y se sorprendió al leer el remitente, era de su hija Elodie.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y se removió como si un cosquilleo recorriese todo su cuerpo.

—Elodie —susurró mientras subía de nuevo las escaleras.

Su hijo, Jack, no solía vivir ahí, tenía su propio domicilio, pero sí era cierto que muchos días los pasaba encerrado en el antiguo despacho de su padre, dado que toda la documentación de la empresa se encontraba allí. ¿Para qué iba a mover todos los documentos empresariales si allí estaban perfectamente ordenados y clasificados y, además, vivía a dos manzanas de allí?

Además, el despacho de su padre, así como la vivienda, eran mucho más elegantes que su domicilio y su despacho. Siempre prefería quedar con los clientes en el despacho de su padre, pues era una forma de recordarles a todos lo que había sido su gran imperio textil.

Victoria Mary subió los escalones y se dirigió al despacho mientras movía la carta como si se tratase de un abanico. Giró la esquina y fue directa a la puerta donde sabía que se encontraba su hijo.

La relación con su hija había empeorado mucho a raíz de aquel matrimonio que querían imponerle. Ella era consciente de que no era lo que su hija deseaba, pero su marido, el padre de Jack y Elodie, era el amor de su vida, pese a todos los años que habían pasado desde el fallecimiento jamás lo había olvidado ni se había planteado iniciar una nueva relación con otro hombre. Ella no podía permitir que todo aquello por lo que había luchado su amado esposo se perdiese. Sabía que su hijo tenía gran parte de culpa del deterioro de la empresa, pero ¿qué iba a hacer ella?, ¿condenar la empresa por la que su marido había arriesgado y luchado tanto?, ¿arriesgar la vida y el patrimonio de sus dos hijos? No, no podía hacer eso. Ella debía luchar para garantizar una buena vida a sus dos hijos y la opción que le había propuesto su hijo Jack sobre Elodie le había parecido la mejor opción. Puede que el marqués no fuese un hombre hermoso, pero a Elodie nunca le faltaría de nada y, además, el título nobiliario les ayudaría mucho a remontar la empresa familiar.

Sabía que no era justo para ella, pero debía hacerlo.

Después de lo ocurrido con el famoso y millonario empresario, el señor Renwich, había sido consciente de que el marqués les había mentido y realmente no había una buena relación entre este y la Corona. Elodie había contraído matrimonio con el señor Renwich, una de las mayores fortunas de Inglaterra, además, él sí gozaba de una buena reputación ante la familia real.

La idea no le había gustado al principio, pues contaba con que su hija tuviese un título

nobiliario y tener descendencia noble, pero con el paso de los días se había ido relajando. El señor Renwich parecía amar a su hija y había donado una gran suma de dinero a la familia para reparar el perjuicio que les había causado el perder el título nobiliario, además les había prometido ponerlos en contacto con la realeza. Quizá no fuese tan mala elección la de su hija.

Entró en el despacho donde su hijo permanecía sentado a la mesa con unos documentos, sin siquiera llamar.

—Madre —la cortó él con tono contundente—, sabes que debes llamar a la puerta.

—¿Por qué debería hacerlo? Este es mi hogar —respondió dirigiéndose a la estantería donde sabía que encontraría el abrecartas de plata.

Jack inspiró con fuerza y miró la espalda de su madre, luego se dio cuenta de que llevaba algo en sus manos.

—¿Has recibido una carta? —preguntó sorprendido.

Ella asintió y se giró hacia él mientras depositaba de nuevo el abrecartas en la estantería y sacaba el documento del sobre.

—Es de tu hermana. Me prometió que me escribiría… —respondió risueña.

Jack puso su espalda recta en la mesa y se quedó observando a su madre mientras leía la carta, aunque pudo apreciar cómo la sonrisa de su madre iba disminuyendo hasta hacer una mueca de sorpresa y luego de sufrimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin levantarse de la silla.

Su madre se llevó la mano a la boca y titubeó antes de comenzar a hablar.

—Tu… tu hermana… —pronunció. En ese momento se puso en pie. No le habrían hecho daño, ¿verdad? Sintió cómo todo su cuerpo se ponía tenso ante la expectación—, dice que fueron atacados en el carruaje tras salir de un baile en Keswick. Que se llevaron a su marido… —Su madre tuvo que taparse la boca y apreció cómo sus ojos se ponían vidriosos—. Hace cuatro días que no sabe nada de él, aunque lo están buscando —susurró totalmente asombrada. Lo miró y tragó saliva antes de volver a leer—. Ella está bien, aunque recibió unos golpes fuertes y ha estado en cama recuperándose… Dios mío —gimió—. Es… es horrible…

Jack inspiró hondo, aliviado, cuando su madre le informó de que ella estaba bien. Sí, de acuerdo, había recibido algún golpe, pero se estaba recuperando. Obviamente, ya corría con esos riesgos.

Su madre fue hacia la puerta inmediatamente.

—¿A dónde vas?

—Debo ir a Keswick… —se apresuró a decir su madre.

—Oh, no digas tonterías… —la cortó Jack mientras se dirigía a la puerta—, ¿puedo ver la carta, por favor?

Su madre se removió nerviosa y se la entregó.

Jack leyó lo que su madre le había relatado y vio la rúbrica de su hermana al final de la explicación.

Bien, parecía que el plan había salido bien. Aquel hombre que lo había amenazado, que lo había menospreciado, ya no lo haría más, y su hermana, que lo había desafiado, tendría sus consecuencias. No quería ningún mal para su hermana, pero lo que no iba a permitir era que dos jóvenes como ellos se riesen en su cara y se burlasen de él. No, eso no iba a consentirlo.

Ahora bien, si su hermana explicaba en la carta que hacía cuatro días que Walter había desaparecido y la carta tardaba aproximadamente dos días en llegar, estábamos hablando de que hacía prácticamente una semana que el señor Delaney junto a su secuaz habían ejecutado el plan, por lo que ya deberían estar a punto de solicitar el resto del dinero.

Su madre permanecía impaciente ante él hasta que le quitó la carta de sus manos.

—Voy a ir a Keswick tanto con tu permiso como sin él. Es mi hija, no olvides eso —respondió su madre firme antes de girarse y salir por la puerta del despacho rumbo a su habitación, suponía que para hacer la maleta junto a alguna de sus sirvientas.

Jack suspiró y miró que el reloj marcaba las seis y media de la tarde.

Fue hacia su mesa del despacho y extrajo la llave. Abrió el cajón y extrajo la bolsa donde guardaba el resto del dinero que había prometido a Delaney por sus servicios. Lo mejor sería ir él mismo a entregarles el dinero, no fuese a ser que aquel hombre se presentase en su vivienda para cobrar lo que le debía y levantara alguna sospecha.

Guardó la bolsa de tela con todos los billetes en su interior en el bolsillo de su pantalón y salió de su despacho.

Bajó las escaleras y pidió al sirviente que le trajese su abrigo. Mientras le ayudaba a ponérselo, le pidió que informase a su madre de que había tenido que salir, pero que en breve volvería.

No pidió carruaje, no quería dejar ninguna pista de que acudiría al barrio de Whitechapel una vez su cuñado y su hermana habían sido atacados, mejor extremar todas las precauciones.

Se dirigió a las caballerizas y subió sobre uno de los caballos. Avanzó por las calles de Londres cuando el sol comenzaba a ponerse. Durante aquella mañana había llovido, por lo que algunas aceras aún presentaban algunos charcos.

Aceleró el paso de su caballo rumbo al barrio de Whitechapel. Hasta el barrio tenía unos veinticinco minutos a buen paso.

Cuando comenzó a adentrarse en aquel barrio las calles se volvieron sombrías y el olor a humedad y a putrefacto se internó en sus fosas nasales.

Algunos de los habitantes de aquel barrio se quedaron observándolo, quizá debería haberse cambiado de ropa, pues con sus vestimentas llamaba demasiado la atención.

Se dirigió al bar donde siempre realizaba sus reuniones y dejó al caballo atado a un poste. Algunos hombres permanecían borrachos a las afueras del bar, bien cantando o peleándose entre ellos. Pasó de largo y entró al local.

El olor a cargado y a tabaco era abrumador. Durante unos segundos dudó en llevarse la mano a la nariz para taparla, pero evitó aquel gesto. El lugar estaba iluminado por muchas velas, lo que lo hacía muy luminoso. Era un antro bastante pequeño, con una barra donde servían bebidas alcohólicas a un precio muy barato para él. Varias mesas se distribuían por el local. Fijó su mirada concretamente en la última, donde se había reunido las últimas veces con el señor Delaney y su secuaz. Aquella mesa estaba vacía.

Se giró y observó todo el local. Ni rastro de aquellos dos hombres. Apretó los labios y miró en dirección al camarero que llenaba una jarra de cerveza para uno de los hombres. Se acercó a él y este lo miró de reojo. Ya estaba acostumbrado a ver hombres de alta cuna buscando por aquellos lares alcohol barato y prostitutas.

—El vino bueno se me ha acabado —dijo el camarero directamente.

Jack se apoyó en la barra.

—No busco bebida —comentó—. Busco a un hombre: el señor Delaney. ¿Ha estado por aquí en los últimos días?

—¿Fergus? —lo miró el hombre sorprendido y negó—. No, no lo he visto por aquí.

Jack chasqueó la lengua y volvió a mirar a su alrededor. Sacó un par de billetes de su bolsillo y se los tendió al camarero que lo miró con una ceja enarcada.

—Hágame un favor, cuando lo vea, dígale que el inglés lo está buscando —susurró.

El camarero miró los billetes y asintió cogiéndolos directamente de su mano.

—Claro, señor —respondió guardándolos en su bolsillo.

Jack asintió y miró de nuevo a su alrededor, buscando a alguno de los dos hombres. No había ni rastro de ellos.

Suspiró y salió del local esquivando a algunos borrachos, empujándolos hacia el lado para llegar a la puerta. Algunos se quejaron, pero tan borrachos iban que ni siquiera pudieron aguantar el equilibrio sin caer al suelo.

Jack no se detuvo a ayudarlos. Salió de allí y se dirigió a su caballo. Subió y abandonó el barrio. Al menos, de aquella forma, si el camarero los veía le informaría de que él había estado allí para solventar la deuda, lo que menos necesitaba era que aquellos dos se presentasen en su vivienda levantando sospechas cuando el señor Renwich había sido atacado y… asesinado.

Golpeó con sus talones el lomo del caballo para acelerar el paso, no solo porque ansiaba salir de aquel barrio, sino porque las gotas de lluvia volvían a caer humedeciendo sus ropas.

Se dirigió hacia su vivienda. Esta vez guardaría el dinero allí y aprovecharía para coger unos documentos y un abrigo más grueso antes de volver a casa de su madre.

Cuando llegó y entró, uno de los pocos sirvientes que tenía se acercó a él para quitarle el abrigo.

—Por favor, tráigame un abrigo más grueso —ordenó.

El mayordomo asintió y señaló hacia una mesita.

—Señor, ha recibido correspondencia hace unas horas —indicó el mayordomo dirigiéndose a la planta alta donde se encontraba la habitación de él para cambiar el abrigo.

Jack fue hacia la mesita y cogió el sobre. Seguramente sería de su hermana explicando lo mismo que a su madre. Giró el sobre y se sorprendió cuando no hubo remitente. Un escalofrío recorrió su cuerpo y miró hacia los lados, asegurándose de que ningún otro hombre o mujer del servicio se encontraba allí.

Entró en la pequeña salita de la planta baja para tener un poco más de intimidad. En aquella estancia había una estantería con unos cuantos libros y dos sofás. Abrió el sobre, rompiéndolo.

Cuando desdobló la hoja supo que aquella letra no pertenecía a su hermana. Además de escribir de una forma horrible y casi ininteligible tenía muchísimas faltas de ortografía. Estaba claro quién le escribía aquella carta y seguramente habría necesitado ayuda para hacerlo, pues dudaba siquiera que alguno de aquellos dos hombres supiese escribir.

Apretó los labios mientras leía la carta, sorprendido. A duras penas eran dos frases y pese a que le costaba entenderlas comprendió su significado.

Trabajo hecho.

Mañana a las diez de la noche en el local de siempre.

Sintió cómo el vello se le erizaba. Sí, lo habían hecho, ya no le cabía duda. La carta de su hermana más esta carta dirigida a él lo dejaban bien claro.

No sintió ni una pizca de arrepentimiento, ni siquiera por su hermana. Aquel hombre sabía jugar duro y sucio, y él también sabía. Aquello no hubiese sido necesario si el señor Renwich no lo hubiese amenazado con acabar con él y se hubiese limitado a pagarle un dinero y desaparecer de su vida con su hermana.

Él no pensaba arriesgarse a perder lo poco que le quedaba de la empresa familiar, pues bien sabía que el señor Renwich tenía poder suficiente como para cumplir su amenaza.

No, no iba a permitirlo y, a partir de ahora, no debería preocuparse por ello nunca más.

Sonrió mientras iba hacia la chimenea y arrojaba la carta, quemándola para no dejar pruebas.

Al día siguiente por la noche acudiría a aquel bar de mala muerte, pagaría el resto del dinero al señor Delaney y se olvidaría de ello para siempre.

30

Habían llegado la noche anterior a Londres, tras dos días y una noche de viaje sin apenas parar a comer. Se habían dirigido directamente a casa de su buen amigo, el abogado Tilston, quien los había recibido con los brazos abiertos.

Nadie de Londres sabía lo ocurrido, así que cuando habían relatado todo al abogado, este se había sorprendido con creces y les había ofrecido quedarse en su vivienda para no levantar sospechas y que su plan saliese a la perfección. Nadie debía saber que ellos estaban en Londres, nadie.

Tilston había salido a mediodía hacia los calabozos de la policía en Londres, donde se suponía que tanto Fergus como Reagan ya se encontraban allí. Miró a través de la ventana de la segunda planta de la vivienda de Tilston, esperando con ansiedad verlo aparecer por allí de nuevo. La oscuridad ya reinaba en las calles de Londres.

—Deja de mirar por la ventana —comentó Elodie sentada en el largo sofá de la habitación donde su amigo y su esposa los habían hospedado—. Aún te verá alguien.

Walter negó con su cabeza.

—Nadie mira hacia aquí, simplemente pasean o hablan con sus parejas —explicó, aunque se giró y se distanció de la cama—. ¿Cómo te encuentras?

Ella suspiró.

—Mejor, aunque sigo un poco mareada y con náuseas —reconoció—. La espalda me molesta un poco y el cuello… —dijo pasándose la mano por la nuca—, y tantas horas en el carruaje…

Él se sentó a su lado y la observó. Las primeras horas de viaje desde Keswick hasta Londres habían ido bien, pero a medida que las horas avanzaban Elodie se había resentido de la espalda y el cuello, y poco después habían comenzado las náuseas. Aún seguía un poco pálida, aunque parecía que había mejorado en las últimas horas, tras descansar.

—Puede que… —Él la miró de la cabeza a los pies—, ¿qué estés embarazada?

Ella lo miró graciosa.

—Lo dudo mucho —respondió ella con una sonrisa tímida—. Ya me dijo el médico que podían darme náuseas por el golpe en la nuca —contestó.

Él asintió pensativo y tomó su mano. Se quedó mirando fijamente la ventana con la cortina blanca y suspiró.

—Me gustaría formar una familia —reconoció Walter—, contigo. Tener un par de niños correteando por nuestro hogar.

Elodie rio y asintió.

—Sí, a mí también —reconoció ella y se incorporó un poco—. Habrá que seguir intentando tener niños —apretó su mano mientras hacía un gesto gracioso con su rostro—. Ahora que sé cómo se hacen… estoy dispuesta a intentarlo todas las veces que haga falta —bromeó.

Walter comenzó a reír.

—Ya te dije que tenías una lengua viperina —apuntó acercándose a ella.

—¿Y eso es un problema? —lo provocó.

Walter se situó frente a sus labios.

—No… —dijo mirándolos—, en absoluto. —La besó y comenzó a acariciar su cintura cuando Elodie hizo un gesto de dolor. Walter la observó y se echó hacia atrás rápidamente—. Creo que deberemos esperar un poco a que estés recuperada.

Ella resopló.

—No sé si podré…

Él se echó a reír.

—Ya, es un verdadero problema, quizá si voy con cuidado podamos…

Se calló cuando escuchó la puerta de la vivienda abrirse.

—¿Tilston? —preguntó ella.

—Supongo —respondió Walter poniéndose en pie. Se dirigió a la puerta y la abrió lentamente. En cuanto escuchó la voz de su abogado, salió disparado de la habitación y se dirigió hacia las escaleras—. Tilston —lo llamó al ver que él se encontraba aún frente a la puerta, donde el mayordomo le ayudaba a quitarse el abrigo—, ¿cómo ha ido?

Su amigo asintió.

—Bien, muy bien… —Miró hacia atrás, pues Elodie descendía las escaleras lentamente—, ¿hablamos en la salita? —señaló hacia el lado.

Walter asintió y se giró para tenderle la mano a Elodie para que los acompañase. Avanzaron hasta la salita y Walter ayudó a Elodie a sentarse. Colocó unos cojines en su espalda para que estuviese más cómoda y miró a su amigo sin poder sentarse.

—Explícanos —le pidió.

Tilston depositó unos documentos sobre la mesa.

—He hablado primero con Reagan, tal y como me sugeriste. El muchacho nos ayudará esta noche a atrapar al señor Wilkinson… —aunque tragó saliva y miró a Elodie, nervioso.

—No se preocupe, señor Tilston, yo soy la primera que quiere que mi hermano pague lo que ha hecho —pronunció ella convencida—. Ha intentado matar a mi marido y yo he salido muy perjudicada. Por lo que a mí respecta, merece tanta prisión como los dos asaltantes, o más aún.

Tilston apretó los labios y miró a Walter, parecía que le ponía un poco nervioso hablar de todo ello ante Elodie, aun así, continuó.

—La policía irá de incognito al bar, acompañando a Reagan. Eso sí, no intervendrán hasta que se confirme que el señor Wilkinson fue quien los contrató —explicó.

Walter se cruzó de brazos.

—Lo hará, todavía les debe una gran suma de dinero por los servicios, deberá entregársela.

—Lo imagino —respondió Tilston—, solo espero que no se eche atrás.

—No se echará atrás —respondió Walter rápidamente—, hemos enviado una carta a su casa diciéndole que habían llevado a cabo el plan y que lo esperaban para el pago del dinero. Si no es él no sabrá ni el lugar ni la suma de dinero que les debe, y mucho menos reconocería a Reagan. Además, ese muchacho podrá confirmar si se trataba de “el inglés” o no.

El abogado se sentó en el asiento como si estuviese agotado.

—Entonces, no creo que haya ningún problema —respondió. Miró a los dos—. ¿Cómo os encontráis vosotros? ¿Habéis podido descansar?

Walter asintió.

—Sí, más tranquilos —comentó sincero—. Elodie se encuentra mejor.

—Me alegro mucho. —Chasqueó la lengua—. No quiero ni saber por lo que habéis tenido que pasar —pronunció pensativo.

Walter negó con la cabeza.

—Suena peor de lo que parece —reaccionó, ante lo cual su amigo enarcó una ceja—. Mi esposa es de armas tomar —bromeó.

Tilston sonrió hacia Elodie.

—Recuérdeme que jamás haga un comentario ofensivo sobre su marido o usted —rio el abogado recordando lo que su amigo le había explicado. Ella asintió divertida—. Bien, pues creo que eso es todo… por favor, id a descansar, os avisaremos para la cena. Mañana es el gran día.

Elodie se puso en pie de nuevo y fue hacia la puerta.

El abogado cogió a su amigo del brazo y le susurró.

—Un segundo, ¿podemos hablar en privado?

Walter se giró hacia su esposa que salía de la salita.

—Enseguida voy —explicó.

Ella no parecía muy segura, pues quería estar al corriente de todo. Estuvo a punto de entrar en la sala, pero Walter le negó con la cabeza. Ella se giró y fue hacia las escaleras, ni siquiera sabía de lo que querían hablar, quizá fuese algo personal.

—Será solo un momento —indicó Tilston.

—Dime —comentó Walter.

—He hablado con el juez sobre Fergus y Reagan, por eso he tardado un poco más.

—¿Y?

—Le he ofrecido el acuerdo que me habías comentado por Reagan, si es que nos ayuda.

—Nos ayudará —confirmó Walter—. El muchacho parecía bastante arrepentido y en ningún momento me atacó.

El abogado se quedó pensativo.

—El juez dice que quiere hablar contigo mañana, antes de llevar a cabo la operación contra el señor Wilkinson.

—Claro —asintió Walter—, hablaré encantado con él.

—De acuerdo, se lo diré mañana. —Colocó una mano en su hombro y dio una palmadita—. Id a descansar, lo necesitáis. Por cierto, antes de que se me olvide… —recordó—, con todo este asunto se me ha ido el santo al cielo. Envié el certificado matrimonial a Nueva York y pedí día y hora para aceptar el testamento y, por lo tanto, la propiedad de su tío.

Walter asintió.

—Gracias, Theo —respondió en confianza—, por todo.

Su amigo le sonrió.

—Al final ha tenido suerte. Parece que ha encontrado a una buena mujer.

Walter asintió.

—Sí, la he tenido. Muy buena suerte —confirmó.

—Me alegro.

Walter se giró y se dirigió a las escaleras para seguir a su esposa que ya se encontraba prácticamente en la puerta de la habitación. Aprovecharían las pocas horas que quedaban de aquel día y, al día siguiente, con suerte, acabaría todo. Ambos podrían iniciar una nueva vida tranquila y plácida tras aquellos sórdidos hechos.

Reagan miró hacia el lado, coincidiendo la mirada durante unos segundos con uno de los cuatro policías que se encontraban en el interior de aquella taberna. Se había situado en la mesa al final del local, donde siempre se había visto con el inglés.

No dejaba de dar golpes con el pie, demostrando así su impaciencia, pero la mirada del policía hacia su pie le hizo estarse quieto. Sí, estaba demasiado nervioso y podía levantar

sospechas si seguía así.

Tragó saliva y agachó su cabeza respirando hondo. Elevó la mirada cuando entraron en la taberna. Sintió cómo todos sus músculos se ponían tensos y se obligó a no bajar la mirada cuando reconoció el rostro del inglés que había contratado a Fergus.

Jack miró de un lado a otro hasta que llevó su mirada firme hacia Reagan, reconociéndolo. Jack vestía aquella noche de forma más discreta, con unos pantalones marrones y un jersey. Su ropa era más vieja que las anteriores veces, era mejor pasar más desapercibido.

Jack introdujo las manos en los bolsillos y se dirigió directamente hacia Reagan, el cual intentaba aparentar naturalidad, aunque le costaba bastante. Pasó entre varias mesas y se llevó la mirada disimulada de varios de los policías que estaban allí, uno, el más cercano, sentado con otro policía en la mesa de al lado para escuchar la conversación.

Jack llegó hasta Reagan y tomó asiento, miró a su alrededor y luego ladeó su cuello hacia él.

—¿Dónde se encuentra Fergus?

Reagan tragó saliva y apretó los labios.

—Fuera, quería asegurarse primero de que había traído el dinero —pronunció.

Jack sonrió con sorna y se apoyó contra la mesa intentando imponer al joven, pues sabía que lo hacía.

—Supongo que tendrá que demostrarme realmente que ha cumplido con el trato.

—Lo ha hecho —respondió Reagan rápidamente, aunque luego apretó los labios intentando controlar los nervios y miró hacia el lado, donde los policías de paisano parecían conversar entre ellos—. El señor Renwich está muerto —susurró. Jack lo miró fijamente y luego sonrió. Esa era la prueba que necesitaban, si Jack contestaba afirmativamente ya estaría todo hecho, no habría dudas—. ¿No es lo que quería? —preguntó al ver que Jack se mantenía en silencio—. Ahora nosotros queremos nuestra parte del acuerdo, nuestras tres mil libras.

Jack alzó su mentón.

—Contigo no llegué a ningún acuerdo, muchacho —le rectificó—. Además, ¿creéis que os voy a entregar esa suma de dinero sin comprobar antes que es cierto?

Reagan lo miró fijamente y respiró hondo.

—Por esa misma razón el señor Delaney lo está esperando fuera, para mostrarle las pruebas. —Tragó saliva—. Ahí podrá pagarle a él si no se fía de mí —acabó en un susurro, intimidado por la situación en la que se veía envuelto, aunque Jack pensase que era él quien lo intimidaba.

Jack lo miró de la cabeza a los pies, sin saber cómo tomarse aquello y se echó hacia delante, apoyándose en la mesa.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó con la mirada fija en él—. ¿Qué pruebas habéis traído?

La voz de Jack sonó asustada, pues no sabía realmente con quién estaba tratando. ¿Y si se habían presentado con el cuerpo allí? En parte, tampoco sería de extrañar, sería un buen lugar donde un hombre millonario podría ser hallado muerto. La idea no le disgustaba, ahora solamente estaba intrigado.

—¿Tiene el dinero que nos prometió por el trabajo? —preguntó Reagan poniéndose en pie.

—Claro que lo tengo —respondió imitándolo.

Reagan asintió y se giró dirigiéndose a la puerta trasera.

—Eh… —les llamó la atención el camarero—, ¿no vais a tomar nada? ¿Habéis estado ocupando una mesa sin pedir nada? ¿Os creéis que…?

—En cuanto entremos tomaremos varias copas —le cortó Jack rodeando varias mesas, siguiendo a Reagan a la puerta trasera de la taberna.

Jack no fue consciente, pero los cuatro policías que había de incógnito en la taberna se pusieron en pie para seguirle. Ya estaba claro, la conversación que habían escuchado los policías y el hecho de que Jack siguiese a Reagan en busca de una prueba de la muerte del señor Renwich a cambio del dinero era más que suficiente para encarcelarlo.

Reagan abrió la puerta trasera de la taberna y dejó que Jack saliese.

Miró de un lado a otro, aquella parte de la taberna daba a una calle estrecha, oscura y poco iluminada.

—¿Dónde está? —preguntó Jack mirando a ambos lados. Dio unos pasos hacia delante, internándose un poco más en la calle—. ¡Aquí no hay nadie! —se quejó y se giró furioso hacia Jack—. ¡¿Dónde está?! —gritó.

En ese momento, la puerta trasera de la taberna se abrió y salieron los cuatro hombres, provocando que Jack diese unos pasos hacia atrás, asustado y sorprendido a partes iguales.

—¿A quién buscas, Jack? —preguntó una voz masculina bastante familiar.

Jack tragó saliva y se giró lentamente, con miedo.

Inspiró con fuerza cuando reconoció la silueta de Walter acercándose en su dirección.

—¿Wal… Walter? —preguntó sorprendido.

Walter se detuvo a poca distancia de él, con las manos en los bolsillos y su cuello ladeado.

—¿Acaso esperabas encontrar a otro? ¿O encontrarme a mí de otra forma?

Jack puso su espalda recta y se giró hacia Reagan, el cual daba unos pasos hacia atrás.

—Maldito seas… ¡me has traicionado! —gritó Jack de los nervios, intentando acerarse al joven, aunque los cuatro policías lo detuvieron rápidamente.

—No. Tú me has traicionado a mí —pronunció Elodie situándose al lado de su marido.

Jack tragó saliva y miró a su hermana boquiabierto.

—Menos mal que estás bien, Elodie —susurró como si aquello le tranquilizase.

Ella dio unos pasos en su dirección y directamente abofeteó su rostro con ímpetu.

—Contrataste a unos sicarios para que matasen a mi marido… —le escupió—, y estuviste a punto de acabar también con mi vida.

—No, no… escucha, yo nunca quise que esto…

—¿Que esto qué? —lo cortó ella con un gritó, mirándole fijamente a los ojos—. Has caído tan, tan bajo… que espero que te pudras en la cárcel muchos años —acabó antes de dar un paso hacia atrás.

En ese momento, los cuatro policías de paisano comenzaron a empujarlo hacia uno de los carruajes cerrados, tirado por caballos, mediante el cual realizaban el traslado de los presos.

—No, Elodie… por favor, perdóname. Yo solo lo hice por tu bien… por nuestra familia…

Elodie cerró los ojos y se giró mientras los gritos de su hermano no cesaban al subirlo al carruaje.

—Elodie… por favor… ¡soy tu hermano! ¡Tu madre y yo somos tu única familia!

Ella se giró y lo miró con rabia.

—En eso te equivocas… —dijo cogiendo la mano de su marido—. Él ahora es mi familia.

Jack miró con rabia a Walter antes de que cerrasen las puertas del carruaje, aun así, podían escucharse sus gritos desgarradores desde el interior.

Jack había sido considerado un gran empresario, ahora, había caído a lo más bajo de la sociedad, y esperaba que cumpliese condena durante muchos años.

Su cuerpo comenzó a destensarse cuando los caballos tiraron del carruaje y este desapareció tras la esquina, llevándose con él aquellas súplicas y lamentos.

Elodie miró a Walter y suspiró.

—¿Qué… qué va a ser de mi madre? —preguntó.

—Tu madre nada tiene que ver con esto —matizó él—. Nunca he querido una mala relación con tu familia…

—Lo sé —dijo ella cogiendo su mano—, pero, aunque no se lo merezca, no quiero dejarla abandonada, él era el sustento de la familia.

—Bien, bueno… —reaccionó Walter encogiéndose de hombros—, a partir de ahora lo seré yo. No te preocupes.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, pero las palabras del policía dirigidas a Reagan llamaron la atención a los dos que se volvieron hacia él.

Reagan colocaba las manos a su espalda para ser esposado.

Walter fue hacia Reagan lentamente, colocándose ante él. Reagan lo miró con timidez.

—Siento todo el daño que le he podido causar, señor Renwich… —Walter asintió y Reagan miró a Elodie para disculparse también—, lo siento mucho.

Elodie también asintió, aunque se giró y se apartó del lugar en dirección al carruaje que los esperaba ya al final de la calle.

Walter miró al muchacho.

—He hablado con el juez… te han reducido la condena y solo serán tres meses en prisión.

Reagan asintió, asumiendo lo que ocurriría.

—Gracias por… interceder por mí —balbuceó Reagan.

Walter asintió y apretó los labios mientras miraba la espalda de su esposa alejarse en dirección al cochero.

—Me dijiste que era la única vida que conocías… —Miró de nuevo a Reagan—, cuando salgas de prisión ven a verme. Quizá pueda procurarte un puesto de trabajo estable en mi empresa, si es que realmente deseas ese cambio.

—Sí, por favor… —tartamudeó.

Walter asintió y colocó una mano en su hombro.

—Cuídate estos meses. —Dio una palmadita en su hombro y se alejó de él.

Los policías lo llevarían a otro furgón donde lo transportarían a la prisión. Sabía que serían unos meses duros para él, aunque después de observar del lugar de donde venía, no le sería difícil adaptarse. Solo esperaba que aquellos meses en prisión no le hiciesen perder del todo el rumbo. Era un chico joven, se merecía una segunda oportunidad.

Llegó hasta el carruaje donde ya lo esperaba Elodie y subió a él.

Elodie tomó asiento al lado de su marido y este tomó su mano. En ese momento sintió una paz consigo misma como jamás había sentido. Ahora todo había acabado. En efecto, su madre podía tener problemas económicos al desaparecer el cabeza de familia, si bien Walter la ayudaría económicamente, lo que la dejaba más relajada.

Cuando el carruaje avanzó entre las calles de Londres, Walter soltó su mano pasando su brazo por sus hombros y la atrajo hacia él.

—En cuatro meses viajaremos a Nueva York. Te irá bien ese viaje.

Ella le sonrió, aunque de forma triste.

—Sí, creo que sí —respondió pensativa. Tragó saliva y lo miró—. Walter, siento todos los problemas que te ha acarreado mi familia.

—Tú no tienes culpa de nada —le sonrió divertido—. Tú me salvaste.

Ella negó.

—No, tú me salvaste a mí. Además de darme un nuevo hogar lleno de cariño me diste el valor suficiente para enfrentarme a mi familia y a los obstáculos que puedan presentarse en mi

vida. Nunca me hubiese creído capaz de hacer lo que hice —rio.

Él besó su frente y la miró a los ojos.

—Te lo dije ayer, pero creo que estabas dormida. —Acarició su mejilla—. Te quiero, Elodie.

Ella llevó su mano hasta la de él y la acarició con ternura.

—Y yo a ti, Walter.

—Ahora, seremos muy felices. Al final mi tío tenía razón… —rio—, no hay nada más afortunado que vivir con la persona a la que amas. Qué desgraciado había sido hasta el día en que apareciste en mi vida… por suerte, te encontré.

—Nos encontramos —respondió ella.

Walter la miró a los ojos y luego atrapó sus labios para fundirse en un apasionado beso con ella mientras las gotas de lluvia comenzaban a caer de nuevo en la noche londinense.

Ahora que se habían quitado un gran peso de encima, podrían disfrutar de su vida alegremente y en paz, disfrutando de cada momento juntos… para siempre.



31

Cinco meses después.

El albacea sonrió a la pareja, observándolos. Hacían una bonita pareja.

Walter miró de reojo a Elodie, sentada a su lado. Al otro lado se encontraba su buen amigo, el abogado Tilston.

Habían llegado a Nueva York hacía dos semanas y, durante aquel tiempo, se habían alojado en la vivienda de su tío Benjamin. Walter había explicado a su esposa sus vivencias allí, cómo había crecido junto a su tío y sus travesuras junto a sus amigos de aquel momento a los que hacía ya años que no veía, aunque se había prometido a sí mismo recobrar el contacto. Nueva York era distinto. Había visitado la tumba de su tío varias veces junto a Elodie, cambiando las flores, incluso había hecho una presentación ficticia entre su tío y ella que lo había emocionado.

Pensaban volver a Londres en un par de semanas, pues en menos de dos meses la mejor amiga de Elodie, Camila, contraería matrimonio. La noticia había sido recibida con gran ilusión por ella, pues sabía que Camila estaba fervientemente enamorada de su prometido, y él igual de ella. Suponía que así era como debía vérselos a ellos, unos jóvenes llenos de ganas de vivir y de amarse.

Dos semanas después de su llegada había llegado el momento de adquirir la propiedad de la empresa al 100 %. Aquella noche Walter apenas había dormido, se encontraba nervioso, y habían pasado gran parte de la madrugada sentados en el balcón de la vivienda de su tío, contemplando las estrellas.

—Bien, pues… si firma aquí, señor Renwich… —El albacea tendió el plumín hacia él, indicándole el lugar donde debía firmar para adquirir el 50 % de la propiedad de su tío, de aquella forma, toda la empresa siderúrgica *Renwich Steel Company* sería suya.

Tomó el plumín con su mano derecha y firmó donde el albacea le indicaba. Tragó saliva cuando el albacea tomó el mismo documento y también lo firmó.

Ya estaba, toda la empresa por la que había luchado tanto su padre y su tío ahora era suya. Ya había hablado con el abogado Johnson y habían firmado unos poderes para que él se encargase del funcionamiento del 50 % de su tío mientras él estuviese fuera. Ahora, sí podía considerarse una de las fortunas más importantes, no solo de Londres, sino también de Nueva York.

—Felicidades, señor Renwich, ya es propietario de *Renwich Steel Company* al cien por cien —comentó el albacea, aunque luego chasqueó la lengua—, bueno, cuando lo registre en el registro de la propiedad —comentó sonriente.

El albacea le entregó el documento al señor Renwich para que tomase las acciones oportunas, tanto ahí en Nueva York como en Londres cuando llegasen.

Walter llevó su mano hasta la de Elodie, apretándola, y sonrió. Luego miró de forma enigmática al albacea.

—Gracias. —Se acercó más a la mesa—. Aprovechando que vamos a estar aún dos semanas aquí… quería preguntarle si podría redactarnos un testamento.

El albacea lo miró sorprendido y asintió.

—Claro.

—¿Podrá tenerlo en ese plazo de tiempo?

—Sí, siempre que tenga las cosas claras, por supuesto que sí —contestó este.

—Las tengo —dijo mirando a su esposa, la cual le sonrió. Se giró y miró de nuevo al albacea—. Quiero estipular unas cláusulas en el testamento. Para el caso de que me ocurra algo quiero que sea mi esposa quien herede toda la propiedad de la empresa.

El albacea miró confundido a Walter.

—¿Ella?

—Sí, disponemos de buenos abogados que podrán solventar los problemas legales que puedan aparecer, pero la propiedad será de mi esposa… —El albacea apretó los labios y escribió en un papel las notas que le dictaba—. La señora Elodie Renwich será la propietaria hasta que mis herederos sean mayores de edad, tanto si son varones como si son mujeres.

—¿Sus herederos? —preguntó enarcando una ceja.

Ella sonrió y miró de reojo a Walter mientras se pasaba una mano por su vientre.

—Estoy embarazada de unos tres meses —contestó.

—Oh… mis… mis felicitaciones —comentó el albacea con una gran sonrisa y miró con ternura a Walter, aquel niño que había perdido a su padre y había viajado hasta Nueva York para que su tío se hiciese cargo de él y le mostrase todo lo que debía saber para dirigir correctamente el legado de la familia—. Su tío estaría muy feliz —comentó emocionado, pues el albacea y Benjamin siempre habían tenido muy buena relación.

—Lo sé… —respondió Walter que volvió a tomar la mano de Elodie—. No sabemos si será niño o niña, por eso es de vital importancia que quede por sentado que tanto si es hombre como mujer adquirirá la propiedad de la empresa cuando sea mayor de edad y, para el caso de que haya más de un descendiente… que es la intención que tenemos —aclaró con una sonrisa—, se repartirá equitativamente entre todos. Eso sí… —pronunció rápidamente elevando un dedo—, mi esposa y yo hemos decidido que hasta el momento en que nuestros descendientes cumplan los dieciocho años, y si los dos faltásemos, será el señor Johnson y mi amigo, el abogado Tilston, quienes se encargarán de llevar en usufructo la empresa.

Su amigo, Theo Tilston, puso su espalda recta al escuchar aquello, pues era la primera vez que recibía aquella información.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó Walter a Theo.

Theo balbuceó levemente, emocionado por la responsabilidad que le encomendaba.

—Sí, claro, puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

Walter situó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—¿Podrá tenerlo redactado en una semana?

El albacea asintió y sonrió a Walter.

—Claro, vengan el próximo jueves a la misma hora y lo firmaremos. Eso sí, necesitaré también que su esposa, el señor Tilston y el señor Johnson estén presentes para firmarlo también. —Se acercó a él por encima de la mesa—. Si hay alguna cláusula que prefiere que no se sepa hasta el momento de abrir testamento puede pasarse en cualquier momento por este despacho antes del jueves para comunicármelo.

—No hará falta, señor Carter, creo que está todo muy claro. Comuníquele a mi abogado los honorarios y el próximo jueves le haré entrega de estos —dijo poniéndose en pie.

Tanto Tilston como Elodie lo imitaron poniéndose en pie mientras Walter estrechaba la mano del albacea.

—De nuevo, felicidades —dijo mirando a Elodie, la cual asintió con una gran sonrisa.

Salieron del despacho del albacea y los tres caminaron rumbo a la casa de su tío Benjamin donde se estaban quedando esos días. Tanto Walter como Elodie habían decidido donar aquella gran mansión a la beneficencia, tal y como había establecido su tío si no contraía matrimonio. Ellos tenían suficiente con una vivienda más pequeña, además, no la querían en medio de la ciudad, les gustaba más estar alejados y disfrutar de más intimidad y paz. Comprarían una casita a las afueras de Nueva York, en un lugar tranquilo donde hubiese más naturaleza.

—Esta mañana he recibido una carta de Londres —comentó Tilston caminando a su lado—, pero no he querido decir nada, parecía muy concentrado en venir al albacea.

Walter asintió mientras Elodie caminaba a su lado cogida a su brazo.

—¿Va todo bien?

—Así es —respondió el abogado—. Finalmente, Reagan se ha incorporado a la empresa. Parece que lleva un par de días, el muchacho se adapta bien y parece buen trabajador.

Walter sonrió y asintió.

—Me alegro por él, todo el mundo se merece una segunda oportunidad —respondió. Walter se detuvo y miró a su amigo—. Si no te importa, estamos interesados en un par de casas que vimos la semana pasada. Te dejé ayer la dirección de las mismas en el despacho.

—Sí, las tengo —dijo mirando en su maletín.

—¿Podrías ir y preguntar los precios? ¿Si están a la venta? ¿O si conocen alguna otra propiedad con las mismas condiciones que esté a la venta por la zona? —preguntó.

—Claro —respondió su amigo deteniéndose ante el carruaje—. Pero están un poco lejos, ¿os importa si voy en carruaje?

—No, en absoluto —respondió Walter.

—Me va bien caminar —le recordó Elodie.

Theo asintió y abrió la puerta del carruaje.

—De acuerdo, nos vemos a la hora de la cena —dijo subiendo a este.

—Hasta luego —se despidió Walter.

Una vez se quedaron solos, ambos comenzaron a caminar por las concurridas calles de Nueva York, esquivando los charcos. Aquella zona no le gustaba, por eso mismo había preferido adquirir una vivienda a las afueras, donde se respiraba más calma. Sería un mejor lugar para criar a sus hijos.

Elodie se sujetó con fuerza a su brazo.

—He pensado una cosa…

—Sorpréndeme —rio Walter.

—Si es un niño… —comentó—, podemos ponerle Benjamin —sugirió ella—. Sé que estabas muy unido a tu tío.

Walter se quedó quieto y tragó saliva. Aunque no lo expresó con palabras, Elodie sintió cómo Walter se emocionaba.

—Eso me gustaría —respondió volviendo al paso—. ¿Y si es niña? —preguntó con curiosidad—. ¿Has pensado en algún nombre?

—¿Qué te parece Beatrice?

—¿Como mi hermana? —preguntó él sorprendido.

—Yo no tengo hermanas, mi mejor amiga se llama Camila, pero… no es un nombre que me guste mucho. Además, estos últimos meses tu hermana y yo hemos tenido una magnífica relación, creo que le haría especial ilusión, está muy emocionada con ser tía.

—Sí, en eso tienes toda la razón. Si es niña y le ponemos su nombre creo que estará durante

semanas llorando —rio imaginándoselo.

Elodie asintió mientras seguían caminando por Nueva York.

—Ahora ya eres dueño de toda la empresa de tu familia —confirmó ella pensativa.

Él asintió.

—Podremos dar un buen futuro a nuestros hijos… y nosotros tendremos una vida muy feliz —dijo acercándose a ella para besar su cabello.

Ella sonrió y apoyó su cabeza en el hombro de Walter durante unos segundos, como muestra de cariño.

—Sé que nos espera una vida muy feliz. —Luego rio—. Quién me iba a decir que acabaría felizmente casada con el hombre al que conocí en un barco volviendo de Nueva York.

—El destino es una caja de sorpresas.

—Sí, una caja de sorpresas maravillosa —respondió ella—. Nunca sabes con quién te vas a cruzar al girar una esquina.

Ambos se miraron con una sonrisa mientras esquivaban a unas personas que caminaban en sentido contrario a ellos.

La vida no había sido agradable para ninguno de los dos en un principio, pero ambos habían trazado la senda de su destino y de lo que sería su vida en el futuro a base de esfuerzo y lucha.

Ahora, después de tantos años, ambos habían coincidido en un punto y se habían unido sin saber que aquella sería la mejor decisión de sus vidas. Al fin, sus vidas se encarrilaban y apuntaban hacia un futuro lleno de alegría. Ahora, se disponían a vivir una vida llena de amor, risas, babas y mocos con la llegada, en breve, de un bebé que haría las delicias de todos.

FIN



AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

A mi pareja, Raúl Diaz-Peñalver, por sugerirme ideas y siempre estar dispuesto a concederme un rato para escribir.

A Nerea Álvarez, por ayudarme con la documentación de la novela y por todas esas conversaciones que mantenemos siempre donde lo paso tan bien y nos reímos tanto.

A Magda Navarro, por crear en redes (Facebook) el grupo: *Mariah Evans (libros)* y por todas nuestras charlas. Muchas gracias por hacer tanto por mí.

A Anaís Sánchez, por todos los mensajes y conversaciones de más de dos horas que mantenemos.

De todo corazón, muchas gracias a las tres por estar siempre ahí y por ayudarme tanto.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Es un placer trabajar contigo.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado siempre a escribir y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

Un saludo.
Mariah.

---

[1] *Las plumas de ave fueron el principal instrumento de escritura desde el siglo vi hasta el siglo xix. Las mejores estaban hechas con plumas de ganso o de cisne y, posteriormente, plumas de pavo. Sin embargo, las plumas comenzaron su declive después de la invención de la pluma de metal, llamadas plumilla o plumín, primero patentadas en Estados Unidos en 1810 y posteriormente producidas en masa en los años 1860.*

[2] *El redingote de corte masculino constaba de una capa larga hasta la rodilla con una falda abierta por detrás. Constituyó el capote largo de los siglos xviii y xix, derivado de la capa de campo con un ancho y gran collar llamado frock. Se usaba en invierno como abrigo.*

[3] *Los Docklands de Londres (en inglés London Docklands) es el nombre semioficial de una zona en el este y sudeste de Londres, Reino Unido. Forma parte de los municipios de Southwark, Tower Hamlets, Lewisham, Newham y Greenwich. Las dársenas (docks en inglés) eran antiguamente parte del Puerto de Londres, que era el mayor puerto del mundo. Ahora se han renovado y convertido para uso residencial y de oficinas principalmente. En aquella época ofrecían un anclaje grande, seguro y protegido, con capacidad para 120 buques grandes. En el año 1829 y años posteriores también fue usado por la compañía West India South.*

[4] *El landó es un tipo de carruaje cubierto de cuatro ruedas. Es, entre los coches de caballos, un vehículo sumamente cómodo y considerado de lujo, que va montado tan pronto sobre simple como sobre doble suspensión.*

[5] *En un principio esta zona era conocida como* Five Fields*, los Cinco Campos, y algunos de sus barrios eran realmente peligrosos, feudo de bandidos y delincuentes que hacían que toda persona de bien y adinerada procurase evitar vivir en las proximidades, sin olvidar las frecuentes inundaciones que llenaban los campos de barro y hacían que el alcantarillado se desbordase llenando las calles de aguas fecales, excrementos y un olor fétido. Fue el constructor Thomas Cubitt quien vio las posibilidades de este barrio londinense y, con la ayuda del arquitecto George Basevi, diseñó las calles y plazas de* Five Fields*, convirtiéndolo en lo que hoy conocemos como Belgravia.*

[6] *En 1816, el barco conocido como Elise fue el primero en cruzar el Canal de la Mancha. El barco, inicialmente llamado Margery y construido en Dumbarton, Inglaterra, en 1814, fue posteriormente comprado por una empresa francesa, la cual lo renombró como Elise. Con un motor que le permitía alcanzar una velocidad máxima de seis nudos, partió a principios de marzo de 1816 del puerto de El Havre (Francia) y llegó a su destino, el puerto de Newhaven. Tras el éxito del trayecto, comenzaron las líneas regulares de pasajeros por el continente europeo gracias a los progresos en las máquinas de vapor y en la ingeniería naval, extendiendo su red de puertos.*

[7] *La iglesia de Santa Bride es una antigua iglesia de la Ciudad de Londres, en Fleet Street. Fue reconstruida después del Gran incendio de Londres de 1666, en estilo barroco, diseñada por el arquitecto Christopher Wren en 1672. Esta iglesia está dedicada a Santa Bride, una santa irlandesa del siglo V.*

[8] *Dicho hotel tiene una historia que se remonta a la Edad Media. Ha sido originariamente sede de los Caballeros Templarios, la casa y sus tierras han sido propiedad de notables figuras religiosas, señores e incluso de reyes a lo largo de los siglos.*

[9] *Del francés: Tú eres mi marido.*

[10] *Del francés: Sí, lo soy.*

[11] *Es una típica casa señorial de Cotswold, hecha de piedra local. La parte principal de la casa data del siglo XVI. Consta de la sala de cocción, el palomar, algunos de los edificios del jardín, el muro y los pilares de la puerta, y el grupo de cuatro casas señoriales. Snowshill Manor fue entregada a la abadía de Winchcombe en el 821 por el rey Coenwulf de Mercia. Doscientos sesenta y cuatro años después, el pueblo y la mansión figuraban en el Libro de Domesday de 1086 como Snawesille, propiedad de la Abadía de Santa María de Winchcombe . La mansión siguió siendo propiedad de la Abadía hasta la disolución de los monasterios en 1539, cuando fue confiscada por el rey Enrique VIII, quien incluyó la mansión en su dote para su última reina, Catalina Parr, en 1543. A principios del siglo XVIII, la casa era propiedad de William*

Sambach, quien añadió habitaciones adicionales y una nueva puerta principal en el frente sur, colocando el escudo de armas de Sambach en el frontón de encima, que ahora es la entrada principal a la casa. Después de varios cambios de propietario, John Small de Clapham se hizo cargo de la propiedad, siendo el primero de una serie de propietarios durante los siguientes 150 años hasta su compra en 1919 por Charles Paget Wade que restauró la propiedad, vivió en la pequeña cabaña del jardín y utilizó la casa solariega como hogar para su colección de objetos. En el momento de su muerte había acumulado más de 22 000 objetos. Cedió la propiedad y el contenido de esta colección al National Trust en 1951.

[12] *En el verano de 1604 estaba terminado el primer libro, que apareció publicado a comienzos de 1605 con el título de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. El éxito fue inmediato. Este libro está dividido en cuatro partes en las que se cuentan las dos primeras salidas del caballero.*

[13] *Daniel Foe, más conocido por su seudónimo Daniel Defoe, fue un escritor, periodista y panfletista inglés, mundialmente conocido por su novela Robinson Crusoe.*

[14] *Seudónimo de Jane Austen.*

[15] *Las cerillas fueron creadas en 1827 por un químico inglés llamado John Walker, que las obtuvo utilizando unos palillos largos junto con amonio, clorato de potasio, goma y almidón al final de dicho palillo. Walker llamo a su invento "The Congreves", en alusión al cohete inglés Congreve.*